

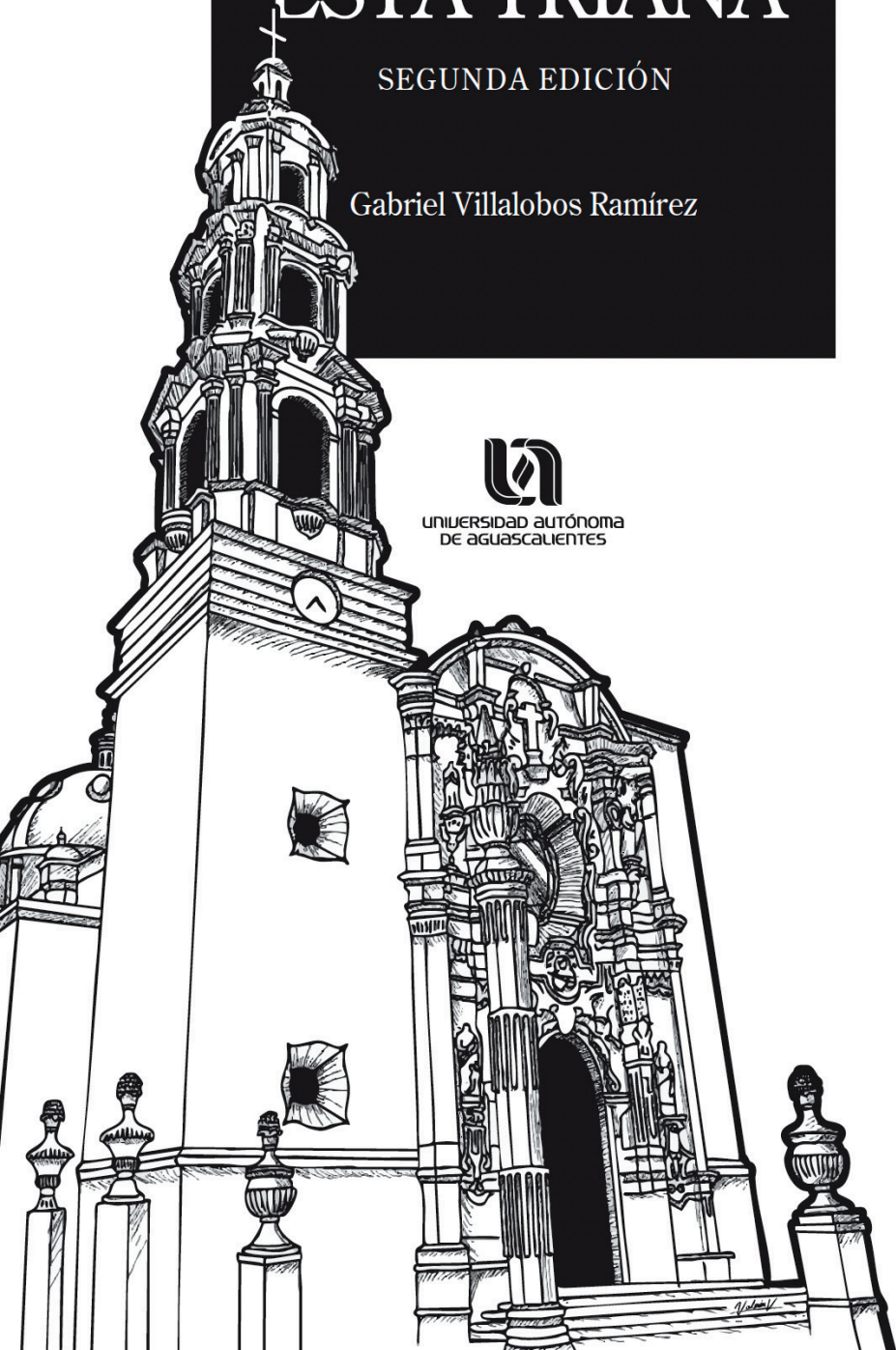
Y A LA VUELTA ESTÁ TRIANA

SEGUNDA EDICIÓN

Gabriel Villalobos Ramírez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



Y A LA VUELTA
ESTÁ TRIANA

Y A LA VUELTA ESTÁ TRIANA

Gabriel Villalobos Ramírez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

Y A LA VUELTA ESTÁ TRIANA

Segunda edición 2025
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100

Gabriel Villalobos Ramírez

ISBN: 978-607-2638-62-4

Hecho en México / *Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Al centro de mi universo, luz de mi vida, mi esposa Lupita (QDEP).

A la constelación hermosa que forman mis hijos
Gabriel, Jorge y Claudia, Luis Fernando y Lucrecia, Miguel
Ángel y Lula, Lupita y Víctor.

A la alegría de mi vida, los de carcajada cristalina, mis nietos.

A mis dos amadas familias Villalobos y Ramírez.

A las gentes de mi querido Aguascalientes y su barrio
de Triana, que viven bajo la sombra del Santo Señor del Encino.

A mi amada Universidad Autónoma de Aguascalientes,
que vio con simpatía este libro desde la primera edición.

A mis padres, profesores Faustino Villalobos López y María
Mercedes Ramírez Martín del Campo, quienes inculcaron en mí
el amor al barrio de Triana de Aguascalientes, sus tradiciones
y conocimiento de la historia de mi familia.

A todos aquellos que a través de entrevistas enriquecieron
e hicieron posible la existencia de este libro.

ÍNDICE

Prólogo	15
Introducción	17
I. El barrio	21
Los lejanos confines de la historia en Triana	21
Fundación del barrio de Triana	22
¿Dónde está mi barrio?	26
Calle Enlace	27
Calle Galeana	30
Calle José María Chávez	34
Calle Cristóbal Colón	37
Calle Doctor Jesús Díaz de León	39
Calle Profesora Vicenta Trujillo	45
Calle Profesor Eliseo Trujillo	46
Calle de la Alegría	48
Calle del Águila	49
Dos tiendas antiguas	52
La plazuela	55
Bocas de Ortega	59
El Cristo de mi barrio	65
Romance del Cristo Negro	66

Las huertas de Triana	74
Don José Navarro Jiménez	76
El acueducto de Triana	79
Los rumbos de Triana	81

II. Los sabios 85

Doctor Jesús Díaz de León	85
Maestra doña Vicentita Trujillo Martínez	88
Señorita profesora Enriqueta González Goytia	91
Maestra María Isabel Jiménez Díaz	94
Profesor Francisco Antúnez Madrigal	97
Licenciado Humberto Brand Sánchez	100
Don Francisco Díaz de León Medina	104
Licenciado Manuel Varela Quezada	108

III. Los locos y los malditos 113

Capirotada de locos	113
Pedro, El Loco	116
Los malditos	118

IV. La vida en el barrio 123

Las familias de mi barrio	123
Familia Reyes González	126
La cuaresma	128
Feria de San Marcos	130
Las tertulias	133
Los días de campo	134
Las posaditas	138
Las pintas al río	140
Travesuras de muchachos	141
Los dulceros	146
Los neveros	148
El auriga de Triana	150
El quejido del ánimo	153

V. Ejemplos a seguir	157
Don Jesús María Romo Romo	157
Don José Barba Alonso	160
Don Jesús Jayme González	165
Don José de Jesús Romo Limón	168
 VI. Los toreros de Triana	 173
Arturo Muñoz Nájera, La Chicha	173
Alfonso Pedroza Macías, La Gripa	179
Valdemaro Ávila Díaz	182
Fernando Brand Martínez	185
Rubén Salazar Ávila, El Chapuzas	189
Jesús Delgadillo López, El Estudiante	191
Efrén Adame López, El Cordomex	194
Los Mora	200
Luis Fernando Esparza González, Luis de Triana	204
Alfonso Ramírez Alonso, Calesero	208
 VII. La parroquia y los señores curas	 215
El templo del Encino	215
Inicios de la Parroquia del Señor del Encino	222
Señor cura Justo Ramírez Pérez	234
Señor cura Isidro Navarro Castellanos	238
Señor cura Ramón C. Gutiérrez	242
Señor canónigo Alfonso Maldonado Zamarripa	243
Señor canónigo J. Natividad Soto Villalobos	245
Señor canónigo Francisco López Esparza	247
Señor cura Antonio García Esparza	248
Señor canónigo Urbano Rizo	250
Señor canónigo Salvador Jiménez Díaz	252
Señor cura Juan Antonio González Salce	258
Señor obispo José de Jesús López y González	261

VIII. La familia	275
Don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez	275
El Chan del Agua	277
¡Muy macho!	278
A torear jicotes y herrar ganado	280
Los mecatazos y el vivo diablo	281
Profesor José Ramírez Palos	282
Licenciado Refugio Ramírez Palos	286
Doctor Salvador Ramírez Martín del Campo	291
Profesor Juan Humberto Ramírez Martín del Campo, mi tío Juan	295
Profesora María Mercedes Ramírez Martín del Campo de Villalobos	306
Profesor Faustino Villalobos López	319

PRÓLOGO

El árbol, para vivir, permanece siempre en el trozo de tierra en que ha hincado sus raíces; este trozo de tierra le pertenece, y a su vez, él pertenece a ese lugar.

El hombre es un caminante; consume sus años errando por esos senderos de Dios, buscando no sólo el sustento, sino el conocimiento, la experiencia y el complemento de su limitado yo en el amor del otro.

Como el árbol, también el hombre echa raíces; sabe que aunque se aleje, debe permanecer; sabe que aunque se libere, debe pertenecer; pero sus raíces no son tangibles, brotan del espíritu y son trascendentes.

Gabriel Villalobos Ramírez, distinguido abogado, notario justamente respetado, maestro por herencia y por vocación, ha escrito estas páginas para revelarnos de qué manera sus vigorosas raíces se hallan hundidas en el dulce barrio que lo vio hacerse caballero; y al hacerlo, nos ofrece un colorido caleidoscopio de esta porción entrañable de la patria chica que es el barrio de Triana, evocando personas, senderos, tiempos y lugares, con una prosa coloquial que pone frescura en los más íntimos rincones del alma.

Este libro es un aroma de suaves añoranzas provincianas; es la mano cordial de un viejo amigo; es una sucesión de imágenes en que a veces nos sentimos inmersos; es, simplemente, una declaración de amor.

Alfonso Pérez Romo[†]

INTRODUCCIÓN

y a la vuelta está Triana, ¿por qué el título de este libro? Pues bien, platiquemos de ello. Resulta que mi vida ha transcurrido en el cruce de las calles Héroes de Chapultepec (antes de Enlace y más antes del Zacate) y José María Chávez (antes del Obrador). Fue el día 17 de diciembre de 1932 cuando mi madre me trajo al mundo. Vivíamos en la calle de Enlace número 22, el límite de la parroquia del Encino. En ese entonces, mi casa estaba dentro de la parroquia de la Asunción, por lo tanto, soy de Triana de la frontera. Hoy el límite de la parroquia del Encino pasa por la avenida Licenciado Adolfo López Mateos, así es que mi despacho está en pleno barrio de Triana.

La infancia apacible, con amigos del alma como Héctor Velasco Tamayo Mamo; las familias hermosísimas: los Velasco, los Álvarez y los Carvajal, por la calle de Enlace, y por José María Chávez, Carmen Morones y Pedro Aguilar, las Gómez, Pepita Quezada, Felisa Calatayud, los Arreola, las Chávez (nietas de don José María Chávez), los Esparza, los Padilla Cambero, las Salce, Pepita López Velarde, las maestras Nava y don Pancho Álvarez, las Jiménez, las Antúnez, los Lomelí Quezada, los Reyes, hijos de don Pedro Reyes, maestro sastre, cortador, y de doña María; todos sus hijos, mis hermanos y,

no se diga, Ofelia. Los Hernández, los Acero, don José Medina, doña Jesusita Morones, don Jesús González, los Alba, don Maximino Jiménez, don Rito Cruz, los López Yáñez, y familias y familias y familias... todos en conjunto hacíamos la vida de barrio plenamente, al grado de jugar al trompo y a las canicas en plena calle José María Chávez; hoy día no pasaría ni medio minuto y lo aplastaría a uno un camión, dejándolo peor que calcomanía.

¿Qué ha pasado? Pues que llegó el modernismo y con él la calle José María Chávez se mercantilizó y en vez de casas habitación se encuentra uno con comercios, en su mayoría relacionados con la industria automotriz; pero si se camina por la calle José María Chávez, de Héroes de Chapultepec a Profesora Vicenta Trujillo y da vuelta por ésta hacia el oriente, ¡oh, milagro!, ahí está Triana con su belleza y tradición de barrio, ahí están las familias típicas de trianeros encabezados por el comunicólogo Agustín Morales Padilla, por el comerciante Jesús Suárez del Real Colmenero, por el maestro carpintero Salvador Escalante, por el ingeniero Enrique Morán y, por el lado norte, no hace mucho, las señoritas Aguilera, y un poco antes: don Fernando Brand Sánchez. De ahí el título de este libro: *Y a la vuelta está Triana*.

¿Por qué se me ocurrió escribir este libro? Pues resulta que mi madre, la profesora Merceditas Ramírez de Villalobos, mujer verdaderamente sabia, me transmitió la historia de la familia Ramírez desde mis tatarabuelos y realmente no he querido que a mi muerte me lleve la tradición a la tumba, quiero que mis hijos, nietos y descendencia tengan un banco de datos y, naturalmente, también mi familia Ramírez, que ya es un árbol frondosísimo con muchas ramificaciones. Así es que si ellos quieren escribir sobre los Ramírez, cuentan con una base para seguir su empresa.

Ahora bien, la familia Ramírez tuvo como punto de partida en Aguascalientes el barrio de Triana, y con el amor que

mis padres me inculcaron por él, ahí me tienen, recogiendo tradiciones, hurgando archivos, haciendo entrevistas para presentarles una descripción de nuestra casa común: ¡Triana! Aquí van a encontrar descripción física e historia del barrio, de sus leyendas; se hace mención de sus sabios, de sus locos (entre los que estoy yo), de toreros, de señores curas, de santos y de mi familia, todos del barrio de Triana. Y esta segunda edición se enriquece con la incorporación de la historia de don José Barba Alonso.

Cómo me da tristeza que mi padre, el profesor don Faustino Villalobos López, no me haya platicado de su familia; tan sólo tengo un incipiente árbol genealógico de los Villalobos.

Mi voto de agradecimiento a mi querido maestro don Alejandro Topete del Valle, quien me inculcó el cariño por nuestro pasado, por la investigación y por la narración; él me decía: “Mira, Gabriel, no es cierto lo que dicen los oradores en los actos cívicos, en las tribunas de plazas y plazuelas al decir ‘los hechos irrefutables de la historia’, pues la historia es un constante investigar para poder llegar a la verdad sobre éstos”.

Así pues, aquí está la entrega para que los eruditos, historiadores y gente del barrio de Triana lo amen, investiguen, corrijan y tengamos una imagen más clara del barrio que dio origen a nuestro Aguascalientes y de su gente, el barrio de Triana.



Jardín del Encino, corazón de Triana.

I. EL BARRIO

Los lejanos confines de la historia en Triana

El barrio de Triana, en Aguascalientes, tiene testimonios de toda las épocas de la historia; dentro de la jurisdicción de su parroquia están, hacia el sureste, los arroyos del Malacate, San Juan, Cobos y San Francisco. Para el sabio suizo Oswaldo Mooser, quien durante muchos años estuvo avecinado en nuestra ciudad, estos arroyos fueron página abierta de la prehistoria, pues en el arroyo del Malacate, en el año de 1950, descubrió una mandíbula de mamut y un cúbito de caballo; en el de Cobos, un cráneo de caballo, así como un hueso iliaco de caballo o camello, y en los demás, fragmentos de huesos de animales que vivieron en esta zona en el Pleistoceno Medio, hace cuarenta mil años, en la formación geográfica llamada Tacubaya.

Muchos siglos debieron transcurrir para que se formaran, en la porción sur de nuestra ciudad, los cauces o lechos erosionados de tres arroyos que en el presente siglo conocemos con los nombres de San Francisco, Cedazo y Adoberos, cuyas aguas corren de oriente a poniente, hasta tributar sus cauda-

les en tiempo de lluvia al río San Pedro o de Aguascalientes, que pasa de norte a sur, regando los linderos de nuestra ciudad de Aguascalientes.

Los tres lechos hidrográficos, deslavados en milenios de años, descubrieron los restos de una rica fauna prehistórica, que tan sólo la paciente sapiencia de un erudito paleontólogo, el químico-biólogo don Oswaldo Mooser Barandún, de origen suizo, clasificó como perteneciente al período Pleistoceno Medio, equivalente al estrato geológico de la clasificación mexicana llamada Tacubaya, donde encontró numerosos restos fósiles de remotos animales, fauna a la que llamó, con todo acierto, a la primera, Zoyatal, y Cedazo a la segunda, en atención a los lugares donde fueron generadas.

Estas dos últimas guardan una relación muy remota, pero no por ello deja de representar un gran interés paleontológico, ya que el arroyo Cedazo por el sur y Adoberos por el norte constituyen sensiblemente lo que fueron respectivamente por esos vientos los límites de nuestro esplendoroso barrio de Triana.

Para los científicos que cultiven estas disciplinas, será de evidente importancia entregarse al estudio de estas tan prolongadas como apasionadas investigaciones. Primero, el Museo de Aguascalientes y el de Historia, con posterioridad, han guardado algunas muestras o testimonios de esta fauna, en gran parte desaparecida hace ya muchos años.

Fundación del barrio de Triana

El día 13 de agosto del año 1521, el valle de Anáhuac se cimbraba hasta lo más profundo de sus entrañas al presenciar la estrepitosa caída del Imperio Azteca. Ese día –día del Señor San Hipólito– fue García de Holguín, uno de los capitanes de los bergantines de don Hernán Cortés y que sirvieron en el sitio de Tenochtitlan, quien hizo prisionero a aquel magnífico

emperador azteca que fue Cuauhtémoc, a quien Ramón López Velarde lo llamara único héroe a la altura del arte. El Popo y el Izta fueron mudos testigos del cierre de un capítulo de la historia de México y del abrir de otro. El valeroso hijo de Medellín de la Extremadura, España, don Hernán Cortés, con un puñado de compatriotas, guio a los indios tlaxcaltecas para combatir contra el pueblo azteca y para que éste cayera en el sitio de Tenochtitlan. Del triunfo de los españoles y de la derrota de los aztecas en medio de los estertores del dolor nació el pueblo mexicano, pueblo que se siente honrado de las dos raíces de su raza, del altivo indio y del arrogante conquistador. Hoy día nos emocionan tanto las manifestaciones arquitectónicas de los pueblos prehispánicos, como todo el acervo cultural que España nos legó.

Los españoles no se quedaron con los brazos cruzados sobre las ruinas de Tenochtitlan; guiando a los indios, levantaron la señorial capital de lo que fue la Nueva España, hoy nuestra esplendorosa Ciudad de México. Después del sitio de Tenochtitlan, los españoles continuaron la conquista hacia los cuatro puntos cardinales de la rosa de los vientos en lo que hoy es nuestra patria.

Probablemente, debido a la rebelión de la confederación chimalhuacana que hubo por el rumbo de Nochistlán, en el estado de Zacatecas, en 1535 vino a las proximidades de nuestro Aguascalientes aquel conquistador de barba rubia, semejante al sol que los indios llamaron Tonatiuh, don Pedro de Alvarado. Cuenta el escritor mexicano don Carlos María Bustamante, que después de la entrada de Cortés a México y cuando los conquistadores avanzaban hacia el norte y occidente de la Nueva España, don Pedro de Alvarado, a la cabeza de algunos españoles y de muchos aztecas y tlaxcaltecas a su paso para Tepic, dio alcance a una multitud de indios armados, más allá de Lagos, a treinta y más leguas al sur de los zacatecos, cerca de un cerro muy alto, pasando el cual encontró hacia

el norte un cenegal de aguas termales, después de tener con el grupo de indígenas una batalla de la cual salieron victoriosos los conquistadores. No cabe duda que esta batalla fue en lo que hoy llamamos el cerro de Los Gallos, estando el cenegal de aguas termales al norte del mismo; por lo tanto, se trata de nuestro amado Aguascalientes y que ni qué don Pedro de Alvarado fue el primer español que anduvo por nuestros rumbos.

Nuño de Guzmán –de triste memoria por su mal proceder– fue presidente de la primera audiencia de la Nueva España, y cuando se le relevó del mando, tal vez por eludir la acción de la justicia, se encaminó con un ejército hacia el norte de México, siguiendo las costas del Pacífico, yendo a Michoacán, Jalisco, Nayarit y Sinaloa, en donde fundó San Miguel de Culiacán. Al pasar por Jalisco, ordenó a uno de sus soldados que fuera con los zacatecos porque tuvo noticias de la existencia de minas de plata por nuestra región y, acompañado de algunos españoles y de muchos indios, pasó por donde hoy es nuestra ciudad de Aguascalientes; este soldado español ostentó el nombre de Pedro Armildez Chirinos, conocido entre los españoles como Peralmindez Chirinos.

En 1548, Juan de Tolosa fundó el real de minas de Zacatecas y estableció un punto de referencia en la geografía de la Nueva España. Posteriormente, el beato Sebastián de Aparicio, siguiendo las veredas indígenas, trazó el camino de carretas de la capital del Virreinato a Zacatecas, o sea, el camino de Tierra Adentro, pasando el mismo por el noreste de nuestro Aguascalientes. Poco a poco fue transitado por aquellos valientes españoles, amantes de ver qué es lo que había al otro lado del cerro que veían en el horizonte.

La geografía de nuestra región ha de haber atraído a muchos colonizadores; despojemos de nuestra mente los edificios, templos y casas de lo que hoy es nuestra ciudad y nos encontraremos con un lugar amable para vivir, pues transitando de sur a norte, por el camino real de las villas que

nos unió con la capital del Virreinato, nos encontramos con un arroyo de aguas torrenciales con cauce profundo, hoy arroyo del Cedazo, avenida Ayuntamiento; pasándolo, empieza un declive que nos conduce a un río de aguas termales, de aguas calientes, río que se encontraba donde hoy es la avenida López Mateos, y continuando, el camino subía a una loma donde hay una meseta; el río de aguas termales contribuía con las mismas al río caudaloso que se le puso por nombre Río San Pedro. En todo este paraje, según cuentan crónicas viejas, hubo muchos bosquecillos de mezquites y tal vez los ríos, los árboles y el cielo azul fueron motivo para que los españoles que andaban por estos rumbos hicieran aquí sus vidas y construyeran sus casas; esta agradable geografía hizo posible que se fueran poblando estos parajes.

El profesor don Alejandro Topete del Valle, ilustre cronista de la ciudad de Aguascalientes, nos decía que fue allá por el año de 1565, cuando por un proveído de la Real Audiencia de la Ciudad de México, al andaluz don Hernán González Berrocal se le concedió merced de tierras donde hoy se encuentra nuestro barrio de Triana; según don Alejandro Topete del Valle, tentativamente los límites del barrio en dicho proveído fueron los siguientes: al norte, el río de Aguas Calientes (hoy avenida López Mateos); al sur, un arroyo seco, que bien pudo ser el Cedazo o el de San Francisco; al oriente, una serrezuela pedregosa; y al poniente, las tierras de un tal López, probablemente donde está la calle de Guerrero.

Don Hernán González Berrocal quemó sus naves y de soldado conquistador pasó a ser horticultor, y en el barrio de Triana formó sus huertas. Su propiedad se fue fraccionando, ya fuera por necesidades económicas o bien por sucesiones; así nació el barrio de Triana, el barrio de las huertas, el barrio que está al sur de la ciudad de Aguascalientes. Nació diez años antes de que, por ordenamiento del rey don Felipe II, naciera la Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes.

Ya cuando don Juan de Montoro y Rodríguez fundó la villa, hacia el sur de la misma, don Hernán González Berrocal, el andaluz, y sus hijos cultivaron las huertas de Triana.

¡Llor a don Hernán González Berrocal, fundador del barrio de Triana!

¿Dónde está mi barrio?

Aguascalientes es pródigo en noches hermosas en las que se ve la profundidad del firmamento; pensemos en una noche de verano, cuando acaba de llover y da la impresión que el cielo ha sido lavado, que los luceros y las estrellas brillan más y en ese mundo maravilloso destaca perfectamente la Vía Láctea, el Camino de Santiago.

La Vía Láctea no es otra cosa sino la galaxia a la cual pertenece nuestro sistema planetario, dentro está nuestro Sol, Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, la región de los asteroides, Júpiter, Saturno, Neptuno, Urano y el último de los planetas, Plutón. ¡Infinitamente grande es Dios y en el universo vemos el testimonio de su existencia! Ahí, en la Vía Láctea, dentro de nuestro sistema planetario, está nuestra casa, la Tierra, planeta en el que parece ser que el Señor se pulió en su creación, pues es único, ya que tenemos maravillosos paisajes, una atmósfera fabulosa que hace lucir el cielo: durante el día, con sus distintos matices de azul, contrastando el espectáculo de las nubes que hacen milagrerío con las formas; en los crepúsculos, con tonos rojo, naranja y de oro, y por las noches, la luna y las estrellas que se hablan de tú con los enamorados.

A nuestro planeta lo podemos catalogar como acuático, porque la mayor parte de su superficie está ocupada por los océanos; de ella emergen cinco continentes, cinco partes que son de tierra y en las que se encuentra asentada la humanidad. Estos continentes: África, América, Asia, Europa y Oceanía

son la casa del género humano. Nuestra patria, México, se encuentra en el continente americano, en la porción norte; atendiendo a las distintas clasificaciones geográficas, siempre estará en la América del Norte, en la parte sur.

Dentro de la división política actual, en el centro de nuestra República está una entidad federativa que es de las más pequeñas, Aguascalientes, el corazón de la patria, por su pequeñez y por su gente bondadosa. Nuestra entidad federativa está rodeada al poniente, norte y oriente por el estado de Zacatecas, y Jalisco por el sureste y el sur. La ciudad de Aguascalientes se ubica en la parte sur del estado, a 26 kilómetros de su límite con el estado de Jalisco; ahí, en aquella Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes que fundara don Juan de Montoro y Rodríguez, ahí está el barrio de Triana, exactamente al sur de la ciudad, donde diez años antes de la fundación de la Villa, Hernán González Berrocal, con la merced de tierras que le otorgó la Corona de España por medio de la Real Audiencia de México, cultivaba hortalizas, frutales, flores y vides; él y sus hijos tenían huertas y en medio de aquellas huertas, al sur de la Villa, donde el cielo es más azul, ahí se levanta el barrio de Triana, ahí está mi barrio.

Calle Enlace

Para empezar a hablar de las calles del barrio de Triana, he escogido la calle Enlace como punto de partida. Probablemente esta calle no es de las principales, pero para mí reviste una importancia extraordinaria y la razón de ello es que mi existencia por primera vez vio la luz del mundo allí; por el hecho de haber nacido en ella, me catalogo como si hubiera nacido en Triana de la frontera, porque señala uno de los límites de la parroquia del Señor del Encino.

El nombre de la calle Enlace se debe a la función primordial de enlazar cuatro de las principales calles del barrio de Triana, o sea la Galeana, la José María Chávez, la Colón y la Doctor Jesús Díaz de León. Tengo noticias, a través de unas escrituras de compra-venta de la casa en que nací, que dicha calle, en la antigüedad, se conocía con el nombre de El Zacate. Actualmente, a partir del año de 1947, la calle Enlace cambió de nombre y se llama Héroes de Chapultepec; exactamente cuando se conmemoró el centenario de la gesta de aquellos muchachos cadetes del Colegio Militar que defendieron nuestra patria con la más pura intención contra la intervención norteamericana; fue exactamente en ese centenario de la batalla de Chapultepec cuando tuvieron a bien las autoridades cambiarle el nombre. Está presente en mi memoria la ceremonia en que las autoridades develaron una placa en la esquina de las calles Enlace y José María Chávez, en la esquina sureste, y en ella se establecía el nuevo nombre de Héroes de Chapultepec.

Las primeras imágenes que tuve en mi vida fueron en esta calle. Cómo recuerdo a aquellos amigos cuando jugábamos en el arroyo de esa calle, que no revestía peligro alguno por la escasez de automotores. Así nos sirvió de campo de juego, para ir conociendo lo que es la vida.

Al otro lado de la casa donde yo nací había una propiedad del municipio, que fue la cárcel de mujeres; nos dábamos cuenta cómo aquellas reclusas eran las encargadas de preparar los alimentos de los reos de la cárcel de varones y aquellas infelices mujeres, cuando estaban haciendo la comida, torteando, se ponían a cantar con mucha tristeza, debido a su situación de privación de libertad. En esta cárcel se cocinaba con leña y muy seguido los camiones la descargaban en la puerta; era un cerro de leña con el cual nos divertíamos, lo mismo cuando les llevaban aserrín, que era usado como combustible y por lo general procedente de la carpintería de Ferrocarriles. Otra de

las estampas que recuerdo con verdadero gusto de esta calle era el amanecer después de una noche lluviosa, corriendo los arroyuelos de agua debajo de las banquetas, el sol brillaba en todo su esplendor, la atmósfera limpia y nosotros jugando con el agua que aún corría.

Calle Enlace, calle donde mi espíritu empezó a tener las primeras emociones de la vida. Con qué ternura un grupo de chiquillos te hicimos un hoyo para enterrar una golondrina, pudiéramos decir, nuestra amiga golondrina, por la semejanza con uno de nosotros, que correteábamos; aquella golondrina volaba con libertad haciendo verdadera acrobacia en los aires y cuando nos la encontramos muerta sentimos gran pesar en nuestro corazón y en aquel hoyuelo la depositamos. Como nos daba dolor que fuera a recibir directamente la tierra, nos agenciamos un vidrio para cubrirla; ahí, en aquel cadáver de pajarito, iba parte de nuestro corazón, de nuestros primeros sentimientos de amor hacia la naturaleza.

Calle Enlace, calle de nuestros juegos de infancia, calle de nuestras primeras amistades, calle en que conocimos lo que fue el cariño, lo que fue la amistad y lo que fue el dolor, porque llegamos a sentir también la muerte de nuestros familiares que acaecía en las casas que la conforman. No todo es dolor, tenía cosas muy agradables para nosotros, chamacos; en la cuadra que ve hacia el norte, entre las calles José María Chávez y Colón, estaba la dulcería de Pachita, quien hacía verdaderos milagros de sabor, dulces tan sabrosos como las bolitas de caramelo con alcohol, las yemitas, las greñudas, los chiclosos, el alfajor, los dulces de leche, hacían verdaderamente la delicia de nuestro paladar; posteriormente esta dulcería se convirtió en la panadería El Pilar. En la siguiente cuadra, entre las calles Colón y de Jesús Díaz de León, mirando hacia el norte, en esa cuadra estaba la dulcería de don Pablo, al que apodaban La Venada, y también él, sus hijos, su esposa y

sus trabajadores, a través de sus actividades, hacían nuestras delicias.

Para mí, calle Enlace, un anfiteatro del mundo, calle donde vi por primera vez la luz del mundo.

Calle Galeana

Comienza en medio de dos templos: Catedral, nuestro máximo templo, y el templo del Ave María; pensando en ella, de norte a sur, vamos escribiendo lo que me trae recuerdos de mi infancia.

Pues bien, después del templo expiatorio del Ave María está la oficina de Telégrafos,* interrumpida la estancia de esta oficina única y exclusivamente por el tiempo que hubo que desalojar una vieja casona para instalarse en la calle José María Chávez y luego construyeron el moderno edificio en el que actualmente se encuentra. El recuerdo de las oficinas de Telégrafos está conectado íntimamente con la época de mi vida de estudiante universitario, pues fue el medio que a mi madre le pareció idóneo para mandarnos dinero quincena a quincena para el sostenimiento de nuestra carrera en la Ciudad de México.

Después de Telégrafos y en contraesquina está un edificio que actualmente es el Hotel Reforma, fue en un tiempo el Colegio Portugal y fue su director el señor presbítero Benito López Velarde; estuve en dicha institución educativa en forma fugaz, en un curso que se llamaba Complementario, que era del mes de septiembre al mes de diciembre o enero, para que aquellos muchachos que terminaban la escuela primaria

* Esta descripción corresponde al año de aparición de la primera edición de este libro. En la actualidad, ya no existen ahí las oficinas de Telégrafos. En su lugar se encuentra el “Patio José Guadalupe Posada”, que exhibe una estructura metálica simulando papel picado con la obra representativa del gran grabador aguascalentense. Es de esperar que algunos de los lugares que el autor describe ya no existan en la actualidad.

no anduvieran de flojos esos meses, ya que el año lectivo en el Instituto de Ciencias comenzaba en febrero. En la esquina que formaban las calles Galeana e Insurgentes viene a mi mente la figura de don Rafael Tavarez y su tienda La Rosa de Oro, la cual aún subsiste; frente a ella había unos laureles de la India muy grandes; después, en la esquina que forman las calles Galeana y de Rayón, esquina noroeste, se encontraba ubicada una construcción vieja que fue el Cuartel de las Palomas. Este cuartel, en la época de don Porfirio Díaz, fue el que alojó una academia militar, a propuesta del general don Bernardo Reyes, que se preocupó, siendo el ministro de Guerra y Marina, para que hubiera un verdadero ejército y por preparar los cuadros de mando de tropa; pero lo que yo recuerdo del Cuartel de las Palomas fue un lugar en que se guardaba la caballada del ejército y nos tocaba ver pasar esa caballada por las tardes, procedente del campo, ya que el regimiento de caballería que tenía por plaza Aguascalientes ahí encerraba sus caballos.

Más adelante, la calle hacía una joroba que era un puente que pasaba sobre el arroyo, donde hoy está la avenida López Mateos; por el lado poniente estaba la huerta de don Ricardo Medina, que es exactamente donde se encuentra hoy día La Comercial Mexicana. Fue una huerta muy grande, llegaba hasta el hospital, era el centro de esa manzana y cultivaba hortalizas y frutales; el aspecto de la huerta fue agradable, aunque lo afeaba el arroyo, ubicado en la parte norte, que servía para llevar las aguas negras de la población.

Don Ricardo Medina, hombre de baja estatura, tez blanca, cara un tanto redonda, usaba espejuelos que le hacían ver sus ojos pequeños; su pantalón de cintura, camisa de gabardina, sombrero Panamá; fue todo un señor hortelano que cuidó con esmero su huerta; él proporcionaba al barrio hortalizas y frutas y también hacía las delicias de una buena mesa porque era vitivinicultor. Recibió todas esas enseñanzas de los secretos que se necesitan para atender una huerta de su señor padre,

otro de los hortelanos de fama del barrio de Triana. Una de las glorias de don Ricardo fue ser sobrino del tercer señor obispo de Aguascalientes, José de Jesús López y González, ya que don Ricardo se apellidaba Medina López; fue un magnífico padre de familia y pilar de la misma, forjó hogares felices y también tuvo un hijo profesionista que fue químico industrial, de nombre David.

Más delante, en la esquina que forman las calles Galeana y Héroes de Chapultepec, estuvo una tienda de abarrotes atendida por don Ignacio Esparza y su hijo David, ambos ya fallecidos. Don Nacho fue un hombre trigueño, usaba bigote tipo porfiriano; cuando yo lo conocí, ya era una persona de edad y atendía con diligencia su tienda de abarrotes que se llamó La Batería; por ahí nos dábamos nuestras escapadas para comprar cohetes de los que llamábamos “palomas” para hacer nuestra boruca a través del estallido de éstos.

Continuando, al fin de la calle Galeana se encontraba el Hospital Miguel Hidalgo. Este hospital llenó una etapa de asistencia médica a la sociedad de Aguascalientes; su construcción la podemos catalogar como neoclásica por sus ventanas, su cantera un tanto austera en los marcos de las ventanas, y tenía un segundo piso que estaba en la parte central del primer piso, pues no era toda la edificación de dos pisos. En la parte alta del segundo piso estaba un reloj hacia el jardincillo de enfrente que nunca estaba a tiempo.

Dos cosas impactantes para nosotros, siendo niños, de este hospital, fueron el anfiteatro donde iban a descansar los cuerpos que requerían de la intervención de los médicos legistas a través de la autopsia y las personas que fallecían en el hospital. En más de alguna ocasión estuvimos en ese anfiteatro viendo los restos de las personas, lugar que nos hacía filosofar acerca de lo que sería el hombre en el más allá. También una sección de ese hospital que era estrujante para nosotros era donde tenían reclusos a los dementes; naturalmente que por sus extravagancias

nos hacían reír, pero su semblante con ojos vidriosos, despeinados, mal vestidos, con harapos, nos hacía estremecer el alma. En su época, el Hospital Hidalgo llenó una etapa de seguridad en materia de salud para nuestra población. Hoy día, en el mismo lugar en que estuvo aquel vetusto hospital que naciera a fines del siglo XIX, está el actual hospital escuela de la universidad, que se llama también Miguel Hidalgo, porque su nombre es Hospital Universitario Miguel Hidalgo.

Hablar de la calle Galeana es hablar de las vecindades que cumplieron con la misión de ser multifamiliares, de resolver el problema de casa a los habitantes de escasos recursos; en estas vecindades poseía cada familia un cuarto y una cocina. Las relaciones humanas entre la gente que ahí vivía no siempre eran cordiales, pues eran gente de armas tomar y hubo ocasiones que hasta batallas campales tuvieron; pero, eso sí, una cosa de llamar poderosamente la atención era la unión entre todos sus habitantes en los casos de desgracia. Cuando alguien estaba enfermo y no tenía recursos para comer, sus demás vecinos buscaban la forma, y aquel enfermo y su familia tenían qué comer; si desgraciadamente fallecía, entre todos auxiliaban a la familia en gastos de funerales; si lamentablemente quedaban pequeños huérfanos, entonces tenían sus tutores de inmediato, porque aquellas familias socorrían a los huérfanos y se quedaban con ellos como si fueran sus hijos y los educaban hasta hacerlos hombres de bien.

Así pues, si los habitantes de aquellas vecindades eran un tanto folclóricos en su manera de ser en cuanto a sus rencillas y disgustos, cabe subrayar que todos ellos tenían corazón de oro como gente, como seres humanos, como personas que veían por los demás en los momentos de tragedia y en los momentos de angustia. Había tres de esas casonas grandes, muy grandes, que sirvieron de multifamiliares en la calle Galeana, una que se conocía como vecindad de la Parra, la otra la vecindad del Arquito y la vecindad Grande. Hay una leyenda en el sentido

de que frente a la vecindad de la Parra vivía una mujer llamada doña Alejandra, que comentaban era muy rica y sacaba a asolear sus monedas de oro para que no se enmohecieran. Las vecindades satisficieron, pues, un momento de necesidad habitacional en nuestro medio.

En la calle Galeana también hubo zapateros, por allá, cerca de los arquitos que estaban antes de llegar al hospital, los cuales veían hacia el oriente, había un zapatero, don Graciano Ramírez, y donde desemboca la calle Enlace en Galeana, justo enfrente, estaba don Pancho Macías con sus hijos Pepe y Paco, todos ellos, mis grandes amigos, ya partieron al viaje sin retorno.

Dulcerías también hubo en la calle Galeana, estaba don Cuco García y su hijo don Nacho, así como don Heliodoro Rangel; estos dulceros cómo nos deleitaron con sus alfajores de coco, con sus dulces de leche, con las bolitas de caramelo, con tantas confituras que ellos supieron hacer. Esto fue la calle Galeana en mi infancia.

Calle José María Chávez

Esta calle de Aguascalientes da la impresión de que hacía las funciones de Camino Real, si unimos la calle José María Chávez con la 5 de Mayo, no es otra cosa sino el camino que cruzó nuestra población y que unía los minerales de Zacatecas con la capital del Virreinato. Así pues, la calle José María Chávez es una calle que fue el Camino Real. Antes de llevar el nombre del ilustre gobernador liberal, la calle tenía el nombre del Obrador y esto se debía a que exactamente en ella estaba el taller de carrocería de don José María Chávez.

Hagamos un paseo por esta ruta de norte a sur: en el inicio se angostaba porque la cerraban el Palacio de Gobierno y el edificio colonial de lo que fue el Banco de Aguascalientes, entonces, hacia el norte estaban estas dos casonas. Recordamos

cómo, por la acera donde estaba el Banco de Aguascalientes, había establecimientos que le daban una fisonomía muy particular; se encontraba el negocio de los Díaz Torre, un negocio de comisiones sobre cereales y semillas. Ahí fue donde conocimos, siendo yo aún pequeño, a don Julio y a don Benito Díaz Torre, españoles que se acercaron entre nosotros, tal vez simulando a don Francisco de Rivero y Gutiérrez, españoles que de corazón fueron aguascalentenses. Enseguida, por la misma acera, nuestros oídos de infantes percibían el rítmico ruido que producían las prensas de la imprenta de los hermanos Rodríguez Romo, el cantar de aquellas máquinas que producían cultura y relaciones sociales a través de sus impresos. Seguía la escuela María Antúnez, donde por primera ocasión sentimos lo que fue tener obligaciones; ahí tuve yo mis primeros conocimientos, porque había un curso de jardín de niños al que asistí y además había escuela primaria hasta el cuarto año. Su directora, la señorita Conchita Macías, fue mi maestra de kínder, así como la señorita Pachita Márquez. En esta escuela fue donde nos dimos cuenta de cómo trágicamente había muerto aquel aviador mexicano Francisco Sarabia, porque buen cuidado tenía la señorita Conchita de tenernos al tanto de lo que pasaba en nuestro mundo.

Seguían algunas casas de comisionistas en granos y semillas, como la de don Francisco Macías Alonso y Alfredo Hinojos. En la siguiente cuadra estaba antes el mesón del Refugio, todavía nos tocó ver por la calle José María Chávez cómo entraban recuas de mulas y burros cargados de mercancías, parecían arrancados de estampas de otras épocas y llegaban al mesón del Refugio, propiedad de don Refugio Veloz. Esta parte de la primera cuadra de la calle José María Chávez se ensanchaba en el centro; había dos prados con rosales, platanillos, con palma laurel, y detrás del Palacio de Gobierno estaba un corralón que era el pie mostrenco; después seguían casas habitaciones, que eran de varios señores; recuerdo la de don

Pascual de Alba. Frente a estas casas estaban plantados unos árboles de laureles; donde termina la primera cuadra, me platican que estuvo una fuente que se llamó la fuente del Obrador, tan sólo la conozco a través de fotografías. Se proveía de agua por un acueducto que atravesaba subterráneamente el barrio de Triana, procedente del Cedazo; así pues, esta agua de la fuente del Obrador fue agua potable. En el cruce de las calles José María Chávez con Hornedo, hacia el oriente, y Rayón hacia el poniente, se encontraban dos cantinas con clientela distinta cien por ciento: la cantina que estaba en la esquina suroeste era El Salón Coronita y a ella acudía gente de nuestro pueblo; había billares y también cantina; y en contraesquina, o sea, en la esquina noreste, se encontraba El Puerto de Mazatlán, propiedad de Ramoncito Navarro. Aquella cantina más bien parecía un ateneo cultural en sus reuniones del medio día, por la importancia de los temas que discutían los parroquianos.

Hacia el sur, en forma ascendente, la calle José María Chávez describe una curva; en estos tramos vivieron familias que formaban un núcleo muy importante del barrio. Por último, al final de la calle José María Chávez se encontraba la tienda de los Cinco Señores, antes de llegar al arroyo del Cedazo; esta tienda fue famosa a fines del siglo XIX porque era el lugar al que iba a libar Gorgonio Esparza, uno de aquellos matones, y se embriagaban tanto él como su caballo, al que le daba mezcal.

No puedo terminar de hablar de la calle José María Chávez sin pensar en la figura de quien fue el último auriga de Triana, don Ampelio, un viejo hombre cochero que daba servicios de su carruaje como si fuera taxi; todos los días pasaba por la calle José María Chávez para apostarse a un costado del Palacio de Gobierno.

Así fue la calle José María Chávez en la época de mi infancia.

Calle Cristóbal Colón

Esta calle, junto con Galeana, José María Chávez y Díaz de León, son las cuatro principales que comunican el barrio de Triana con el centro de la ciudad. Indudablemente, lleva el nombre Colón para honrar al almirante genovés que descubrió América, pero en un pasado no muy remoto, el nombre de esta calle fue el de La Cárcel. Se llamó así porque en su primera cuadra, en la manzana donde están los Palacios de Gobierno y Municipal, se encontraba la principal cárcel de nuestra ciudad.

La calle Colón se inicia en la parte oriente del Palacio Municipal, seguía con la cárcel a la que me referí y que afortunadamente ya desapareció. En la esquina que formaban las calles de Palmira con Colón, hasta hace poco había unos arcos, unos portales, sin mayor atractivo arquitectónico, pero al fin y al cabo esos arquitos daban fisonomía a la calle. Según tengo entendido fue donde estaban esos arquitos el primer edificio multifamiliar que hubo en Aguascalientes, porque se prolongaba la construcción por la calle Palmira, varias decenas de metros; recuerdo que este edificio fue de los señores Aizpuru. Seguimos caminando por la calle Colón de norte a sur, ya casi en los linderos del barrio nos encontramos con dos tiendas de abarrotes que llenaron toda una época; una aún subsiste, se trata de la tienda El Puente y la otra La Bicicleta. En El Puente siempre vi a don Alberto Andrade, primero, como empleado –pero no me acuerdo quiénes eran los dueños–, después, como propietario de la misma, y actualmente son sus sucesores quienes tienen su posesión. Cabe hacer notar que en el Museo Guadalupe Posada, que se encuentra a un lado de la Parroquia del Señor del Encino, hay una muestra de grabados de Guadalupe Posada y ahí vi una tarjeta en que se hacía referencia a la tienda de abarrotes El Puente, ubicada en la calle La Cárcel, por lo tanto, calculo que esta tienda con ese nombre tiene más de un siglo.

En mi infancia, frente a la tienda El Puente, estuvo otra que se llamó La Bicicleta, fue su propietario don Pedro Velasco; esta tienda de abarrotes tenía la peculiaridad de que en una parte de ella se vendían bebidas alcohólicas y tenía un apartadito propio para mujeres, para que fueran a tomar sus amarguitos contra los corajes que hacían. Recuerdo a don Pedro Velasco como un hombre bajo de estatura, trigueño, con nariz aguileña, caniento, con gran bigote, usaba una especie de mandil cuando estaba despachando en su tienda y era muy de él, cuando entregaba el cambio de las compras, decir al cliente “Puños y después contamos”. Posteriormente, en este lugar donde estuvo la tienda La Bicicleta, estuvo la lechería llamada San Francisco, que fue propiedad de don Isidro Parada; como un agregado diré que me enteré que don Pedro Velasco tuvo un hermano, Arcadio, que fue un tipo muy pintoresco, cuya principal actividad fue hacer escrituras privadas. En mis primeros años de notario me ha tocado tener en mis manos antecedentes documentales hechos por Arcadio Velasco.

Siguiendo hacia el sur encontramos inmediatamente después de La Bicicleta, el lugar donde una mujer vendía exquisita cena a base de antojitos mexicanos, ella se llamaba Valentina y hacía por las noches las delicias de los paladares de los aguascalentenses. Adelante, por la misma acera donde estaba La Bicicleta y la cenaduría de Valentina, se encontraba el mercadito Isidro Calera, principal centro de abastos de los hogares de nuestro barrio. Tenía unas graditas para subir a una plataforma donde había un tianguis y al fondo estaba un lugar techado en el que había verdulerías; este mercadito fue muy surtido. En las noches, junto a las graditas aquellas, se instalaba un birriero, a quien le decíamos El Pilo. Aún hoy en día sus sucesores se dedican a esta actividad y se encuentra en la avenida López Mateos, entre Guerrero y Matamoros.

Frente al mercadito, en la acera que ve hacia el oriente, estuvo la maicería de don Manuel Ibarra, un hombre alto, ro-

busto, que se dedicaba a la venta de maíz y frijol. Caminando rumbo al sur llegamos hasta la esquina que forman ahora las calles de Profesora Vicenta Trujillo –antes Minerva– y Colón; ahí se encontraba la tienda La Sonrisa, propiedad de don Lamberto Landeros. La calle Colón continuaba hacia el sur, para irse a perder por allá, por el arroyo del Cedazo.

El licenciado don Manuel Varela Quezada, a quien con afecto le llamo compadre y que fue un gran conocedor de las tradiciones y estampas de nuestro barrio, me platica que exactamente por ahí, por el cruce de las calles Hornedo y Colón, llegaban, con motivo de las fiestas del trecentario del Señor del Encino, imágenes de santos procedentes de otras parroquias, las acompañaban grupos de danzantes y de peregrinos y había una ceremonia en la que el santo Señor del Encino le daba permiso a la imagen visitante de entrar al barrio de Triana.

Calle Doctor Jesús Díaz de León

Esta calle es de las calles grandes que unen el centro de la ciudad con nuestro barrio, actualmente lleva el nombre de Doctor Jesús Díaz de León para honrar a uno de los sabios que nació en el barrio de Triana, pero que, por circunstancias especiales, desarrolló su vida en el centro de la ciudad. El doctor Díaz de León fue un gran filólogo, se dedicó al estudio de las lenguas muertas, en especial griego antiguo, latín y también arameo, y fue un gran sabio, un gran médico, por eso se llama esta calle como él, pero antes se le conoció con el nombre de Washington para recordar al libertador de Estados Unidos, y allá por los primeros años del siglo xx llevó el nombre de calle de Los Gallos.

De norte a sur, esta calle empieza por el Cine Colonial, lo que hoy es el Jardín de los Fundadores, en la esquina que forman las calles Juan de Montoro y ésta. El Cine Colonial trae a mi mente cuando, en compañía de mi primo hermano, Ricardo

Ramírez, nos íbamos los jueves en época de vacaciones, previa autorización paterna, a las funciones de “al dos por uno”, a nuestra democrática galería. No podemos dejar de recordar las golosinas que vendían a la entrada del cine, como los dulces, las semillas y unas muy ricas gorditas de papa con chorizo, adornadas ya fuera con repollo o con lechuga, a las que les llamábamos esmeriles; yo creo que éstas han de haber sido verdaderas colonias de microbios que ocasionaban enfermedades, pero tal vez nosotros éramos inmunes, ya que nunca nos enfermamos a causa de estas golosinas. De las funciones cinematográficas, se me quedó grabada una en que vimos las películas *Águila o sol* y *Así es mi tierra*, protagonizadas por el mimo nacional, Mario Moreno, Cantinflas, fueron de sus primeras películas, ya que después llegamos a ver en ese cine *Los tres mosqueteros* y *Romeo y Julieta*, también protagonizadas por él.

Siguiendo por la calle que nos ocupa, hacia el sur y en la esquina que forman las calles Hornedo y Díaz de León, esquina noreste, se encontraba la panadería de las señoritas Codina; cuando piensa uno en estas señoritas, recuerda el dueto Codina que formaban dos de ellas y que tenían una voz bien timbrada, esto las llevó a obtener el primer lugar en un concurso de aficionados en la catedral de la radio de Latinoamérica, la XEW, en la calle Ayuntamiento de la Ciudad de México. Por estas mismas épocas, mi muy querido ahijado, el licenciado Horacio Westrup, también triunfó en un concurso de aficionados con la pieza de Rigoletto, *Ríe payaso*.

Continuando, nos encontramos con el lado oriente del mercadito Isidro Calera; en este lado, que ya correspondía al tejaban que describí cuando hablé de la calle Colón, se encontraban los negocios de Hilario, el esposo de La Chata Escalante, que se dedicaba a la maicería, a la venta de granos y semillas.

Al empezar la parte techada estaba un puesto de un hermano de La Chata, José Escalante, padre de Salvador; José tenía actividades al alimón porque temprano vendía verduras y du-

rante el día se dedicaba a la carpintería, por cierto, muy buen carpintero, aptitud que heredó su hijo Salvador, quien hoy día tiene su taller en la calle Profesora Vicenta Trujillo. Acordándome de estas personas no puedo olvidar a alguien que en mi casa quisimos mucho y que fue lavandera, y en ocasiones hizo las veces de nana, doña Isidra, tía de los Escalante. Cómo quisimos a doña Isidra, cómo guardamos recuerdos gratos de esta mujer que llegó a formar parte de mi familia, porque así la llegamos a ver. Junto a los puestos que estaban bajo el tejabán, ya para llegar a la calle Díaz de León y a un lado de ellos, estuvo una tienda de abarrotes del señor Ismael Díaz, que se llamó El Muelle.

Frente al mercadito estuvieron dos establecimientos comerciales, uno, Las Olas Altas, que fue tienda de abarrotes; sus propietarios, que yo me acuerde, fueron también Ismael Díaz en una época, don Rafael Salado y los hermanos Acero Díaz. Fue una tienda muy bien surtida, se ubicaba en la esquina que formaban las calles de Mina y Díaz de León. Junto a Las Olas Altas estaba la mercería La Económica, que también fue un lugar en que las amas de casa se proveían de hilos, de agujas, de botones, encajes, todo lo propio de su ramo; junto a La Económica, rumbo al norte, estaba una maicería, no estoy seguro si fue de los Olmos. Pasando la bocacalle de la desaparecida calle Mina, está la cantina de Los Lirios, que fue de don Pancho Velasco, papá de un entrañable amigo, Héctor Velasco Tamayo.

Del mercadito hacia el sur, rumbo al barrio de Triana, la calle va en ascenso y en las esquinas de las calles de Enlace, hoy Héroes de Chapultepec, y Jesús Díaz de León estaba una tlapalería que fue del señor don José Guerrero. Esta tlapalería tuvo por último nombre La Occidental, pero en la época de mi infancia tenía un nombre que se refería a una diosa de la mitología griega, La Venus.

La Venus era para nosotros un establecimiento donde conseguíamos aguarrás y pintura, cosas que necesitábamos para culminar los objetos que hacíamos para jugar, porque después

de nuestra afición por la carpintería y hacer camioncitos con trocitos de madera que adquiríamos del aserrín que llevaban a la cárcel de mujeres, terminábamos pintando el camioncito, y corriendo íbamos a La Venus por un tarrito de vidrio o una cajita de lámina de grasa para bolear y pedíamos un diez o un veinte de pintura para terminar lo que hacíamos, que eran aviones y barcos, y les dábamos un toque final muy a nuestro gusto a través de la pintura. Ahí conseguíamos materiales para nuestros trabajos manuales de la escuela: aceite de linaza, tierra Cassel para pintar los mueblecitos que hacíamos; total, veíamos nosotros en La Venus una tlapalería que venía a dar el toque final de alegría a nuestras creaciones infantiles.

Adelante de la tlapalería se encontraba una gran casona, ubicada en la acera que ve hacia el poniente, entre las calles donde desemboca la calle de Enlace y la calle del Sol; una temporada se llamó Profesora Enriqueta González Goytia. Esta casa fue la Unión de Mecánicos y representó el movimiento obrero mexicano, porque las uniones, a principios del siglo XX, fueron los organismos obreros que defendieron los intereses de éstos, y esta Unión de Mecánicos agrupaba a los mecánicos de los talleres que los Ferrocarriles Nacionales de México tenían en esta ciudad. La historia del sindicalismo en México registra las uniones de los obreros a principios del siglo XX como un movimiento tendiente a reivindicar a esta clase en sus derechos más elementales en su calidad de humanos. De este gran edificio, dos cosas recuerdo: una, que fue salón de patinar porque se aprovechaban sus patios grandes, ahí nosotros íbamos con nuestros patines Torrington para divertirnos; también recuerdo que en estos patios hicieron pista de baile para personas de clase demasiado humilde. Actualmente, ese edificio es el Jardín de Niños Profesora Vicenta Trujillo, y de esa casona salió huyendo con un tobillo falseado el guerrillero cristero José Velasco, por haber saltado desde la azotea, para después ser muerto a balazos en la calle Colón; esto fue en el año de 1935.

Caminando por la calle Doctor Jesús Díaz de León hacia el sur, pasando la calle del Sol (en la que también hubo unas vecindades y que un tiempo llevó el nombre de Profesora Enriqueta González Goytia, una de las personas sabias de nuestro barrio, maestra de mis generaciones en el Instituto de Ciencias), nos encontramos con lo que fue el embrión de la fábrica de muebles cromados J. M. Romo, aunque el primer tallercito estuvo en la calle del Sol. Aquellos dos hermanos Juan María y Jesús María fueron llamados así por una manda que su mamá ofreció de llamar a todos sus hijos con el nombre de María. Juan María y Jesús María, los dos ya fallecidos; Juan María fue mi compadre, muy querido, y Jesús María fue el gerente de esa gran fábrica que significa una unidad económica, muebles cromados J. M. Romo.

Siguiendo hacia el sur, pasando la desembocadura de la calle Minerva, hoy Vicenta Trujillo, a mano derecha estuvo una panadería que proveyó de este alimento a nuestro barrio, la panadería de don Luciano Macías, persona que tuvo buen papel en la vida del barrio, porque nos dio a todos el pan nuestro de cada día.

Pasando la panadería de don Luciano llegamos al lado oriente de la plazuela del Encino. Entonces, junto a la parroquia, donde hoy es el Museo Guadalupe Posada, estuvo la Junta Local de Caminos; fue jefe de dicha Junta el ingeniero Francisco López Lamadrid, papá del ingeniero Jorge López Yáñez.

Al lado oriente de la plazuela, que forma parte de la calle Díaz de León, en la esquina con Abasolo, estuvieron unos billares que fueron de la familia del empresario taurino Carlos González; me parece que se llamaron Primero es Triana.

En la otra esquina, frente a los billares, estuvo una tienda de abarrotes en la que se proveyó nuestro barrio de estos satisfactores, me estoy refiriendo a la tienda La Mexicana. Mi padre me platicó que en su infancia La Mexicana se llamó La Feria de las Flores y su propietario fue don Valentín Muñoz; mi

padre trabajó en dicha tienda detrás del mostrador en calidad de dependiente abarrotero.

Al pasar esta tienda, por esa misma acera, está una casa que fue muchos años de Zanaida Hernández Villalobos, le decíamos La Chata Zanaida, y al otro lado de ella estuvo la casa de mi abuelito paterno, don Ladislao Villalobos; con qué agrado iba yo a esa casa a visitar a mi tía María y a su hermano, mi tío Fidencio. Entraba a la casa de mi abuelito y recuerdo cómo en el patio había dos magueyes y en un rincón del patio un pozo con su brocal; luego la sala, unas recámaras, un pasillo y una cocina que estaba humeada en virtud de que cocinaban con leña; una puerta semidestruida, con sus tableros ya flojos; al fondo del pasillo y detrás de esa puerta estaba uno de los lugares más agradables de mi infancia: el corral de la casa de mi abuelito. En él había un mezquite, en el primer patio había una higuera, en el segundo, un mezquite mucho más grande y otra higuera, y al fondo del corral un excusado de pozo. Entonces, en mis párvulos años, rampaba por el mezquite como si fuera una fierecilla al subirme a las ramas más altas de este árbol; para mí era una cosa muy agradable de hacer.

Frente a la casa de mi abuelo paterno, esquina con el jardín, vivieron las señoritas Barba, hermanas de don José Barba, el dueño de la cadena de tiendas La Quemazón. En más de alguna ocasión entré a esa casa; en su segundo patio tenía un cuarto grande, largo, oscuro, y en esa bodega, al fondo, había una puerta que cuando se abría parecía que daba acceso a la gloria, pues, después de aquella oscuridad, de pronto aparecía el edén que fue esta huerta. Junto a la puerta, pero ya en el lado de la huerta, amarrados a un árbol, tenían unos perros corrientes muy bravos, de esos perros que en cuanto lo veían a uno se ponían a ladrar e infundían miedo y se necesitaba la presencia de alguien de la casa para poder entrar a la huerta.

Después de la huerta de las señoritas Barba, estaba otra que tenía la entrada por la calle Díaz de León, la huerta de los

Badillo, muy bonita huerta también. Ahí terminaba la calle Díaz de León, con otro vergel, la huerta de Los Chinos. Así pues, esta calle tenía esta fisonomía, estas características, también se iba a perder por allá, por el arroyo del Cedazo, estando al otro lado el barrio del Hueso, cerca de donde actualmente se encuentra el Seguro Social.

Calle Profesora Vicenta Trujillo

Esta calle es una de las entradas al barrio de Triana y ha sido dedicada a la sabiduría porque me acuerdo que en mi infancia se llamó calle Minerva, que en la mitología romana fue la diosa de la sabiduría; esta calle es actualmente llamada Vicenta Trujillo, nos recuerda a una de las grandes maestras que ha tenido Aguascalientes, la profesora a quien, con un cariño entrañable, generaciones que aún no la conocíamos, le llamamos con respeto Vicentita Trujillo. El campo de acción de esta maestra fue la Escuela Normal del Estado; ella vivió muchos años en la calle Minerva, en una casona que se ubica entrando a la calle que lleva su nombre, rumbo al barrio del Encino, en la cuarta casa a mano derecha. He ahí la razón por la que esta calle lleva el nombre de tan preclara mentora. Ahí también vivieron personas que con su presencia daban prestigio a nuestro barrio, por ejemplo, don Fernando Brand, uno de los señorones del barrio y todos lo vimos con mucho respeto.

En una casa que está en la esquina de José María Chávez con Vicenta Trujillo vivió don Pancho Álvarez, otra de las personas que le dieron fisonomía al barrio. En la segunda cuadra de la calle Vicenta Trujillo, en la acera que ve hacia el sur, en la parte media, vivió uno de los locos geniales de nuestro barrio, Pedro Castañeda. En la esquina de José María Chávez y Minerva estuvo la tienda La Guerrilla, propiedad de Alfonso Dávalos. Esta calle da entrada a Triana y en su segunda cuadra entronca

la calle Ancha, calle de la Asamblea, actualmente calle Profesor Eliseo Trujillo, hermano de Vicentita.

Dentro de mi mente infantil, la calle Minerva parecía como si fuera un límite audaz de mi existencia, pues yo no me atrevía a jugar más allá de ella, y cuando la trasponía, es porque iba en compañía de alguno de mis mayores. Recuerdo cómo hacíamos camioncitos con tiritas de madera y les amarrábamos un hilito; la aventura audaz consistía en darle la vuelta a la manzana, salíamos por la calle de Enlace para continuar por José María Chávez, dar la vuelta por Vicenta Trujillo y bajábamos por Colón, para de nuevo entrar a la calle de Enlace.

Calle Vicenta Trujillo, calle de entrada al corazón del barrio de Triana.

Calle Profesor Eliseo Trujillo

Creo que una de las estampas más agradables de las calles de nuestro barrio es la que lleva el nombre del Profesor Eliseo Trujillo. Pensemos que estamos parados en la calle Vicenta Trujillo, antes Minerva, exactamente donde desemboca Eliseo Trujillo, la cual es de dos cuadras; lleva el nombre de un profesor que hizo época a principios del siglo XX, hermano de la maestra Vicentita, calle que antes conocían con el nombre de calle Ancha, porque, en efecto, era la que más ancha en dimensiones había entre las de Triana, y noticias tengo que antes de que llevara este nombre se le denominó calle de la Asamblea.

A nuestras espaldas está una de las salidas de la factoría de Chito Romo, antes La Temperancia; ésta fue en Aguascalientes el antecedente inmediato anterior de los Alcohólicos Anónimos. Todas aquellas personas que se querían retirar del exceso de las bebidas alcohólicas, de las bebidas espirituosas, se hacían socios de La Temperancia. Para distraer sus ocios formaban cuadros teatrales y en un saloncito de esta casa, que

fue de los Castañeda, representaban sus obras, muchas de ellas fueron juguetes cómicos que en una forma sana divirtieron a la gente de nuestro barrio.

De frente se ve en toda su belleza la calle Ancha; recuerdo cómo tenía arriates a un lado y a otro, y árboles junto a la banqueta. A mano izquierda, la escuela Benito Juárez, hoy secundaria José María Chávez; en esa escuela hubo maestras de talla de Carmen Morones, que ilustró a nuestra niñez del primer tercio del siglo XX en una forma sabia, tal vez con muchas exigencias y disciplina.

Frente a la escuela Benito Juárez, es decir, a mano derecha, hubo una casita pequeña en la que vivía una señora, La Güera Mercedes, mamá de don Nicho González, taxista y que hacía un exquisito atole blanco. En varias ocasiones mi madre me llegó a encargar que fuera a comprar y para no cansarme, según yo, tomaba un camioncito de madera, un juguete, y lo iba arrastrando con un hilito y en la otra mano una olla para el atole. Qué tiempos aquellos en que estas cosas tan sencillas como un atole blanco sabían a gloria. Por ahí, en esta acera, mi abuelo materno, el licenciado Refugio Palos, llegó a vivir en una de estas casas.

Al fondo de la calle, a mano izquierda, se ve primorosamente el templo del Señor del Encino, templo que guarda el Cristo que preside la vida de todos los habitantes de aquel rumbo. Junto al templo, pero al fondo, la fronda de los árboles del jardincillo de Triana, y a la derecha, frente al jardín, casas señoriales, como también la casa que se ve al fondo de la calle Ancha o calle de la Asamblea. La calle Ancha, tan ancha, tan ancha, que cabe en ella todo el cielo del mundo.

Calle de la Alegría

Para ir a la calle de la Alegría, estando parados en la fuente del jardín de la plazuela de Triana, tenemos que irnos por el pasillo, bajo las frondas, rumbo a la tienda La Mexicana, es decir, esquina sureste del jardín para llegar a la calle Abasolo y a escasos cien metros de donde está La Mexicana empieza la calle de la Alegría; actualmente esa calle lleva el nombre del poeta del toreo Alfonso Ramírez, El Calesero. Qué calle tan típica ésta de la Alegría; empieza describiendo una curva, y por lo tanto no se ve el fondo de la calle. Ahí donde está esa curva aún quedan casas que son características de nuestro barrio, ahí está el Colegio de Notarios. La curva no es muy grande, pero en cuanto sale uno de ella, al fondo se ve la fachada de la casa de acceso a la huerta que fue del licenciado Carlos Salas Calvillo. Donde termina la curva está el callejón de Pesado, que a su vez describe otra curva, y a poco andar por la calle de la Alegría, pasando el callejón, está otro que lleva el nombre de callejón de la Fortuna. Pues bien, esta calle de la Alegría cómo la sueño, con su adoquín en el piso, con sus casas blanqueadas, sus puertas y pesadas ventanillas de madera de mezquite, con sus clavos y aldabones, muros de cantera e iluminada esta zona con faroles. Qué primorosa se veía la calle de la Alegría.

¿Por qué se llamaba calle de la Alegría? Bueno, por ahí conozco una opinión de mi tío abuelo, el profesor don José Ramírez Palos, quien decía que se llamó así porque en una ocasión, aquellos andaluces que tenían sus casas en la misma, como tenían huertas grandes detrás de sus casas, sin previo concierto, todos sembraron melones y se dieron cuenta de esta circunstancia cuando recogieron el fruto; además, no tenía mercado. Entonces, por las noches, en las puertas de sus casas, obsequiaban la fruta a cualquier viandante, y luego, a alguien se le ocurrió sacar una mandolina, a alguien una guitarra, otros cantaban y

todos disfrutando de la fruta, de la música y del canto y ¡olé! La calle de la Alegría.



Colegio de Notarios, calle de la Alegría.

Calle del Águila

Hablo de la calle del Águila, lisa y llanamente porque tuve en mi infancia estampas muy agradables en ella. Entonces, menciono las calles del barrio de Triana en las que yo tuve vivencias que han quedado grabadas en mi mente, en las que está un pedazo de mi corazón.

Se llama calle del Águila probablemente porque con este nombre se trata de honrar a uno de los símbolos de nuestra nacionalidad, nuestro escudo; recordamos que éste fundamen-

talmente es un águila que fue tomada del Códice Mendocino en relación con la fundación de la gran Tenochtitlan. Si eso se pretendió al poner este nombre a la calle, enhorabuena, magnífico, porque es una calle que en su nombre denota nuestra mexicanidad dentro del barrio de Triana.

Con el permiso de las personas que viven en esta calle, diré que también se le conoció con el nombre de Callejón del loco Tavaréz, y digo que con permiso de sus moradores porque bien sé que les disgusta el nombrecito, pero como un aliciente, hay que pensar que sí se refiere el antiguo nombre a un demente. Los locos del barrio de Triana todos han sido geniales, si se llamó Callejón del loco Tavaréz es tal vez porque mereció aquel demente que tenía este apellido que una de las calles llevara su nombre.

La calle del Águila tiene una orientación de este a oeste, es angosta y calculo ha de tener un poco más de doscientos metros de largo. En su extremo oriente está la calle Josefa Ortiz de Domínguez, antigua de Los Olivos, y en el extremo poniente la calle 16 de Septiembre, antes de la Estrella.

Las casas de la calle del Águila, en la época de mi infancia, fueron de adobe y en una forma espaciada por bardas de huertas que ahí hubo, tanto en una acera como en la otra. Ahí vivieron personas a las que pudiéramos ponerles el calificativo de patriarcas; recuerdo cómo, con mucho respeto, veían a don Carlos González, a don Rafael Camarillo, al profesor Segovia, e indudablemente también vieron como patriarca a alguien que llevo muy prendido en el corazón, a un gran humanista, a un gran hombre que fue mi tío el profesor don Juan H. Ramírez Martín del Campo. Los antiguos pobladores de esta calle los veían a ellos con mucho respeto, como sus protectores, como sus voces ante las autoridades, no se sentían en desamparo con el auxilio de estos grandes señores que ya fallecieron.

Don Carlos González, un hombre entregado por completo a su trabajo, supo ser ejemplo vivo de bondad; don Rafael Camarillo, industrial, quien probablemente fabricó por primera

ocasión en Aguascalientes los triciclos para transportar mercancía; la familia de los Segovia, adalides en la educación, casi todos ellos se dedicaron a la docencia; qué no diré de alguien que quise con toda el alma y que su recuerdo me emociona, mi tío Juan, hombre también muy humanitario, un hombre muy cabal, culto, que fue ejemplo dentro de todos nosotros los de su familia, sencillo, bondadoso, alegre, de sensibilidad profundamente humana.

Cuando hablamos de la calle del Águila pienso en mis primos; con qué alegría llegaba yo a su casa. Solicitaba el permiso de mis padres para ir a pasar mañanas enteras con ellos en la época de vacaciones, en julio y agosto, y recorría mi camino de la calle Enlace por Colón, daba vuelta por la calle del Sol hasta llegar a la calle de la Estrella. Ahí recuerdo aquella tienda Xochimilco, en la esquina, y entonces entraba por la calle de la Estrella para dar vuelta casi en una carrera por la calle del Águila, para llegar sin aire hasta el zaguán de la casa de mi tío, gritándoles a mis primos para ponernos a jugar.

¡Qué hermosas experiencias en aquella casona! Cuánto nos divertimos en su corral, cómo veíamos los vestigios de aquel establo que tuvo mi tío Juan, y cómo recuerdo que tuvo unas dos o tres vacas y nos acercábamos con mucho cariño a pedirle que nos diera leche recién terminada de ordeñar. En una forma traviesa nos decía que abriéramos la boca para echarnos un chorro de leche directamente de la ubre y aprovechaba para bañarnos toda la cara; a esto seguía el chillido del afectado. Qué bonitos aquellos juegos de guerra, de la obliga, del trompo, juegos de nuestra infancia; para mí, la casa aquella constituyó un paraíso en compañía fundamentalmente de mis primos Ricardo y Pachita, que fueron mis contemporáneos en edad, aunque el cariño fue para todos ellos, en quienes veía a mis compañeros de juegos; fue una casa maravillosa. En la calle Águila me tocó ver, cerca de la casa de mi tío, una acequia por la cual pasaba el agua procedente de los manantiales del Ojo

Caliente para regar las huertas; en aquel recodo de la acequia todavía el agua estaba caliente, todavía le salía el humo. ¡Qué bonita la calle del Águila!



Calle Acueducto.

Dos tiendas antiguas

Dos tiendas en mi barrio de Triana, sí, dos tiendas, pero de las antiguas, de las de fines del siglo XIX; por lo tanto, no somos testigos de ojos para poder describirlas, pero sí de oídas, porque buen cuidado tuvieron nuestros antepasados de platicarnos del barrio y de sus tradiciones.

¿Cómo serían aquellas tiendas? Se me antoja que han de haber tenido su mostrador de madera a todo lo largo y una estantería

en la pared del fondo para poder colocar los artículos que vendían. Pienso en ellas con muebles deteriorados, con tenderos un tanto simpáticos, pintorescos y dicharacheros; tiendas en las que han de haber sido toda una universalidad de objetos lo que vendían. Probablemente encontraba uno ahí desde hierbas de gordolobo, engordacabra o agua de contraespanto, hasta un buen abrigo para defenderse de los fuertes fríos invernales; una verdadera gama de artículos, sombreros, telas, camisas, azúcar, harina, sal, dulce piloncillo, frijoles, jabón... en fin, todo lo que se necesita en una casa; debieron haber sido verdaderas misceláneas.

El propósito fundamental de estos establecimientos comerciales fue proveer a los vecinos del barrio de todos estos satisfactores, tanto de alimentación como de vestido, esto en cuanto a su importancia material. Hay que pensar un poco en la importancia social que deben haber tenido estos lugares, estamos hablando de la segunda mitad del siglo XIX. No eran los periódicos muy abundantes, tal vez serían publicaciones semanales o mensuales; no había radio; no había medios de comunicación para los habitantes de nuestro barrio. Me supongo que las noticias se transmitían durante el día, de las mujeres a los abarroteros y de aquí a otras mujeres que llegaban a comprar subsistencias; total, era una verdadera comunicación y todo mundo estaba enterado; supongo que el abarrotero ha de haber sido uno de los tipos más enterados de nuestro medio. Por la noche, después de las jornadas diarias de trabajo intenso en el campo o en el huerto, los hombres también acudían a estas tiendas para platicar, saber qué acontecía en su mundo. Le pedían al abarrotero que bajara del anaquel una botella de refino ¡y a tomar un trago para que el verbo fuera más fluido!

En la forma que acabo de describir estas tiendas, así me imagino dos, la tienda del Toro y la de Los Cinco Señores. Hablemos de la primera: la tienda del Toro se encontraba ubicada en la calle Acueducto, más o menos ahí donde desemboca la calle San Miguel, me platicaba el licenciado Manuel Varela Quezada

que exactamente en la esquina sureste de esa desembocadura, pero también tengo noticias que estuvo en la acera de enfrente de la desembocadura.

Como una leyenda de la tienda del Toro, diré que se reunían por la noche los valientes del Ojo de Agua, de la Salud y del barrio de Triana y empezaban amistosamente a platicar, pero al calor de las copas, muy frecuentemente se hacía cada batalla campal, cuando alguien, de un balazo o de un botellazo, privaba de la luz el recinto. En lo personal, me tocó ver al señor cura Salvador Jiménez, en aquellas pulquerías del barrio de la Salud, entrar a desarmar a los que estaban bebiendo pulque y a despacharlos a sus casas en beneficio de la tranquilidad del barrio; los bebedores obedecían debido al gran respeto que le tenían. Por lo tanto, también el señor cura don Salvador Jiménez siguió los pasos del señor cura Justo Ramírez Pérez.

En cuanto a la tienda Los Cinco Señores, ésta se encontraba ubicada donde la calle José María Chávez se bifurca con la de Belaunzarán; mucho se contaba que en esta tienda, ya a la salida de nuestra población, los malditos y la gente de Juan Chávez llegaban a beber antes de irse al campo o cuando retornaban de él.

De esta tienda tengo una noticia: que el preclaro historiador don Alejandro Topete del Valle le preguntaba a don Rosalío Esparza, de los viejos vecinos de Triana y vecino de esta tienda, el porqué del nombre Los Cinco Señores, y don Rosalío le dijo: “Mire, don Alejandro, se llama Los Cinco Señores por Jesús, María, José, Joaquín y Ana, es decir, la Sagrada Familia”.

En una forma graciosa, el maestro don Antonio Acevedo Escobedo entrelazaba estas dos tiendas a que estoy haciendo referencia en su composición en verso de aquel matón Gorgonio Esparza y lo sitúa en la tienda del Toro, primero, en una reyerta con otros valientes, y luego cómo, con su caballo, llegaba a la tienda de Los Cinco Señores para embriagarse tanto él como su caballo.



Aquí estuvo la tienda del Toro, calle San Miguel y calle Acueducto.

La plazuela

El poeta Ricardo Olivares, en su soneto dedicado a nuestro barrio de Triana, le canta a la plazuela y dice la primera cuarteta:

*Triana; merecías ser barrio de Sevilla
por tu plazuela airosa y recoleta
donde se juega al toro y al cometa
y finge el rebozo la mantilla.*

Pequeño jardín, la plazuela, que tiene la virtud de inspirar a los poetas, de recordar las distintas etapas de la vida de los conbarrianos, de alegrar con su existencia el corazón del barrio de Triana.

En cuanto al nombre de nuestra plazuela, parece ser que hay una verdadera batalla campal porque en tres de los lados del jardín, adosadas a las casas que están hacia el lado poniente, oriente y sur, existe una placa de cantera en cada uno de estos lados en las que se establece que el jardín se llama Jardín de la Paz, y tienen estas tres placas las fechas de 16 de septiembre de 1880; las autoridades de aquel entonces trataron de honrar a los Héroes de Insurgencia en esa fecha, dándole ese nombre al jardín, quizá también para pensar en la paz que supo imponer don Porfirio Díaz, a su modo. Entre el Museo Guadalupe Posada y la casa de la señorita profesora Chole Alonso, está por ahí una plaquita que dice Jardín Francisco Díaz de León, pintor, grabador y maestro, y la fecha de 10 de diciembre de 1966; entonces nuestro jardín tiene esos dos nombres en una forma legal. Lo más curioso es que entre la gente de nuestro barrio no le llaman Jardín de la Paz ni Jardín Francisco Díaz de León, simplemente dicen “vamos al Jardín del Encino”.

El jardín tiene una vegetación muy agradable, sus árboles son coníferas, jacarandas y fresnos; en sus prados hay profusión de flores; consta actualmente de seis prados y una fuente central; sus callecillas separan a los prados y unen la fuente con los andadores de la periferia. Sus árboles dan una sensación de tranquilidad, de paz, de vida provinciana, y a este conjunto de árboles y pedacito de bosque o remedo de bosque lo rodean casas solariegas, casas señoriales que fueron de aquellos grandes señores del barrio. Cómo tiene señorío la casa donde se encuentra ubicada la escuela secundaria y preparatoria José María Morelos; cómo tienen señorío las casas de la calle Abasolo; son sobrias, pero a la vez elegantes por su dignidad.

En estas casas de Abasolo vivió el tercer obispo de Aguascalientes, el doctor don José de Jesús López y González, persona a quien todo Aguascalientes amó; él, como originario del barrio de Triana, vivió feliz frente al jardín, fue un hombre virtuosísimo que murió en olor de santidad; en lo familiar, gran amigo de mis casas paterna y materna, gran amigo y compañero de escuela de mi abuelo materno, el licenciado Refugio Ramírez Palos.

El jardín en sí tiene unos 85 metros de largo por unos 60 de ancho y en el centro está su fuente, una fuente que funge como tal en ese lugar desde la misma fundación del barrio y a ella llegaba el agua procedente del Cedazo. Fue realmente una fuente en la que se abasteció de agua potable la gente de Triana; la actual fuente data del día 25 de mayo de 1882 y la mandó hacer mi tío, el señor cura Justo Ramírez Pérez.

La fuente de la plazuela de Triana es circular con un surtidor en el centro, y en las canteras que sirven de muro de contención están unas oquedades que fueron hechas debido al constante apoyo de los cántaros de las mozas del barrio que iban a la fuente por agua; tanto estuvieron esos cántaros ahí que esas oquedades son el testimonio de cómo aquella fuente proporcionó a todo el barrio el agua que da vida.

En la parte norte del jardín está un espacio continuación de la plazuela, es una plazoleta que forman el jardín por el lado sur; el Museo Guadalupe Posada, antes casa del curato, y la casa de la maestra María Soledad Alonso, por el norte; por el oriente, la calle Doctor Jesús Díaz de León; y al poniente, el atrio del templo del Señor del Encino. Al norte del jardín está el templo; originalmente en el barrio de Triana tenían por patrono a San Miguel Arcángel, por los años de 1761. Siendo cura párroco de la Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes el doctor don Mateo José de Arteaga pensó en la conveniencia de que en el barrio de Triana hubiera un templo honesto, una capilla que se dedicara a San Miguel, y fue

construida dicha capilla donde actualmente está el templo del Señor del Encino. Posteriormente, unos cuantos años después de que fue consagrada esta capilla, el 4 de octubre de 1764 el excelentísimo señor obispo Antonio Alcalde vio la posibilidad de que aquella capilla se convirtiera en un templo, y el párroco don Antonio Flores Alatorre, el 7 de agosto de 1769, empezó a gestionar que se hicieran las zanjas de los cimientos del actual templo. Este templo se vino a consagrar ya dedicado al Señor del Encino el día 10 y 11 de marzo de 1796; fue el señor cura Miguel Martínez de los Ríos quien, con su empeño, hizo posible que se levantara el actual templo que conocemos. Este mismo señor cura encomendó a los pintores mexicanos Andrés López y hermano pintaran el viacrucis que ostentan los muros del templo de Triana, únicos en su género en la República. Quiero hacer notar que el día 19 de febrero de 1878, debido al esfuerzo de mi tío bisabuelo, señor cura Justo Ramírez Pérez, se colocó el reloj público de repetición que fue construido en la vecina población de Teocaltiche, por el hábil artesano don Nicolás Herrera. El señor cura Urbano Rizo hizo maravillosas obras de conservación del templo, como son el piso de duela, el órgano, las puertas y los arreglos interiores.

El templo del Encino tiene una sola torre de tres cuerpos, esbelta, parece un minarete árabe, y el frontispicio da la impresión de ser de tipo barroco; en cuanto al arco de entrada al templo es de tipo árabe. Dentro, las columnas adosadas a la pared, con sus dorados, separando los cuadros del viacrucis, y el Santo Señor del Encino presidiendo el templo bajo una cúpula de tipo hindú; magnífica candilería y, como dije, el Cristo presidiendo el templo.

Por lo antes dicho, nuestro amado templo del Encino tiene una verdadera mescolanza de arquitectura.

Como si fuera leyenda, platicaré cómo cuando era niño, en el Jardín del Encino, se decía que por las noches se oía el quejido de un alma en pena, y era una verdadera romería de gente al

jardín para oírla. Un buen día, don Zenón, el jardinero, se puso a podar los árboles y entonces desapareció el espanto aquel. La razón fue que dos ramas de árboles se frotaban con el viento y producían el quejido del ánima, cuando fueron podados los árboles, desapareció aquel violín natural que generaba los lamentos de ultratumba. Así es como surgen las leyendas de espantos, un hecho real condimentado con fantasía macabra.

Bocas de Ortega

Mi cariño por el barrio de Triana hace que cualquier cosa relacionada con el mismo la vea con simpatía, y con agrado sacrifico el tiempo necesario para profundizar mi conocimiento sobre su historia, tradiciones y costumbres.

Don Salvador Jiménez Díaz, primer señor cura de Triana, quien ha realizado su vida familiar en lindes del barrio y sabiendo por qué lado cojea constantemente, estuvo al habla conmigo sobre temas propios del barrio y éstos han hecho que acudamos con nuestro sabio historiador don Alejandro Topete del Valle para tener mayor ilustración sobre nuestro pasado.

El cronista de nuestra ciudad poseía una novena impresa en el último tercio del siglo XVIII que un “amartelado” le compuso al santo Señor del Encino y en ella consigna una nota histórica sobre la procedencia de la escultura del Cristo Negro de Triana; dice que lo trajeron de Bocas de Ortega. También don Alejandro Topete tenía un mapa de nuestra región hecho en la época de la Colonia y en él aparece el Camino de la Plata o de Tierra Adentro y gráficamente aparecen junto al camino los fuertes o “presidios”. Pues bien, de sureste a noroeste está el presidio de Ojuelos, sigue el de Bocas de Ortega y continúa con el del Coecillo, rumbo a Zacatecas; esta vía rápida de la Colonia desapareció y con ella también el presidio de Bocas de Ortega.

Para entender bien la función de los “presidios”, diremos que fueron una especie de motel para protección de los romeos y se encontraban espaciados a una jornada, o sea, a diez leguas, lo que da cuarenta kilómetros. Quien ordenó su construcción fue el señor virrey Martín Enríquez de Almanza, por ahí en 1560, y en cuanto a su construcción, fue la de verdaderas fortalezas, ya que servían para protegerse de los ataques de grupos de chichimecas; entre paréntesis, el nacimiento de nuestra ciudad se debe a un presidio edificado junto al camino de Las Villas. Bueno, pues el presidio de Bocas de Ortega permanecía en los mapas y en algunas narraciones, pero era algo así de nebuloso como Camelot o las ciudades de Cíbola o Quivira.

Cuando el señor cura Jiménez me habló de la necesidad de investigar el lugar exacto de Bocas de Ortega, lo puse en contacto con el *piedrólogo* y erudito conocedor de nuestro estado, licenciado don Enrique Sevilla Flores, de quien había oído hablar que tenía conocimientos de dónde estuvo el presidio y quien con verdadera alegría se prestó a ser nuestro guía e ir al lugar donde se supone estuvo este presidio. Fue el día 9 de julio de 1989, a las nueve de la mañana, cuando los tres nos juntamos donde el cielo es más azul, en Triana, bajo la égida del santo Señor del Encino y en una camioneta pick-up, propiedad del señor cura, nos encaminamos a buscar Bocas de Ortega.

Salimos, haciendo invocación divina, por la carretera a San Luis Potosí; la temática de nuestra plática fue de lo más amena, pues se tocaron puntos de teología, filosofía, historia, etnografía y viajes, y en menos que canta un gallo estábamos en el entronque de la carretera a Palo Alto y Los Campos, que termina cerca de Villa Juárez. En ese entronque, el señor cura se convirtió en émulo del buen samaritano y permitió que dos campesinos que iban rumbo a Palo Alto abordaran la parte trasera de la camioneta y nosotros seguimos con la plática en forma tan amena que ya nos estábamos pasando de largo; no nos paramos hasta que los campesinos gritaron para detener la

marcha. Ellos, en forma caballerosa, preguntaron cuánto debían, el señor cura les dijo que nada y se quedaron muy agradecidos. Pues bien, seguimos nuestro camino y llegamos a la exhacienda de Pilotos, ahí entramos y nos detuvimos con los primeros pobladores que vimos se estaban sombreando; el señor cura se autopresentó y les preguntó por una persona de las de más edad del lugar y nos informaron de don Luz, que vivía por ahí cerca; en eso vieron a distancia a una señora y dijeron: “Mire, aquella señora es nuera de don Luz, pregúntele por él”. La alcanzamos, de nuevo la autopresentación y la pregunta y ella nos dijo: “Con mucho gusto los llevo, nada más déjenme ir a la tienda a un mandado”; este tiempo lo aprovechamos para tomar fotografías de la torre de un templo, la que están destruyendo unos nopales que crecen junto a la linternilla. Aquella buena mujer nos llevó por unos agradables callejones a la casa de don Luz, quien se apellida Capetillo Hernández.

Bajamos de la camioneta en medio de un concierto de ladridos de perros que fueron apaciguados de su agresividad por sus dueños; nos hicieron pasar al zaguán de la casa y, ¡caray!, cuánta amabilidad de la señora, pues les decía a sus hijos con cierto nerviosismo, “traigan unas sillas para que se sienten los señores”, y luego le hablaron a don Luz. El señor cura hacía las presentaciones y cuando se refería al licenciado Sevilla y a mí decía: “Son ellos licenciados, pero son buenas gentes, no venimos a perjudicarlos”. ¡Vaya la famita! Llegó don Luz y empezó la labor inquisitoria de don Salvador Jiménez.

Don Luz Capetillo Hernández, hombre de campo, sencillo, y a pesar de sus 89 años cuando lo conocimos, con mente lúcida, de gran cordialidad, se sentía feliz en medio de sus hijos y nietos con la visita. Se empezó a desgranar la plática y se le preguntó que si conocía el lugar donde estuvo Bocas, a lo que él respondió: “Sí, Bocas de Ortega, queda cerca del ejido de Los Negritos, como a unos 400 metros. Yo conocí ruinas de las casas de este lugar y unas tinas en que se curtían pieles”. Por

cierto que también ahí, en Pilotos, hubo otras para el mismo fin, cuando la hacienda fue de los señores Arellano. Se le preguntó qué sabía de la escultura del Señor del Encino y manifestó que no sabía nada; después se le preguntó por personas de su edad que conocieran del tema de Bocas de Ortega y nos dijo de un señor Angel Campos, en la Hacienda de los Campos, y don Ramón Tinajera, en el ejido de Los Negritos. Nos despedimos y agradecemos tanta gentileza.

Cuando salimos de la casa de don Luz ya los perros nos consideraron amigos de sus amos y hasta nos formaron guardia de honor al pasar entre ellos para abordar la camioneta. Seguimos por la carretera rumbo norte y entroncamos con la que va a Los Campos, y a ésta, por el lado sur, entronca una terracería que lleva al ejido de Los Negritos. Muy cerca de la carretera vimos dos árboles muy bonitos y, por indicaciones del licenciado Sevilla, entramos a la segunda terracería, porque, según él, nos llevaría a Los Negritos; cuál sería nuestra sorpresa que llegamos a un agradable rancho que se llamaba El Molino, y de nuevo a rectificar lo andado.

Por fin llegamos a Los Negritos; cuando se aproxima uno a este poblado, tanto al sur, sureste y oriente, a medio kilómetro, hay unos cerros que forman unas cañadas, verdaderas bocas para que pasen caminos. Los Negritos es una comunidad de Asientos en medio de mezquites, pirules y nopaleras, calculo, a ojo de pájaro, una población de unos dos mil habitantes; a la entrada vimos una tienda de abarrotes, con sus anuncios clásicos de láminas haciendo propaganda de refrescos. Ahí vimos a dos señores a caballo, otro sentado en una banca y algunos muchachos, nos acercamos para preguntar por don Ramón Tinajera Victorino y los de a caballo de inmediato se prestaron para ponernos en contacto con él. El señor que estaba sentado en un pollo se autopresentó y resultó ser don Antonio Camacho Delgadillo, un erudito conocedor de la región. Le preguntamos que si conocía las ruinas de lo que fue

Bocas y de inmediato también le agregó el segundo nombre, o sea, “de Ortega”. El señor cura le preguntó si sabía si la escultura del Cristo Negro del Encino procedía de ese lugar y afirmó categóricamente que sí, que esto lo sabía por algunos escritos que había leído en periódicos de Aguascalientes, pero que sus antepasados nunca le platicaron de ello. Total, este señor tenía la misma fuente de información que nosotros.

En compañía del señor Camacho y de los de a caballo fuimos a la casa de don Ramón Tinajera Victoriano; para llegar a ella tuvimos que pasar por pintorescos callejones y resultó que don Ramón no se encontraba, pero de un momento a otro llegaría a almorzar, eso nos dijo su esposa, quien amablemente nos atendió. El señor cura pasó a la casa y el licenciado Sevilla; don Antonio Camacho y yo nos esperamos bajo la sombra de un pirul, viendo a unas niñas jugar con agua, derivando la plática con el señor Camacho respecto a la persona de mi padre, a quien conoció en sus andanzas de inspector escolar por esos lugares y manifestando su alegría al saber que yo era hijo del profesor don Faustino Villalobos.

En virtud de que pasó una hora y no llegaba don Ramón Tinajera, optó el señor cura en que don Antonio Camacho nos llevara al lugar donde se encuentran los restos de lo que fue Bocas de Ortega; abordamos la camioneta y dimos un rodeo; por cierto que nos encontramos al señor Tinajera y se le dijo que fuera a su casa a almorzar y que después lo procuraríamos para platicar, y seguimos nuestro camino. Nos fuimos por un camino junto a una cerca, que terminaba en una nopalera muy tupida, y nos internamos en la nopalera; el señor Camacho nos dijo que ahí estuvo el presidio de Bocas de Ortega. Empezamos a ver muchas piedras entre los nopales, mismas que estaban labradas, pues tenían forma cúbica, es decir que fueron empleadas en construcciones. Al internarnos más nos topamos con cimientos de una pared; ahí, el licenciado Sevilla se encontró una piedra que no fue otra cosa que una mano de metate. En este lu-

gar nos separamos del grupo y estaba tan tupida la nopalera que nos perdimos, pero Sevilla es tan listo en todas estas andanzas que su espíritu de *boy scout* no lo abandona, sacó un silbato y se puso a soplarlo; con el sonido aparecieron dos niños y nos guiaron a donde estaban Camacho y el señor cura. Ellos observaban restos de unas tinas que empleaban en curtiduría, unas en forma cuadrilanga y otras redondas; de ahí pasamos a ver los restos de una cortina que fue abrevadero de ganado; con esto dimos por satisfechos nuestros intereses por conocer el lugar y nos trasladamos a la casa del señor Tinajera, quien nos confirmó la existencia de la Hacienda de Bocas de Ortega y nos dijo que estando pequeño él llegó a ver todavía muros completos de aquellas construcciones, que sí se dio cuenta por pláticas de gente vieja, cuando era niño (este señor debió tener setenta y cinco años) que por ese lugar pasaba el Camino Real de Ojuelos a Zacatecas, o sea, el Camino de la Plata, pero en relación con la escultura del Señor del Encino no tenía ninguna noticia. Toda esta plática fue en la sala de la casa del señor Tinajera, mientras satisfacíamos la sed con refrescos y terciaba en la conversación Camacho; nos despedimos cordialmente de nuestros nuevos amigos y regresamos felices de haber estado en Bocas de Ortega.

Como conclusión de todo esto resulta que Bocas de Ortega existió, sus restos están en las orillas del ejido Los Negritos, en Asientos, Aguascalientes; ahí pasó el Camino de la Plata y fue un presidio o bien una estancia. Por medio de la novena mutilada que tenía don Alejandro Topete del Valle sabemos que la escultura del Señor del Encino procede de Bocas de Ortega; lo más probable es que algunos misioneros, después de ejercicios espirituales, dejaran como testimonio el Cristo Negro del Encino, y cuando Bocas de Ortega desapareció en el siglo XVIII, alguna familia piadosa trajo a Triana al Santo Cristo. La veneración al mismo fue en aumento, al grado que desbancó a San Miguel, quien fue nuestro primer patrono tutelar.

¡Bocas de Ortega fue la tierra del Santo Cristo Negro de Triana y olé!

El Cristo de mi barrio

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, Señor, tu amor de tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera
porque si todo lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

Fray Miguel de Guevara

El hombre, desde el punto de vista espiritual, tiene necesidad de establecer un diálogo constante con Dios, en el que comunica los problemas de su vida; es muy común dentro de la religión católica valernos de las imágenes de nuestro Señor Jesucristo y de los santos para que nos sirvan de puente entre nosotros y la divinidad.

El barrio de Triana, el de Aguascalientes, barrio fundador de esta ciudad, tiene en su templo principal una escultura de Jesús crucificado, le llamamos El Señor del Encino, misma que, de cabeza a pies, mide noventa y un centímetros, y, de mano a mano,

ochenta y siete centímetros. Es de color negro y ha servido en la vida del barrio como receptor de pesares y alegrías y de medio para sentir y amar a Dios. La gente de nuestro barrio tiene la cultura religiosa suficiente para no ser idólatras, pero aman la estampa del Señor del Encino porque representa a Jesús crucificado y, por lo tanto, preside todos los actos de su vida; su devoción se ha extendido por toda la ciudad y en forma regional se conoce al Santo Señor del Encino por ser un Cristo taumaturgo.

Alrededor de nuestro Cristo del barrio de Triana, santo Señor del Encino, se han bordado hermosas leyendas, como la del leñador en circunstancias especiales que al hacer leña de un tronco de encino se encontró en el centro la escultura del Cristo; o la de los dos hermanos andaluces que cuando peleaban el amor de una mujer, entre ellos cayó un rayo y fue a dar a una encina que se desgajó y en medio del árbol, aún quemándose, apareció la escultura del Señor del Encino. Esta última salió del ingenio del sabio trianero licenciado Humberto Brand Sánchez.

Romance del Cristo Negro

Cuentan las crónicas viejas
que había en el barrio de Triana
una familia muy pobre,
muy buena y muy recatada;
que el jefe de la familia
no hizo nunca cosa mala,
nada que malos conceptos
o murmullos provocara.

Cuentan que la esposa era
una mujer casi santa,
que su empeño era su hogar
de la noche a la mañana;

y de los hijos de ambos
toda la gente opinaba
que eran modelo y ejemplo
por su conducta esmerada.

Que cuando ella iba a misa,
al llamar de la campana,
sólo alumbraba sus pasos
la luz de la madrugada;
él cultivaba su huerto
con el alma ilusionada
y rezaba sus rosarios
en granos de sus granadas;
al catecismo sus crías
iban siempre engalanadas
con las primorosas luces
de sus almas, todas blancas.

Un día la pobre mujer
se puso enferma, tan mala,
tan mala que casi no
se percibía su palabra.
Médicos y curanderos
a diario la examinaban
y sus luces y consejos
no daban una esperanza.
A los pies del Cristo humilde
los hijos se arrodillaban
y le tejían una alfombra
con los hilos de sus lágrimas.

Vino pronto la penuria,
la que más angustia labra,
y sufrieron el tormento
de una vida que se apaga.

No había ya más medicina,
no tenían con qué comprarla;
fuese a cortar una leña
el marido a la barranca,
leña que, como recurso,
daría vendida la paga
de los últimos remedios
para la esposa adorada.

La cadencia de sus golpes
repercutía en el barranco;
cada golpe era dinero,
cada dinero un hachazo,
los golpes eran centavos;
cada centavo sonaba
en su alma, como milagro.
Un encino era el madero
por el hacha mutilado;
lloraba el encino, herido
por el golpe de su brazo.

¡Dios de mi vida!, decía.
¡Cristo, tengo el pecho henchido
por una pena tan honda
que se me vuelve suspiro!
¡Sálvala, Señor, que es ella
la palma de mi nido!
¡Sálvala, Diosito santo,
porque sin ella no vivo!

El tosco golpe del hacha
iba cortando el encino
y ese mismo golpe tosco
iba modelando un Cristo.

Surgiendo iba del madero
aquel cuerpecito endrino
un cuerpecillo moreno
que parecía cuerpo vivo.

Una luz maravillosa
iluminó al campesino
como si iluminara
todo aquel Cristo cautivo.
La luz le embriagó los ojos
como el más sublime vino
y doblégó las rodillas
el rostro en el polvo hundido.

Trémulo aún del asombro
llegó el labriego a su casa;
cuando relató el milagro
sus secos labios temblaban.
Y aún mayor fue su pasmo
al ver a la esposa amada
que, sin pesar ni congoja,
lo esperaba, buena y sana.

Y aquel humilde labriego,
colmada de dicha el alma,
con su gratitud profunda
en grande alabanza exclama:
¡Bendito, mi Santo Cristo,
mi Santo Cristo de Triana,
que ha de regar nuestros huertos
con la sangre de sus llagas!

En fin, éstas son leyendas, pero aquí vamos a apegarnos a lo poco que en realidad sabemos.

Aunque parezca paradójico, el Santo Señor del Encino no es de encino, sino que la madera de la que está hecho es de mezquite; esta aseveración se basa en lo siguiente: el señor cura Salvador Jiménez Díaz, en su afán constante de rendir homenaje a Dios, teniendo en buen estado todas las cosas del culto, vio que la escultura del Señor del Encino necesitaba una retocada por algún desperfecto en su pintura, y antes de ponerlo en manos del artista que trataría la escultura, convocó a cuatro carpinteros vecindados en el barrio, mismos que sienten amor a Dios por medio de la escultura del Santo Señor del Encino y la ven con respeto y devoción. Estos cuatro carpinteros fueron Salvador Escalante, Enrique Jiménez, Alfonso Medina y Manuel Ibarra Hernández; ellos hicieron estudio de la escultura y se encontraron con que está hecha de madera de mezquite. Esta aseveración tiene por fundamento lo siguiente: hicieron la prueba del agua, consistente en poner la madera en contacto con ésta y entonces se pone negruzca; en una parte pequeña del Cristo lo hicieron y la prueba fue positiva; luego determinaron que por el peso también corresponde a lo que pesaría un leño de mezquite de su tamaño y no uno de encino, que sería menos pesado. El escultor del Señor del Encino aprovechó una rama del mezquite para hacer el Cristo, lo cual se deduce porque su rostro y sus pies siguieron la configuración de la rama, lo mismo la asimetría de la escultura en cuanto al ángulo de sus brazos. Además, en el lugar de donde se dice que procede, Bocas de Ortega, no hay encinos y sí mezquites, por lo tanto, estos señores carpinteros, peritos en conocer madera, llegaron a la conclusión de que la escultura está hecha de mezquite, pintada de negro.

Santo Cristo de mi barrio, el que negro de tez estás, tal vez por mis pecados en esa condición estás. ¡Qué hermosas son tus leyendas, pero leyendas lo son; lo aquí dicho es la verdad y todavía cuánto queda investigar. Tú tienes la virtud de trasladar nuestra mente a Jesús, al Nazareno que por amor a nosotros

en el Gólgota clavado en su cruz murió. Tú eres la escultura que por generaciones nos ha servido para aprender la doctrina que se basa en el amor. Tú en el hogar, tú en la fábrica, tú en la labor del campo y de la huerta, tú en la pinturera faena de nuestros toreros, en fin, tú en nuestros corazones. Bajo tu égida, el dolor es oración y la alegría sublimación para llegar a ti.

Santo Señor del Encino
mi Jesús crucificado
eres unión de vecinos
en este tu barrio amado.

¡Ay, Señor del Encinito, cuatro cocos y un melón! En esa forma le gritaba un vendedor de frutas al Señor del Encino cuando pasaba con su batea sobre su cabeza y sostenía un diálogo con quien espiritualmente era su patrón. Con eso le estaba diciendo que le quedaban cuatro cocos y un melón, y le pedía que lo ayudara a vender el resto de su fruta para poder descansar.

El Cristo de Triana preside la vida de todos los que hemos nacido bajo su nombre; ante el Cristo de Triana nos bautizan, ante Él en el matrimonio, Él amorosamente despide a los habitantes de Triana cuando mueren, y ante su presencia se celebran las exequias. El Cristo de Triana tiene la virtud de unir a toda la gente del barrio, y nos une por una sencillísima razón, porque ante esta imagen, ante esta materia que nos hace recordar a Cristo, nuestras madres torcieron nuestros dedos para enseñarnos a hacer la señal de la cruz y santiguarnos. El hecho de que ante la presencia del Cristo recibimos la doctrina de Él, es factor de la unidad para todos los que hemos nacido en Triana.

El barrio de Triana festeja los primeros 13 días del mes de noviembre al Santo Cristo, al Cristo de la leyenda que dice que cuando su brazo izquierdo llegue a tocar la cúpula donde está, se acaba el mundo. En esos trece días todo es alegría en la gente del barrio de Triana; desde tempranas horas el silencio

de la madrugada se interrumpe por los cohetones, anunciando que estamos en pleno trecenario y que el Cristo de Triana está de fiesta.

Con el permiso del licenciado don Jesús Reyes Ruiz, transcribo de los versos de su poema *Los cuatro barrios*, el que dedica al barrio de Triana, y dice:

Rumor de gitanos viene
por la claridad del sur;
rumor de voces morenas
con acento de laúd.
Levantaron una iglesia
donde el cielo es más azul,
una fuente levantaron
e igual que en suelo andaluz,
suertes de huertas pusieron
en toda esta latitud.
Y como eran gitanos,
le dañaron la salud
a un Santo Cristo famoso
que no oyó el ruego de un
gitano de rancia cepa
y le dio agua de pirul
al sacerdote en la misa,
para que el Cristo, en su cruz,
se fuera tornando negro
como de negro betún.
Así fundaron Triana
donde el cielo es más azul.
Dicen que en noche de espectros,
al frío de la inquietud,
cuando con timbre de sombras
canta el tecolote augur,
se transfigura en el templo

el Cristo, y se hace de luz,
y que sus carnes de lirio,
transparentes como tul,
dan su sangre a las granadas
del Barrio de la Salud.



Calle del Acueducto.

Las huertas de Triana

Hablar de las huertas del barrio de Triana es casi hablar de la historia de Aguascalientes. Corría el año de gracia de 1565 cuando, donde hoy se levanta nuestro barrio, don Hernán González Berrocal, en unión de sus hijos debido a la merced de tierras que le fue concedida por la Corona de España, cultivaba las tierras formando las huertas de barrio; así, siempre en Triana ha habido huertas.

Hoy día estamos presenciando el final de las huertas debido a la expansión del urbanismo. En mi infancia me tocó conocer varias, fueron verdaderos vergeles, copias del paraíso terrenal, en verdad, jardines que proporcionaban diversidad de frutas: higos, granadas, peras, membrillos, uvas, chabacanos, duraznos, hortalizas. Huertas en las que se oía el apacible murmullo del correr del agua por sus acequias y en las que, en los atardeceres, los contrastes del azul del cielo, los follajes, el canto coral de los pajarillos y la pirotecnia de los tonos de la luz hacían todo un poema.

Recuerdo varios de estos jardines; en mi mente tengo la huerta de la casa de las señoritas Barba, frontera al Jardín del Encino. Atravesaba uno la casa y en el último patio se encontraba un bodegón oscuro, al fondo había una puerta y al abrirla nos sentíamos transportados al edén; aquella huerta primorosa, aquella huerta con árboles grandes en plena producción y con los encantos de agasajo que las frutas nos daban, parecía que no tenía fin, que allí empezaba el mundo y no se le veía el término. Aquella huerta, atendida con verdadero amor por sus hortelanos, proporcionaba todas aquellas delicias que daban sus árboles. Así como la huerta de las señoritas Barba, estaba enseguida la de Melitón Badillo, luego la de los Chinos, y por allá en la calle del Águila la de don Enrique González y las huertas del barrio de la Salud, las cuales, en compañía de mi tía María Villalobos, llegué a conocer. Qué alegría era visitar

una huerta, qué orgullo sentirse amigo de su dueño que nos franqueaba sus puertas para saborear el fruto de sus árboles.

Todas las huertas tenían sus guardianes y esos guardianes eran dos o tres perros bravos que hacían poner pies en polvorosa a aquel que osara internarse en sus dominios sin la compañía de un hortelano o del dueño, es decir, cuando el perro o los perros veían que era gente extraña, ni tardos ni perezosos se abalanzaban para darles mordidas y ponerlos en huida. Recuerdo que detrás de la casa de mi tío Juan, en la calle del Águila, en alguna ocasión furtivamente mi primo Ricardo y yo entramos para llevarnos unas granadas y uno de aquellos terribles mastines nos puso una corretiza... en cuanto nada más alcanzamos a brincar la barda de la huerta con el corazón desbocado por sentir casi los colmillos del perro en las piernas. Estampas de la infancia provinciana que fueron primorosas.

Una de las huertas muy significativas fue la de la Piedra China, en el barrio de la Salud, de la cual hoy día sólo queda la casona por la que se entraba a ella y que actualmente es el restaurante del hotel Antigua Hacienda de la Noria. Esta huerta perteneció al señor cura Isidro Navarro, quien fue vitivinicultor a fines del siglo XIX y principios del pasado; de sus bodegas se surtía de vino toda la diócesis de Aguascalientes para los ritos de las misas. Esta huerta semejaba una venta española; hoy día aún se ve su entrada con esa hidalguía, está ubicada en un triángulo que forman las calles de La Salud, Acueducto y Héroe de Nacozari; por el lado de Acueducto, de sur a norte, es donde da la impresión de una venta española por el torreón del respiradero de lo que fue el acueducto y su portón.

Qué tristeza que estamos presenciando la muerte de las huertas del barrio de Triana. Ojalá que nuestras autoridades adquirieran una huerta de éstas y la conservaran como un ejemplo de aquellas porciones de tierra que le dieron vida a Aguascalientes y en homenaje al fundador de nuestro barrio se llamara la huerta Hernán González Berrocal.



Callejón de Pesado.

Don José Navarro Jiménez

Triana y Aguascalientes deben su existencia a las huertas, a los hortelanos y a sus familias. Ya hemos descrito las huertas como verdaderos paraísos, pero para que éstas existieran se necesitó de los hortelanos, de los peones y de sus familias; ellos hicieron posible que Aguascalientes fuera un vergel. Las cosas van cambiando, las huertas dentro de los barrios de la ciudad, por el urbanismo, van desapareciendo; tan sólo queda uno que otro terreno baldío, como corrales que pertenecieron a aquellas maravillas.

Al aseverar que no podían existir las huertas sin los hortelanos, vienen a mi mente aquellos hidalgos señores que fueron hortelanos: los Medina, los Barba, los Castañeda, los Badillo,

los Navarro, y tantos y tantos que de las huertas hicieron una leyenda y una tradición. Como homenaje a los hortelanos de Triana y Aguascalientes, escribiremos acerca de uno de ellos, don José Navarro Jiménez, ¡gran señor!

Don José Navarro Jiménez nació el día 25 de marzo del año de 1904, en un rancho perteneciente al municipio de Arandas del estado de Jalisco; fue hijo de don Hipólito Navarro y de doña Ma. Dolores Jiménez; la primera etapa de su infancia la vivió en el rancho en que nació, ahí abrió los ojos a las bellezas del campo que Dios envía como bendición; pero cuando llegó a la edad oportuna para iniciar su instrucción primaria, sus padres vieron la conveniencia de enviarlo a Aguascalientes para que, bajo la dirección y vigilancia de su tío y padrino el señor cura Isidro Navarro, se ilustrara y desde entonces vivió en el barrio del Encino, ¡Triana!

Don José Navarro Jiménez estuvo íntimamente ligado con la huerta de La Piedra China, en el barrio de la Salud (parte del barrio de Triana), primero viviendo en ella y después, aunque cambió de domicilio, todos los días iba a administrarla.

En cuanto a sus estudios, don José Navarro hizo aquí su primaria, y la secundaria y bachillerato en nuestro glorioso Instituto de Ciencias; ahí fue compañero de estudios de quien fue el cronista de la ciudad, don Alejandro Topete del Valle, con quien cultivó una gran amistad. Terminado su bachillerato trabajó como empleado de aquella famosa tienda de los Rábago, El Número Ocho.

Don José Navarro se enamoró de una trianera, doña María de Jesús Castañeda, quien nació en el barrio el día 21 de abril de 1910; de este matrimonio hubo once hijos, pero el primogénito, Hipólito, murió a los nueve meses; aparte de él, fueron cuatro hombres y seis mujeres. De los hijos del matrimonio Navarro Castañeda, siete nacieron en la huerta de La Piedra China y cuatro en el segundo domicilio de la familia Navarro, ubicado en la calle Doctor Jesús Díaz de León, antes Washington.

Don José y doña Jesusita se preocuparon por todos sus hijos y les proporcionaron una educación adecuada, esto fue el motivo por el que se vinieron a vivir a una casa que adquirieron en la calle Doctor Jesús Díaz de León, para que los hijos tuvieran sus escuelas cerca del domicilio y que no vinieran desde La Salud.

La huerta de La Piedra China la fundó el señor cura Isidro Navarro Castellanos en el año de 1888, y este lugar fue el primer centro vitivinícola de Aguascalientes, pues se cultivaba mucho la vid, y el vino que se hacía era el de consagrar, abasteciendo a los templos de la región; cuando nació la diócesis, a toda ella proporcionó el vino que se convertiría en “sangre de Cristo”. En esta huerta, además de vid, se cultivó en exclusiva perón cristalino, ya que en las demás huertas no se daba; se cultivaron granadas, duraznos y demás frutales, muy pocas flores y hortalizas; se regaba con agua que venía de Ojocaliente. También, el señor cura Navarro tenía ahí sus cuadras de caballos de carreras, a los cuales era muy aficionado, y la huerta la tenía igualmente como un lugar de descanso.

A la muerte del señor cura Isidro Navarro Castellanos, adquirió la huerta de La Piedra China su sobrino don José Navarro Jiménez, y en ella también instaló un establo con muchas vacas; además de esta huerta, compró otra que se ubicaba en la esquina del lado sur del Jardín de la Salud.

Don José Navarro fue hombre de a caballo, en su juventud le gustó la charrería; su afición a los caballos se la aumentó su tío y padrino el señor cura Navarro. La gente del barrio recuerda a don José montado en su caballo en su constante trajinar de su casa de Díaz de León a sus huertas de la Salud. Al toque del alba, cuatro de la mañana, ensillaba su caballo para iniciar las actividades del día. Esto fue hasta el día 23 de diciembre de 1977 en que don José Navarro descansó en el seno del Señor.

Gracias al doctor Nacho, hijo de don José, fue que obtuve todos los datos referentes a su padre y a la huerta de La Piedra China.

¡Loor a esos hombres, callados y trabajadores, los hortelanos que dieron vida a Triana y a Aguascalientes!

El acueducto de Triana

El agua en la vida del hombre es uno de los elementos indispensables para existir, al grado que, cuando falta ésta, rápido se acaba la persona y muere; esta circunstancia hizo que la mayor parte de las ciudades fueran fundadas cerca de los ríos o lagos; y en donde las fuentes de abastecimiento quedaban algo retiradas de la población, el hombre se las ingenió y por medio de acueductos hizo que el agua llegara hasta sus hogares.

Son admirables los acueductos construidos en el pasado; en lo que respecta a nuestra patria, llegan a nuestra mente las estampas de los construidos en Zacatecas, Querétaro, Los Remedios, en las proximidades de la Ciudad de México y el realizado por los aztecas en Tenochtitlan y reconstruido por los españoles para traer agua potable desde Chapultepec y cuyos restos, hoy día, admiramos en el camellón de la avenida Chapultepec; en cuanto a Europa, está el acueducto romano en la población de Segovia, España; todos ellos construidos a base de arquerías.

Triana también tuvo su acueducto; a unos cuantos kilómetros al sureste de nuestra población hubo unos manantiales de agua potable, zarca, en el punto conocido como El Cedazo, y de ahí, en la época de la Colonia, se construyó un acueducto que vino hasta la fuente del Obrador, trayéndonos tan preciado líquido.

Las manifestaciones que he visto de lo que fue el acueducto de Triana son las siguientes: en mi infancia llegué a estar en El Cedazo y vi en la loma que queda al sur del actual bordo, una

construcción circular como de siete metros de diámetro a cielo abierto, y por dentro, pegada a la pared, una escalera de piedra que terminaba donde empezaba el túnel del acueducto, ya que éste, en todo su desarrollo, es subterráneo.

Como a un kilómetro, al noroeste de la entrada, se encontraba un respiradero; por cierto, a escondidas de la autoridad paterna, mis hermanos, en compañía de sus amigos, llegaron a transitar dentro de este tramo, llevando prendidas velas, con el peligro de sufrir una intoxicación y la desaparición de ellos. Total, nadie sabía en dónde habrían quedado.

Dentro de nuestra población se denota la existencia del acueducto con el torreón de respiradero que hay en la casa de la huerta de La Piedra China, en el barrio de la Salud, y que está al principio de la calle que lleva precisamente el nombre de calle Acueducto; después, en la fuente del Jardín del Encino, ya centenaria, y la del Obrador que desapareció, la cual se encontraba en el cruce de las calles José María Chávez y Hornedo.

Siendo pequeño, mi padre ordenó acondicionar nuestra segunda casa paterna, en la calle José María Chávez; había la leyenda en el barrio y decían que de esa casa sacaron tesoros sus antiguos moradores y mi padre les dijo a los albañiles que si encontraban algún tesoro se repartirían equitativamente las monedas. Resulta que un día, cuando estábamos comiendo en la casa de la calle de Enlace, el maestro albañil Pedro Soto llegó a la casa asustado y no atinaba a decirnos cómo había dado con un tesoro, cuando pudo expresarlo, dijo: “¡Le dimos a los tecolines!”. Todos corrimos a la casa en reparación para ver de qué se trataba y ante nuestra presencia, con una barra, abrió un boquete en el piso que daba como a una noria ademada, y en la parte de abajo, tanto en la pared sur como en la norte, había unos arquitos ya cegados; se exploró el lugar y nada de tecolines, mi padre ordenó tapar aquella especie de noria, y este lugar fue la base de una escalera en el segundo patio que va a una troje.

Cuando estuve en la preparatoria le platiqué esto a la señorita Enriqueta González Goytia y soltó una sonora carcajada, me decía: “Gabriel, dieron con el acueducto de Triana”; por lo tanto, existe el acueducto, aunque está cegado.

Los rumbos de Triana

En un pasado no lejano, pensar en el barrio de Triana de Aguascalientes era pensar en todo el sur de nuestra ciudad, sirviendo por línea divisoria el arroyo que atraviesa nuestra población y que, con el andar de los años, se convirtió en la avenida Adolfo López Mateos.

La parte sur de la ciudad de Aguascalientes tiene a su vez varias regiones o rumbos que en conjunto forman Triana; pensando de poniente a oriente estaba el rastro, ubicado entre las calles Guerrero y Matamoros, con una importancia muy grande para nuestra población porque ahí se sacrificaban los animales cuya carne era consumida por nuestro pueblo. Dentro de las cosas pintorescas de este rastro fue que, en medio de los matanceros que estaban en un local techado donde destazaban a las reses, pululaban los aspirantes a toreros, los maletillas que iban para colarse en los corrales y echar el capote a una que otra vaca brava y también para practicar el descabello.

El rastro fue lo más occidental del barrio de Triana. Junto a él estaba el Hospital Miguel Hidalgo, que fue el principal centro hospitalario de Aguascalientes; cuánto dolor llegamos a ver y cuánta alegría en los que sanaban. Esta institución llenó toda una etapa en materia de salud. Frontera al hospital hay un jardincillo cuyas plantas y árboles son un himno de esperanza para recobrar la salud.

Al suroeste del Jardín del Encino se encuentra el rumbo del Grangenito y lo que fue el barrio del Hueso, divididos por el arroyo del Cedazo, hoy avenida Ayuntamiento. Pues el barrio

del Hueso estaba más allá del arroyo del Cedazo. Tanto en el Grangenito como en el barrio del Hueso, la mayor parte de la gente se dedicaba a hacer ladrillos; había varios hornos en los que se quemaba el tabique que servía para las construcciones de Aguascalientes, y las personas que necesitaban de él acudían a estos rumbos para comprar este material indispensable en la construcción. Tengo noticia de que la calle Grangenito en el pasado fue un punto *non santo* del barrio de Triana. Hacia el oriente del Jardín del Encino sigue el rumbo del Llanito, allá por donde están las calles de La Soledad, Cinco de Febrero, Neveros, llamada así porque ahí vivía gente que se dedicaba a hacer nieve. En medio de estas calles hay una plazoletita que es conocida como El Llanito y junto a ella, por el sur, estaba la Escuela Fray Bartolomé de las Casas, de la cual fue directora mi madre.

Más allá del Llanito, hacia al sur y formando también parte del barrio de Triana, está el barrio de La Salud, característico porque en él estuvieron las principales huertas de la ciudad. Tiene un templo que se erigió a fines del siglo pasado, en el que se venera al Santo Señor de la Salud, que tiempo antes se veneraba en una pequeña capilla en el panteón de La Salud, panteón que fue de los primeros que sirvieron a Aguascalientes.

Entre La Salud y las márgenes del arroyo del Cedazo está el barrio del Ojo de Agua; éste lo componían, por lo general, campesinos que cultivaban las tierras ubicadas en las lomas del sureste de nuestra población. En lo personal, me recuerda que por este rumbo del Ojo de Agua salíamos para la heredad familiar, al Rancho de Cobos.

Pues bien, Triana está constituido por todos estos rumbos y su buena gente, con un común denominador: el cariño y la fe en el Cristo Negro del Encino. Las autoridades de fines del siglo XIX y principios del XX siempre consideraron todos estos rumbos bajo el nombre de barrio de Triana.



Doctor Jesús Díaz de León.

II. LOS SABIOS

Doctor Jesús Díaz de León

Nació el doctor don Jesús Díaz de León en la calle de los Gallos, pasando el Jardín del Encino, calle que va desde el centro de la ciudad hasta el arroyo del Cedazo; actualmente lleva el nombre de este sabio aguascalentense. Su nacimiento está envuelto en la leyenda, pero las fuentes históricas nos dicen que fue hijo del doctor Rafael Díaz de León y de doña Dominga Ávila; ubican su nacimiento allá por los años de 1855 o 1856.

Don Jesús Díaz de León, en su infancia, fue un niño muy despierto y con facilidad aprendía lo que se le enseñaba; su primaria la hizo en un colegio particular que había en Aguascalientes, dirigido por el profesor José María Guerrero. Su padre, viendo que siempre ocupaba los primeros lugares de aprovechamiento dentro de su clase, cuando terminó sus estudios primarios, a la muy corta edad de diez años, le proporcionó nuevos horizontes en el mundo de la cultura y lo mandó a nuestra tradicional metrópoli, Guadalajara, a continuar sus estudios en el seminario de aquella ciudad. Los seminarios no únicamente preparaban sacerdotes, sino que daban cultura general a

las juventudes, y ya hasta muy avanzada la instrucción decidían si querían seguir la carrera eclesiástica, o bien, alguna otra carrera liberal.

El niño Jesús Díaz de León ingresó al Seminario de Guadalajara el día 19 de octubre de 1869. Posteriormente vio la conveniencia de ingresar al Liceo de Varones, que dirigía el ingeniero químico don Lázaro Pérez; esto aconteció en la misma ciudad de Guadalajara. Al terminar sus estudios en el liceo ingresó a la Escuela de Medicina y se recibió de Médico Cirujano con los más grandes honores que un sabio estudiante puede recibir.

Una vez terminados sus estudios, regresó a su nativa Aguascalientes para ejercer su profesión: aquí, en la paz provinciana fue donde el doctor Jesús Díaz de León encontró el ambiente propicio para seguir estudiando distintas ramas del saber. De mucho le sirvió la biblioteca heredada de su padre que fue mejorada con libros que él adquirió. Dentro de los estudios realizados por el sabio trianero, además de profundizar su conocimiento en la medicina, fue un gran interesado en la filosofía; fue literato y filólogo; estudió las lenguas muertas, griego antiguo, latín, arameo; dominó el inglés, el francés y el alemán; fundó una imprenta que fue el medio del que se sirvió para publicar sus estudios, y compró caracteres griegos para editar sus estudios en esa lengua.

El historiador aguascalentense Jesús Bernal Sánchez consigna en sus *Apuntes históricos, geográficos y estadísticos de Aguascalientes* que el doctor Jesús Díaz de León recibió 44 distinciones por su actividad científica, tanto a nivel nacional como internacional; recibió honores, muchos de Italia, de Francia, de Austria, de España y de Alemania y, como un dato curioso, el Indostán también lo honró, y digo curioso porque la cultura de ese país sale del área de la cultura occidental. El Indostán lo nombró “Académico y Delegado de La Estrella del Mérito Sourindro Mohum Tagore de Calcuta”, el 30 de septiembre de 1886. Así,

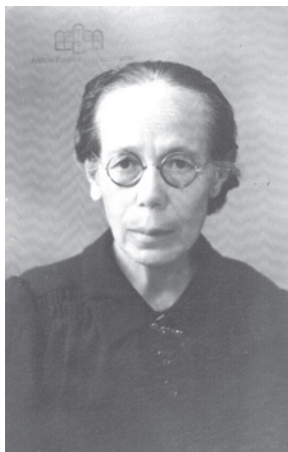
recibió muchos honores, pero uno de los que más le ha de haber alegrado fue el que le otorgó la máxima casa de estudios de Aguascalientes, nuestro Instituto de Ciencias del estado.

El doctor contrajo matrimonio con Angelita Bolado aquí en Aguascalientes, allá por los años de 1880, y la familia que formaron se compuso de cuatro hijos: Jesús, Ernesto, Angelita y María. En su afán por perfeccionar sus conocimientos se trasladó a vivir a la Ciudad de México, dejando su natal Aguascalientes; muchos años vivió en ella, donde lo sorprendió la muerte el día 26 de mayo de 1919.

Cuando pienso en el doctor Jesús Díaz de León y en su obra, le vivo agradecido porque fue precisamente en los textos que él creó para el estudio de las raíces griegas y latinas los que me sirvieron para conocer las etimologías de muchas palabras de nuestro idioma castellano, cuando fue maestro de etimología otro buen hombre, el doctor José González Saracho.

Aguascalientes ha inmortalizado a este sabio trianero en distintas formas: dándole su nombre a una de nuestras principales calles que va del centro de la ciudad hacia el sur y termina por el barrio de Triana; en el mural que está en el segundo patio del Palacio de Gobierno, estando parado frente a él, a mano derecha, en la sección que se le dedica a la historia de la cultura de Aguascalientes, muy fácil de identificar por los enormes bigotes que tenía este sabio; la escuela Tipo lleva su nombre y nuestra Universidad Autónoma de Aguascalientes nos distingue a los maestros que hemos cumplido veinticinco años ininterrumpidos de docencia con el diploma y medalla Doctor Jesús Díaz de León. Así pues, el doctor Jesús Díaz de León, sabio de nuestra tierra, fue originario del barrio de Triana.

Maestra doña Vicentita Trujillo Martínez



Maestra Vicentita Trujillo Martínez.

Fue la ciudad de Guadalajara, del estado de Jalisco, el lugar en el cual nació la maestra Vicentita Trujillo Martínez, la fecha de su nacimiento: el día 19 de julio del año de 1872; fueron sus padres don Ignacio J. Trujillo y doña Regina Martínez. Vicentita fue la más grande de los hermanos en su casa, pues aparte de ella fueron: Eliseo, Juan, Ignacio, Gilberto –quien fue licenciado en Derecho– y Gabriel; este último, estudiante de la carrera de ingeniería, pero murió accidentalmente en la Ciudad de México durante los sucesos de la “Decena Trágica” en 1913, en la que perdieron la vida don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez.

La familia Trujillo Martínez, por razones del trabajo de don Ignacio, se trasladó a la ciudad de Aguascalientes en 1880, así es que Vicentita tenía ocho años de edad cuando llegó. Probablemente uno o dos hermanos de ella también nacieron en Guadalajara y los demás han de haber nacido en nuestra ciudad. Al llegar a Aguascalientes, don Ignacio J. Trujillo establece su domicilio en la calle Minerva número tres, en pleno barrio de

Triana, calle que hoy día lleva el nombre de la profesora Vicenta Trujillo, y en esa casa, desde la edad de ocho años hasta el día de su fallecimiento, vivió la maestra Vicentita.

En cuanto a su preparación académica, diremos que cursó sus estudios primarios en la Escuela Municipal de Niñas, para posteriormente pasar al Liceo de Niñas a estudiar su carrera de maestra; por cierto que era tan despierta Vicentita, que en vez de inscribirla en el Liceo de Niñas en primer año, la inscribieron de inmediato en segundo año por su viveza y cultura.

Vicentita Trujillo presentó su examen profesional el día 29 de septiembre de 1888, fue muy brillante, como lo fue toda su carrera; para ella, haberse recibido fue nada más un momento en su vida porque, siendo amante de la cultura, siguió profundizando sus estudios.

Su trayectoria en el magisterio fue de toda entrega a sus semejantes; impartió cátedras en el Liceo de Niñas; después fue directora de la misma institución, la cual, en el año de 1914 dejó de llamarse Liceo de Niñas para convertirse en la Escuela Normal del Estado, que tuvo su asiento en donde hoy es el Museo de Aguascalientes, casona que para muchas maestras es un santuario porque ahí recibieron el saber. Vicentita también impartió cátedras en nuestra gloriosa Preparatoria del Instituto de Ciencias y fue muy querida por todos sus alumnos debido a su preparación en todas las ramas del saber y, como si fueran pocas sus obligaciones, pidió, sin costo alguno para el erario, fuera nombrada directora de la escuela anexa a la Normal.

Vicentita se prodigaba a los demás en el saber y en su casa impartía clases, después de haber cumplido con sus obligaciones diarias, a gente que en el día no podía acudir a un centro de cultura, es decir, a obreros, empleados y burócratas, mismos que tenían deseos de mejorar su cultura.

La señora doña Elvira Trujillo Miranda de Robles, sobrina de la maestra Vicentita, nos la describe de estatura regular, de complexión delgada, pelo negro, tez blanca, ojos negros, frente

bastante amplia y acostumbraba vestir blusa blanca y sus demás prendas negras. Nos platican que la maestra Vicentita fue una mujer metódica, todo lo hacía con precisión cronométrica, le gustaba mucho seguir estudiando y cada día era una oportunidad más para aumentar su saber; así mismo, hizo estudios profundos de metafísica, por ser ésta una disciplina filosófica que trata de la esencia, de la realidad total, y entraña una concepción de la vida y del universo; es decir, es la ciencia del ser general y, como tal, estudia al ser en todos sus aspectos. Pidió, inclusive, permiso a sus directores espirituales para hacer profundos estudios sobre psicología, sobre el alma y sus potencias; llegó a hacer estudios sobre telepatía y curaciones por medio de hipnosis.

Fue una mujer fuera de serie, con una capacidad intelectual extraordinaria, en extremo religiosa; nos cuenta su sobrina doña Elvira que antes de las cinco de la mañana, todos los días, se levantaba y se iba a misa al templo del Señor del Encino, o sea, el patrono de su barrio; también colaboró en el aspecto social con la parroquia. Sus grandes amigas fueron sus conbarrianas, las Trillo y las Medina; de las primeras, María y Rosita, y en cuanto a las Medina, Chilola y María Guadalupe. Procuraban tener sus tertulias de las ocho de la noche a las ocho y media en punto, porque había que descansar temprano para iniciar las labores del día siguiente en la madrugada, ya que era su costumbre, como decíamos, asistir a misa a las cinco de la mañana al Encino.

La maestra Vicentita Trujillo fue amante de la naturaleza, sus distracciones eran salir al campo para hacer estudios sobre la hidrografía, la botánica y la zoología en el estado; sé que en alguna ocasión, en compañía de sus amigas las Medina, acudieron a la población de Asientos y escalaron el Cerro de Altamira. Vicentita, persona culta y bondadosa, amaba la naturaleza, para sentir, por medio de ella, la proximidad con Dios.

Vicentita Trujillo, sabia maestra de Aguascalientes, rodeada del afecto de todos, el día 18 de enero de 1941, en la casa marcada con el número tres de la calle Minerva en el barrio de Triana, entregó con toda humildad su alma al Creador. Falleció la maestra Vicentita Trujillo, pero fue de las personas que dejan una cauda luminosa. Aguascalientes la recuerda con admiración, gratitud y respeto.

Señorita profesora Enriqueta González Goytia

La señorita Enriqueta González Goytia nació en el año de 1885 en esta ciudad de Aguascalientes; el lugar de su nacimiento fue en una casa que se encontraba en la calle del Obrador, hoy día José María Chávez, casi esquina con la calle Rayón, es decir que nació en los límites del barrio de Triana con el centro de la ciudad. Fueron sus padres el doctor don Saturnino González Cervantes, originario de la vecina población de Teocaltiche, y su madre fue doña Alta gracia Goytia de González. Cuando la maestra Enriqueta González Goytia nació, ya su padre, el doctor Saturnino, había muerto, debido a una epidemia de tifo que hubo en nuestra población, por lo tanto, la señorita Enriqueta fue hija póstuma.

La infancia de la niña Enriqueta transcurrió entre juegos y risas en compañía de sus hermanas Isabel, Leonor, María, Alta gracia, y también su hermano llamado Silverio, quien murió bastante joven. El domicilio de la familia González Goytia fue la casa marcada con el número treinta y siete, antiguo de la calle Colón, a dos cuerdas de la parroquia del Encino; en esta casa, hoy día está la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación.

Tuvo una infancia feliz en compañía de sus hermanas y de su madre, pero uno de los factores determinantes de la vida de esta familia fue la presencia del tío de ellas, don Ti-

burcio Goytia, hermano de su mamá. Sus primeros estudios los realizó en la Escuela de Niñas, cerca al templo de San José, antes San Juan de Dios, y después pasó a estudiar a la Escuela Normal, que se llamó Liceo de Niñas; se recibió en el año de 1903 y ejerció su profesión durante cuarenta y cuatro años.

Se dedicó fundamentalmente a la docencia, fue maestra en el Colegio Alcalá por invitación que le hizo don Eugenio; después pasó a ser maestra en el Colegio de la Enseñanza, el que actualmente es el Colegio Guadalupe Victoria; otra de las mujeres sabias del barrio, la maestra doña Vicentita Trujillo, la invitó para que participara en la docencia en la Escuela Normal y, posteriormente, fue maestra, y de las muy queridas, del Instituto de Ciencias del estado.

Las cátedras que impartió la señorita Enriqueta González Goytia fueron matemáticas, en sus distintos aspectos; lógica, historia universal, geografía, así como cosmografía, a la cual fue muy aficionada. Le gustaba cultivarse, era un constante aprender, un constante aumentar sus conocimientos, no se quedaba estática, sino que era de las personas que estaban al tanto de los avances de la ciencia.

La señorita Enriqueta fue una persona que tuvo una religiosidad profunda; conoció la fe que profesaba y se perfeccionó en dicho conocimiento; de las advocaciones de Cristo, la que más le llegó a su corazón fue la del Señor del Encino. Me platicaron que con su sobrino hacía las veces de madre y procuraba que Humberto Brand Sánchez tuviera principal afecto al santo Cristo de Triana; por ningún motivo lo dejaba ir a la escuela el 13 de noviembre, porque en su corazón fue un gran día de fiesta, la fiesta del Cristo del barrio, y quería que sus sobrinos también celebraran esta fiesta como si fuera fiesta nacional. Dentro de sus actividades en materia religiosa fue también catequista de la parroquia del Encino; se proyectó hacia los niños a través del catecismo cristiano; se entregó a los demás con

verdadera devoción; no fue persona a la que le llamara la atención el matrimonio, esto fue para servir mejor a sus semejantes.

Todos los datos anteriores me los proporcionó don Rodrigo Brand Sánchez, quien, aun siendo su primo segundo, le dio trato de tía, y la señorita Enriqueta lo veía como sobrino.

Ahora hablo de la señorita Enriqueta que yo conocí, mi maestra, bondadosísima mujer, muy culta; era baja de estatura, algo obesa, con una forma de vestir absolutamente recatada; su color de piel blanco y su cara era oval, de pelo algo quebrado; usaba chongo y acostumbraba traer un chal. Las generaciones mías de la Preparatoria del Instituto de Ciencias la vimos con un cariño extraordinario; para nosotros fue una mujer sabia, una mujer a quien respetamos y que nos comprendía por su carácter siempre alegre; ella nos quería; bastaba y sobraba con que la rectoría armara un jurado de examen con la señorita Enriqueta González Goytia, la señorita Conchita Aguayo y la señorita Conchita Maldonado, y nos sentíamos que estábamos aprobados, porque las tres fueron verdaderos ángeles de bondad; bondad, que es adorno de la gente sabia.

La señorita Enriqueta González Goytia fue mi conbarriana y, como tal, nos llegamos a tratar; me quiso mucho porque era hijo de maestros; siento que me vio con deferencia o tal vez a todos nos veía así, pero cada quien pensaba que nada más a él lo veía en esa forma. Le llegué a platicar cómo debajo de nuestra casa, en José María Chávez, pasaba un túnel, y cuando mi padre hizo obras de reconstrucción dimos con él; pensamos que ahí íbamos a encontrar algún tesoro. Ella se reía con ganas y me decía: “Mira, Gabriel, lo que encontraron fue el acueducto que venía desde el Cedazo, pasaba por la fuente del Jardín del Encino y terminaba en la del Obrador”.

Ella fue profunda conocedora del barrio de Triana, y lo amó; fue una mujer sabia, una mujer bondadosa. Falleció el 9 de octubre de 1947; todos nosotros, los que fuimos sus alumnos, la recordamos con verdadero cariño, y Aguascalientes y

el barrio de Triana le han rendido homenaje al dar el nombre de ella a la antigua calle del Sol.

Maestra María Isabel Jiménez Díaz

La grandeza de los pueblos siempre ha radicado en la bondad de su gente y éstas son buenas cuando han sido educadas a través de disciplina, de sobriedad, o sea, moderación y también amor. La historia universal nos da el ejemplo de Roma, nos damos cuenta que aquel pueblo fue grande porque hubo reyes, senadores, maestros y matronas que supieron educar a las juventudes en la disciplina y con las calidades a las que antes se ha hecho referencia. Viene la decadencia de Roma cuando faltan estas cualidades para educar a la juventud, entonces entra la corrupción y aquellos pueblos dejan de tener grandeza para entrar a la esclavitud material y a la esclavitud espiritual.

México, nuestra patria, ha sido grande porque nuestros padres y maestros han educado a la juventud a través de principios rígidos, pero a la vez amorosos; esta combinación de rigidez y de cariño hace posible que la gente sea equilibrada, que la gente sea positiva. De ahí que debemos cuidar de la educación de nuestra juventud para que, dentro del marco de la decencia de principios morales, de disciplina, pero también de alegría y de gusto por la vida, se desarrollen equilibradamente.

Quisiera en esta ocasión escribir con mucha elegancia para hablar de una mujer del barrio de Triana que fue forjadora de sanas generaciones de aguascalentenses; de una mujer que, al educar a nuestra juventud con principios de rigidez y de cariño, supo forjar la grandeza de Aguascalientes y de México; me refiero a la maestra María Isabel Jiménez Díaz, a quien con infinito cariño le llamamos la señorita Chabela.

La señorita Chabela vino a la vida el día 19 de noviembre de 1904. Nació en el rancho propiedad de su familia, llamado

San Isidro; fueron sus padres don Pedro Jiménez Luévano y doña Esthercita Díaz de Jiménez; parte del terreno del rancho de San Isidro está en el estado de Jalisco y la otra en el de Aguascalientes; ocupa un lugar limítrofe entre estos estados, por lo tanto, a la señorita Chabela la podemos conceptuar por nacimiento tanto jalisciense como aguascalentense, aunque toda su vida la desarrolló en Aguascalientes y desde aquí sirvió a México.

Alegre fue la primera etapa de vida de la señorita Chabela en compañía de sus hermanos: Angelita, María Gabriela, Leoncio, Javier, Rafaelita y Salvador. Ellos vivieron en una casa de la calle José María Chávez, que está entre las calles Héroes de Chapultepec y Chávez; ahí transcurrió la infancia feliz de la señorita Chabela; su casa fue propiedad de la familia desde hace más de ciento cincuenta años y la han sabido conservar, es ésta una de las casas con sabor al barrio de Triana que aún quedan.

Hizo sus estudios primarios en la escuela María Antúnez, ubicada en la primera cuadra de José María Chávez, y después que terminó su instrucción primaria acudió a las aulas de la Escuela Normal del Estado, debido a su vocación de ser maestra. En 1924 se recibió, fueron su jurado de examen profesional los maestros: José Pedroza, María García, Margarita Terán, Herminia Reyes Barrientos y Leocadio Rodríguez; en aquella época era directora de la Escuela Normal la maestra Conchita Maldonado.

La señorita Chabela empezó su magisterio en un jardín de niños bajo la dirección de la maestra Carmen Macías Peña, pero no le satisfizo proyectarse con niños que apenas despiertan a la edad de la conciencia y pidió ser maestra de un grupo con mucha responsabilidad, como lo es el grupo de sexto año de primaria, ya que ahí preparaba a las juventudes para enfrentarse a la vida, porque muchas de aquellas generaciones estudiaban sólo la primaria.

La señorita Chabela se especializó en sexto año y sobre todo de varones, ya que en la época de la que hablamos no existían los grupos mixtos; su primer grupo de sexto año fue en la Escuela Rivero y Gutiérrez; posteriormente, pasó a la Escuela Rosalía Monroy y luego a la Escuela Melquíades Moreno. Fue directora de la Escuela Valentín Gómez Farías, dedicándose después a la educación particular; fue de las maestras fundadoras del Colegio Independencia y permaneció en él toda la existencia del mismo, bajo la dirección del profesor don José Ramírez Palos, es decir, desde 1938 o 1939 y hasta 1950 o 1952, fue la señorita Chabela uno de los pilares más fuertes del mismo. Después fue catedrática en la secundaria del Colegio Guadalupe Victoria y del Colegio Portugal. Debido a su cultura, a su saber, al poder atender perfectamente a la juventud, las autoridades educativas la nombraron en el año 1946 secretaria de la Escuela Normal del Estado y regresó a donde empezó, a su amada Escuela Normal, y ahí también fue entrega total para educar a aquellas muchachas. Enérgica como fue la señorita Chabela, pero a la vez cariñosa, trató a todas sus alumnas con respeto y consideración, las aconsejó, guiándolas y buscando la forma de hacerlas gente de bien.

En cuanto a sus aficiones, una de ellas fue estar en contacto con la naturaleza, con el campo; para ella era un regocijo extraordinario hacer días de campo en compañía de sus discípulos; disfrutaba de la naturaleza, del campo, de las arboledas, de las presas, de los ríos, de ver cómo en el atardecer regresaban a sus corrales el ganado, los rebaños de ovejas; ver cómo los cielos eran surcados por los pájaros buscando en los árboles su protección para pasar la noche. Tal vez estas aficiones nacieron porque desde su infancia, en las vacaciones en San Isidro, cuando en compañía de sus hermanos, su papá, don Pedro, los llevaba a pasear al río, al paraje conocido como Palo Blanco, y disfrutaban al bañarse en las frescas aguas bajo la fronda de los árboles, o bien, se iban a Cieneguilla o a algún otro lugar hermoso.

La señorita Chabela, como todos nosotros, seres humanos, tuvo que partir, fue el día 27 de mayo de 1963 cuando muere y deja enlutada a la sociedad de Aguascalientes; su muerte fue un tanto súbita, una enfermedad rápida de problema cerebral hizo que falleciera y ocasionó su tránsito hacia la gloria, por los caminos de Dios.

Tuve la dicha de que la señorita Chabela fuera mi maestra de sexto año de primaria y la recuerdo con cariño, con veneración, y si en aquellos años, debido a nuestra infancia, se nos hacía con mano rígida en su forma de ser, ahora bendecimos aquella actitud, porque nos dio la coraza, nos dio el escudo y las armas para enfrentar con serenidad los problemas de la vida y poder caminar en la senda marcada por ella, con amor a la patria, con amor a nuestros semejantes.

Ésta fue María Isabel Jiménez Díaz, maestra de Triana y gente que supo educar y engrandecer a México.

Profesor Francisco Antúnez Madrigal

Dentro de las obras de la creación, el hombre destaca sobre todas ellas por su grandeza espiritual; el hombre se distingue de los demás seres por tener razón y discernimiento, por lo tanto, todas las riquezas de su conocimiento las va acumulando y se van creando las culturas. Una de las preocupaciones que el hombre tuvo fue la de comunicarse por escrito con sus semejantes; larga es la historia de la comunicación escrita. A medida que el hombre iba encontrando un adelanto, lo escribía y lo dejaba estampado en los libros para el conocimiento de las futuras generaciones; esos libros fueron verdaderas obras de arte, pues eran únicas en su especie por no existir los medios actuales para imprimir infinidad de libros. Los primeros libros del conocimiento fueron manuscritos, algunas órdenes religiosas en la Edad Media se dedicaron fundamentalmente a copiar libros

pero éstos se obtenían con gran lentitud. Fue hasta 1436 en Maguncia, Alemania, donde Juan Gutenberg inventó la imprenta con caracteres móviles; se dio un gran salto en el saber gracias a la imprenta porque hubo transmisión de conocimientos de la humanidad en los libros; la imprenta siempre ha tenido una importancia capital en el mundo de la cultura.

Dentro de los sabios de Triana toca ahora hablar de un impresor, del profesor don Francisco Antúñez Madrigal. Fue la ciudad de Morelia, antigua de Valladolid, la cuna del profesor Francisco Antúñez Madrigal; ciudad que es un monumento vivo de nuestra historia; ciudad que es una verdadera joya arquitectónica colonial; con palacios de cantera color rosa y su majestuosa catedral, así como sus demás templos; ahí nació don José María Morelos; ahí recibió cultura don Miguel Hidalgo; ciudad donde nació uno de los consumidores de la Independencia, don Agustín de Iturbide, y en donde se declara la abolición de la esclavitud por el iniciador de nuestra Independencia a nivel de provincia.

El hogar del impresor Francisco Antúñez Villagómez se vio alegrado el día 23 de junio de 1907 porque su esposa doña Adela Madrigal Pérez Golden dio a luz un varoncito que llevó el mismo nombre de su padre, Francisco. Aquel niño creció dentro de la paz y tranquilidad de esta ciudad provinciana y en las escuelas de este lugar hizo sus estudios primarios; posteriormente, cuando llegó al nivel académico correspondiente, hizo sus estudios de literatura y lengua castellana en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Morelia, Michoacán. Después, hizo estudios de filosofía y letras en el seminario de la antigua Valladolid.

El profesor don Francisco Antúñez Madrigal contrajo matrimonio con France Laugier, en el mes de noviembre de 1938. Este matrimonio procreó a sus hijos Francisco, Gabriela, Mireya, Dora, Carlos, Cecilia, Teresa y Eduardo.

El profesor don Francisco Antúnez Madrigal dejó la tierra que vio nacer para cumplir con su misión de maestro dentro de la Secretaría de Educación Pública, dedicándose fundamentalmente al aspecto administrativo: prestó sus servicios dentro de dicha Secretaría en los estados de Michoacán, San Luis Potosí, Querétaro y Durango; luego vino a nuestra tierra Aguascalientes, en donde quemó naves y radicó en la calle José María Chávez, en el barrio de Triana.

Estuvo jubilado por la Secretaría de Educación Pública y compró en Alemania maquinaria para crear su moderna imprenta, que mucho sirvió a nuestra sociedad y que dignamente ahora sus hijos la manejan con las mismas técnicas heredadas de su padre. Francisco Antúnez Madrigal fue un impresor elegante, un impresor artista; cada publicación de su imprenta, desde una tarjeta hasta un libro, denotaba una pulcritud extraordinaria y una belleza en su impresión; podemos catalogarlo como un artista de la imprenta.

Hizo algunos ensayos muy afortunados; él nos habló de la historia de la imprenta en Aguascalientes; a través de su estudio *La imprenta en Aguascalientes*; también hizo una monografía, *Los alacranes en el folklor de Durango*, y un estudio sobre una de las capillas de la catedral de Durango. Escribió una novela que se llamó *Querellas por una monja*, así como un homenaje a Guadalupe Posada, con motivo del centenario de su natalicio en 1952.

También dirigió uno de los diarios locales, *El Herald*o; fue de los fundadores de la corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana en Aguascalientes; en la época del profesor Edmundo Games Orozco, cuando fue gobernador del estado, lo facultó para que fundara la biblioteca pública Enrique Fernández Ledesma, biblioteca que posteriormente pasara a la Casa de la Cultura.

El profesor Antúnez se proyectó hacia sus semejantes por medio de un club de servicio, perteneció al Club Rotario de Aguascalientes y en él su apodo fue Tuneiro. Se distinguió por

su labor en esta orden de caballería, que es el rotarismo; sus compañeros rotarios lo recuerdan con verdadero afecto.

Don Francisco Antúnez Madrigal fue un hombre a quien recuerdo en medio de su imprenta; de estatura regular, compleción delgada, tez de color blanca, bigote muy arreglado, usaba lentes redondos, y muy pronto en su vida careció de pelo; fue calígrafo y dentro de su imprenta usó una boina vasca y su camisa de lana a cuadros. Parece que lo veo sentado en el sillón de su oficina rodeado de impresos agradables, de cuadros de la época del Renacimiento, encendiendo su cigarro y conversando conmigo sobre temas de cultura; cómo me impulsaba para que escribiera una historia sobre la época de la Colonia en Aguascalientes. Lo conocí siendo compañero de mi padre, el profesor don Faustino Villalobos López, en la Dirección de Educación Pública, ya que por muchos años fue secretario de ésta. Siempre se mostró hombre caballeroso, un hidalgo, padre amoroso de sus hijos, buen esposo, buen compañero; persona de confianza de mi padre y que en muchas ocasiones le ayudó con sus puntos de vista.

Tuvo origen vallesoletano, vino a estas tierras de Aguascalientes en la década de los cuarenta; se quedó definitivamente entre nosotros y aquí formó su familia. También, el día 31 de agosto de 1980 rindió su tributo a la madre tierra. Los restos del profesor don Francisco Antúnez Madrigal están cobijados amorosamente por la tierra de Aguascalientes, el Aguascalientes que le ha rendido homenaje imponiendo su nombre a una de nuestras calles que está en el costado poniente del Jardín de Guadalupe.

Licenciado Humberto Brand Sánchez

Cuando pienso en el señor licenciado Humberto Brand Sánchez, pienso que fue una de las pocas personas que puedo

conceptuar de cultura enciclopédica; verdaderamente Humberto fue un sabio.

Hagamos una semblanza de Humberto Brand Sánchez, quien fue honra del barrio de Triana. Nació en la calle de Colón, antigua calle de la Cárcel, en el mero corazón de nuestro barrio, el día 9 de noviembre de 1915, es decir, dentro del trecenario en honor del Señor del Encino. Fueron sus padres don Esteban Brand Guridi y doña Inés Sánchez Parra; él fue el menor de sus hermanos y tuvo la desdicha de perder a sus padres desde muy temprana edad, por lo que su prima segunda, que él vio como tía y que propiamente hablando fue su madre, la señorita profesora Enriqueta González Goytia, fue quien educó a Humberto.

Hizo sus estudios primarios en una escuela fundada por una señora Carreón; naturalmente que con la base que le dio en cultura a aquel niño la señorita Enriqueta González Goytia, sus estudios primarios le fueron muy fáciles. Estudió toda la primaria y la carrera comercial; después estuvo trabajando como empleado de juzgado debido a sus conocimientos de taquigrafía y mecanografía; cuando fue burócrata le nació el vivo deseo de ser licenciado en Derecho, entonces acudió a las aulas de nuestra Escuela Preparatoria para estudiar la secundaria y el bachillerato, cosa que hizo en un tiempo breve porque presentó exámenes a título de suficiencia y eso sirvió para que ahorrara tiempo. Cuando terminó sus estudios en el Instituto Autónomo de Ciencias del Estado se fue a la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional Autónoma de México para estudiar su carrera de Derecho, siendo un brillantísimo estudiante que obtuvo las mejores calificaciones dentro de los grupos y en septiembre del año de 1941 se recibió con todos los honores.

El licenciado Humberto Brand Sánchez regresó como palomo de campanario a su querido Aguascalientes para ejercer la profesión, y en el año de 1942 contrajo matrimonio con una de las damitas de nuestra mejor sociedad, la señorita María Luisa González del Valle, sobrina del entonces señor gobernador. Les

impartió la bendición nupcial el señor obispo de Aguascalientes José de Jesús López y González; dentro de su matrimonio procreó con su esposa nueve hijos, fue un amorosísimo padre y buen esposo.

Ingresó al Poder Judicial en calidad de juez y después como magistrado del Supremo Tribunal de Justicia; hubo cambio de gobierno y no le convino seguir en la función que desempeñaba, por lo que unos años estuvo asociado con el señor licenciado Carlos Salas Calvillo. En esa época, Humberto litigó, para después regresar a la judicatura en su calidad de magistrado en el Supremo Tribunal, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento.

Como maestro, Humberto fue una persona muy docta, impartió varias cátedras; de literatura, historia universal, geografía y matemáticas, tanto en el Instituto Autónomo de Ciencias del Estado como en la Escuela Normal del Estado y en los colegios La Paz, Guadalupe Victoria y Portugal. Creo que donde sintió más amor por la docencia fue en las aulas de nuestra gloriosa Preparatoria, ahí Humberto fue mi maestro, ahí lo conocí y sus clases fueron de lo más ameno que puede haber; todos nosotros lo quisimos mucho. En su calidad de maestro, una vez abogó por unos muchachos en un examen extraordinario de geografía y éstos demostraron su ignorancia. Humberto era sinodal y el titular del jurado, la señorita Enriqueta González Goytia, quiso reprobar a los muchachos, entonces Humberto le dijo: “Mira, Queta, no los repruebes, pobres muchachos, acaban de pasar las posaditas, la Noche Buena, la fiesta de fin de año, los Santos Reyes y estos pobres no tuvieron tiempo de estudiar, dales siquiera un seis”. Tan bien le lavó el cerebro a la señorita Enriqueta que los pasó con seis; cuando esos muchachos vieron salir al jurado del salón, de inmediato corrieron a ver a la maestra a preguntarle qué calificación habían tenido y les dijo: “Todos tienen seis, pero agradézcenlo al Santo Patrono del día de hoy”. Ignorantes, le preguntaron: “¿Qué santo se celebra el

día de hoy, señorita?”. La contestación fue: “San Antonio Abad, patrono de los animales”. Total, les dijo que eran ignorantes, que parecían animales y que su santo patrono los había salvado de ser reprobados.

El señor licenciado Humberto Brand Sánchez tenía una sensibilidad extraordinaria para la poesía; versificaba con mucha facilidad y todos festejamos sus poemas; hubo ocasiones en que dictó algún proyecto de una ejecutoria en el Supremo Tribunal, todo en verso, incluyendo la fundamentación legal.

Amó mucho las ciencias y una de las cosas que más le gustaron fue la astronomía; Humberto inculcó en mí el gusto por esa ciencia. En varias ocasiones llegamos a ir a hacer observaciones; me acuerdo que el 24 de septiembre de 1956 nos sorprendió la luz del día en las azoteas de nuestro Instituto de Ciencias a Humberto Brand Sánchez, al licenciado Eutimio Serna, al ahora abogado Enrique Pérez González, a Ruperto, el mozo del instituto, y a mí observando por el telescopio del instituto la salida del sol; en otras ocasiones fuimos con otro aficionado, don Pascual, que vivía en la calle de la Mora y tenía un telescopio y nos permitía hacer observaciones. Quien también nos acompañaba en nuestras andanzas fue Ignacio Fernández, quien posteriormente adquirió un buen telescopio.

Humberto Brand Sánchez, gran amigo, hacía de la amistad un verdadero culto y en compañía de Pérez Correa, padre del joven que acabo de mencionar, de Manuel Varela Quezada y del ingeniero Pepe Pérez Landín formaron el grupo de los alegres compadres; sus reuniones fueron verdaderas sesiones de un ateneo cultural en virtud de los temas que tocaban.

Fue magnífico hombre, de un corazón extraordinario, un cristiano hecho y derecho, profundo devoto del Señor del Encino; en calidad de amigo me pidió que lo tutelara, habiendo sido mi maestro y reconociendo en él un gran sabio, me pidió, como todos los sabios con verdadera humildad, que nos habláramos de tú. Muchas ocasiones tuvo la gentileza de acompañarme

en mis recorridos de litigante a juzgados de lugares aledaños a Aguascalientes y tuvimos oportunidad de indentificarnos como conbarrianos y como grandes amigos.

Humberto Brand fue un hombre que amaba a los niños; siendo muy pequeño, juntaba centavitos durante el año para que en la época de posadas una de sus tías hiciera una piñata para los niños pobres del barrio de Triana; así de buen corazón fue Humberto. En plenitud de vida murió el día 3 de octubre de 1962.

Aguascalientes está en deuda con el señor licenciado Humberto Brand Sánchez, pues aún no tenemos ningún motivo que haga perenne la memoria de este sabio trianero.

Don Francisco Díaz de León Medina

La provincia ha sido forjadora de sabios que le han dado renombre a México en las ciencias y en las artes, y toca ahora platicar sobre don Francisco Díaz de León Medina, a quien en Aguascalientes sus amigos lo recuerdan con cariño y le llaman Pancho Díaz de León.

Cuando el niño pasó a ser adolescente, el medio que lo rodeaba era un factor determinante que lo seguiría toda su vida; así, a Francisco Díaz de León lo impactó en su infancia y pubertad Aguascalientes y el barrio de Triana, al que amó profundamente, al grado de hacer de este cariño una verdadera devoción, casi religiosa; él se consideró trianero hasta lo más profundo de su ser.

J. Merced Francisco Díaz de León Medina nació en Aguascalientes el día 24 de septiembre de 1897, en la casa marcada con el número ocho de la calle de la Asamblea, a la que los trianeros le llamamos la calle Ancha; hoy día ostenta el nombre de Profesor Eliseo Trujillo. Nació a las diez de la noche; fueron sus padres don Francisco Díaz de León y doña Ignacia Medina; su padre fue empleado de gobierno, quien con mucha humil-

dad conservaba el archivo del estado. El maestro don Alejandro Topete del Valle platicó que, a su vez, Pancho Díaz de León le comentaba que su padre fue una persona muy seria, taciturna, misántropa y que no veía la vida con alegría. Cómo sería la situación que cuando en una ocasión lo visitaron las musas, el papá de Pancho Díaz de León tituló su poema *Tristísimos lamentos de un desgraciado*, a ese grado era la tristeza del papá de Pancho; pero, contrario de éste, su mamá, doña Ignacia Medina, fue una mujer alegre que compensó su alegría con la manera de ser de su esposo. Por lo tanto, como decía el maestro don Alejandro, la cuna de Pancho se meció entre ayes de dolor y alegría de risas; sin embargo, Pancho en sí fue extraordinariamente alegre y optimista. Sus hermanas fueron tres o cuatro, entre ellas, Cuca y Tana.

Estudió en la escuela del barrio, que estaba en la calle donde él nació; posteriormente, empezó a despertar su gusto por la pintura y asistió a la academia del maestro don José Inés Tobilla, de la cual salieron magníficos artistas; el maestro Tobilla, originario de Chiapas, llegó a ser restaurador de cuadros del Museo Nacional de San Carlos.

Francisco Díaz de León se fue a la Ciudad de México y en 1915 emprendió estudios formales de pintura; fue uno de los siete alumnos fundadores de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Chimalistac. Por su gran capacidad de pintor, en 1925 fue nombrado director de la Escuela de Pintura al Aire Libre en Tlalpan; en 1933, director de la Escuela Central de Artes Plásticas, dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México; en 1938 le encomendó la Secretaría de Educación Pública que fundara la Escuela de las Artes del Libro, a la cual le tuvo mucho cariño y permaneció en ella hasta 1956, año en que se jubiló. El maestro Díaz de León incursionó en el grabado en el año de 1922. Una de las glorias del maestro trianero fue que en 1969 el señor presidente de la República le hizo entrega del

Premio Nacional de Artes por sus méritos dentro de la pintura y del grabado, así como por su labor docente en las bellas artes.

Contrajo matrimonio en la Ciudad de México con doña Carmelita Toussaint; en su matrimonio tuvo tres hijos que hoy día sobreviven: Francisco, que fue su primogénito; tengo entendido que es un gran encuadernador con un gusto artístico extraordinario, así como sus hijas, Graciela y Susana.

Nos platicó nuestro querido y culto licenciado Miguel Aguayo Mora que su muy amigo Francisco Díaz de León se decía a sí mismo que él era pintor, grabador y maestro; efectivamente, antes que grabador, como muchos lo conocemos, fue pintor y tuvo la bondad de proyectarse a la juventud en su calidad de maestro. Su fuerte en pintura fue el óleo: sus cuadros, con una luminosidad extraordinaria que probablemente le recordaban los cielos de Aguascalientes que vio en su infancia; a los árboles los pintaba como si fueran seres vivos y fue muy cuidadoso cuando ejecutaba sus pinturas.

Devoto de Aguascalientes y de Triana, del solar que lo vio nacer, año con año tenía una cita con su ciudad natal, ya que venía a la Feria de San Marcos; era de los primeros en llegar, él y su esposa Carmelita, y se estaban toda la Feria. Les gustaba deambular por las calles de Triana y perderse por las callejuelas de La Salud, platicar con la gente del barrio e inclusive conversar con los insectos, con los grillos, con las mariposas y tordos que se encontraban entre las huertas de Triana.

Para Pancho Díaz de León, venir a la Feria de San Marcos era ir a los gallos, a los toros, traer mariachis, asistir a los Juegos Florales, estar en las verbenas de abril, tener comunión con la provincia a través de sus manifestaciones más alegres. Carmelita, su esposa, captó perfectamente las manifestaciones estéticas del alma de Francisco, su esposo, y no únicamente eso, sino que las acrecentó.

También fue literato; escribió cuentos y estudios, por ejemplo: *Treinta asuntos mexicanos grabados por Díaz de León*

(1929); *Día de fiesta* (cuento, 1938); *Su primer vuelo* (también cuento, 1945); *Consejos para editar libros* (1960); en 1966 escribió *Luna entre árboles*. Con su estilo literario es como si nos acercáramos a una fuente en la que el agua es transparente; sin rebuscamientos, sus expresiones llegan al alma.

Conoci a Francisco Díaz de León, lo vi como persona extraordinariamente alegre y feliz con la vida; en alguna ocasión fuimos en una Feria de la uva a comer a La Granjita de don Nazario Ortiz Garza; qué alegría estar junto a él; un hombre que le encontraba felicidad a todos los segundos de la vida, un hombre extraordinariamente humano y de gran valor; a la sazón tendría unos sesenta años y su pelo completamente cano; sus ojos azules como pedazos del cielo de Aguascalientes, su color de piel blanca y rubicunda; cara cuadrada; hombre que irradiaba estimación; hombre con carisma; fue un mediodía feliz por convivir con él.

El maestro Díaz de León, profundo enamorado de Triana y de sus tradiciones, desenterró de las páginas del olvido la figura de un matón del barrio, Gorgonio Esparza, y nos habló de sus fechorías, de sus crímenes y de cómo en las tiendas de El Toro, La Feria de las Flores, La Aurora y los Cinco Señores a su caballo le servían mezcal en artesa y a él tequila y ambos se embriagaban. Es más, hasta se manifestó como sobrino de Gorgonio Esparza y decía que lo pantera que tenía fue por herencia de él, del Gorgonio que mató a pedradas a su mujer Sotera y que gritaba: “Aunque probes y encuerados, pero gordos y borrachos”. El maestro don Antonio Acevedo Escobedo recoge esta tradición con colorido y elegancia en el corrido que le compuso a este matón.

Pancho Díaz de León dejó este mundo el día 29 de diciembre de 1965; ese día inició su verdadera vida, inició su inmortalidad.

Terminamos esta semblanza del maestro don Francisco Díaz de León Medina con un párrafo de su cuento *Luna entre*

árboles, de donde se desprende el gran amor por su barrio de Triana, que se siente honrado de haber sido la cuna de este gran artista y que le ha rendido homenaje, poniendo su nombre al jardín que tanto amó, el Jardín del Encino; así pues, él nos dice lo siguiente:

El barrio de Triana señoreado por la alta torre de su parroquia se extiende en mis recuerdos de infancia en una red de calles de trazo caprichoso, cual espina dorsal lo son mi vieja calle Ancha y la de la Alegría, con apellidos que me suenan a Gloria, Medina, Barba, para perderse en una retícula de callejones estrechos y polvorientos en los que solía correr el agua a través de las venas hinchidas que regaban las huertas cargadas de frutos, a cuya sombra, algunas mañanas de otoño, mi inocente cuerpo desnudo se abandonó más de una vez a su fresca caricia.

Cómo amó Francisco Díaz de León a Aguascalientes y a Triana, cómo se le recuerda con cariño.

Licenciado Manuel Varela Quezada

Nació el licenciado Manuel Varela Quezada en la tercera calle de Héroes de Chapultepec, antes Enlace, y todavía anterior a este nombre llevó el de calle del Zacate; nació en la cuadra que ve hacia el sur, entre las calles de Colón y Díaz de León, el día 20 de enero de 1907. Sus padres fueron los señores don José Magdaleno Varela y doña Dionisia Quezada; de muy pequeño lo tuvieron que llevar a varias partes del país, ya que el papá del licenciado Varela fue ingeniero en metalurgia para la Gran Fundición Central Mexicana, pero por razones de movimientos políticos revolucionarios tuvo que emigrar don José Magdaleno a otros estados, llevando con él a su familia. Estuvieron en Que-

rétaro, San Luis Potosí, Coahuila y Chihuahua; esta época fue para la familia Varela de prueba; tuvieron penalidades debido a la situación en que se encontraba nuestra patria. En esa etapa, el niño Manuel fue a la escuela, pero no logró ni siquiera terminar un año porque constantemente estaban cambiando de domicilio; él recuerda a una maestra que fue muy dura con su grupo y que les causó muy mala impresión, la califica como un ogro.

De la ciudad de Chihuahua, la familia Varela Quezada retornó a Aguascalientes y estableció su domicilio en la calle José María Chávez, entonces fueron inscritos los hijos de esta familia en el Colegio Alcalá, aunque su estancia en el mismo fue fugaz por dificultades que tuvo con un compañerito; hubo necesidad de cambiar de colegio y don José Magdaleno inscribió a su hijo Manuel en el Colegio de San José, en el cual fue profesor don Sóstenes Olivares. Este profesor daba clases a todos los grupos de primaria y a los alumnos más aventajados los designaba para que le ayudaran a impartir las clases a sus demás compañeros; esto es a lo que en aquella época se les llamó “monitores”. El sistema de educación se conocía con el nombre de lancasteriano. Con cierto regocijo recuerda el licenciado Varela que él fue maestro del doctor Fernando Topete del Valle, debido a este sistema de *monitores*.

Cuando Manuel Varela Quezada terminó su primaria, acudió a las aulas de nuestra Escuela Preparatoria y de Comercio; ahí estudió comercio, fue un alumno que sobresalió en las materias de taquigrafía y mecanografía, obtuvo un primer premio que le fue otorgado en ceremonia especial en el Teatro Morelos. Trabajó como auxiliar de contador en la negociación de don José María Guzmán y a petición de su padre estudió una carrera liberal, por lo que posteriormente, en el mismo Instituto de Ciencias, hizo sus estudios de secundaria y bachillerato; en esos años, siendo compañero de don Alejandro Topete del Valle, formaron la Liga Estudiantil, antecedente del Círculo de Estudiantes y de la Federación de Estudiantes Universitarios, y

ellos fueron los encargados de editar el órgano de divulgación que se llamó *Vida Estudiantil*.

Cuando el joven Manuel Varela Quezada terminó sus estudios en nuestro Instituto de Ciencias, fue a la Ciudad de México, primero con la intención de ingresar a la Escuela Médico Militar, cosa que no logró, y después se inscribió en la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde realizó sus estudios profesionales, teniendo su examen de recepción el día 4 de mayo de 1933.

Ejerció la profesión como juez en las poblaciones de Jerez y Río Grande del estado de Zacatecas, donde le tocó vivir etapas muy duras porque correspondieron a la época del cardenismo y había inquietud social. Por fin, en 1935, regresó a nuestro Aguascalientes y estableció su despacho, pero pronto fue llamado para ser juez de lo civil; posteriormente, defensor de oficio y, durante la época en que fue gobernador del estado el ingeniero Luis Ortega Douglas, ocupó los puestos de procurador de Justicia del estado, presidente del Supremo Tribunal de Justicia, secretario general de Gobierno y, también en ese tiempo, se le otorgó el fiat en su calidad de notario, labor que desempeñó hasta su muerte.

Respecto a la docencia, el licenciado Manuel Varela Quezada ha sido maestro de materias afines a la carrera de derecho, como civismo, derecho mercantil y derecho fiscal; en 1935 sustentó cátedra en el Instituto de Ciencias; se tuvo que retirar porque las actividades profesionales no le permitían atenderlas como él quería hacerlo; después fue invitado a dar cátedra en el Colegio Portugal y en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Contrajo matrimonio en dos ocasiones, la primera con Acacia Rodríguez y la segunda, después de haber quedado viudo, con la doctora María Flores; también fue padre de un hijo, el psicólogo Manuel Acacio Varela Rodríguez.

A Manuel Varela Quezada lo conocí a través de su tía Pepita Quezada, que fue vecina de mi casa en la calle Enlace y luego

de la de José María Chávez, persona que quisimos mucho; me di cuenta que Pepita tenía como sobrino al licenciado Manuel Varela Quezada, quien frecuentaba a la tía Pepa.

El licenciado Varela Quezada fue mi jefe cuando era procurador de Justicia y presidente del Supremo Tribunal; en mi concepto, fue un gran humanista, un gran conocedor de la ciencia del derecho y, por su sabiduría, fue consejero permanente del Poder Ejecutivo del estado de Aguascalientes; fue gran compañero en la vida y maestro, porque todo aquel que se acercaba a la fuente de su sabiduría a preguntar sobre alguna cosa tenía su amable orientación.

Las pasiones del licenciado Manuel Varela Quezada fueron vivir intensamente y cultivarse; creo que tuvo la biblioteca jurídica más grande que hay en nuestro medio, pues sobrepasa los cinco mil volúmenes. Fue escritor y poeta, constantemente escribió sobre distintos tópicos en los periódicos de nuestra ciudad y cuando las musas llegaban a su mente brotaban los poemas.

Este sabio iba por las calles de su barrio de Triana amando la hermosura de la mujer, la belleza de una rosa y el crepúsculo del atardecer. Murió el 5 de septiembre de 1989 en esta ciudad.

III. LOS LOCOS Y LOS MALDITOS

Capirotada de locos

Los enajenados mentales nos hacen reír con sus extravagancias; pues bien, los locos de una población dan fisonomía a la misma. Podemos acordarnos de distintos enajenados mentales de varios lugares sin hacerlos menos. El barrio del Encino, de Triana, en la época de mi infancia, tuvo sus locos y los recuerdo con regocijo por sus puntadas un tanto chuscas; veamos cómo eran algunos de aquellos enajenados mentales.

Chava, El Loco, cuando lo conocí, ha de haber sido un individuo como de unos cuarenta y cinco años, de origen campesino, vestía pantalón de mezclilla de aquellos de pechera, camisa de algodón y huaraches; usaba sombrero de palma de ala mediana, ni el clásico sombrero charro ni tampoco texano; su aspecto en sí era el de persona desaseada, con barba de varios días; el color de su piel, trigüeña; sus ojos color café y andaba un tanto encorvado y a brinquitos. Este inocente fue objeto de burlas de la muchachada del barrio, que lo jalaban de la ropa en un descuido que tenía, se reían de él o le hacían bromas de mal gusto. Su gracia era cubrir un peine con un papel de China y lo tocaba como si fuera una música de boca, y luego pedía una limosna, así sobrevi-

vía. Tengo entendido que Chava, El Loco, murió atropellado allá por el rumbo de Los Cinco Señores.

El Caganena, propiamente no fue enajenado mental, pero lo ubico muy cerca de ellos por su figura un tanto grotesca; fue un campesino que ha de haber sufrido de chamaco algún accidente y su cuerpo era contrahecho; una pierna y un brazo más chicos que los otros lo hacían caminar en una forma un tanto cómica. En cuanto a su descripción física, fue de estatura regular, también con pantalón de pechera de mezclilla, huaraches, camisa de manta, sombrero de palma, y su principal actividad fue la de ser arriero de los burros que transportaban la cuña y el tabique de los hornos –ubicados allá por el Grangenito y el barrio del Hueso– a las construcciones.

Una de las características macabras de él era que en cuanto alguna de las personas del barrio fallecía, de inmediato se presentaba en la casa del difunto para acompañar a los familiares y se pasaba toda la noche en vela; sus servicios consistían en cortar con unas tijeritas los pabilos de las velas que se ponían junto a la caja que contenía el cadáver, con el propósito de que las velas no tuvieran mechas grandes, ya que así ocasionaban humo. Después de la noche de vela y de acompañar muy de cerca el cadáver de la persona que veló, iba detrás de la carroza hasta el templo donde se celebraban las exequias y luego al panteón, como si fuera un deudo de los que más les hubiera podido el fallecimiento. Naturalmente que al final cobraba sus servicios de despabilador de velas de muerto, de acompañante y casi de planifera oficial. “El Caganena” se fue a vivir a la Ciudad de México y desapareció del panorama del barrio de Triana.

Otra de las personas que era enajenado mental fue uno a quien le decíamos Catarro. Fue también bajo de estatura, de complexión gruesa sin llegar a la obesidad, desaseado en su persona, con barba de varios días, usaba un carrete de paja, sombrero muy de la época, saco y pantalones muy remendados, y cargaba una canasta grande de poco fondo en la que traía

algunos objetos de varilla para vender: hilos, agujas, peinetas, listones, encajes, etcétera, cosas que eran muy apreciadas por nuestras damas en aquellos años.

Al Catarro bastaba y sobraba con que uno le gritara “¡Catarro!” para que fuera una verdadera declaración de guerra y la emprendía contra el chamaco que lo cocoreaba o la persona que había proferido tal palabra, ya que su nombre era Álvaro.

Siempre que pienso en la estampa de Catarro viene a mi mente la figura de la literatura mexicana de Pito Pérez; así fue Catarro, también apodado El Peinetas. Desapareció, no supe ni cómo ni cuándo.

Terminamos esta capirota con Herminia, La Loca. Esta mujer fue muy magra de carnes, muy flaca, le gustaba pintarse la cara con exageración, con mucho colorete, lo mismo sus labios, y usaba suetercito; fue una mujer que siempre andaba con un chal puesto. A ella le gritaban “¡Herminia, La Loca!”, y al oír esto se enojaba y su disquete era levantarse las enaguas, según ella, con esto ofendía a los que le gritaban y, naturalmente, se le veían los carrizos de piernas, entonces los muchachillos vagos maloras soltaban las carcajadas.

Quiero dejar constancia de que don José Salce, uno de los patriarcas del barrio, que vivía en la calle de José María Chávez, tuvo la piadosa ocurrencia de que él, en compañía de su familia, todos los días le daban de desayunar a Herminia, La Loca, y un buen día en que esta mujer traía muy desajustados los tornillos y las tuercas, acudió a la casa de don José Salce para que le prodigaran el desayuno cotidiano; con una de las muchachas, hijas de don José, echó pleito y le aventó sobre la mesa el almuerzo que le habían ofrecido. En cuanto se quejó esta joven con don José, su papá, éste dijo: “Ahora lo verás, Herminia, te voy a traer a la policía para que te lleven a la cárcel”, y esta mujer loca le decía: “Ay, no, don Josecito, si el cafecito que me dan está muy bueno”. Es decir, que no hay locos que coman lumbré.

“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino del cielo”.

Pedro, El Loco

Capítulo aparte merece don Pedro Castañeda, Pedro, El Loco, y le llamo don porque este loco de mi barrio merece tal calificativo, ya que fue genial. Recuerdo a Pedro Castañeda de complexión delgada, con la ropa clásica de la gente de huerta y de campo, ropa de mezclilla, un sombrero de palma de ala muy corta, el color trigueño de su tez, nariz aguileña, ojos claros siempre irritados y chimuelo.

Cuando yo lo conocí fue en el ocaso de su vida, deambulaba por las calles de Triana, con un palo en la mano. Vivió en una casa de lo que hoy es la calle Vicenta Trujillo, casa cercana al edificio o al caserón en que estuvo la congregación de la Temperancia; fue sabio, con una percepción extraordinaria para las ciencias exactas.

Recordemos algunas anécdotas de don Pedro Castañeda. Resulta que en una ocasión, estando él afuera de un salón de sexto año que tenía ventanas para la calle Ancha, en la Escuela Benito Juárez, vio que la maestra Carmen Morones le planteó en el pizarrón a un muchacho un problema matemático, una ecuación, y el muchacho estaba sudando la gota gorda para poder resolverlo, pero junto con el muchacho, también Pedro Castañeda estaba sufriendo, y como la ventana no tenía reja, llegó tal momento de desesperación de Pedro que de dos por tres zancadas se plantó frente al pizarrón y arrebató al muchacho el gis, le resolvió perfectamente aquella ecuación, volteó con el muchacho y con palabras no muy propias le dijo que era un tonto y le aventó el borrador y el gis junto al pizarrón; después, en la misma forma que entró, salió olímpicamente.

La afición de Pedro, El Loco, por las ciencias exactas la manifestó en una ocasión en la que, por causas ajenas a la voluntad de la gente del barrio, las autoridades quitaron el atrio de la parroquia o lo andaban quitando y se dio cuenta Pedro de que iban a hacer eso; con un lápiz se puso a numerar las canteras que formaban el atrio y en unos papeles de estraza iba poniendo las colocaciones de las canteras que él marcaba para tener una relación por escrito de la ubicación de cada una; casi terminaron de tumbar el atrio, de despegar las canteras, vino la inconformidad de la gente del barrio por lo que el gobierno había ordenado y, marcha atrás, aceptó que se reedificara. Entonces, en medio de albañiles y de ingenieros, anduvo Pedro, El Loco, con sus planos y les indicaba cuál era el lugar de cada una de aquellas piedras, hasta ver terminada la reestructuración del atrio; loco genial, ¿verdad?

En otra ocasión, don Pedro presenció el juego final de un campeonato de ajedrez que hubo aquí en Aguascalientes, en La Mutualista, en el que participaron ajedrecistas de varios lugares. En el juego en el que iba a culminar el evento estaban jugando un general zacatecano con otra persona y el general iba a mover una pieza del ajedrez; Pedro, que estaba observando aquella partida, le dijo: “No la muevas porque te ganan”; se encastó el militar, movió la pieza, el contrario aprovechó la ocasión y efectivamente le ganó por aquella mala jugada. Fue tal su ira que desenfundó la pistola y con ella iba a golpear a Pedro, El Loco, viendo esto los que estaban ahí presentes defendieron a Pedro y le decían al general: “Mi general, no le haga caso, está loco”, y el general, refunfuñando, contestó: “Si éstos son los locos en Aguascalientes, qué tal serán los cuerdos”.

Pensemos en Pedro Castañeda, en aquel Pedro Castañeda que aprendía de memoria los sermones que oía en el templo del Encino y los repetía toda la noche como si fuera una grabadora, dándole vueltas a la huerta de su casa, que es donde actualmente está la fábrica de muebles cromados J. M. Romo. Aquel

Pedro Castañeda a quien también le latía su corazón cuando veía a alguna moza del barrio en edad de merecer y gritaba: ¡Ay, mi barrio de Triana tiene mil almárcigos de mujeres hermosas!

Los muchachos también lo hacían renegar porque se acercaban a él y le decían: “Pedrito, dame un cinco”, y él decía: “No traigo”, “Pedrito, dame un cinco”, “que no traigo”, y a la tercera vez que le pedían el cinco se enojaba y con el palo que traía quería pegarle a los muchachos. “No, Pedrito, no te enojés, dame tu bendición”, se hincaba un muchachillo y entonces Pedro, con toda solemnidad, le daba la bendición y se le acababa el coraje.

En alguna ocasión, Pedro me encontró cerca de mi abuelo materno y luego que me vio volteó con mi abuelo y le dijo: “Este niño Ramírez, Ramírez, Ramírez”, y se fue caminando lentamente; fue la única ocasión en que Pedro se fijó en mí y me dirigió la palabra. Así fue Pedro Castañeda, loco genial; por eso, con respeto, le dedico un artículo aparte.

“Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios”.

Los malditos

En este libro se ha resaltado a los hombres de bien del barrio de Triana que han sido ejemplo a seguir: sabios, industriales, toreros, honorables jefes de familia, señores curas y un casi santo, pero en cualquier comunidad humana hay de todo, como en botica. En nuestro barrio también hubo gente negativa que creó leyenda; tan sólo haré señalamiento de tres de estos malditos que hicieron época en el tránsito del siglo xix al xx.

Empezaremos por José Barba, este hombre fue homicida perdonavidas; su familia lo tenía como familiar incómodo, ¡ah!, pero eso sí, José Barba fue muy devoto del Señor del Encino; cuentan que debajo de su ropa traía como escapulario un cuadrito con la imagen del Señor del Encino y a cada

semejante que asesinaba le iba poniendo al reverso del cuadrito-escapulario una rayita, de esa forma llevaba la contabilidad de semejantes que mataba.

Hurgando en el archivo parroquial del Encino, en los libros de entierros, buscando actas de defunción de los primeros señores curas, me topé con el acta de defunción de José Barba, y la causa de su muerte dice: “Murió acuchillado”. No hay duda de que se trata de este matón del barrio.

Don Alejandro Topete del Valle me contaba que cuando la madre de José Barba fue a ver su cadáver al descanso en el hospital le dijo: ¡Ay, José, hasta que me vas a dejar descansar! Así fue José Barba, amante de la estadística.

Otro de los broncos y muy broncos del barrio de Triana lo fue Gorgonio Esparza, a éste le compuso una obra teatral el hombre de letras de Aguascalientes, don Antonio Acevedo Escobedo, y a través de ella hacemos semblanza de Gorgonio Esparza.

Esta obra teatral la llamó *¡Ya viene Gorgonio Esparza! (El matón de Aguascalientes)* y consta de siete cuadros. El cuadro primero se refiere al nacimiento de Gorgonio, apadrinado por nahuales y brujas; dentro de las cosas que se refieren a los primeros es la ferocidad que tendrá Esparza al decir: “Escóndanse en sus casitas, prevénganse con pistolas, porque de puro asesino dejará ciudades solas”; y al amadrinarlo las brujas, nos dicen: “¡Cuidado con que a Gorgonio nadie lo insulte ni ofenda, el que quiera algo con él que con nosotros se entienda!”, y en cuanto a las víboras, le dieron todo su veneno; así, de dos por tres, tenemos una imagen clara de lo tal por cual que fue Gorgonio.

En el cuadro segundo recrea don Toño una escena en la tienda El Toro, ya con anterioridad hablamos de la citada tienda; pues ahí, Gorgonio, con luz apagada, provocó una riña entre El Bigotes, Macario, Pata Seca y él, en la que salió victorioso al matar a sus rivales, pleito que se hizo por cosas baladies.

El cuadro tercero se desarrolla en otra de las tiendas características del Triana de ayer, Los Cinco Señores, esquina

ochavada entre Belauzarán y José María Chávez (antes Del Obrador). Ahí nos describe a Gorgonio dando a su caballo mezcaval en artesa y él tomando tequila con cerveza; en este cuadro se ve lo altanero de Gorgonio con el tendero, su caballo y el vecino, y de paso de enamorado, pues amenaza al tendero con raptar a su hija Lupe, que está guapa hasta el tope.

Irascible, celoso y de pocas pulgas nos pinta el maestro Acevedo en el cuarto cuadro a Gorgonio Esparza, ya que sorprende a su mujer Sotera platicando con un cuñado de ella, Urbano, cuando ésta le lleva de comer a Gorgonio a su huerta; piensa que le está haciendo “de chivo los tamales”, o sea, que le es infiel; esta plática de Sotera con Urbano bastó y sobró para que Gorgonio matara a Sotera a pedradas y arrojara el cadáver en una noria; el cuerpo en descomposición empezó a oler mal y los vecinos se dieron cuenta del homicidio.

A consecuencia del homicidio de Sotera, Gorgonio Esparza fue aprehendido y lo encerraron en la cárcel, pero, antes, mató a una persona que, según él, en la huerta lo espió y se dio cuenta de la muerte de Sotera. Esto aparece en el cuadro quinto y en el mismo se narra cómo dentro de la cárcel mató a otro interno, y el juez, a nombre de la justicia, le notificó que al día siguiente lo fusilarían; en ese mismo día llegó a la cárcel una asonada carrancista que aprovechó Gorgonio para huir.

En los cuadros sexto y séptimo ya no encontramos homicidios, pero sí el suicidio de Gorgonio Esparza, que lo hizo poniéndose en la boca un petardo bien fino que sobró desde las fiestas del gran Señor del Encino; lo prendió y se despedazó, y luego, rumbo al cielo, se fue tomando vino, echando bronca con los ángeles, mientras san Pedro lo apaciguaba.

Está bien que esta obra la escribió el maestro don Antonio Acevedo Escobedo para teatro guiñol, salpicada de mucha fantasía, pero buscando en ella la realidad, nos damos cuenta de que don Toño tuvo que indagar sobre la vida de Gorgonio Esparza, quien fue un matón de extremos peligrosos.

Ahora platiquemos de una mujer que entra en el grupo de los malditos de Triana, ella fue Dionisia Barba, Nicha Barba.

Fundamentalmente, Nicha Barba se dedicó al abigeato; ella y sus bandoleros robaban ganado, merodeaban en el sureste de Aguascalientes por el rumbo de Calvillito y ranchos circunvecinos; naturalmente que también atacaban los hatos de ganados de otros rumbos. Cuando sorprendían a los vaqueros, los maniataban y tiraban al suelo para llevarse el ganado, en ese momento, Nicha descubría sus pechos y les gritaba: “Para que vean con quién perdieron, tales por cuales, con Nicha Barba”.

Mi abuelo paterno, licenciado Refugio Ramírez Palos, conoció a Nicha Barba y platicaba que era una mujer de armas tomar, que se casó con un ranchero de Calvillito, blanco de tez y de ojos verdes, que, según mi abuelito, se llamaba Martín; pues bien, en alguna ocasión, Nicha se disgustó con su marido y cuando éste estaba borracho lo metió al ejército de don Porfirio Díaz y por su gallarda figura pasó a formar parte de las guardias presidenciales. Le mandó a Nicha una fotografía con su uniforme militar y ésta se la enseñó a mi abuelito y le dijo: “Mira, Cuco, dónde anda mi Martín, está guapo y es de las guardias presidenciales; me dice que ha de venir para poner mi alma en descanso; pues donde la tiene él, que no se la jalle yo”. Así era de templada Nicha, con los arrestos suficientes para liarse a balazos con su marido.

El profesor don Alejandro Topete del Valle me platicó que el esposo de Nicha Barba no se llamaba Martín, él me dio otro nombre, el cual no recuerdo, y en ciertos aspectos la comparaba con la Monja Alférez. Por cierto, don Alejandro estudió a fondo a estos tres malditos e hizo de cada uno una monografía con datos verídicos; en cuanto a Gorgonio Esparza, siguió sus pasos por medio de expedientes de juzgados de lo criminal. Lo de José Barba, él me platicó que esos malditos Barba no tienen nada que ver con nuestros contemporáneos, la honorabilísima familia de empresarios Barba González. Así es que en Triana hemos tenido de todo, hasta malditos.

IV. LA VIDA EN EL BARRIO

Las familias de mi barrio

Primero de noviembre, aquí en Aguascalientes se inicia el trecenario del Señor del Encino, patrón del barrio de Triana, barrio que está al sur de la ciudad y que nació diez años antes de que se fundara la Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes, en 1575, y nuestro barrio en 1565, según merced de tierras dada a don Hernán González Berrocal, por la Corona de España.

Fundamentalmente, los barrios de Aguascalientes lo son debido a la unidad que hay entre las familias que los integran; cada quien piensa que su barrio es el más barrio por esta unidad, y los de Triana pensamos así:

Nuestras familias están integradas por gente bondadosa, de grandes méritos morales, religiosos y civiles, que hacen posible el desarrollo armónico del individuo y, con ello, la grandeza de nuestra patria; debemos abrir las puertas de nuestro corazón a las familias que se están avecindando entre nosotros, para que conozcan nuestra manera de ser y se incorporen a nuestras costumbres en tal forma, que en un futuro muy lejano

siga siendo uno de los lemas de nuestro escudo: “gente buena”, es decir, bondadosa e íntegra en sus principios de bienandanza.

Las familias que conocí en mi infancia, que se desarrolló en la calle de José María Chávez y Enlace, con su ejemplo, me forjaron en el amor a mis semejantes y a mi patria. Voy a hacer mención de los pilares de ellas, exponiéndome involuntariamente a la falta de mencionar a alguna, pero advierto a todos que los considero maestros de mi vida.

El maestro don José Medina y su esposa doña Rosa, gente laboriosa y servicial.

Doña Graciélita Díaz viuda de Acero; en aquellos años, sus hijos estaban dedicados a la compraventa de materiales de la construcción y autobuses urbanos.

Don Germán Hernández, hombre honesto y vertical, a través de él tuvimos las primeras estampas políticas; en su casa pernoctó el general Juan A. Almazán cuando andaba en su campaña a la presidencia de la República. Gracias a su hija María Engracia subsiste su casa en el barrio.

Profesor don Francisco Antúnez Madrigal, hombre culto, maestro impresor, secretario de mi padre en la Dirección de Educación; su esposa Francis y su familia siguen viviendo en el barrio.

Don Pedro Jiménez y doña Esthercita Díaz, familia que dio sus frutos a la religión, la educación y a la judicatura.

Don Francisco Álvarez y su hija, la profesora María, vecinos de las señoritas Nava, todos dedicados a la educación.

Don José Salce y doña María Luisa Zermeño, gente de campo, con una familia alegre y dicharachera, ¿verdad, Licha?

El señor profesor don José Padilla Montoya y Paulita Cambero. ¡Qué bonito matrimonio!, pilar en cultura y entrega humana a la comunidad; sus hijos son maestros y abogados.

Las señoritas Chávez, nietas de don José María Chávez, obrero, gobernador liberal y mártir; estas señoritas fueron

páginas vivientes de nuestra historia; convivían con ellas sus damas de compañía, Mercedes y Chabela Santos.

Don Jesús Valdez y Mariquita, su esposa, toda bondad y ejemplo.

Doña Felisa Calatayud viuda de Castro, abuelita de Pepino, brillante abogado zacatecano.

Pepita Quezada, señorita bondadosa, tía del señor licenciado Manuel Varela Quezada.

También vivieron en nuestro rumbo las señoritas Gómez, quienes formaban parte de nuestro vecindario.

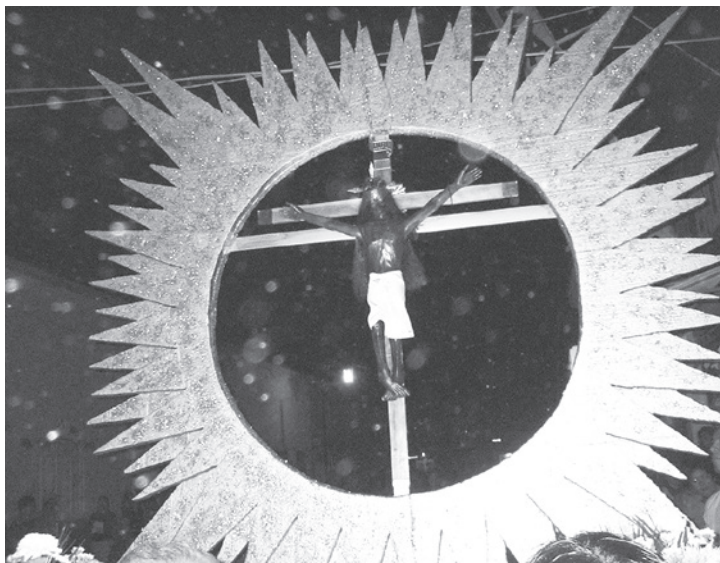
El charro José Manuel Valdez y familia, comerciante en forrajes procedente de Villanueva, Zacatecas, y también ganadero.

Ingeniero Francisco López Lamadrid y sus hijos, entre ellos, El Vago, dedicado a la construcción de caminos.

Todas las anteriores familias, vecinas en la calle de José María Chávez, con excepción de don Ramón Morales, que vivió en la calle Enlace; además, en esta calle, los Velasco Tamayo; Pachita, la del pilar; asimismo, en el rumbo, don Eduardo Jáuregui, abuelito del licenciado Jesús Eduardo Martín Jáuregui; don Maximino Jiménez y tantas y tantas familias que han sabido hacer patria.

Capítulo aparte merecerá la familia de don Pedro Reyes, con quien conviví grandemente.

¡Loor a las familias buenas y patrióticas del barrio de Triana, manantiales de virtudes y pilares de nuestra formación de aguascalentenses!



En la romería del Señor del Encino.

Familia Reyes González

Tanto los sociólogos como los historiadores y los moralistas han llegado a la conclusión de que la grandeza de una nación radica en la pureza de costumbres de la familia. Por medio de la historia universal, vemos cómo el Imperio romano fue grande en cuanto a su poderío y magnificencia, mientras se conservaron las buenas costumbres dentro de los hogares; podemos conceptualizar que la familia romana fue la que apoyó en su grandeza a Roma, que fueron aquellas matronas las que, con cariño y firmeza de carácter, pudieron educar a las generaciones de soldados romanos, quienes dieron grandeza a su patria. “Familias de buenas costumbres, patria grande”.

Cuando pienso en la familia Reyes González me imagino una de esas familias que han hecho posible la grandeza de la patria por sus buenas costumbres; los adornos de esta familia

son muy comunes en las familias de nuestro barrio de Triana y si escojo a este grupo es por haber convivido mi infancia y mi juventud entre ellos; creo que han sido personas que a través de su forma de ser me hicieron amar más a México. El tronco lo constituyó don Pedro, quien fue maestro cortador, o sea, sastre, y con su trabajo honrado hizo posible el sostenimiento de su prolífica familia; los hijos que Dios les dio fueron siete hombres y siete mujeres. Los hombres: Pedrito, Miguel, Guillermo, Luis, Salvador, Carlos y Jorge; y las mujeres: Toña, María de Jesús, Merceditas, Elvira, Ofelia, Josefina y Luz María.

Don Pedro fue un hombre completamente apegado a su trabajo, dedicado de lleno a él. Transcurrían las semanas, los meses y los años, de la casa a su sastrería y viceversa; sus placeres: asistir a corridas de toros, funciones de teatro, los domingos a sus deberes religiosos y, por la noche, acompañado por su esposa, a la serenata en la plaza. Doña María, una mujer que inculcó en su familia los principios religiosos y morales que los han sabido sostener; fue una familia ejemplar porque hubo un respeto absoluto, tanto de los hijos hacia los padres, como entre los mismos hermanos, todos queriéndose grandemente, amándose grandemente.

Puedo decir que a través de los Reyes conocí a México en sus tradiciones; qué agradables tertulias con ellos; qué maravillosos días de campo en compañía de nuestros vecinos, encabezados por esta familia; qué maravillosos los desfiles que llegamos a presenciar juntos; con qué devoción nos reuníamos para ir a nuestras obligaciones religiosas a los templos, y también, por medio de esta familia, con cuánta alegría y tradición nos dimos cuenta de lo que eran las fiestas decembrinas, cómo veíamos que doña María adornaba las ventanas de su casa y la puerta con farolitos de tipo japonés durante el docenario de la Virgen de Guadalupe y, cuando pasaba éste, esperábamos con verdadero alboroto las posaditas, la Noche Buena y fin de año. Mi admiración y reconocimiento para la familia de don Pedro Reyes.

La cuaresma

La Iglesia Católica Apostólica Romana, dentro de sus costumbres, tiene una etapa del año que denomina cuaresma, y que va desde el miércoles de ceniza, hasta el domingo de resurrección y, en nuestra infancia, el sábado de gloria.

La cuaresma es una época en la que nuestra Iglesia establece que debemos mortificar nuestro cuerpo con penitencias; es una época propicia para el recogimiento espiritual, para la meditación; sirve para conmemorar los cuarenta días de ayuno de Jesucristo en el desierto.

En la infancia, por indicaciones de nuestros padres, prometíamos no ir al cine mientras la cuaresma transcurría; otros eran golosos, prometían no comer dulces; había quien se abstenía de refresco; otras personas que fumaban dejaban de hacerlo; por lo tanto, era época de mortificación. Casi todos los muchachos de nuestra infancia dejábamos de ir al cine, era nuestra principal mortificación. Entonces, ¿qué hacíamos las tardes de los domingos que era la que dedicábamos a la sana entretenimiento? Y digo sana, porque por más atrevidas que hayan sido aquellas películas, contra la pornografía de hoy día, eran verdaderamente películas blancas; pues bien, ya que estábamos privados de este agasajo, lo que hacíamos era juntarnos en casa de los Reyes y jugábamos “parkacé”. Por aquello de las cuatro y media, cinco de la tarde, ya estaba el grupo de unos diez o doce muchachos en el comedor jugando “parkacé”, o bien, juegos con naipes, “la pasadita”, y eran tardes de una diversión tan sana y agradable que no sentíamos el paso de las horas, pues ya cuando era aquello de las siete de la noche, terminábamos de jugar; no faltaba por allí algún travieso que apagaba la luz y entonces era la rebatiña de fichas y de centavos, y el que más había ganado, a cuidar con su cuerpo las ganancias obtenidas. Lo más agradable que tenían como final aquellas sesiones de juegos de estrado es que, con las utilidades del que más ga-

naba, todos nos íbamos a cenar antojitos con La China, en una cenaduría al oriente de la plazuela del Encino.

En la cuaresma, nuestras madres se ponían listas para ver cuándo había ejercicios espirituales, tanto en el Encino como en catedral, y nos enviaban para oír aquellas pláticas anuales de acercamiento de nuestro espíritu a Dios, adecuadas a nuestra edad; aunque alguno de nosotros daba una cabeceada a la hora de los ejercicios o había quien llevaba a los ejercicios cargamento de caramelos, de dulces, de chiclosos, para estar agasajando al paladar mientras oíamos las explicaciones que nos hacían el padre Luciano Luna, el señor cura Felipe Morones, o bien, el señor cura López, en el Encino.

Cuando se aproximaban los días santos, en la semana correspondiente, a partir del miércoles, era un recogimiento absoluto desde medio día y no nos dejaban ni siquiera silbar, para tener en meditación nuestro espíritu y, con ello, pensar en la Pasión del Señor. El jueves se pulían las madres de familia por hacer un verdadero agasajo al paladar para la hora de la comida: el caldo de habas, buen pescado, ensaladas, lentejas, tortas de camarón y aquellos postres fabulosos de la capirota-da, ya sea de leche o común y corriente, y también las torrijas con miel de maguey procedente de Calvillito. A pesar del recogimiento, había alegría en nuestro paladar.

Cuando caía la tarde del jueves, las familias en grupo iban a visitar los siete templos, aunque no con mucha devoción, por ver a las muchachas. Los rezos los empezábamos en el templo del Encino, para seguir a Catedral, Ave María, La Merced, San Marcos, Guadalupe, San Diego, San José; en fin, se buscaba una ruta cómoda para hacer la visita, recordando aquel peregrinar que sufrió el Señor desde las casas de Anás, Caifás, Pilatos y viceversa, andando por aquellas callejuelas de la ciudad de Jerusalén.

El viernes se cubrían con un manto de tristeza las campanas silenciosas; en su lugar, llamaban a los actos religiosos las

matracas y nuestros padres hacían que fuéramos al ejercicio de “Las tres caídas” a las once de la mañana, luego a las tres de la tarde, estuviéramos donde estuviéramos: recordar el instante supremo de la redención humana por medio del sacrificio cruento de Jesús en la cruz. En la noche íbamos al ejercicio del pésame para acompañar en su soledad a la Virgen María, retornábamos a nuestras casas cerca de las nueve de la noche.

El sábado a las ocho de la mañana se abría la gloria y la forma de abrirla consistía en tender hilos de lado a lado de la calle, de banqueta a banqueta, y en cada tramo de 50 centímetros colgábamos unos chamucos, obra de la artesanía mexicana; eran un cohete forrado con una tilma roja de papel de china y una cabeza de barro de chamuco; no pasaban de unos 20 centímetros de largo. Fue nuestra gran diversión tronarlos y después de desayunar nos íbamos a las calles del centro para ver la quema de los chamucos grandes, de los Judas que las casas comerciales compraban para el solaz de la gente nuestra, teniendo por escenario la calle Juárez y el mercado grande; así se abría la gloria, se terminaba la época de la cuaresma y, en puerta, muy cerquita, la Feria de San Marcos con sus atractivos mundanales.

Feria de San Marcos

Explosión de alegría; siempre que un aguascalentense piensa en la Feria de San Marcos, ve que es la forma más digna de dar la bienvenida a la primavera. Cuando niños, Triana no se sustraía de esta alegría y pensábamos nosotros en nuestra feria con todas las manifestaciones extraordinarias que había para romper la monotonía un tanto recoleta de la vida de Aguascalientes.

Aún estábamos en el período de la cuaresma, de recogimiento espiritual, cuando los fines de semana se entusiasmaba la gente con las distintas manifestaciones habidas por los partidarios de las candidatas a reina de la primavera; cada uno

simpatizaba con distinta muchacha que pretendía el galano trono y estábamos al pendiente del desarrollo de sus campañas, de los gallos que se les ofrecían, de las muestras de apoyo. Acababan de pasar los días santos o el mismo sábado de gloria era la coronación de la señorita que había resultado electa reina de nuestra feria; alegría en la plaza de armas; la velada de coronación con el elogio que un poeta de reconocida calidad hacía de la soberana; nuestro gobernante cubría las sienes de la muchacha que iba a representar en las más galanas de las ferias a la mujer de Aguascalientes; la bóveda oscura y aterciopelada del cielo, tachonado de estrellas, donde parecía que otras constelaciones habían nacido por medio de los juegos pirotécnicos del maestro Cuco Díaz, de feliz memoria.

Las Mañanitas, el paseo tradicional en el Jardín de San Marcos, desde las siete y media a las nueve y media de la mañana, tocando la Banda Municipal, dirigida por el maestro don Ricardo García Mendoza o por Fortunato Hernández, quien fue su sucesor; mañanitas en que los rayos del sol se colaban por el follaje de los árboles, dándole un encanto muy especial al jardín.

Las acequias de los prados, rebozando de agua, de hilitos de agua que iban de un prado a otro, entre banca y banca; los puestos de flores de gardenias y claveles para obsequiar a la muchacha pretendida; las serpentinas; el confeti; total, la Feria de San Marcos, bellísima.

El día 25, día clásico, olía a estreno de vestidos para irlos a lucir en el jardín; Feria de San Marcos en los tapancos del señor Carrera, en las loterías de Dávalos y en la ruleta de El Naco; estampas mexicanas de mi infancia.

Las corridas de toros en la Plaza San Marcos, plaza incómoda, pero con un ángel taurino extraordinario, al grado que estando llena todavía entraba gente y al transitar de un lado a otro: el puntapié, el empellón y de inmediato el “dispense, usted”; el “hágame favor de perdonarme”, todos sin enojo, con alegría y gusto veíamos aquellas chicuelinas fabulosas del tria-

nero Alfonso, El Calesero; aquellas gaoneras de Luis Procuna o la Sanjuanera, y cómo El Ave de las Tempestades, Lorenzo Garza, hacía cernir los tendidos de la Plaza San Marcos, o con buenas faenas o grandes broncas; corridas que hacían verdadero marco de alegría a nuestra feria.

En otras ocasiones, el día 25 nos trasladábamos al medio-día, desde el barrio de Triana a San Marcos para dar vueltas al jardín y tomar algún refresco; por aquello de las tres y media de la tarde regresábamos a nuestra casa con la alegría de que nos esperaba un plato de mole, un buen arroz, unos frijolitos y una refrescante papaya como postre.

Recuerdo en una época de estudiante universitario que los días de la Semana Santa estuvieron muy próximos a la Feria de San Marcos y con el permiso paterno, tanto Jesús, mi hermano, como yo, nos quedábamos una semana más de vacaciones para disfrutar de la feria. En compañía de nuestros casi hermanos, los Reyes: Ofelia, Salvador, Luis, Elvira y también Mercedes, mi hermana, nos íbamos a jugar a la lotería de Dávalos, frente al templo de San Marcos, corriendo las cartas clásicas: ¡El valiente! ¡La calavera! ¡El sol! ¡El gallito! ¡El venado! ¡La cubeta! Y el grito de: ¡Cuadro grande! y ¡cuadro chico! Y por último el de: ¡Tabla llena!, para después, a la persona que iba ganando sus premios, se le daban sus vasos de vidrio, sus botellones también de vidrio y, como cosa extraordinaria, la lotería del cócono. Rifaban estas aves que iban a parar en las cazuelas del mole. Al día siguiente de la noche que pasamos en la lotería, nos íbamos al salón Las Palmas a bailar con la orquesta de Hebert Hoogland y la música de Gleen Miller, que estaba en su apogeo; en estos bailes entrábamos y salíamos con la tambora, para luego, al día siguiente, por razón de la desvelada, regresar a San Marcos en la noche, para jugar a la lotería.

Así transcurrían nuestras ferias de San Marcos en aquel ir y venir de Triana a San Marcos, viendo aquellas estampas primorosas, aquellos paseos en el jardín con verdadero orden,

y los obsequios en flores a las damas; luego, a saborear los antojitos. Todo esto está en el arcón de los recuerdos, los escribimos para que no escape de nuestra memoria Triana y San Marcos, unidos a través de la Feria.

Las tertulias

Tradicionalmente, tertulia es una reunión de personas que tienen por objetivo conversar y convivir. El Aguascalientes de hace algunos lustros fue muy aficionado a las tertulias; existían estas reuniones en las trasboticas, en las sastrerías, en la tienda de la esquina, en las peluquerías, en la banca de un parque; pero siendo Aguascalientes un pueblo laborioso, la tertulia se producía propiamente después de cenar, es decir, en la noche, y esto fue en virtud de que en aquellos años no se tenía televisión, aunque ya empezaban los radios. Me da la impresión de que la televisión es un aparatito que nos sirve de disolución social porque lo más común es que la persona después de llegar cansado a su casa y de cenar, prenda la televisión para ver telenovelas y también algún noticiario, para estar al día de los acontecimientos nacionales e internacionales; así es que este avance propiamente es de disolución social.

En la infancia, en nuestro barrio de Triana se acostumbraban mucho las tertulias; qué agradables eran porque brindaban la gran oportunidad de que la gente fuera más humana, de que la gente se comunicara y pudiera así haber una corriente de identidad en sus problemas, en su manera de ser, o simplemente aconsejarse unos a otros sobre cómo actuar durante la vida.

Las tertulias de nosotros, los jóvenes de aquella época, fueron extraordinariamente fabulosas, porque no era únicamente conversar lo acontecido en el día, sino que nos comunicábamos nuestros ideales, ideales de superación, de mejoramiento, de ilusiones de hacer viajes al otro lado del océano Atlántico, a

Europa, lugar fuente de nuestra cultura; también surgían las leyendas, los aconteceres, lo que sucedía entre nosotros. Era una cosa muy de platicar lo de La vecindad de las pedradas, porque al otro lado de donde vivía la familia Reyes, había una vecindad que, por cierto, no tenía servicio de energía eléctrica, no había luz, y sucedía que en las noches, en el patio de esta vecindad caían piedras del cielo; probablemente algún travieso las aventaba, pero para nosotros era fenómeno que no tenía explicación, y dimos por llamarle a esa vecindad “La vecindad de las pedradas”.

Recuerdo con mucho gusto la tertulia que formábamos todos nosotros, los de la tercera calle de José María Chávez; disfrutamos de una noche de lluvia de estrellas; qué hermoso espectáculo ver tanta estrella fugaz al mismo tiempo sobre el firmamento, aunque también diré que era la noche de luna y eso menguó un tanto este espectáculo.

Así pues, concluimos que las tertulias fueron reuniones que sirvieron para la felicidad de nuestro pueblo, para la comprensión entre unos y otros y para sentirnos más humanos. Benditas tertulias que forjaron nuestra identidad de hombres plenos.

Los días de campo

“Que llueva, que llueva, la Virgen de la cueva... truenos de temporal... grifos del cielo abierto...”. “¡Échaleee, a veinte el ciento de cardona fresca!”. Campos hechos vergel, veranos de Aguascalientes, veranos de mi infancia. Y llegan los días de campo. Cómo disfrutábamos de aquellas aventuras dominicales, yendo a los lugares más hermosos, próximos a nuestra ciudad, paseos a Los Cuartos, a Los Arquitos, a Peñuelas, a Ciénega de Mata, a Calvillo. Todos estos lugares tenían un encanto extraordinario porque en el campo, aun siendo hermoso todo, en estos sitios había presas, había pasos del río muy bonitos, grandes

arboledas y campos hermosos y sombreados para pasar el caluroso día de verano.

Don Pedro Reyes, devoto fiel de llevar la tradición a su familia y a todos nosotros sus amigos, con relación a los días de campo, era de los principales promotores. Durante la semana se escogía el lugar que íbamos a visitar; entre las familias se pasaba la noticia a dónde íbamos a ir y luego a conseguir un camioncito un tanto destartalado para que nos llevara, en medio de aquellos caminos que eran primorosos, al sitio elegido. Cuando todavía la carestía no hacía su aparición, don Pedro, por lo general, era el que costeaba toda la comida, y la muchachada, los que estaban mozos en la edad de merecer, se cotizaban para pagar el camión que nos transportaba a toda la palomilla del barrio. La comida, por lo general, era un arroz, un mole y frijoles; era la costumbre de doña María no llevar la comida hecha.

Al punto de reunión a las nueve de la mañana en casa de don Pedro Reyes iban llegando todos nuestros amigos; por ahí, en primer término, llegaba Matilde, mi prima, casi hermana, y El Chato con todos sus chiquitines muy bien arreglados; luego doña Alta gracia, la mamá de Salvador Esparza, con su hija María; lo mismo las Salce; Chuy, la hermana de los Reyes, con su familia; Leonardo, quien vive en el barrio de Triana y es relojero; también don Arturo Rodríguez, la tía Chuy, Bertha, Conchita y sus hermanos; por otro lado, llegaban también Jorge López Yáñez y sus hermanos; todo aquel grupo de conbarrianos alegres nos dirigíamos al día de campo.

Entre nueve y media y diez, después de subir al camioncito todas las vituallas, salíamos de la calle José María Chávez con rumbo, por ejemplo, a Los Arquitos; qué alegría de todos, qué impresión de aquel cielo azul, de aquel domingo fresco del campo verde, qué hermoso se veía el Cerro del Muerto con las distintas tonalidades de verde; salíamos por el antiguo camino a Calvillo, es decir, camino común a Jesús María, hasta el puente de la Fundición. Todavía seguíamos por el camino antiguo a

Calvillo hasta una desviación que nos llevaba a Los Arquitos; este lugar está en un valle muy cerradito que casi lo formaba el cauce del río, con grandes árboles; con un acueducto de donde toma el nombre de Los Arquitos, también una presa y el cerro. Cuando llegábamos al lugar en el que íbamos a estar, hacíamos –válgame la expresión– nuestro campamento; descendíamos del camión, parecíamos todos los chiquillos algo así como un chinchorro de chivas contentas, saltando en medio de aquellos campos. Algunas de las personas se iban a cortar leña para que doña María y demás que acompañaban empezaran a hacer la comida, nosotros los escuincles nos íbamos a un lugarcito por ahí cercano al río, dizque a pescar, cortar berros, o bien, acompañábamos a los más grandes hasta la presa para verlos nadar. A los jóvenes les encantaba llevar sus trajes de baño y meterse a las presas; afortunadamente nunca tuvimos la desgracia de que alguien se ahogara; después de aquel contacto con el agua, de aquella diversión, otros se iban al cerro como si tuvieran espíritu de alpinistas. Se organizaban los paseos dentro del paseo, en grupitos, unos por un lado, otros por otro. A la una y media, dos de la tarde, coincidíamos donde estaba nuestro campamento general y ahí, con satisfacción, veíamos unas cazuelonas de arroz sabrosísimo, un mole muy bien hecho, unos frijolitos. Los señores grandes llevaban una o dos botellas de tequila y tomaban una copita de aperitivo; medio se achispaban un poco antes de la hora sacrosanta de la comida; luego, todos felices con nuestro plato, comiendo, dándole gusto al paladar.

Después de la comida, recogían todo lo relativo al arte culinario que iba a dar a las canastas; algunos de los señores dormitaban un poco y ya cuando se normalizaba el asunto nos poníamos a jugar, que a la “perla piscuintilla”, a los “encantados”, a “hilos de oro”; es decir, se volvía a la infancia. El cielo ya para medio día empezaba a presentar barruntos de lluvia, grandes nubes blancas, esponjosas, contrastando con el azul del firmamento.

En el lugar más próximo se conseguía una “murgüita”, una música, y después de los juegos aquellos en que nos divertíamos y que, entre paréntesis, servían en muchas ocasiones para iniciar romance entre los muchachos del barrio, llegaban los músicos y se organizaba un bailecito, un tanto bucólico; todos bailando contentos y cuando menos acordábamos, por aquello de las seis de la tarde, aquellas nubes blancas de mediodía se hacían plomizas y empezaban a caer las gotas, y el corredero: todo mundo al camioncito para taparnos con impermeables, con paraguas y emprender el regreso a Aguascalientes. El aguacero aquel nos hacía correr, nos empapaba al grado de exprimir la ropa, pero veníamos todos con una alegría extraordinaria, felices de un día de campo; cantábamos: “Una gitana leyó en mi mano, que con el tiempo me adorarías y esa gitana ha adivinado, pero tu vida ya no es la mía”, o bien: “Soy un pobre venadito que habita en la serranía, como no soy tan mancito, noooo, bajo al agua de día, de noche poco a poquito y a tus brazos, vida mía”; o aquella otra que decía: “Hay unos ojos que si me miran, hacen que mi alma tiemble de amor, son unos ojos tan primorosos, que ojos más bellos no he visto yo”; y luego “Un viejo amor”; en fin, regresábamos en medio de aquella lluvia y, si acaso, en el trayecto había un pueblo intermedio, como Jesús María, se paraba el camión y a comprar elotes calientitos en la placita del pueblo. Seguíamos bromeando y cantando, felices de venir disfrutando de un día de verano en nuestra tierra, y así, con las últimas luces del día entraba el destartalado vehículo por el rumbo de Cholula para pasar Guadalupe, el centro de la ciudad y llegar a nuestra casa común, el barrio del Encino; cansados, fatigados, pero muy contentos; era una noche en que seguíamos soñando en el día de campo.

Las posaditas

Estas jornadas religiosas que se dan en el mes de diciembre tienen un arraigo profundo en el pueblo de México, son nueve días en que conmemoramos las jornadas que tuvieron José y María desde Nazaret rumbo a Belén, donde aconteció uno de los hechos más prodigiosos en la historia del hombre, el nacimiento del Redentor. La orden religiosa de los Franciscanos fue la que creó “las posaditas” en el atrio de sus conventos, con fines de enseñanza religiosa.

Esta tradición tan nuestra, tan mexicana, se reflejó también en el barrio de Triana, en la casa de don Pedro y doña María Reyes; ellos, como buenos mexicanos, buscaron la forma de que nunca nos faltaran las posaditas; primero sufragaban ellos los gastos y posteriormente se dividían los días los vecinos, y cada día eran los anfitriones distintas familias. A las nueve de la noche llegaba por ahí una señora, al parecer una viuda, que era toda una tragedia su vida; portaba una guitarra, pues era la encargada de cantar los misterios, le decíamos “La comadre Jesús y sus aventuras”, porque siempre contaba todas sus desgracias. A más tardar a las nueve y cuarto de la noche todos estábamos en la sala de la casa de los Reyes y don Pedro rezaba el rosario que todos contestábamos; entre misterio y misterio eran los cantos aquellos de alabanza a la Virgen María: “¡Oh, bellísima María!”, “Ángeles del cielo, guarden los caminos”, “Humildes peregrinos”. En fin, los cantos propios de las posaditas. Al llegar a la letanía nos proveían de nuestras velitas y de luces de bengala y salíamos al patio a pedir posada en las recámaras que tenían puerta o ventana para el patio; cuando terminábamos de hacer nuestro recorrido pidiendo posada, se procuraba que la última posada se pidiera en la puerta del zaguán para la sala, con el propósito de dejar en una mesita a los peregrinos para volver a rezar al día siguiente. Llegaba la alegría de todos nosotros porque el siguiente punto eran las piñatas,

nos íbamos al segundo patio y en medio de la algarabía que armábamos eran rotas las piñatas. Más de alguna ocasión, involuntariamente, alguno se llevó un buen golpe con el garrote para romper la piñata, ya que el que le estaba dando, accidentalmente le pegaba en la cabeza, pero no pasaba del chichón, de la incomodidad del golpe en aquel momento y nada más.

Después de haber roto dos o tres piñatas, nos íbamos a la sala y nos sentábamos alrededor; pasaba el anfitrión de la posada obsequiándonos bolos con cacahuates, dulces y galletas; también circulaban los ponches con o sin “piquete”, mientras que el tocadiscos estaba funcionando; todos disfrutando el ambiente de fiesta. Mientras los muchachos iniciaban el bailecito, doña María se molestaba y, con mucha solemnidad, tomaba sus peregrinos y nos decía: “Mis peregrinos no son para participar en fiestas de esta naturaleza”; tomaba las esculturitas de los peregrinos para llevárselos a su recámara mientras la juventud de aquellos años nos dedicábamos a bailar las piezas que eran muy usuales en nuestra época.

Por lo que respecta a la Noche Buena, casi por lo general cada una de las familias en sus casas era donde celebraban la venida del Salvador al mundo, con la opípara cena.

Por último, venía la fiesta de fin de año; me acuerdo que en una ocasión se pusieron muy ceremoniosos y organizaron una cena-baile ahí mismo, en la casa, pero con la condición de que las damas fueran vestidas de largo y los muchachos con trajes oscuros, es decir, un baile algo así como blanco y negro. Después del ejercicio de acción de gracias, acudimos a la casa de nuestros amigos y por aquello de las diez y media empezó la fiesta, misma que se suspendió a las doce de la noche para esperar el año nuevo en medio de abrazos, de risas, de buenos deseos y de una que otra lágrima que se escapaba recordando el año que se iba. Después pasamos al comedor a saborear una extraordinaria cena. En esa forma era como festejábamos

hace algunos lustros las fiestas decembrinas; así se desarrollaba nuestra vida los fines de año en nuestro barrio de Triana.

Las pintas al río

En nuestra infancia, Aguascalientes contaba con un verdadero río que ha desaparecido, el San Pedro, que viene de la sierra San Pedro Piedra Gorda, en el estado de Zacatecas, y atraviesa nuestro estado de norte a sur; entonces Aguascalientes no se encontraba tan industrializado como ahora y, por lo tanto, no había contaminación de nuestras exiguas corrientes de aguas. El río San Pedro llegó a tener distintos nombres conforme iba pasando por determinados rumbos; así, a la altura de Jesús María fue el río San Miguelito, luego fue el río de la Fundición, el Charco del Campero, el río Pirules, y salía de nuestro estado para el de Jalisco.

Nosotros, a aquel río lo conceptuábamos como santo, casi como si fuera el Jordán de la infancia, porque todos los muchachos de aquella época fuimos a bañarnos en él. ¡Qué hermoso era ese río!, cuántas arboledas de álamos y pirules en sus márgenes; cómo era transparente el agua y había fauna propia de un río sano, había pececillos, ranas, uno que otro sapo, culebras; en fin, era verdaderamente un edén al que todos acudíamos.

Mis hermanos, en compañía de los amigos de su época, buscaban la forma de pasarse tardes felices en ese lugar; por lo general, tanto Salvador como Luis Reyes formaban parte del grupito que iba sin la autorización paterna al río Pirules. ¿De qué argucias se valían aquellos jóvenes para ir a este lugar?, pues bien, lo que hacían era engañar a sus padres diciéndoles lo siguiente los sábados: “Vamos a ir a la doctrina a catedral y a estar una media hora antes de que empiece, a las cuatro de la tarde, jugando en el atrio; después salimos de la doctrina y regresamos al atrio a jugar otro rato, para esperar a que den las cinco y media

y entrar al cinito del señor cura Morones”. Por cierto, este cine se llamaba Cine Modelo y con sus funciones premiaban a los muchachos que acudían a la doctrina, a través de sus boletos de asistencia, y luego, como el cine se prolongaba hasta las siete de la tarde, pues por aquello de las siete y media regresaban los muchachos a la casa.

Así, estos traviesos tenían oportunidad de escapar de la vigilancia paterna por toda una tarde; se iban al río y se dedicaban a nadar, a darse un chapuzón, a cazar ranas y culebras, se llevaban jaulas tramperas para poder atrapar aves canoras; en fin, era una tarde en un remanso de paz y tranquilidad, y ya cuando empezaba el crepúsculo, regresaban del río Pirules por toda la calle de Nieto hasta la calle José María Chávez. Llegaban a la casa con el siguiente problema: como no llevaban trajes de baño, con su misma ropa interior se metían al río y regresaban con ella húmeda, entonces buscaban la forma desde la calle, antes de entrar a la casa, de aventarla a la azotea para que no se dieran cuenta de que se habían ido al río; ya al día siguiente recogían de la azotea la ropa interior.

¡Qué hermoso río Pirules disfrutamos en la infancia! ¡Qué cosa tan maravillosa, a través de él, conocer la naturaleza! Qué tristeza que nos ha tocado ver convertido aquel hermoso río de tanta aventura, de tanta alegría, en un pobre caño de aguas putrefactas. ¡Pobre río Pirules, Jordán de nuestra infancia!

Travesuras de muchachos

En la primera etapa de la vida todos los seres animados de la creación son extraordinariamente juguetones e indagadores, porque junto con la necesidad de jugar está también la necesidad de aprender.

De mis amigos los Reyes, quien destacó en travesuras fue Salvador, extraordinariamente inquieto. Recordemos el pasado:

a Pedrito, el hermano más grande, le dio por el deporte de la cacería y ellos mismos fabricaban sus escopetas, o bien, compraban por ahí en la Línea de Fuego alguna escopeta vieja, que luego aceitaban, limpiaban, la arreglaban y, con ella, se iban de cacería de liebres, ya fuera a los ranchos de sus primos los Esparza o a campos aledaños a nuestra ciudad. Pedrito preparaba sus cartuchos para la escopeta con casquillos fulminantes, pólvora y municiones; estos elementos los tenía siempre en el último rincón de la casa, en el cuarto donde se van acumulando las cosas que no usamos, pero que sentimos afecto por ellas y no queremos deshacernos, es decir, el cuarto de los tiliches; ahí es donde Pedrito tenía la pólvora, según él, fuera del alcance de las manos de los hermanos menores. Pero dónde va dando con la bolsa de pólvora Salvador y se le hizo fácil hacer un infiernito, divertirse quemando la pólvora, pero como no sabía dosificarla, hizo un verdadero cerrito; esto lo hizo a escondidas y prendió fuego al cerrito de pólvora, misma que se quemó e hizo explosión y se le incrustaron algunos granos de pólvora en la cara. Las muchachas, sus hermanas, que estaban en la cocina, vieron que salía mucho humo del último cuarto, el de las injurias; corrieron a él y se encontraron casi a un habitante de África con los pelos de punta, era Salvador que se quemó toda la cara y estaba muy asustado. Así era de travieso; yo creo que jamás en la vida volvió a prender un cerrito de pólvora, ni siquiera una paloma o un cohete de centavo; fue una lección inolvidable.

En otra ocasión, Salvador se sentía muy contento por el dominio que tenía sobre el trompo (¡qué bonitos juguetes de nuestra infancia: trompos, baleros, yoyos, churumbelas!); pues bien, llegó a tal grado su perfección para jugar con el trompo que lo aventaba al suelo y antes de que lo tocara, con la misma cuerda jalaba el trompo y lo cachaba en la mano; después de muchas prácticas que tuvo a ese respecto, ya cuando se sintió todo un profesional, conocedor de todos los recovecos de las

técnicas para bailar el trompo en esta forma, quiso presumirle a don Pedro, su papá, el dominio absoluto que tenía sobre este juguete. Cuando aconteció esto, don Pedro se encontraba en el comedor de su casa, desayunando un tazón de chocolate con pan de huevo, se acercó Salvador y le dijo: “Mira, papá, ya puedo bailar el trompo muy bien sin que llegue al suelo y lo cacho en la mano”, y le dijo don Pedro muy complaciente: “A ver, hijito, demuéstame tus habilidades”. Este muchacho, con un gusto enorme y para quedar muy bien con su papá, enredó la cuerda a su trompo; al principio con la cuerda muy apretada, y entonces aventó al suelo el trompo con mucho entusiasmo y, antes de que llegara al suelo, le dio el jalón con la cuerda y fue tal el jalón y con tanto entusiasmo que no pudo cazar el trompo y éste cayó dentro de la taza de chocolate que estaba desayunando don Pedro. Hizo las veces de una licuadora sin tapa y su papá quedó bañado en chocolate de arriba abajo. Fue fuerte la indignación de don Pedro cuando le aconteció esto que le dijo que era un muchacho tonto; tomó el trompo y, desde el pórtico del comedor, en el patio, lo aventó con todas las fuerzas que su alma le daba rumbo hacia la calle y se fue refunfuñando al baño para limpiarse con agua los efectos que el chocolate había hecho sobre su cara, que estilaba. Estaba en estos menesteres cuando tocaron a la puerta y salió a ver de quién se trataba, era nada menos que nuestro vecino Ramón Acero, que le decía: “Don Pedro, estaba yo sentado en el batiente de la puerta de mi casa (la casa de Ramón quedaba enfrente a la de don Pedro) y vi que salió volando de su casa un trompo que fue a dar contra los vidrios de la ventana de mi sala y rompió uno, vengo a cobrarle la reparación del daño”. El coraje de don Pedro no se hizo esperar, tuvo que liquidar el costo del vidrio y la hazaña de Salvador costó un entrede *surriatazos* y la pena de que de sus domingos pagó el vidrio aquel; fue, pues, una travesura sin querer.

No cabe duda que Salvador ya la traía contra su papá y quiero dejar constancia que lo vio siempre con un cariño enor-

me, con respeto absoluto e incapaz de faltarle. Pues bien, al fin trianero, a todos nosotros nos ha encantado la fiesta de los toros y don Pedro no estaba exento de esto. En cuanto veíamos que iba a haber una corrida, ni tardos ni perezosos nos las ingeniábamos para ir al tendido de sol y disfrutar de esa fiesta que tiene tanto arraigo en nuestro pueblo.

En una ocasión, don Pedro se fue al tendido de sombra y la muchachada andábamos acá en el tendido de sol; a Salvador se le ocurrió cargar con naranjas para chuparlas y después, enteras, con el gabazo adentro, proyectarlas contra la gente de sombra. Antes de empezar la corrida, don Pedro se encontraba sentado en sombra, medio cabeceando porque era la hora de la siesta, y cuál sería la sorpresa que recibió un naranjazo en plena cara. Salvador, en forma anónima, aventó el naranjazo para ver a quién le pegaba, pero no con el ánimo de pegarle a su papá, al que casi hace girar trescientos sesenta grados, es decir, en redondo; Salvador se escondió en medio de toda la palomilla que estábamos en sol porque no quería que se diera cuenta don Pedro que él fue el autor del naranjazo.

Terminada la corrida llegó don Pedro a la casa muy morficado, diciendo horrores contra la gente de sol; le quedó un ojo moro por unos dos o tres días. Yo creo que este secreto del naranjazo lo supimos sostener todos, porque nunca supo don Pedro que Salvador le había arrimado el naranjazo aquel, accidentalmente. No cabe duda que Salvador fue un muchacho travieso de todo corazón.

Ahora consignaré una travesura en la que tuvieron participación Guillermo Reyes y Jesús, mi hermano. Resulta que en una de las ocasiones que pavimentaron la calle José María Chávez, tal vez la primera, presentaba un aspecto tentador dejarse deslizar desde el Pabellón Mexicano o de la Guerrilla rumbo a la calle de Rayón en carritos de ruedas de patín, o bien en bicicletas. Las bicicletas estaban fuera del alcance económico de los muchachos, pero se aprovechaban de alguien que la tu-

viera para disfrutarla; aquellos jóvenes se hicieron amigos del cartero, él tenía bicicleta, y cuando llegaba, descendía en ella y se la prestaba a los jóvenes; él se dedicaba a repartir las cartas y ellos a pasear. En uno de aquellos días, Guillermo tomó la bicicleta y se encontró a Jesús, mi hermano, por allá en la parte alta de la calle José María Chávez; de chamaco, Jesús usaba lentes para corregir algún defecto en la vista, y Guillermo le dijo: “Chuy, ¿no quieres venir aquí a darnos una vueltecita en la bicicleta?”. Aceptó mi hermano y lo subió en la barra del cuadro, pero le dijo: “Mira, Chuy, vamos a deslizarnos desde acá arriba hasta allá, a la calle Enlace, ten mucho cuidado, no vayas a meter los pies dentro de los rayos de la rueda de adelante porque así nos va a ir”. Y parece que le dijo todo lo contrario, pues cuando se deslizaban y tal vez iban más o menos a la altura de la casa de Mariquita Valdés o del profesor Antúnez, ya con una velocidad muy fuerte, Jesús se atarantó y metió el pie en la rueda de adelante, entre los rayos, y salieron los dos tripulantes de la bicicleta como piedras aventadas por catapulta y fueron a proyectarse hasta el suelo; la bicicleta quedó hecha una lástima; los rayos todos rotos, los rines chuecos; Guillermo, adolorido por los golpes recibidos; Jesús con una serie de raspones levantaba los lentes, que milagrosamente no se le encajó ningún cristal en los ojos, pero quedaron hechos unas tirlanguitas, por completo desbaratados; Guillermo, enojadísimo con Jesús por la imprudencia de haber metido los pies; Jesús, azorado y con sus lentes rotos y llorando se fue a la casa: Guillermo, asustado a dejar la bicicleta en la orilla de la banqueta, y cuando llegó el cartero se encontró con una bicicleta extraordinariamente deteriorada; dedujo que era Guillermo el que la había tripulado y fue a la sastrería con don Pedro a cobrarle los rayos que se perjudicaron y a que le arreglaran la bicicleta. Parece ser que en aquella época costó el arreglo un peso y cincuenta centavos, pero hay que tomar en consideración que nos daban de domingo cinco centavos, los cuales nos alcanzaban para bastantes cosas, pero de esos domin-

gos, Guillermo tuvo que pagar el arreglo de la bicicleta, por lo que se quedó alrededor de medio año sin domingos. Así eran las travesuras de los muchachos de nuestro barrio.

Los dulceros

Hablar de los dulces de la infancia es recordar una de las satisfacciones más grandes que tuvimos en aquella edad, que nos parece un tanto lejana y a la vez cercana, porque todo en el mundo verdaderamente es relativo.

Hagamos memoria de aquella gama de dulces que nos alegraron; pensemos en las yemitas, dulces que parecían efectivamente yemas de huevo estrellado forradas con la clara, en este caso, era una masilla muy agradable de color amarillo forrada de caramelo transparente. Las bolitas de caramelo rellenas de alcohol, a las cuales les encontrábamos nosotros un cierto misterio de cosa prohibida, debido a su contenido. Los chiclosos llamados rompemuelas; recibían este nombre en virtud de que eran verdaderamente durísimos, como si se fueran a romper las muelas al querer morderlos, hechos de tiritas de coco con un caramelo café extraordinariamente compactado. Los huesitos hechos de leche como si fueran jamoncillo, pero con la forma de huesitos. Las charrascas con coco; también se les daba el nombre de trompadas y que parecían tibias humanas, huesos humanos, pero con un sabor extraordinario. La gama de dulces cubiertos como el calabazate, la chilacayota, los camotes; infinidad de dulces que alegraron nuestro gusto en la infancia; todas aquellas maravillas las hacían en plan artesanal, si bien es cierto que ya existían compañías como Larín. Buena parte de nuestros dulces se manufacturaban ahí, en nuestro propio barrio; había muchas dulcerías en un área un tanto relativamente pequeña.

Recordaremos a los dulceros: en primer término, Pachita, que tenía su dulcería frente a la acera de la casa de nosotros, en la calle de Enlace, dulcería que posteriormente pasó a ser panadería del Pilar. Vi cómo hacían las biznagas en aquellos marcos de tela de alambre en donde los ponían a escurrir después de manufacturarlos; las grandes biznagas les llegaban de los lugares un tanto áridos, que es en donde crecen. Me acuerdo de las llamadas tunas que eran coquitos de aceite forrados en capas de azúcar pintados de rojo. Ya para llegar a La Venus, en la calle de Enlace, por la tlapalería de don José Guerrero, que después se llamó La Occidental, estaba otra dulcería, a cuyo dueño, don Pablo, le decían La Venada. De esta dulcería recuerdo cómo, además de los dulces, vendían jocoque, tal vez les sobraba crema de leche en la manufactura de algunos dulces y con aquella crema hacían jocoque; mi madre me mandaba a la dulcería de la tercera calle Enlace a traer unas ollas de éste, por el que siento tal devoción que me da la impresión de que jamás he vuelto a probar jocoque tan bueno como aquél.

La calle Galeana fue lugar de dulceros, como lo fueron los hermanos Rangel, don Heliodoro y don Antonio; ellos se especializaron en los dulces cubiertos y en el alfajor tipo Colima.

Lugar aparte, dentro de los dulceros, merece Jesusita Morones, y digo esto porque realmente doña Jesusita no se dedicaba a la dulcería en gran escala, sino que ella, para ayudarse en sus gastos, fabricaba chocolate que era una verdadera delicia; asimismo, en la temporada de membrillo o de guayaba hacía mucha cajeta para vender; del corazón del membrillo sacaba un dulce con el mucílago, que conocíamos nosotros como suadero, y era una laminilla riquísima. Jesusita Morones fue una persona a quien estimábamos todos en el barrio, en virtud de sus méritos propios y también por ser ella la hermana del señor canónigo Felipe Morones, encargado de catedral. Fue él quien nos introdujo a la doctrina cristiana, además, la descendencia de Jesusita, los hermanos Lomelí Quezada, sus nietos, fueron y

son todos muy buenos amigos; uña y carne fueron Pina Reyes y Altagracia Lomelí; para mí es una alegría ver a los hermanos Lomelí Quezada.

Por último, platicaré de un viejecito que me daba la impresión como si fuera Santa Claus; vendía dulces, era un hombre blanco de tez y se dejaba crecer la barba; usaba pantalón de mezclilla de pechera y un saco también de mezclilla; sombrerito de palma, y pasaba todos los días como a aquello de las tres y cuatro de la tarde, cargando una vitrina llena de distintas clases de dulces y gritaba algo así como “Noasié de leche”, realmente se refería al jamoncillo de leche. De las cosas más sabrosas que este señor vendía, había unos chiclosos de leche quemada de color negro, demasiado duros para poderlos masticar, pero extraordinariamente sabrosos y con duración grande, ya que se tenían que chupar; también vendía yemitas, huesitos, bolitas de caramelo con alcohol, etcétera.

Ya estaba dejando en el olvido a otra persona por la que siento gratitud, don José Rodríguez, el charrasquero, hombre alto, espigado, también con ropa de mezclilla, gorra de fieltro, espejuelos siempre sucios; traía su mercancía en un carrito de mano que propiamente era vitrina y anunciaba sus delicias con gritos estentóreos de “¡Hay charrascas!”, éstas tenían forma de tibias humanas, su sabor de coco, canela, naranja y anís; su precio ya ni me acuerdo, pero creo que eran de a centavo. Don José Rodríguez, ¡pobrecito!, terminó muy ancianito y con mal de san Vito, tiemble y tiemble imploraba la caridad pública.

Toda esta gente que se dedicó a la industria artesanal de los dulces hizo nuestras alegrías de la infancia.

Los neveros

Otro de los agasajos que tuvimos en la infancia fue el de la nieve, y más cuando hacía un calor canicular nos refugiábamos en

la nieve; por un lado, por glotones; y por otro lado, por la sensación momentánea de refrescarnos. La nieve la hacían en botes en los que ponían los ingredientes y luego éstos dentro de otro más grande con hielo, moviendo constantemente el bote hasta obtener la consistencia de la nieve. Entre los neveros de aquella época, había unos que en unos moldecitos de lámina ponían los ingredientes de la nieve y resultaban unos helados en forma cilíndrica muy sabrosos; cuando los vendían, los forraban con un papel de estraza blanco para poderlos asir y saborear.

De los neveros del primer tipo de nieve destacó don Eliseo, un nevero que vivía en la calle José María Chávez, entre las calles de Rayón y de Enlace; su casa se orientaba hacia el oriente y era la tercera casa de sur a norte de la esquina de la calle de Enlace. Su nieve era de bote; salía todos los días a mediodía con su bote grande de nieve y su canasta de barquillos de harina para vender estas delicias. Don Eliseo tenía también la peculiaridad de ser un verdadero devoto de la Virgen de los Dolores, y año tras año, para el viernes de Dolores, hacía su altar a la Santísima Virgen; usaba cebada güera, o sea que la ponía a germinar en la oscuridad para que no estuviera verde, ponía naranjas con banderitas de papel estaño y de china y hacía como una especie de escalera para poner las flores, las cazuelitas con cebada y las naranjitas; arriba de aquella pirámide, en la parte superior de la escalera, una imagen de la Virgen de los Dolores; al pie de aquella escalera que parecía pirámide prehispánica, don Eliseo ponía una fuente que a través de vasos comunicantes hacía que el chorro del agua saltara casi hasta la altura de la Virgen de los Dolores. A todo aquel que acudía a su casa a visitar a la Virgen lo obsequiaba con agua de limón y por eso decíamos que la Virgen estaba llorando.

De los segundos neveros, o sea, los que hacían aquellos cilindros de nieve, se destacó don Ángel, quien era un tipo que salía a vender su nieve montado en un burro y ponía unos huacales de madera a los lados; en un lado colocaba sus helados y

del otro lado iba poniendo los moldes de lámina que iba desocupando. Don Ángel vivía por El Llanito, probablemente en la calle de los Neveros o en la calle Cinco de Febrero; era un hombre muy dicharachero y sus gritos clásicos eran: “Cárgales, diosito, el sol” o “No coman hielo que nomás el tronadero se oye”; era un tipo que se hacía agradable a través de sus gritos.

El que fue el aristócrata de los neveros fue don Román, el de Los Alpes, aunque esta nevería no se encontraba dentro del ámbito geográfico del barrio de Triana, ya que la nevería de Los Alpes estuvo primero en un puesto grande y largo que había en el lado poniente de la Plaza de Armas, frente a catedral, y posteriormente puso su nevería en un edificio moderno, en la planta baja, junto al Teatro Morelos. Quién no recuerda con agrado las paletas de rompopo con una rajita de ate de membrillo y con pasas, o bien, las famosas nieves tres marías, banana split, encapuchados y cassatas que ofrecía Los Alpes.

Las nieves de nuestra infancia fueron verdaderos agasajos, verdaderos adelantos a la gloria en materia de sabores.

El auriga de Triana

¡Hay aroma de guayaba! Gritan en los puestos: ¡Jícamas de agua! ¡Lleve el dorao y tostao! ¡Cañas de Castilla, las cañas! Un cohete rasga el aire y deja oír el estruendo de su explosión; éstos son indicios para los que vivimos en el sur de la ciudad, de que las fiestas del Cristo Negro de nuestro barrio de Triana están presentes.

Dentro de nuestra ciudad, los medios de transporte actuales son los automóviles, los taxis y los camiones urbanos. A principios de este siglo se usaban calandrias, calesas, chispas, todas ellas tiradas por caballos; en mi infancia, todavía llegué a ver un vehículo de esta naturaleza haciendo las veces de taxi y su sitio era al iniciar la calle de José María Chávez en su lado

oriente, junto a Palacio de Gobierno, y el auriga era don Ampelio, creo que fue el último cochero, y con la circunstancia de ser trianero, pues vivía en la calle del Obraje.

Como arrancado de una estampa del pasado lejano, don Ampelio y su carruaje circulaban por las calles de nuestra ciudad, ya cuando el transporte motorizado se imponía en nuestra vida; parecía que él no quería dejar ir las épocas románticas de México, pero el progreso en el transporte se impuso y el carruaje de don Ampelio desapareció. Los últimos días de este cochero los pasó vendiendo periódicos, y por fin Dios tuvo a bien recogerlo en su seno.

Me acuerdo perfectamente cómo conocí a don Ampelio, no es una fecha precisa, sino que lo recuerdo desde que tuve uso de razón. Corría la década de los años treinta cuando a diario lo veía pasar en su carruaje, procedente de la calle del Obraje, en donde estaba su casa, y transitar por la calle de José María Chávez, antes del Obrador; se estacionaba al principio de ésta para ofrecer sus servicios. Era un hombre de tez blanca, de ojos zarcos, pelo cano, bigote lacio y en la cara tenía las arrugas propias de la edad. Cuántas veces estábamos los escuincles del barrio jugando a las canicas en plena calle y en cuanto veíamos el carro de don Ampelio, dejábamos el juego para colearlo, coleada que tenía como precio un latigazo en la espalda, propinado por el cochero, quien, desde su asiento, con habilidad manejaba el látigo, cosa que servía para que abandonáramos súbitamente el coche de don Ampelio.

Las familias del barrio utilizaban sus servicios en tiempo de aguas para que las llevara de paseo al campo, al río de los Pirules, a la Fundición, a San Miguelito y a las huertas de Triana; era causa de risa cómo a la hora del regreso, los famélicos caballos del carruaje no querían regresar del campo por la abundante pastura y el hambre que tenían, y entonces se armaba la de Cristo es Rey por los corajes que pasaba el cochero de nuestro relato al ver que

sus caballos no querían arrastrar el coche para quedarse en el lugar en que encontraban abundante pastura.

Cuántas veces en nuestra vida de estudiantes preparatoria- nos alquilábamos el coche de don Ampelio para pasear por la ciudad, y el buen viejo, contagiado por la alegría de la juventud, nos dejaba en nuestras manos las riendas y él se divertía y nos divertía por dicharachero.

Han pasado esos días y sólo el recuerdo nos queda de aquel hombre y su calandria, hombre que sentía, al final de cada viaje, la presencia de Dios al dar gracias en sus oraciones. Sí, él tenía siempre presente a Dios al finalizar sus viajes; es de pensar que Dios también lo tuvo presente al finalizar el viaje de su vida. Don Ampelio y su carruaje, estampa primorosa de Aguascalientes de ayer que sirvió de enlace a dos épocas de la comunicación. ¡Descanse en paz el auriga de Triana!



Honrando al Señor del Encino.

El quejido del ánimo

En un mes de noviembre, después de haber tomado la cena, se oyeron los cohetes en la parroquia del Encino, en honor del Cristo Negro, y esto fue el motivo para que mi tío abuelo, de sobremesa, nos contara una de esas sabrosas leyendas del barrio de Triana:

Corría el último cuarto del siglo XIX y la vida provinciana, apacible y tranquila, seguía su curso entre los habitantes del barrio de Triana: los hombres dedicados al cultivo de sus huertas y las mujeres en las labores de su hogar. Vivía en aquel entonces, en la calle de Minerva, una preciosa muchacha que contaba con veintidós abriles, morena, alta, ojos de azabache, cabellera negra y un cuerpo propio de diosa del Olimpo; sus padrinos de bautizo tuvieron a bien llamarla María Concepción; adornaba a Conchita, además de su hermosura física, un carácter jocos y alegre como unas castañuelas. Pues bien, aquel ángel hecho mujer se encontraba en la edad en que las inquietudes del amor hacen sus estragos en el género humano, por lo tanto, prodigaba todo su cariño a Remigio, mancebo hijo de un abarrotero del barrio, de origen español. Remigio, todos los días, tan sólo esperaba que el cielo se cubriera de estrellas y que el sereno prendiera los faroles del barrio, para acercarse hasta la reja de la ventana de Conchita y tener coloquios de amor. En resumen, formaban una pareja feliz.

En esos días, llegó de Guadalajara una familia que habitó una casa en la segunda cuadra de la calle de la Aurora. Don Miguel, el jefe de la casa, había comprado la hacienda Las Milpas, que se encontraba en El Llano, y para administrarla mejor cambió su residencia a esta ciudad. Entre los cinco hijos varones de don Miguel se encontraba Reynaldo, que frisaba entre los veintiocho y veintinueve años y para no perder la costumbre de su tierra natal, Guadalajara, y por ser hombre de campo, siempre usaba traje de charro, que bien sabía portar, y por su gallardía,

los muchachos del barrio le pusieron el apodo de El Rey, cosa que también iba con su nombre.

El Rey pronto fue conocido por todas las trianeras; un domingo en el jardín conoció a Conchita y le gustó desde que la vio, pero como Conchita quería mucho a Remigio, no le hacía caso. No obstante, El Rey optó por seguirla cortejando y varias veces le llevó serenata hasta la ventana de su casa. Remigio hizo muchos corajes al conocer la actitud del Rey, pero Conchita le decía que tan sólo a él quería, que no tuviera pendiente.

En un 13 de noviembre, cuando todo el barrio festejaba al Señor del Encino, la verbena se encontraba en todo su esplendor, las campanas del templo tañían gustosas, en las calles había puestos de frutas de la estación que los vendedores anunciaban con sus gritos acostumbrados de “¡Lleve el dorao y tostao!”, “¡Jícamas de agua, cañas de Castilla!”. La lotería se veía concurrida y ya no había campo y tabla; los muchachos y muchachas daban sus vueltas en el jardín, bajo la mirada de sus padres que se encontraban sentados en las bancas. Otras personas iban a la partida que era alegrada con cantadoras. Remigio y Conchita visitaron al santo Patrón, de ahí dieron sus vueltas en el jardín y se esperaron hasta que se prendió la pólvora y se fueron a cenar a un puesto que estaba en la calle de la Asamblea, y cuando estaban cenando pasó por ahí El Rey; al ver a Conchita, no pudo aguantar sus ganas y le dijo: “¡Ay, cómo me suda el anca y cómo me aprieta el cincho, que habiendo tanta potranca no más por ésta relincho!”. La trifulca no se hizo esperar, las mujeres corrieron, los hombres hicieron rueda, Remigio cambiaba constantemente de color, igual que su contrincante. Remigio le dijo a Conchita que se fuera a su casa y ella obedeció de inmediato; una vez que se fue, Remigio se abalanzó como gallo contra El Rey, empezó el pleito; se fueron peleando hasta el interior del jardín y aunque El Rey llevaba la delantera, pues Remigio estaba muy golpeado, éste sacó de entre sus ropas un filoso cuchillo, le dio al Rey una puñalada en el pecho que hizo efectos de rayo y cayó

ensangrentado al pie de un árbol, bien muerto. Remigio huyó por la calle de los Gallos también muy mal herido y jamás se supo de él. Conchita acabó sus días en un convento.

Pasaron los años y empezó a correr la versión de que el alma del Rey se quejaba en el jardín; acudía a él mucha gente a oír el lamento, muchos se desmayaban, los que se sentían valientes acababan con los pelos de punta y corrían. Los chiquillos de las escuelas dejaron de pasar por el jardín por miedo a oír el quejido del ánima del Rey. Don Zenón, el jardinero, con todo y miedo, seguía haciendo su trabajo, y un buen día se puso a podar los árboles del jardín. Cosa maravillosa: podó el árbol en cuyo pie había caído El Rey y jamás se volvió a oír el quejido del ánima. Lo que pasaba era que al rozarse dos ramas, con el viento producían un rechinado semejante a un quejido; al cortar estas ramas con la poda que hizo don Zenón, se acabó el quejido del ánima del Rey.



La fuente de Triana. Al fondo, el Museo Guadalupe Posada, antes casa cural.

V. EJEMPLOS A SEGUIR

Don Jesús María Romo Romo



Don Jesús María Romo Romo.

*C*uando camina uno en una mañana de cielo azul por las calles de nuestro barrio de Triana, de repente se oye el silbato de una fábrica, el cual regula los movimientos internos de los obreros y a la gente del sur de la ciudad le sirve de reloj, porque con verdadera exactitud funciona este silbato. Se trata de

la fábrica de muebles cromados J. M. Romo, S. A.; un día caminamos hacia ella y su creador nos recibió con su característico afecto, es don Jesús María Romo, o sea, Chito Romo, nombre que ya es patrimonio de nuestro pueblo; hablemos de él.

Don Jesús María Romo Romo nació en la vecina población de Encarnación de Díaz, en el estado de Jalisco, el día 24 de mayo de 1918, fue hijo de don Jesús María Romo Viramontes y de doña María Concepción Romo de Romo. Cuando Chito tenía la edad de cinco años, sus padres optaron por cambiar su residencia a nuestra ciudad y vivieron en la casa marcada con el número ochenta y cinco de la calle de Doctor Jesús Díaz de León, antes Washington, por lo que Chito se consideraba trianero de casi toda la vida.

Los hermanos de don Jesús María Romo son: José de Jesús, María Auxilio, María de la Paz, María, Ana María, María de los Dolores y Juan María, este último, que en paz descanse, fue mi compadre, y cada vez que lo recuerdo lo hago con mucho cariño, por haber sido bondadoso, buen esposo, buen padre de familia y buen amigo. Por devoción de los padres de ellos a la Virgen María, fue por lo que todos, dentro de su nombre, llevan el nombre de María.

Su educación primaria la cursó en la Escuela Jesús Terán y ahí hizo una amistad entrañable con Antonio Hernández Buck, quien, lamentablemente, ya falleció. Don Jesús María Romo Romo contrajo matrimonio el día 22 de noviembre de 1940 con doña María del Carmen del Villar, en el templo del Encino. En ese matrimonio procrearon un hijo, a quien pusieron por nombre Fernando, muchacho noble y bueno que se hizo hombre, extraordinario conocedor de la industria de la familia y quien se casó con Carmelita Femat y tuvo cuatro hijos, cuyos nombres son: Antonio, Fernando, Carmelita y Claudia; tristemente, Fernando ya no existe físicamente, pero su recuerdo es como un faro de luz que ilumina la vida de sus padres e hijos.

Muebles Cromados J. M. Romo, S. A., es una de las más grandes industrias en su ramo; fabrica más de cuatro mil quinientos productos distintos, que se componen de doscientas cincuenta mil piezas diferentes; el número total del personal es aproximadamente de mil trescientas personas, de las cuales, novecientas son obreras; tienen sucursales en el Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey. El fuerte de esta industria es hacer el equipo de los grandes almacenes, decía don Jesús: “Quitando los sistemas de refrigeración, registradoras y computadoras, nosotros hacemos todo el equipo de un gran almacén”, aunque aclaraba que también sirven a comercios modestos. Uno de sus orgullos fue construir las puertas del Metro de la Ciudad de México, que controlan el acceso a los andenes, y también el mobiliario de escuelas.

Esta gran industria nació como nacen todas las cosas grandes, con humildad. Resulta que el papá de Chito, don Jesús María Romo Viramontes, con el ánimo de impulsar por el sendero del bien a sus hijos ya adolescentes, Juan María y Jesús María, les dio tres mil pesos para establecer un taller de niquelados y cromados que los dos hermanos fundaron en una cochera rentada; ahí niquelaban cubiertos, rines de bicicletas, piezas de ornato, de automóviles, etcétera. Empezó a desarrollarse aquel taller-cito y llegó un momento en el que los hermanos se separaron: Juan María se dedicó a la fundición de metales y Jesús María siguió con la línea de cromados hasta llegar a florecer en la gran industria que es hoy día. Cuenta con el gran apoyo de toda su familia industrial y en el mando de esta nave ahora están sus dos nietos, Toño y Fernando.

Detrás de un gran hombre siempre está una gran mujer; en el caso de don Jesús María, era su señora, Carmelita, quien creó la atmósfera adecuada para que esta industria floreciera. Dura fue la desaparición de Fernando, pero en recuerdo de su hijo, la señora Carmelita se ha multiplicado, al ser hada madrina de las esposas de sus trabajadores, a quienes ella llama “mis

señoras". Pensando en Fernando, ha nacido ese maravilloso centro social para el mejoramiento integral de todas las familias de las personas que sirven a J. M. Romo, S. A.; este centro tiene una parte en la que sus instalaciones rivalizan con Reino Aventura; otra que es para práctica del deporte, y otra para la superación cultural de la familia, con magníficas aulas de cocina, primeros auxilios, tejido, corte, gimnasia, danza, etcétera. Describir esta maravilla se llevaría todo un folleto; ahí, en ese lugar, en cada carcajada de un niño, en el agradecimiento de una persona que recibe un bien, que se mejora en su preparación, estará presente la bondad de Fernando Romo del Villar.

Chito Romo dejó nuestro mundo el día 18 de febrero de 1990.

Don José Barba Alonso

Ejemplo de trabajo y honradez, ha dejado una estela luminosa de los caminos que nuestra actual juventud debe de seguir para destacar en lo que ellos quieran. Fue un creador de industrias que hoy aún existen y que favorece mucho a la sociedad a través de las fuentes de trabajo que él mismo creó; ideó que sus hijos lo apoyaran y, aunque ya no está físicamente, los hijos hicieron florecer la herencia industrial y de trabajo que su papá les dejó.

Antes de cualquier cosa, agradezco profundamente al señor don Camilo Barba González, hijo de don Pepe Barba Alonso, quien me proporcionó una memoria con la vida y los datos de don José Barba Alonso. Gracias, Camilo, por tu comprensión, porque tu corazón late más fuerte al pensar en ese gran varón que fue don José Barba Alonso. Vamos a platicar de don Pepe, que así se le llamaba con mucha familiaridad en el barrio.

Su fecha de nacimiento fue el 25 de mayo de 1908, en los inicios del siglo XX. Cuando él nació, en la casa con el número 213 de la calle de los Gallo, acuérdense no de los gallo, sino de la familia Gallo, quienes tenían una propiedad al sur del estado y por ahí se salía a su rancho. Sin embargo, esa calle de los Gallo, llevó el nombre de la calle Washington cuando él ya había nacido a principios del siglo XX y es la que actualmente se conoce como Díaz de León. Fue hijo de don Fermín Barba y su mamá, doña Gerarda Alonso; platican que tuvieron 8 hijos, 2 hombres y 6 mujeres. don Pepe tuvo un hermano, Juan.

En el barrio del Encino era muy comunes los apellidos Barba, Medina, González, López. Pues la familia Barba es quien tuvo a don Pepe, el adalid de nuestra época. En esa época en que nació, Aguascalientes era un pueblito muy agradable, se dice que debimos haber tenido unos 25,000 habitantes a principios del siglo XX. Nació don Pepe en medio del cariño de sus padres, de la gente del barrio y la comprensión de los maestros, aquellos que eran unas enciclopedias para los niños de aquella época.

Fue un chamaco que ingresó, en primer término, a la Escuela Benito Juárez; uno de sus maestros fue don Eliseo Trujillo, hermano de doña Vicentita. Posteriormente ingresó a la Escuela No. 2; donde terminó su educación primaria fue en la Escuela de Rivero y Gutiérrez, escuela donde se exigían uniformes y que después, al paso de los años, él mismo sería quien los diseñaría para aquella escuela. Él se forjó un plan de estudio y le agregó más a lo que le estaban enseñando. Cuando terminó sus estudios primarios, la costumbre de aquellas gentes era hacer que los hijos entraran al seminario, que fueran sacerdotes y medio los encampanaban, muchas de las vocaciones eran contraproducentes porque no tenían la vocación propia para ser sacerdotes, pero don Pepe, cuando le dijeron sus mayores que estaría bueno entrara a estudiar al seminario, él, con toda tranquilidad, les dijo: “No es mi vo-

cación, yo no pretendo seguir la carga del sacerdocio”. Sin embargo, sí fue un hombre muy religioso, muy observador de la religión católica, uno de los grandes devotos del santo Señor del Encino.

El primer trabajo que tuvo de chamaco fue en una tienda de ropa que se llamó Golfo de México, que fue de don Rosendo Muñoz; ya después fueron variando los dueños de la tienda, pero yo creo que en el inventario de la tienda también estuvo don Pepe y entró en cada cambio de propietario. Llegó a conocer tan bien el negocio que uno de los últimos dueños de la tienda lo nombró apoderado y administrador, ya que se fue a vivir a Guadalajara y él se encargaba de todo eso. Estos fueron los antecedentes, pero vamos viendo los negocios y las industrias que él progresó.

En 1955, don Pepe compró la esquina que forma el Pasaje Ortega y la calle Unión en el área del mercado Terán, le costó \$55,000, un dineral de aquellas épocas; no pensemos en la situación del peso, sino en el valor adquisitivo de aquel entonces. Ahí estableció su primera tienda, La Quemazón, que fue un almacén de telas donde era siempre vigilante de su negocio y muy listo en las necesidades de ropa y de telas de la ciudad de Aguascalientes. Teníamos la ventaja que nuestro ferrocarril nos unía perfectamente; ya en ese año se utilizó también para pasajeros y yo llegué a utilizarlo para mis estudios universitarios a la Ciudad de México, mientras que don Pepe lo usaba para proveerse de la capital ropa que vendía en su almacén, manteniendo la calidad y prestigio.

Para ese entonces ya también existían los camiones Ómnibus de México y tanto el tren como los camiones hacían doce horas, lo que hoy día con las autopistas se reduce a seis o siete horas para llegar a aquel destino. Fue así que don Pepe seguido hacía estos viajes de negocios y se hizo conocer por los proveedores, por la cantidad de mercancía que les compraba y por la honradez vertical en sus pagos.

Después pensó en la industria para la fabricación de ropa y lo primero que hizo fue fabricar camisas, entonces, lo que vendía era: su producción que hacía, las telas y lo propio de las tiendas de ropa. Es así que Aguascalientes se acostumbró a la tienda de La Quemazón.

Una de sus empleadas que estimo por su iniciativa fue Jesusita Reyes, a la que le dijo: “¿Cómo ves si ampliamos la línea y fabricamos chamarras?”, ella lo pensó y aceptó, fue así como comenzó lo que hoy conocemos como industria Jobar y actualmente también es maquiladora de pantalones de mezclilla. Basta y sobra ver a medio día la gran cantidad de hombres y mujeres que van saliendo para tomar su tiempo de lonchar. Esta fábrica se encuentra ubicada donde fue la huerta de las señoritas Barba, que es un honor para Aguascalientes y constantemente nos está recordando a don José Barba.

Después, don Pepe compró y fundó la bonetería La Estrella, que también estuvo en el área del mercado Terán, detonando otro tipo de comercios porque entró al negocio de las tiendas departamentales e hizo La Quemazón, ubicada en avenida Circunvalación y que fue una tienda departamental en la que había de todo y después se extendieron a Zacatecas, Fresnillo, Guanjuato y hasta Tepatlán. Pónganse a pensar en las personas que empleaban para estas tiendas, el comercio enorme para tener en ellas de todas las cosas que vendían, pues el cerebro de don Pepe era uno de los organizadores fundamentales, quien dirigía lo que iban a hacer. Detrás de estos negocios vinieron negocios textiles como San Gerardo Textil; en seguida, pensó hacer ropa para niños y surgieron las creaciones Montserrat; de lo último que tengo razón es de San José, donde hacían cobertores y cobijas.

En Aguascalientes también incursionó en el negocio inmobiliario y uno de los factores de impulso fue su hijo Fermín, quien lleva el mismo nombre de su papá, buen amigo y

extraordinario trianero. Ellos crearon el fraccionamiento Colinas del Río para beneficio de la gente de Aguascalientes.

Como una cosa curiosa ante la honradez de como era don Pepe, no faltó quien viera que sería un grandísimo administrador del estado y le propusiera una candidatura para que entrara a la política y llegara a ser gobernador de nosotros, ése sería don Adolfo López Mateos, siendo presidente de la República; medio lo comentó a don Pepe y él le dijo que no, que su vida era otra, pero sí hubo un momento en que don Pepe pudo entrar en los terrenos de la política y prudentemente no lo quiso. Fue excepcional la manera en que estableció comercios y la industria, sin duda una herencia muy buena la que dejó, porque muchas familias tienen el pan de cada día, sí, a su trabajo, pero gracias a la industria y comercio de don José Barba Alonso.

Hablando de su familia, se casó con doña Josefina González y cuando fue su matrimonio, su hermano don Juan hizo un desayuno y enseguida del evento le dijo a su esposa: “Ahí nos vemos, ya me voy a trabajar”, y siguió trabajando. Tuvieron a Fermín, Beatriz, Gilberto, Luis, Alfonso, José, Camilo, Fernando, Socorro, Gerardo, Miguel, José María; me decía su hijo Camilo que también hubo dos mujeres: Aurora y María Elena, que fallecieron. Todo esto nos hace ver el cariño enorme que había en esta familia, el amor entre los esposos y la situación un tanto cristiana de tener los hijos que Padre Dios les mandara.

Don José Barba Alonso les dejó a sus hijos un mensaje de honradez, de trabajo, de respeto y cariño a nuestro Señor Dios, porque les hizo saber que nuestro santo Señor del Encino era la figura religiosa correcta para llegar hasta los pies de Cristo en el Gólgota, poder hablar con él y demostrar respeto a la ley.

Así fue don Pepe Barba, quien falleció el 25 de mayo de 1992 y fue de los hombres admirables que ha dejado un

ejemplo fabuloso. Un año después, en 1993, la Confederación Nacional de Cámaras de Comercio le otorgó la presea de Empresario del Año a nivel nacional, dentro de una sesión especial en la que el presidente de dicha cámara le entregó a doña Josefina tan distinguido reconocimiento y Camilo, su hijo, fue quien agradeció el reconocimiento que le hicieron a su padre. En Aguascalientes hubo una serie de testimonios que abonaron a don Pepe Barba Alonso como un gran trianero, como un gran aguascalentense, como un gran mexicano con entrega absoluta a la patria, a su familia y al Padre Dios, al santo Señor del Encino.

Del Programa de Radio “Yo que estuve ahí y lo vide. Memorias de un testigo”, capítulo 62 “Don José Barba Alonso”. Radio UAA, 2015. Del licenciado Gabriel Villalobos Ramírez, bajo la conducción de Arturo Llamas.

Don Jesús Jayme González



Don Jesús Jayme González.

La gente del barrio de Triana, como todos los aguascalentenses, son personas que se desenvuelven armónicamente, en hogares humildes, quienes tienen por forja de su espíritu el

trabajo y por norma de grandeza el temor a Dios. Desde esas humildes trincheras hacen la grandeza de México, con tales disciplinas hay gente que llega a destacar en sus actividades y que, a la vez, alimenta a otros conbarrianos para superarse. Una de estas personas fue Jesús Jayme González, quien se dedicó a la industria de plásticos.

Chuy Jayme González nació el día 26 de enero de 1929, en la calle Washington, hoy Doctor Jesús Díaz de León, en una casa entre la calle de Abasolo y Pesado. Sus padres fueron don José Jayme Muñoz, ferrocarrilero jubilado, y doña María Guadalupe González López, ambos trianeros de buena cepa. Nos cuenta Chuy que él no fue bautizado en la parroquia del Señor del Encino, en virtud de que en esa época estaban cerrados los templos y fue en la casa de un sacerdote, frente al Jardín del Encino, donde lo bautizaron. En casa de Jesús Jayme fueron once hermanos, siete hombres y cuatro mujeres, y fue él de los más grandes.

Cuando Chuy hablaba de su infancia y juventud en el barrio le daba mucha alegría y decía: “Todo era color de rosa, nuestros juegos y distracciones inocentes y sanas; en la juventud hubo mucho deporte, beisbol y básquet”. Dentro de sus estampas de juventud recordaba cómo un Sábado de Gloria fueron a repicar a la torre del Encino y toda la parvada de muchachos entró a la escalera de caracol en tropel, entre ellos un primo de él, esto para ganar la campana de su preferencia, y al llegar a la torre, su primo se golpeó la cabeza con una campana y sangró, pero con el entusiasmo ni sintió el golpe; les gritaba que alguien de la torre siguiente hacia arriba de donde estaba se había lesionado en el cuerpo, pues le caía sangre a la cabeza, y aturdido, no se daba cuenta que él era el lesionado.

Recordaba Chuy cómo a la salida de la escuela les gustaba irse a mojar a la pila del Jardín del Encino; él cría que no hubo muchacho de su época que no supiera cuál era el fondo de la

pila, ya que todos se llegaron a meter con el regocijo de jugar unos con otros.

“Cómo nos invade la nostalgia al ver que las huertas del barrio han sido devoradas por el urbanismo”, decía Jesús Jayme; aquellas huertas con uvas, granadas, membrillos, perones, duraznos, higos, peras, hortalizas, y cómo por la módica cuota de cincuenta centavos por persona los dejaban entrar para saciar sus ganas de fruta, con la condición de no sacarla de la huerta. Su familia y amigos tenían la costumbre de hacer días de campo los domingos: en aquellos paraísos terrenales amarraban los dueños sus canes bravos para que pudieran entrar los paseantes; lo mismo le daban permiso a la muchachada para bañarse en las piletas de agua de la huerta; lo que era todo esto la causa de la felicidad en el día domingo.

Nuestro amigo nos platicó cómo su señora esposa, María Guadalupe Romo Limón, también vivió en el barrio, pues su casa estuvo en la esquina de la calle del Águila y Josefa Ortiz de Domínguez; fue en los paseos campestres a Malpaso, Peñuelas y Los Arquitos donde la conoció y empezó a tratar, surgió el romance que después de tres años culminó en el altar del santo Cristo de Triana, en el año de 1953 formaron un hogar en medio de una atmósfera de amor, comprensión y apoyo mutuo y dándoles Dios la bendición de trece hijos, de los cuales ya hay casados, por lo que han paladeado la doble paternidad por medio de sus nietecitos.

Chuy fue ferrocarrilero, abarrotero, se fue a la aventura a Estados Unidos, luego regresó, se casó y tuvo tiendas de ropa en Sombrerete, Zacatecas, y en poblaciones de Guanajuato, pero al retornar a su Aguascalientes, a su barrio de Triana, entró al ramo de la industria, en 1968, y se dedicó a la industria del plástico, haciendo bolsas de polietileno; el nombre de su industria es Plasticentro, tiene una planta en el barrio de Triana y otra en ciudad industrial. Trabajan en esta empresa más de cincuenta obreros, a quienes considera como sus compañeros

de labores, y es tal la cordialidad en sus centros de trabajo que muchos de sus obreros y obreras ahí se conocen, se hacen novios y se casan; todos se ven como familia.

Jesús Jayme González murió en el barrio de Triana el 26 de diciembre de 1997 y recomendó a sus hijos y descendencia ser honestos, responsables y gente positiva. ¡Chuy Jayme, ejemplo de trianeros, de honradez, laboriosidad y tesón para nuestras juventudes!

Don José de Jesús Romo Limón

La idea de estas estampas de Triana al hablar de las personas que, partiendo de cero, se han distinguido en nuestro barrio en las actividades que desarrollan, es con el propósito de dar la clarinada a nuestra muchachada y decirles cómo, cuando se actúa con honestidad, se puede llegar a destacar en la vida. Toca su turno a don José de Jesús Romo Limón, prominente industrial dulcero.

Me encamino a buscar a Chuy Romo Limón por esas calles de Dios del barrio de Triana donde cada piedra, cada casa, puerta o ventana me hablan al oído de las vivencias de mi infancia. Me dirijo a la calle del Águila, exactamente a la casa que fue de ese hombre todo corazón, mi tío Juan H. Ramírez, que es en donde Chuy Romo tiene su fábrica, así es que volví a recorrer las calles que me conducían al paraíso de la casa del tío, donde mis primos me esperaban con los brazos abiertos para jugar toda una mañana de verano en los corrales y escaparnos a la huerta de don Enrique González Medina. En este mediodía, como si fuera un comité de recepción, en la esquina de la calle del Águila y 16 de Septiembre, estaba un sobrino mío, hijo de Ricardo, mi primo, y luego en la puerta de la casa de mi tía Josefina estaba Juan Francisco, otro primo, y tuve la oportunidad de saludar a la tía Josefina; total, recibimiento emotivo en calle tan querida.

A la una y media en punto llegué a la fábrica de dulces Roli, estaban descargando un camión con costales de azúcar en las oficinas de la señora Juanita, su hija. Estaban también los empleados administrativos; en medio de ellos, pontificando como patriarca, don José de Jesús Romo Limón, y del fondo de la casa surgía como un himno al trabajo el ruido acompasado de la maquinaria y las voces de los obreros.

En un privado nos pusimos a platicar Chuy y yo sobre su transcurrir en la vida y me dijo: “Yo nací el día 11 de agosto de 1923 en el rancho del Codo, municipio de Aguascalientes, casi en los límites con el estado de Jalisco, por el rumbo de El Llano; mis padres fueron don José Romo Amador, administrador del rancho, y doña Francisca Limón de Romo; a ellos, Dios los bendijo con ocho hijos; a nosotros, nos dio la dicha de ser varios hermanos; sus nombres: Sofía, Josefina, María Concepción, Juana, María del Refugio, Aurora, y de los hombres: Bernardo y yo; los hermanos grandes nacieron en el rancho pero se criaron aquí en Aguascalientes, en casa de mi abuelita.

En lo que respecta a mi educación, el primer año de primaria lo hice en una escuela que se llamó Rosas de la Infancia, ubicada aquí en El Llanito, donde después estuvo la escuela Bartolomé de las Casas; el segundo año lo hice en una escuela del rumbo de Los Caleros, o sea, La Purísima, y del tercero al sexto en la escuela de mi rancho. Recuerdo con respeto y agradecimiento a mis maestros: Josefina Quintero, María Dolores Mercado y Bernabé Mejía, este último era de los que sostenía que las letras con sangre entran, pues acostumbraba traer una varita de membrillo para disciplinarnos y nuestros padres nos entregaban con todo y todo, así es que no podíamos hacer reclamación alguna.

El día 6 de diciembre de 1942 me vine definitivamente a Aguascalientes a trabajar; yo tenía diecinueve años y el día 7 empecé a laborar como dependiente en la tienda de abarrotes La Especial, propiedad de don Rodolfo Ibarra, misma que estaba en la avenida Madero, frente al Sindicato Ferrocarrilero, exacta-

mente frente a la calle General Barragán, antes Persia. Ahí duré cuatro meses, pues el día 28 de marzo de 1943, con un capital de quinientos pesos, empecé a trabajar en la tienda de mi propiedad que llamé La Imperial, ubicada en la esquina norte de Josefa Ortiz de Domínguez y calle del Águila. Por lo corto del capital, tenía que ir diario, unas tres veces, al centro para proveerme de los diez kilos de azúcar y arroz porque se me acababan”.

Le comenté a Chuy que en esa época lo conocí, pues íbamos la parvada de escuincles a comprarle dulces; siguió hablando y nos dijo que duró catorce años de abarrotero y que en febrero de 1956 o 1957 traspasó la tienda para atacar el giro de la venta de dulces; puso su dulcería en la calle Victoria, en donde duró siete años, luego su local lo cambió a la calle Cinco de Mayo, junto a donde fue La Quemazón, ahí duró diez años y enseguida se dedicó a la fabricación de dulce.

No cabe duda que las mujeres impulsan a los hombres para mejorar y apoyarlos en sus empresas. Chuy Romo Limón le rinde homenaje a su esposa doña Juana María Álvarez Medina, al decir cómo ella fue la de la idea de la fábrica de dulces y narra que esta industria nació así: “Una ocasión, un señor procedente de una ciudad vecina me vino a vender unos dulces de tamarindo enchilado y yo pensé que no tendría éxito, pero cuál sería mi sorpresa que se vendían como pan caliente, al grado que mi proveedor no me daba abasto y entonces Juanita me dijo: ‘Vamos haciendo los dulces’, y yo le traje un costal de azúcar, tamarindo, chile, papel celofán para envolverlos y bolsas para llenarlas de dulces. Todo esto con un costo de \$127, fue nuestro capital inicial y Juanita, en la estufa de la casa, empezó a hacer la prueba; al principio, la mayor parte se echaba a perder, hasta que por fin supo darle el punto. Los primeros obreros fueron chiquillos del barrio que ayudaban y las ventas fueron buenas, y así, a trece años de inicio, la fábrica, sin ser grande, ha crecido mucho; la cartera de clientes abarca Chihuahua, La Laguna, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes

y también Tijuana; la maquinaria es moderna, tiene disolvedoras de azúcar a vapor, ahí se mezclan azúcar y glucosa; hay tinas de reposo, tuberías para fabricar caramelo y darle distinta contextura, luego sabor, color y forma. Fabricamos cuarenta tipos de figuras de caramelo, entre ellas, paletas de sabores, colación de Navidad, frijolitos, lagrimitas, caramelos de menta que son deliciosos, así como de nuez y cacahuates garapiñados y salados; actualmente he contratado los servicios de un maestro dulcero para mejorar mi industria”.

Ahora Chuy nos abre las puertas de su hogar para darnos una asomadita y comenta: “Mi esposa, como ya dije, es Juana María Álvarez Medina de Romo, yo la conocí aquí en el barrio, ella vivía en la calle de Leona Vicario y la veía cuando pasaba a misa al Encino, nos hicimos novios y nos hemos amado mucho; nos casamos a los pies del santo Señor del Encino el día 24 de septiembre de 1955 y ante él nos volvimos a casar, pues ahí celebramos las Bodas de Plata. Tenemos dos hijos: Yolanda Concepción y José de Jesús, nosotros cuatro bajo la égida del Señor del Encino formamos una familia feliz, amándonos profundamente y sintiéndonos hijos del santo Cristo de Triana, bajo cuya sombra aprendimos la doctrina cristiana, y él nos ayuda en nuestra vida de comercio y de industria, él es nuestro patrón”.

Nos despedimos de la familia Romo Álvarez y nos quedamos pensando filosóficamente, mientras saboreamos sus cacahuates garapiñados, cuánta alegría proporcionan sus dulces a los niños, también en más de alguna ocasión palió con sus dulces la amargura de la vida. Así nos retiramos, cavilando al caminar por las calles de Triana.

VI. LOS TOREROS DE TRIANA

Arturo Muñoz Nájera, La Chicha

La fiesta de los toros tiene pilares sólidos, un grupo de gente que sale tarde tras tarde detrás de los matadores, partiendo plaza; éstos son los peones de brega o subalternos, así como los picadores. El peón de brega, en cuanto sale el toro por la puerta de chiqueros, es quien le da la bienvenida con el capote, centrando al animal y corriéndolo por un lado y el otro para que el matador en turno vea las facultades del toro que le ha tocado en suerte; hay ocasiones en que los peones de brega son verdaderos ángeles de la guarda en el ruedo, protegiendo con sus oportunos quites la probable cornada a sus matadores. Ahora, vamos a hablar de un gran señor entre las infanterías taurinas, de quien fue un magnífico peón de brega, don Arturo Muñoz, La Chicha.

Corría el año de gracia de 1914, el día 1 de julio, cuando en la calle de Colón, en la casa marcada con el número ciento cincuenta y siete, pasando la calle de Abasolo, en el corazón del barrio de Triana, nació un niño, hijo de don Bernardo Muñoz Reyes y de doña María Nájera López, quien recibió las aguas

lustrales en la parroquia del Señor del Encino y a quien se le puso por nombre Arturo. Andando el tiempo fue ese magnífico peón, conocido como La Chicha; grande fue la alegría de sus abuelos paternos, don Luis Muñoz y doña Librada, y no se quedaron a la zaga sus abuelos maternos, don Víctor Nájera y doña Francisca López López, cuando nació este nietecito más. Fueron hermanos de Arturo: Luis, Consuelo, Amparo, Carmen, Mercedes y Bertha.

Fueron amigos de barrio de La Chicha: los hermanos Sereña, sobrinos de Roberto Díaz; los Velasco, hijos de don Pedro, el dueño de La Bicicleta, tienda de abarrotes; José Reyes, hermano del sastre don Pedro. Con todos ellos pasó una infancia feliz. Cuando Arturo quedó huérfano de padre, se fue a vivir a la casa de su abuelita materna y de su tío, el licenciado Delfino Nájera, en la esquina de las calles de Enlace y Colón.

Arturo Muñoz estuvo en parvulitos en la Escuela José María Chávez, posteriormente hizo su escuela primaria con el profesor don Sóstenes Olivares, fue compañero de Antonio y Fernando Topete del Valle, Saúl Varela Quezada, Pastor Hurtado Padilla, Rodrigo del Valle y otros más. En 1928 ingresó a la Escuela Preparatoria del Estado, eran sus contemporáneos: Roberto Ornelas, Roberto Muñoz, El Pulgo, Antonio Valdez, Manuel Jiménez, Tata Gildo, Leoncio y Javier Jiménez Díaz, Jorge Jirash, Angel Dorronsoro, José Ramírez Gámez y muchos más.

A Arturo le nació el gusanillo de la fiesta de los toros, en virtud de que ahí en la calle Colón vivió el torero de San Juan de los Lagos, José Flores, Joselito, primo del doctor Pedro de Alba, y que taurinamente se hizo aquí en Aguascalientes. A él lo veía salir con su vestido de luces para ir a las corridas y fue tan buen torero Joselito que cuando el Califa de León, don Rodolfo Gaona, se retiró de la fiesta de los toros, y Rafael Solana Verdugillo, cronista taurino, le dijo a Gaona que dejaba un gran

hueco, el Califa comentó que no, que ahí estaba Joselito, quien era un magnífico torero.

Arturo Muñoz quiso emular a Joselito y como siempre en su casa, con su abuelita, tenía vacas y becerros, ahí empezó a torear estos animales. Arturo veía con cierta envidia que el Chino del Valle y Calesero ya estaban toreando porque habían formado una cuadrilla y aunque él les decía que lo invitaran a participar como banderillero, nunca lo aceptaron y le dio sentimiento.

Siendo La Chicha estudiante preparatoriano, ahí se organizó una pachanga taurina, en la cual participó como banderillero, ya que por medio de un volado le ganó el puesto de matador Pepe Ramírez Gámez, a quien le decían La Chicha y resultó que un compañero de ellos, Luis Alonso, trasladó este apodo a Arturo Muñoz. En dicha pachanga taurina, puso tres pares de banderillas a todo dar, y el Calesa, que estaba de espectador, bajó al ruedo y lo felicitó y le ofreció incluirlo en su cuadrilla.

A los diez días de la pachanga estudiantil, don Romualdo, un bolero del Parián, asociado de don Daniel García, querían verlo, por lo que Arturo acudió a la imprenta de don Daniel García, en la primera cuadra de la calle Álvaro Obregón; éste le ofreció, después de las presentaciones de rigor, incluirlo en una novillada en la Plaza San Marcos, y alternó con un tal Carmelo, a quien por cierto le fue muy mal, y él salió airoso del compromiso. Esto aconteció en el año de 1928; tuvo una segunda actuación en que toreó en compañía de un muchacho llamado Ernesto García, el Cara Alegre, y fue la presentación, beneficio y despedida de dicho muchacho, a quien también le fue muy mal en la novillada, mientras que él, Arturo, cortó dos orejas, triunfando en toda la línea. En abril de 1928, los estudiantes organizaron un festival taurino para obtener fondos y coope-
rar para los gastos del vuelo México-Washington que realizó el piloto aviador Emilio Carranza, para lidiar cuatro novillos de Peñuelas; en esta ocasión, Arturo estuvo pesado con la espada

y se le fueron los apéndices. El día 30 de mayo del mismo año lo invitó a torear como matador a la Plaza de Fresnillo, Alfonso Ramírez Alonso, quien en aquellos años era El Cabezón y por circunstancias muy especiales, en dicha corrida, La Chicha mató a los cuatro toros.

Arturo Muñoz sólo estuvo dos años en la preparatoria y el mal de montera lo hizo cortar sus estudios con el disgusto de su tío, el licenciado don Delfino Nájera, quien le leyó la cartilla y lo mandó al rancho del Duraznillo, que era una de las propiedades familiares, para que fuera agricultor, y hasta allá lo iba a buscar Calesero para irse a torear con él a los pueblos circunvecinos. En aquellos años de 1930, hubo aquí en Aguascalientes como unos dieciocho jóvenes que aspiraban a ser toreros y sólo Alfonso y él lo lograron.

La Chicha recuerda cómo el día 1 de febrero de 1932 banderilló estupendamente a unos torazos en la Plaza de Encarnación de Díaz, Jalisco, y que en uno de esos toros que iba a banderillar, Salvador Correa y Eduardo Moreno, banderilleros fogueados, quisieron hacer lo suyo, según ellos para que no fuera a golpear el toro a La Chicha, pero el caso fue que los dos fueron golpeados y Arturo tuvo que banderillarlo, luego de brindar un par a don Samuel Villalobos. Fue tal el regocijo de la gente que le aventaron monedas al ruedo y juntó setenta y dos pesos, y cuál sería su alegría que al recoger su montera, don Samuel Villalobos le dio un billete de cincuenta pesos y se sintió el hombre más rico del mundo. Arturo Muñoz, La Chicha, propiamente fue banderillero y como tal actuó en la Plaza de La Condesa, en México, en las cuadrillas de Ricardo Torres y Heriberto García, y llegó a actuar en el coso de Insurgentes con Calesero y Rafael Rodríguez.

La Chicha, en su vida taurina, fue dos veces a la península ibérica, acompañando al Calesa, y recuerda cómo en una ocasión, toreando en Lisboa, también actuaba el torero español Pepín Martín Vázquez y dentro de la cuadrilla de él traía un

banderillero, llamado Joaquín Delgado, Joaquincillo, que al ir a poner un par de banderillas, lo colocó, y al salir, como el piso estaba mal, se resbaló, y entonces Arturo, a cuerpo limpio, le hizo el quite del toro, que estaba a punto de cornarlo. Como el quite fue a cuerpo limpio, sintió muy bonito que se acercara después Joaquincillo con él y le dijera: “Olé, el arte, qué buenos toreros hay, permíteme agradecerte con un abrazo”, esto en medio del aplauso enorme del respetable. En Madrid no hubo suerte para el Calesa, no así en la Plaza de la Real Maestranza de Sevilla, en la que el Calesero toreó como príncipe y la gente lo aplaudió muchísimo; en esa plaza, Calesero le dio la alternativa a El Yoni y siempre que pensaba en Sevilla, traía a la mente gratos recuerdos.

Arturo Muñoz, La Chicha, fue testigo de las hazañas de Alfonso Ramírez, Calesero, cuando alternó con Manuel Rodríguez, Manolete, el “Mostruo de Córdoba”, el día 17 de noviembre de 1946, en la Plaza de Torreón, toreando con el maestro Fermín Espinosa, Armillita. Calesero estuvo en plan arrollador y también presenció, el 25 de enero de 1947, la hazaña de Alfonso en la Plaza de Orizaba, Veracruz, en que alternaron con Fermín Rivera y Manolete, que ahí realmente estuvo imponente en sus dos toros y fue cuando se dio lo de la anécdota del Himno Nacional.

En la vida torera, La Chicha recuerda tres toros imponentes por su fiereza, uno que toreó Domingo Ortega en la Plaza de Zaragoza, España, el día 18 de mayo de 1946; otro Luis Miguel Dominguín, en una corrida de La Prensa, en la Monumental de Madrid, el jueves 13 de junio de 1946, y que fue un toro de Atanasio Fernández que le brindó al general Francisco Franco, y el tercero, un toro que le tocó al Volcán de Aguascalientes, Rafael Rodríguez, en la Plaza Monumental de Morelia, el día 8 de mayo de 1949, alternando con Lorenzo Garza y el Chinito, Luis Briones; este toro fue de tanta fiereza y peligrosidad que ni don Zenaído Espinoza le pudo dar un capotazo, y cuando salió don Felipe Mota a picarlo, le dio cuatro pullazos, pero le

mató el caballo; entonces Rafael salió a torearlo y el toro se llevaba parte del traje de luces, pero, a pesar de todo, le hizo un faenón, en el que se le concedieron las orejas, el rabo y una pata. Estos tres peligrosísimos toros siempre los tendrá en su mente La Chicha, como si fueran grabados al agua fuerte.

Don Arturo Muñoz también recuerda cómo el 11 de noviembre de 1963, en la Plaza de Toros El Renacimiento, en Teocaltiche, Jalisco, toreando con Capetillo y Bernardó, ellos en un mano a mano, con toros de Santacilia, don Juan Espinoza le pidió que pusiera un par de banderillas a la vueltecita, esto consiste en darle la vuelta a toda la plaza gallando al toro, y al cerrar la vuelta, clavar las banderillas, lo hizo y fue una hazaña apoteótica de La Chicha.

El día 24 de abril de 1966, sin previo aviso y toreando en la Plaza de Toros San Marcos una corrida de Valparaíso, en la que los matadores fueron Capetillo, Raúl García y El Finito, Arturo Muñoz se retiró para siempre de las infanterías taurinas. La Chicha siempre será torero y prueba de ello es que estuvo en el biombo de la autoridad en la Monumental de Aguascalientes, en que fungía como el señor juez y dirigiendo la lidia de las corridas.

Arturo Muñoz Nájera contrajo matrimonio el día 17 de febrero de 1944 con doña Aurora Martínez Amador y procrearon siete hijos: Alfredo, Arcelia, Pilar, Luis Miguel, Olga, Bernardo y Angélica. Fiel devoto del Señor del Encino, no pasaba mes sin que fuera a oír misa con el santo patrón del barrio y esperaba el 13 de noviembre para hincarse ante quien presidió toda su vida y lo auxilió en su vida de torero. La Chicha hizo el paseíllo definitivo para comparecer ante el Juez Supremo el día 13 de agosto de 1997; desde entonces, del cielo dirige las corridas de toros de este hermoso Aguascalientes.

Alfonso Pedroza Macías, La Gripa

Cuando en la plaza de toros veía uno a un peón de brega, todo coraje, entusiasmo y conocimiento amplio del toro y sus tendencias, gran banderillero, no se podía tratar de otro peón que de don Alfonso Pedroza Macías, ampliamente conocido en los medios taurinos como La Gripa.

Alfonso Pedroza Macías, también torero de Triana, nació el día 13 de agosto de 1919, en la calle El Sol, en la casa marcada con el número doce; hoy la calle El Sol lleva el nombre de la sabia maestra Enriqueta González Goytia. Los padres de Alfonso fueron don Exiquio Pedroza Nájera y doña Matilde Macías; su abuelo materno fue don Luciano Macías, dueño de la fábrica de cigarros La Tarasca, la cual estuvo ubicada en la esquina de las calles Washington y El Sol. También dentro de los familiares de Alfonso está el señor profesor don Guadalupe Nájera Jiménez, director nacional de Normales en el país, cuando era presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines.

La Gripa nos contó que de chiquillo asistió a un kínder que tenían unas señoritas profesoras, frente a la Escuela Benito Juárez, en la calle Ancha, en el Encino, y la primaria la hizo en la José María Chávez y en la Federal Tipo, bajo la dirección de mi padre, el profesor Faustino Villalobos; pero el mismo Alfonso reconoce que de pequeño fue demasiado inquieto, pues por andar ya con la afición taurina no terminó sus estudios primarios. Sus amigos del barrio fueron los hermanos Sánchez: Alfonso, Ángel, Salvador y Miguel, así como Jesús y Toño Alba, todos acudían a jugar a un edificio que fue propiedad de su abuelo y que donó a la Unión de Mecánicos, que estaba en la calle Washington.

Era chavalillo cuando fue llevado por su tío Ignacio a la Plaza de Toros San Marcos a presenciar una corrida y, como le gustó ver torear a los jóvenes toreros: Calesero, a su primo La Chicha y al charro Mariano Esparza, después de esta vacuna de

afición, su alegría fue andar con los toreros de Triana, descuidando sus estudios en la escuela. El apodo de La Gripe que le pusieron a Alfonso lo heredó de sus hermanos, Ezequiel y Delino, a quienes así les llamaban en la escuela; a propósito, sus hermanos, aparte de estos dos, también fueron: Esther, Juan y Exiquio.

Una de las primeras actuaciones taurinas de Alfonso fue hacer la suerte de Tancredo, y lo hizo aquí en la San Marcos, luego en Villa García, acompañando al charro Mariano y a una torera que le decían La Rubia, quien alternaba con La Serranita.

Alfonso platicaba con mucha gracia cuando, en una ocasión en que su mamá tanteó que se iba a la plaza de toros para hacerla de Tancredo, en una corrida a beneficio para enladriillar los andadores del Jardín del Encino, le quitó toda la ropa, dejándolo en calzoncillos, porque no era de su agrado que Alfonso anduviera en estas danzas; pero éste, aprovechando que su mamá salió a platicar con una vecina, ni tardo ni perezoso se puso una camisa y pantalones de uno de sus hermanos más grandes, y aunque le quedaban guangos, pélele, y se le fugó de la casa. Cuando Alfonso cuenta esto, suelta la carcajada y dice: “Y llegando a la plaza me vistieron de blanco y la patada y a hacerla de Tancredo”, y vuelve a carcajearse, disfrutando de su recuerdo. Nos dijo que entonces tenía nueve años y que en esa corrida por primera vez banderilló y lo hizo bien; José Dávalos, Silveti II, que estaba toreando, le soltó la muleta y el estoque y no pudo con ellos por el peso de los mismos.

La Gripe se fue a vivir a la Ciudad de México y allá toreó en dos ocasiones en la placita La Morena; en la primera ocasión le fue bien, pero en la segunda llegó tarde y le soltaron un animal muy toreado y no pudo hacerle mayor cosa. A su regreso de México anduvo toreando en ganaderías como Peñuelas y Garabato, siempre entrenando.

Su primer novillada en la San Marcos fue el 17 de febrero de 1948 y alternó con Ignacio Cruz Ortega, Pablo Covarrubias,

Alejandro Cázares; El Travao, Juventino Mora y con José Dante Amato; los novillos fueron de Peñuelas. En esta corrida, La Gripe cortó orejas y rabos. Después, Chito Ramírez lo incluyó en la primera novillada de feria el 18 de abril de 1948, alternando con Nacho Treviño, tío de Humberto Moro, y con Fernando López, El Torero de Canela; en esta ocasión cortó una oreja; repitió el 5 de mayo de ese año, toreando con Juan Estrada y Nacho Cruz Ortega; en esta novillada cortó orejas y rabo.

Alfonso recuerda un festival en la San Marcos, en el que lo aporreó un toro; toreaban Luis Barajas, su cuñado Pepe López, Rafael Rodríguez y un ferrocarrilero apellidado Higareda, dice: “Y estaba toreando un bueyazo de Garabato y al estarle instrumentando un farol invertido, me dio una tunda pero buena, me agarró y venga, me lastimó las costillas”. Sin embargo, a los ocho días toreó en la México una corrida de Piedras Negras. La cornada que más lo lastimó fue una que le infirió un toro en Jesús María y quedó al descubierto la safena.

En plan de novillero toreó en la México varias veces, pero él mismo aceptó que cometió errores al embroncarse con el público y firmar una carta contra el doctor Gaona; esto le cerró el camino para llegar a ser matador; aquí, Chito Ramírez le negó la alternativa y entonces se dedicó a ser banderillero y de los buenos, duró en esta modalidad 29 años. Fue muchos años subalterno de Calesero pero también figuró en las cuadrillas de Alfredo Leal, de Moro, del torero español Pablo Lozano, que ahora apodera a José María Manzanares, de Rafael Rodríguez, de Antonio Velázquez, de Eloy Cavazos, de Curro Rivera, de Manolo Martínez y de otros. Su última corrida la toreó en 1984 en Puerto Vallarta, en su calidad de subalterno, con los hermanos Sánchez, Luis Fernando y Ricardo.

Debido a la calvicie prematura de La Gripe, lo hacían que se quitara la montera, y como se veía un tanto chusco, no faltó quien le gritara: “Pelones pero cantadores”.

De las estampas de su infancia en Triana recuerda una ocasión en que por la noche iba a subir por la fachada de la parroquia un hombre-mosca y hasta tenían reflectores; de pura puntada, La Gripe se subió antes que éste y cuando consumó su hazaña, ya le andaba con el hombre-mosca, quien le dio un entre de cocos.

Don Alfonso Pedroza se casó en 1960 con doña María de los Ángeles López; procrearon tres hijos, dos varones y una mujer; vivió feliz con todos ellos en su retiro taurino. Después de dejar la fiesta de los toros, su ocupación por la mañana fue de taxista. Cuando entrevisté a La Gripe para hacer esta semblanza de su vida, me di cuenta de que tenía fluidez y chispa en su conversación. Don Alfonso Pedroza Macías acudió al llamado del Señor el día 25 de octubre de 1995. En paz descanse y ¡olé, Gripe!

Valdemaro Ávila Díaz

Calle de José María Chávez, calle de camino real, calle que envuelve leyenda y misterio de la época colonial; tú has dado a Triana toreros y fue en ti, el 21 de mayo de 1923, en la casa marcada con el número ciento cuarenta y cuatro, el hogar de don José Ávila Macías y de doña Sara Díaz, en donde sus moradores se llenaron de la santa alegría por haber nacido un hijo varón, al que en días posteriores llevaron a la pila bautismal, junto al Santo Cristo de Triana, y le impuso el señor cura por nombre Valdemaro.

Valdemaro Ávila Díaz, hijo de don José Ávila Macías y de doña Sara Díaz Reyes, sólo tuvo una hermana, Carmen, nombre muy ligado con la fiesta de los toros. ¡Carmen, la de Triana! Y actualmente es maestra. La infancia de Valdemaro fue feliz, rodeado del cariño de su familia y amigos, como Manuel Valdez Jiménez, jugando en la entonces pacífica calle de José María Chávez, al trompo, valero, canicas y, por supuesto, al toro, con

cuernos conseguidos en el rastro. Sus escuelas, la José María Chávez y la Benito Juárez, enclavadas en el barrio de Triana, así como la Melquíades Moreno. Recuerda con mucho gusto la época cuando en quinto y sexto de primaria fue alumno de la maestra Chole Alonso, a quien le guarda gratitud y afecto en su corazón. La maestra vive en la esquina de las calles de Díaz de León y la plazuela de Triana. Después de esos años, al Instituto de Ciencias, nuestra amada Prepa.

Siendo Valdemaro estudiante, un buen día se encontró con los hermanos Julián y Ramón Rodarte, maestros de muchas generaciones de aspirantes a torero, allá por los treinta, y les dijo que él quería ser torero y ellos lo aceptaron y le enseñaron los principios del toreo. En una ocasión en que Julián organizó las corridas de la Feria de Tepezalá, Valdemaro se enfrentó a los toros en calidad de banderillero; posteriormente, José Dávalos, Silveti II, lo llevó a otras plazas ya como matador, pero realmente fueron pachangas taurinas.

La primera corrida formal de Valdemaro fue en Sombrette, Zacatecas, y alternó con José Dávalos y Silveti II; le fue bien en dicho festejo. Fue ya hace muchos abriles cuando Valdemaro Ávila ofreció las primicias de su toreo a los paisanos en la Plaza de Toros San Marcos; alternó con Alejandro del Hierro y Enrique Laison, con toros de Presillas, en una corrida en la cual triunfó.

La plaza de toros de San Luis Potosí cambió los rumbos toreros de nuestro torero trianero, lo invitaron a participar en una corrida de beneficio en la que alternó Valdemaro con El Califa de León, don Rodolfo Gaona, Samuel Solís, Raúl Iglesias, Gregorio García y Julián Rodarte; al maestro Gaona le llamó la atención el buen torear de Valdemaro y, por medio de Samuel Solís, lo citó para platicar y le ofreció ayudarlo para ser buen torero, ofreciendo proyectarlo en la Plaza de Cuatro Caminos. Se lo llevó a México, pero la verdad, según nos cuenta Valdemaro,

fue para servir en el frontón del maestro, recogiendo bolas que se les iban; realmente el Califa no lo ayudó.

Al estar en México, Valdemaro iba a la Plaza de Cuatro Caminos a practicar, ahí lo vio el cronista taurino don Difi, y por medio del banderillero yucateco Arisqueta, lo mandó llamar y le dijo que si quería ser torero él le ayudaría, siempre y cuando don José Ávila, su papá, enviara una carta de consentimiento para poder manejar sus intereses taurinos. Don José dio su anuencia y don Difi fue el padrino de Valdemaro, pues en menos de quince días toreó en Cuatro Caminos, el primer año siete corridas y al siguiente cinco; pero se le consideraba novillero puntero entre Luis Briones, Luis Procuna y Arturo Fregoso. A Valdemaro le ofrecían la alternativa, pero don Difi la declinó porque vio que era conveniente que toreara más.

Posteriormente, Valdemaro emigró para América del Sur y estableció su cuartel general en Lima, Perú; toreó en plazas de Venezuela, Colombia y Ecuador. En Lima, recibió una cornada fuerte que le dejó al descubierto la safena; duró encamado 22 días y ya restablecido siguió toreando. Fue en la Plaza de Toros de Lima, en 1948, en donde recibió la alternativa de manos de Domingo Ortega, alternativa que no confirmó en México.

La última corrida que toreó fue en la Plaza México, alternando con Rafael Rodríguez y Manuel Capetillo, y a pesar de haber estado bien, el público no le respondió, pues la gente estaba entusiasmada con Rafaelillo, otra de nuestras glorias. Entonces creyó que era el momento oportuno de retirarse, dejando pendientes dos contratos en la México y nueve en plazas del interior, con la consiguiente mortificación de don Difi.

Actualmente, Valdemaro se dedica al comercio de vinos y licores; ha formado un agradable y provinciano hogar con su esposa, Esthela Delgado Delgado, originaria de Villa García, Zacatecas, y con sus hijos: María Esthela, Sara Luz, Rosalba, Valdemaro, Gerardo y Norma Angélica.

El cariño de Valdemaro Ávila para el señor del Encino es de lo más grande de su ser, ya que vivió frente a la parroquia y fue monaguillo y campanero, impresionándole el toque de misa de difuntos. Ahora, desde el ruedo de la vida, le brinda las faenas de su quehacer al santo Señor del Encino.

¡Olé, torero!

Fernando Brand Martínez

En Triana, familia de sabios lo fueron los Brand Sánchez, quienes se forjaron bajo la dirección y calor de su tía casi madre, la señorita profesora Quetita González Goytia; cómo recuerdo con admiración y respeto a Humberto, quien fue mi maestro. Pues bien, dentro de esta familia también tocaron las pandereatas y castañuelas, también hubo un coletudo.

Un hermano de mi maestro Humberto, Fernando, contrajo matrimonio con una señorita originaria de Teocaltiche, Caritina Martínez Ordorica, y fundaron un hogar en la calle de Minerva, hoy Profesora Vicenta Trujillo, dentro del barrio de Triana; en este matrimonio hubo tres hijos, Bertha, Martha y Fernando; sí, señores, Fernando Brand Martínez, otro de los exponentes de la torería Trianera.

Fernando Brand Martínez nació en el barrio del sur el día 8 de febrero de 1930 y también bajo el amparo del Cristo negro de Triana recibió las aguas lustrales. Los amigos de infancia no se pueden olvidar cuando uno hace recuerdos del pasado; Fernando no es la excepción, y nos dice cómo considera casi hermanos a Ramoncito Morales Padilla, que en paz descanse; a José de la Torre, hermano de un dentista que nuestra gente le decía La Cotorra; así como Francisco Iriarte, El Buchacón, todos ellos compañeros de correrías, y acuden a su mente las incursiones, no muy legales, a esos edenes de verano, que fueron las huertas de Triana.

Fernando cursó su primaria en el Colegio Motolinía que dirigió Jesusita Aguilar, fueron sus maestras Rafaelita y María Jiménez Díaz, Conchita Loy y Marianita García, para quienes tiene sentimientos de gratitud; y luego pasó a estudiar el primero de secundaria al Colegio Independencia que fundó mi tío abuelo, el profesor José Ramírez Palos; ahí, Fernando fue discípulo de Jesús, mi hermano, y recuerda también con cariño a sus maestros Enriqueta González Goytia, Chabela Jiménez Díaz, Faustino Villalobos López, José Ramírez Palos y los licenciados Pastor Hurtado y Humberto Brand.

Toda la vida ha estado inmerso en el mundo de la fiesta brava, pues su padre, don Fernando Brand Sánchez, fue un magnífico aficionado y lo llevaba de la mano a los toros, no únicamente aquí a la San Marcos, sino también a plazas como las de La Chona, Teocaltiche, San Luis Potosí y Guadalajara.

Fernando Brand Martínez nos contó su vida torera: tenía ocho años de edad; jugaba con sus amigos en la calle Colón al toro y pasó Pancho Morones, que vivía frente al jardín, junto a la casa del señor obispo López, y los cocoreó diciéndoles: “No, hombre, muy toreros, en el corral de la casa tengo una becerra brava, a ver quién le entra”; Fernando, ni tardo ni perezoso, dijo: “Vamos a darle”, y así se enfrentó a su primer cornúpeto. Su fama corrió en el barrio, los hijos de don Canuto, el lechero, lo invitaron a los corrales de su casa a torear otros animales y de ahí al rastro a seguir toreando.

El día 15 de agosto de 1944, cuando tenía catorce años, toreó en una pachanga que organizó el Curro Ávila con motivo de la campaña política de don Roberto J. Rangel a presidente municipal, en la Plaza de Toros San Marcos, alternando con Alfonso Castaño, El Loco Roberto Gómez, El Millones, Merced Gómez y Jesús Muñoz, con novillos de varias ganaderías.

El día 3 de octubre de 1948 participó Fernando Brand en una novillada de selección en la San Marcos y alternó con Roberto Gómez, Pepe López, Felipe Ávila, Armando Iglesias y

Ricardo Peña, estuvo muy torero en esa ocasión, al grado de que lo invitaron a participar al día siguiente en un festival en honor de don Paco Madrazo, con motivo de su onomástico. En ese festival toreó en compañía de Alfonso Pedroza, La Gropa, y El Piti; el ganado fue de Corlomé, propiedad de don José C. Lomelí, que era quien ofrecía el festejo.

Don José C. Lomelí le ayudó al inicio de su carrera, pues el 16 de enero de 1949 lo llevó a torear a la Plaza de San Luis Potosí, junto con Héctor Saucedo y el Piti; en esta corrida, Fernando cortó una oreja, lo que le valió repetir a los quince días, ocasión en que también cortó un apéndice. Su fama torera empezó a crecer y en el mes de febrero de ese año toreó en Teocaltiche; por un percance de uno de sus alternantes, esa tarde toreó tres toros, a los que les cortó cinco orejas y un rabo.

El día 23 de marzo recibió su bautizo de sangre; toreaba en la San Marcos una corrida nocturna en la que participaban Pablo Covarrubias y Felipe Ávila, y el quinto toro de la noche, que le tocó en suerte torear, cuando ejecutaba una tanda de verónicas, lo prendió y penetró el cuerno en la cavidad abdominal, rasgando el peritoneo y casi tumbándole el apéndice, por lo que fue una apendicectomía taurina. Reapareció en la San Marcos el 1 de mayo, toreando junto a Antonio Durán y el Chato Guzmán; en esa ocasión, Fernando le cortó a un toro de Peñuelas oreja y rabo. El segundo percance lo tuvo en la ganadería de Corlomé el 5 de octubre de 1949.

Para la gente de coleta de nuestra patria, lo máximo es torear en el coso más grande del mundo, la Plaza México, la Monumental de Insurgentes, y Fernando, en su calidad de novillero, llegó ahí; el 12 de octubre de 1950 hizo el paseíllo, acompañado de Pedro Moreno y Rafael Mata. Injustamente, como lo calificaron los cronistas taurinos, no le concedió el juez la oreja de su primer toro en meritoria faena; a su segundo toro también le hizo buena faena y a pesar de haber pinchado, el

respetable lo hizo dar una vuelta al ruedo y salió en hombros por la puerta grande.

Fernando Brand Martínez estuvo dentro del cartel que inauguró la temporada chica de 1951 en la Monumental de Insurgentes, acompañándolo Vicente Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana y El Callao. En esta actuación cortó la primera oreja de la temporada, lo que le valió repetir con el Piti y Antonio Gómez; quedó bastante bien, se le otorgó una oreja y fue triunfador de la corrida, ganando el trofeo en disputa que fue un traje de luces que le entregó en función especial en el teatro Alameda la artista cinematográfica Katy Jurado.

Recibió su alternativa como matador de toros en la Plaza de Colima el día 31 de octubre de 1954, de manos de Humberto Moro. Corrida memorable para Fernando lo fue una que toreó en Chihuahua el 7 de junio de 1959, en compañía de Gregorio García y Luis Briones; ahí cortó cuatro orejas y un rabo.

Entre 1959 y 1960, Brand toreó veinte corridas y se retiró, pero hay que verlo torear en los festivales en los que intervino; la Monumental de Aguascalientes fue testigo de ello y la afición se solaza con su toreo fino, profundo y emotivo. Ahí estuvo en uno de los festivales del recuerdo cómo toreó, dictando cátedra de buen toreo, y la afición pidió al juez el indulto del toro, que se encontró con un gran torero que lo aprovechó; el juez estuvo de acuerdo, lo indultó y el testimonio de esto lo encontramos en una placa de bronce en los corredores de la Plaza Monumental de Aguascalientes; el toro fue de las dehesas de don Guadalupe Medina y le pusieron por nombre Zarco.

Los ancestros de Fernando Brand Martínez fueron trianeros de corazón, fieles devotos del Señor del Encino y supieron inculcar en Fernando el cariño al Cristo de Triana.

¡Te felicito por tu vida torera, Fernando!

Rubén Salazar Ávila, El Chapuzas

Cuando pienso en Rubén Salazar Ávila, El Chapuzas, se remueven en mí sentimientos de nostalgia al recordar estampas de mi vida de universitario, ya que, cuando él triunfó en la Plaza México, coincidió con el transcurrir de mi vida en las viejas aulas de la Facultad de Derecho en San Ildefonso. Fue cuando nació la porra taurina de ingeniería de dicho coso, creada, entre otros, por El Vago, ingeniero Jorge López Yáñez; ahí estábamos, corrida tras corrida, alentando al torero de la tierra, Rubén Salazar, no importaban aguaceros o calores; la cita era en el albero más grande del mundo, la Plaza México, y no fallábamos.

Rubén Salazar Ávila nació el día 22 de agosto de 1932 en la ciudad de Aguascalientes, en el barrio de Triana, en la calle José María Chávez, por allá en una casa cerca de Los Cinco Señores, después El Pabellón Mexicano. Hijo de don José Carmen Salazar Torres, quien fuera maquinista de los Ferrocarriles de México, y de doña Amalia Ávila de Salazar, matrona trianera de corazón. Aparte de Rubén, en su casa hubo otros dos hermanos, Sergio, quien falleció de menos de un año de edad, y Gabriel, mayor que Rubén, quien también ya falleció.

Los amigos de infancia dejan huella profunda en nuestro ser; Rubén Salazar no puede olvidar a aquellos que compartieron con él felices vivencias, como Rubén Díaz, El Fitos, quien ya se adelantó al viaje sin retorno; Héctor Romo, El Colorao; Fernando Brand y Carlos Verdín. ¡Cuántas veces jugó con ellos en la plazuela del Encino! ¡Cuántas veces se fueron juntos a las huertas! Rubén cursó su primaria en la Escuela José María Chávez y en la Federal Tipo, recordando con agrado y gratitud a sus profesores J. Guadalupe Peralta y José Landeros.

De pequeño llegó a ver torear en la Plaza de Toros San Marcos al Calesero, a su primo Valdemaro Ávila, y también su amistad con Fernando Brand determinó su afición por la fiesta de los toros; ahí, en la calle de José María Chávez empezó a

jugar al toro con una carretilla y le brindaba la muerte del toro con su fantasía a una muchachita que, tiempo después, fue su esposa, Rosa María Cristina Lomelí de los Reyes. Fueron sus maestros de tauromaquia Julián y Ramón Rodarte, sobre todo este último, que, según él, se las sabía de todas todas.

La primera vez que Rubén se enfrentó con un novillo de media casta, que pertenecía a la ganadería del Tequesquite, lo fue por gestiones de Carlos Verdín, en la Plaza de Toros Renacimiento, en la vecina población de Teocaltiche, Jalisco. Enrique Jiménez, el del Famoso 33, lo apoyó, llevándolo a las tientas en las ganaderías. Rubén se casó muy joven con Rosita Lomelí y su señor suegro, Pancho Lomelí, lo apoderó y organizó novilladas, tuvo su primera corrida formal con cuadrilla de la Unión, en una Feria en Rincón de Romos, Aguascalientes, y alternó con Pepe López, con ganado de Garabato. Posteriormente, en el año de 1950, toreó 6 o 7 novilladas en la Plaza de Toros San Marcos; ya había alternado ahí con Fernando Brand y Pepe Gaona.

Las ganaderías en las que participó en tientas fueron: Corlomé, La Punta y con don Ramiro González; también fueron testigos de sus hazañas las plazas de San Luis Potosí, Encarnación de Díaz y Teocaltiche. Se placeó mucho en provincia antes de llegar a la Monumental de Insurgentes, en la Ciudad de México, donde debutó en el año de 1952 con novillos de Peñuelas; fueron sus alternantes un torero norteamericano, Sam James, y el mexicano Joselito Méndez; por cierto que toreó tan sólo un novillo, porque se suspendió la corrida por lluvia.

1953 fue el año crucial para Salazar en su carrera, ya que toreó en grande en la México en su presentación; en esa temporada, con ganado de Cerralvo, cortó una oreja, después, en tres tardes seguidas cortó tres orejas; su fama se fue extendiendo, estuvo en la Plaza El Progreso, en Guadalajara, y en la Monumental de Ciudad Juárez; toreó 70 novilladas en tres temporadas.

Apoyado por don Enrico Pani y el banderillero Cayetano Leal, Pepe Hillo, Rubén Salazar se fue a Sevilla, España, y vio

por sus intereses al apoderado andaluz don Miguel Moreno, hombre caballeroso, quien lo instaló en el pueblo de Camas, donde conoció a Paco Camino cuando era un chavalillo de 14 años, y lo alentó para ser torero. Este jovencito era panadero pero con mucha afición. También cultivó amistad con el novillero Curro Romero. En España toreó en Sevilla, Madrid y Cartagena; en esta última plaza toreó un astado de Miura llamado Michin, al que le cortó las orejas; recuerda con agrado esta faena. En aquellas tierras lo sorprendió la ruptura del Convenio Hispano Mexicano y tuvo que retornar a México, pero se trajo la amistad de Paco Camino, quien es padrino de sus nietos.

Tomó la alternativa en la Plaza de Toros San Marcos, de manos de Luis Briones, fue testigo Raúl García, con toros de Garabato; con su toro de alternativa no tuvo suerte, pero a su segundo lo mandó al destazadero sin orejas y rabo.

Un percance que tuvo en la plaza de Ciudad Juárez, en el que se lesionó el talón de Aquiles, hizo que se retirara de la torería en activo, fue su última intervención en un festival en compañía de Rafael Rodríguez, El Volcán de Aguascalientes; Alfonso Ramírez, Calesero; Jesús Delgadillo, El Estudiante, y Luis Procuna, toreando magníficamente.

Para Rubén, el santo Señor del Encino ha sido su santo patrón en la vida, le obsequió un estoque de plata que ganó en una corrida de concurso.

¡Enhorabuena matador, que has cumplido!

Jesús Delgadillo López, El Estudiante

Jesús Delgadillo López, El Estudiante, nació en la calle de La Alegría, hoy Alfonso Ramírez Alonso, el día 8 de octubre de 1938. Fue hijo de don Guillermo Delgadillo González y de doña María López, quienes formaron una prolífera familia de diez hijos, cuyos nombres son: Antonio, Cenobio, Josefina, Guiller-

mo, J. Guadalupe, Rubén, Anita, Jesús (nuestro torero), Rosita y Lolita.

Jesús estudió la primaria en la Escuela Benito Juárez, enclavada en el barrio en la misma manzana donde está la parroquia y también en la Escuela Melquiades Moreno; terminó su primaria e hizo la carrera comercial en la Academia Rodríguez Dávila, para después pasar a la preparatoria y de ahí a la universidad de la vida. Sus amigos de infancia y juventud estuvieron ligados al mundillo taurino de Aguascalientes: Víctor y Armando Mora, José Sánchez (papá de los famosos hermanos Sánchez), Andrés Díaz, Héctor de Granada, Rubén Salazar y Fernando Brand.

El Estudiante sintió fuertemente el mal de montera en 1948, cuando surgió Rafael Rodríguez, El Volcán de Aguascalientes, a quien siempre admiró y le sirvió de inspiración; lo conoció en un lugar donde se reunían los toreros de la tierra, que fue la bolería de Julián Rodríguez, en el Parián, bolería llamada Calesero; cuando lo conoció le nació a Jesús el deseo de ser torero. Después de tomada su decisión, Jesús empezó el vía crucis del torero en tentaderos y corridas pueblerinas; la primera vez que se enfrentó a un animal cornúpeta bravo fue a una vaca toreada, en Pabellón.

Recibió el nombre de El Estudiante porque eso era cuando empezó a torear, allá por el año de 1951; su primera corrida formal en calidad de novillero fue en la Plaza de Toros El Progreso, en Guadalajara, en 1956; duró dos años en las filas novilleriles y en 1958 recibió su alternativa como matador de toros en la Plaza San Marcos, de manos de Alfredo Leal, en la que fue testigo Joselito Huerta y el ganado de Lucas González Rubio. Su alternativa la confirmó en la Plaza México en el año de 1959, de manos de El Ranchero Aguilar, y fungió como testigo Fernando de los Reyes, El Callao.

En 1964 emigró a España y tuvo que renunciar a su alternativa para reingresar a las filas de la novillería debutando en

la Plaza de Barcelona, para continuar en la Monumental de Madrid. En la madre patria toreó más de treinta novilladas y de nuevo tomó la alternativa de matador de toros en Barcelona, de manos de Fermín Murillo, y como testigo Curro Romero, con toros de Álvaro Domecq; al mes siguiente confirmó su alternativa en Madrid, de manos de Santiago Castro, Luguillano, y como testigo: Palmeño.

Regresó El Estudiante en 1967 a México, y en el Coso de Insurgentes reconfirmó la alternativa, esta vez de manos de Joaquín Bernardo y como testigo Raúl García, con toros de Tequisquiapan. En varias corridas llegó a torear con Rafaelillo, sintiéndose orgulloso de esto y disputándole las palmas a quien fue su inspiración torera. En la Feria de San Marcos de 1982, alternando con Eloy Cavazos y Humberto Moro, se despidió, cortándose la coleta. Dentro de sus satisfacciones toreras estuvo haber sido el primer torero que cortó un rabo en la Plaza Nueva de Bilbao, España, pasando con esto a los anales de la historia taurina de ese país.

El Estudiante actualmente vive en Ciudad Juárez, trabaja para la Secretaría de Hacienda; es padre de cuatro hijos, vive con gran tranquilidad y es muy servicial y caballeroso; su anhelo más grande es jubilarse y en plan de hijo pródigo regresar a Aguascalientes y a su amado barrio de Triana.

Cuando se le cuestionó: “Tú y el Señor del Encino”, sus palabras exactas fueron las siguientes: “Lo llamo mi prietito santo; desde que nací he estado ligado a él, fui bautizado en su parroquia; de más grande fui acólito debido a que vivía cerca del templo, en la calle de La Alegría, casa que actualmente sigue siendo de mi familia. Cuando mis padres fallecieron, en la parroquia del Encino fueron sus exequias; siempre que voy a Aguascalientes los voy a visitar a su templo y le digo: ‘Gracias, prietito mío, que me concedes volverte a ver’, y cuando salgo del terruño voy a despedirme para decirle: ‘Ya me voy otra vez, no me pierdas de vista, ayúdame, prietito mío’”.

¡Éste es amor del bueno!

Efrén Adame López, El Cordomex

Con excepción de Jesús Delgadillo López, El Estudiante, todas las biografías de los toreros de Triana han tenido como base una entrevista grabada en cinta magnetofónica. Efrén Adame no ha sido la excepción y él escogió el lugar de la entrevista: un atardecer en el Jardín de San Marcos, en medio del follaje de sus plantas, de las flores, de las frondas de los árboles, del corretear de los niños en sus juegos, del canto de los pájaros, del susurro de la fuente, del romance de los jóvenes y de las remembranzas de los ancianos que hacen corrillos en las añosas bancas del jardín.

Sólo a Efrén se le ocurrió tal escenario por su sensibilidad artística para dejar correr el corazón por la boca y platicarnos de su transcurrir en la vida. Hizo un elogio a la belleza del jardín, a la tranquilidad del momento y a la luminosidad de la tarde; entrecerró sus ojos de minuto, como él dice al referirse a los ojos pequeños, y el verbo fluyó por su boca:

“Nací el 5 de enero de 1940 en la Hacienda de los Campos, la cual se encuentra enclavada en tres estados: Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes; mis padres fueron don Teófilo Adame y doña María López González, ellos ya no viven en este mundo pero viven eternamente en mi alma; por todos en mi casa fuimos seis hermanos, tres hombres y tres mujeres: Lupe, Raúl, Lola, Tere, Estela y yo.

De brazos me trajeron mis padres a esta ciudad, que es mi tierra entrañable, nuestra casa estuvo en la calle de Los Pericos, hoy 5 de Febrero, del rumbo del Llanito, el cual pertenece al barrio de Triana; mis padres fueron de origen humilde; mi madre quedó huérfana desde muy pequeña y un matrimonio que vivía por la calle de la Alegría la formó, el señor se llamaba don Simón y su esposa doña María. Siempre amé a mi madre y, ahora, su recuerdo; amé sus manos con callos propios de mujer de trabajo, misma que con rigidez y amor nos enseñó lo que es

bueno y lo que es malo; también amo la memoria de mi padre, quien fue panadero y en su tahona nos enseñó el oficio y a darnos la vida. Lo recuerdo en sus principios, hacía poco pan y él, personalmente, lo vendía casa por casa, después le ayudó un niño, quien cargaba el canasto de pan y a nosotros, como dije, nos enseñó a ser panaderos. Todos estos recuerdos me hacen exclamar: ¡Qué bonita fue mi familia!

Mi instrucción primaria la hice en varias escuelas: el primero, segundo y tercero en la escuelita del santo varón que fue el padre Toño, ubicada en la calle Rayón; el cuarto año lo cursé en la Escuela Benito Juárez, en nuestro barrio de Triana, y el quinto y sexto en la Escuela Miguel Alemán, en el centro de la ciudad. Después de cursar la escuela primaria aprendí el oficio de linotipista en el periódico *El Sol del Centro*; trabajé dentro de las artes gráficas para la cadena García Valseca, aquí, en León, Guanajuato, México, y en Tijuana en el periódico *El Mexicano*.

Por lo que respecta a mi vida taurina, diré que siempre he admirado a los toreros, los conceptúo como hombres fuera de serie, admirados por las mujeres y apreciados por los hombres. Una vez, para una feria de San Marcos, me colé en la plaza de toros de la calle sagrada de la Democracia, como ayudante del subalterno Alfredo Prado, que en paz descanse; en esos momentos estaba feliz, la sangre hierve de afición, las pupilas brillan de alegría, y cuando me disponía a gozar de un corridón en que toreaba Rafael Rodríguez, me distinguió el empresario, le gritó a dos policías y les dijo: '¡Eh! Vengan y acompañen a este muchacho a la calle', así me sacaron de la Plaza de Toros San Marcos, yo lloré de rabia y me senté en la orilla de la banqueta a consolarme oyendo los *¡olés!* que salían del albero; quería ser gato para subirme por las paredes y gozar de la corrida; en ese momento me prometí ser torero.

Así, en 1958 me inicié toreando becerros y cebúes en pueblos y rancherías, animales criollos mañosos sin casta alguna; iba uno a las ganaderías y los ganaderos siempre hacían mala

cara, ni un vaso de agua daban, pero que no empezara uno a figurar porque entonces sí le decían: ‘¿Te acuerdas que yo te ayudé en tus principios?’, y como eso lo decían frente a sus amigos, para no hacerlo quedar mal, uno contestaba: ‘Sí, señor ganadero, usted me ayudó mucho’. Yo, a los ganaderos y empresarios no les caía en gracia por tener la greña grande y usar un sombrero también grande, eso me impidió torear en la Plaza El Progreso de Guadalajara, porque el empresario me dijo que su plaza era seria. En paz descanse, yo no le guardo rencor. Cuando quedábamos bien en las placitas de los pueblos, nos aventaban naranjas, dinero, zapatos, para nuestro beneficio.

Me tuve que ir a trabajar como linotipista al periódico *El Mexicano* de Tijuana y fui asiduo asistente de la Plaza de Las Playas de Tijuana; ahí llegué a sacar en hombros por sus buenas faenas a Joselillo de Colombia, Joselito Huerta y Capetillo, y andando el tiempo alterné con ellos.

En cuanto a mi mote de El Cordomex, lo tomé porque en una fotografía vi a Manuel Benítez, El Cordobés, y como usaba la greña grande como yo y tenía ojos chiquitos como los míos, me inspiré en su mote para sacar el mío, aunque con cierto temor de que me reclamara, cosa que nunca aconteció. Por cierto, en una ocasión, en la Plaza de Tijuana, iba a alternar con él pero por razones administrativas su apoderado no quiso. Después de placearme por distintas partes de la República, el 25 de abril de 1965 me presenté en la Plaza México, la más grande del mundo, y debido a mi magnífica campaña novilleril, el 21 de noviembre de 1965 tomé la alternativa en la Plaza de Toros Fermín Rivera, en San Luis Potosí.

A mi padre, don Teófilo Adame Carmona, cuando me decía que me quitara de torero, que me viniera a trabajar, yo le decía: ‘Mire que le he de brindar la muerte de un toro’, y se llegó el día y fue el toro de mi doctorado; pertenecía a la ganadería de Garfias, era un tío de cuatrocientos setenta y tres kilos, de nombre Tramillero; negro salpicado, delantero de pitones, coli-

largo y apretado de cabeza; bonito toro. Después de que recibí el abrazo de la alternativa y los trastos de matar de manos de don Manuel Capetillo, estando de testigo don Jaime Rangel, me dirigí a la barrera donde estaba mi padre, sentía que las corvas se me doblaban de emoción, y montera en mano le dije: 'Padre, va por usted la muerte de este toro que le prometí, va por usted y pídale a Dios que tenga suerte', y él, con sus ojitos de minuto y un corazón extenso, al quitarse el sombrero me dijo: 'Gracias, hijo, que Dios te ayude'. No pude desorejar al toro de mi alternativa, pero la gente salió contenta con la corrida, salió toreando.

Después, en mi vida de matador, llegué a alternar con Joselito Huerta; con Rafael Rodríguez, El Volcán de Aguascalientes; con Manuel Capetillo y con otros más; en el patio de cuadrillas, antes de partir plaza, al verme enfundado en mi traje de luces en medio de mis ídolos del toreo, me decía: '¡Dios mío, qué me pasa!'. Se me hacía todo aquello irreal, me acercaba con mis alternantes y les decía: 'Maestro, para mí es un honor hacer el paseillo con usted'.

Yo no me he retirado de los toros y no quiero hacerlo porque no quiero volver a abrir la herida de la afición, que arrestos me sobran para encerrarme solo con seis toros y desorejarlos, pero ya no quiero sentir ese temblor de emoción constante cuando estoy vestido de torero, ese meditar diciendo: 'Dios mío, no sé si regrese a desvestirme o si me desvistan en la enfermería o en el cementerio, bendice a mis alternantes, a mis compañeros, que hagan buen papel, que triunfen, que el mejor se lleve las palmas'".

Efrén Adame es un gran declamador de poesía española de temas taurinos y nos dice que los toros y la poesía se hermanan, que, si no hubiera sido torero, no habría podido ser declamador; yo lo conozco en esta faceta y es un gran artista.

Después de la tempestad viene la calma; el andariego de plaza en plaza, el soltero empedernido y que, sin embargo, ve en la mujer toda una poesía, llega a las plácidas playas del ho-

gar. Efrén Adame contrajo matrimonio con Arcelia Guadalupe Gutiérrez y Dios les ha dado la dicha de tener dos hijos varoncitos, Efrén de Jesús y Teófilo Francisco.

Efrén considera al Señor del Encino su santo patrón; siempre que un domingo toreaba, en una tarde a media semana iba en la quietud del templo a visitarlo y le hacía ochenta mil promesas al Señor de Triana, al amigo torero clavado en la cruz.

Termina Efrén la entrevista diciendo que quiere mucho a su esposa y a sus hijos, razón de su existir; que agradece a Dios vivir en Aguascalientes, en medio de la paz que propician nuestros gobernantes; que agradece a ellos la tranquilidad de nuestra hermosa provincia; pide a Dios que a los niños no les falte nada y que a nosotros los viejos no nos prive de la paz y hermosura de estos jardines. Mientras tanto, los pájaros dejan de cantar y allá detrás del picacho mueren las últimas luces del día.

Y que se organiza un fandanguillo en el cielo, y hace falta un buen declamador y don Manuel Montoya, guitarrista andaluz, le dice al Supremo Juez que él conoce a un gran declamador, originario de la Nueva España, y menciona a un gran señor que le pone emoción a la palabra, al verbo, y que vive en lo que fue la Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes, del reino de la Nueva Galicia, y su nombre: ¡Efrén Adame López, mejor conocido como El Cordomex! Y el Juez Supremo, el 29 de enero del año 2004, hace que Efrén se ponga sus mejores galas y parta sobre el ruedo de la vida y se aleje de éste, y desde esa fecha, Efrén está en los cielos declamando, palmoreando y alegrando todos los fandanguillos en que toca don Manuel Montoya.



La caleserina, de Pancho Flores.

Los Mora

Triana, Aguascalientes, otrora vergel de la tierra, la de las huertas; puertas del paraíso en las que se oía el susurrar del agua por las acequias y el calor de las mañanas de verano hacía cantar a las cigarras; se oía el cucú triste de las palomas; los cielos azules, contrastando con las nubes blancas; esa Triana fue el hogar de la familia Mora, cantera de toreros.

Platiquemos con uno de los Mora, con Armando. Nos dice que nació el día 22 de junio de 1943; la casa en que nació estaba en la calle de la Alegría, del barrio de Triana; sus padres fueron don Juan José Mora Barba y doña Ma. Concepción Reyes.

La infancia de Armando transcurrió de lo más feliz en el barrio, con sus amigos de la escuela y de la doctrina; perteneció a las vanguardias de la acción católica de la parroquia del Encino, comandadas en ese entonces por Juan Antonio Martínez; recuerda con agrado haber representado a este grupo en el Maratón de San Felipe y, por cierto, iba en compañía de Juan Antonio Martínez al incipiente fraccionamiento de Jardines de la Asunción a correr para prepararse para el maratón. También recuerda con alegría haber sido campañero de la torre del Encino y las diabluras de chamaco que hacían en el campanario y el techo de la parroquia. Entre sus amigos de infancia nos hace referencia del ahora doctor Nacho Navarro y de los industriales Camilo y Pepe Barba.

Su instrucción primaria la hizo en una escuelita ubicada en la esquina de las calles de Colón y Abasolo, que era atendida por la señorita Concha Esparza, hija de don Severo, y de ahí pasó a la Escuela Rosalía Monroy; recuerda con cariño a sus maestros María Argüelles y Florencia Lara. Por razones familiares, cuando tenía 15 años, tuvieron que emigrar a la Ciudad de México, pero él ya llevaba en su ser la afición por la fiesta más hermosa de todas, por la fiesta brava, por los toros.

La primera vez que se vistió de luces fue el 29 de diciembre de 1959, en una corrida que hubo en un pueblito del Estado de México, llamada Fábricas de María; quien lo vistió de luces fue otro trianero, José Torres, Torritos, que vivía en la calle de Semería. Esta corrida fue un mano a mano entre su hermano Víctor y Héctor Luquín; él actuó como sobresaliente y le permitieron hacer dos quites y banderillas, y fue premiado con aplausos por el respetable. Retornó a la patria chica, donde hizo sus pininos como torero; fueron sus maestros los matadores Rafael Rodríguez, Rafaelillo; Fernando Brand, Jesús Delgadillo, El Estudiante; Rubén Salazar, El Chapuzas, y Bernabé Esparza, Pitoloco; todos sabían a la perfección el oficio de ser toreros.

Para Armando, la ganadería de Corlomé, en la Hacienda de la Paz, en el estado de Jalisco, fue su escuela taurina, pues don Pepe Lomelí, dueño de ella, lo vio como hijo y lo apoyó en su carrera taurina. Recuerda a don Pepe con todas las características de un gran señor: bondadoso y todo entrega a sus semejantes; fue un señor ganadero, criador de reses bravas, a toda ley, no como comerciante, sino un ganadero escrupuloso en la crianza de toros de lidia, esto lo hacía con una afición muy grande a la fiesta brava. Otra persona que recuerda en forma emocionada por haberlo ayudado en su carrera fue don Jesús Ramírez Gámez, El Abogao, un gran taurino, un gran aficionado, caritativo al grado de quitarse la camisa para cubrir la desnudez del prójimo; en una palabra, un gran hombre.

En sus andanzas toreras sintió gran apoyo de los ganaderos criadores de toros de lidia: Tato Rangel, de la ganadería de Garabato; ingeniero Luis y su hermano Maurito, ambos de apellido Ruiz Barrios, de la ganadería de Presillas, y don Miguel Dosamantes Rul, de la ganadería de Peñuelas; todos ellos románticos de la fiesta de los toros y prestos a extender su mano en ayuda de incipientes toreros.

Ahora bien, de Manuelito Arellano, transportista de reses bravas de las dehesas a las plazas, le agradece su amistad sincera,

pues lo relacionó con su amigo don Olegario Hernández, dueño de las plazas de León, La Luz; Nuevo Progreso de Guadalajara, y la Monumental de Monterrey; plazas que le abrieron las puertas para torear. A todos ellos les manifiesta su agradecimiento y su recuerdo de hombres de bien.

Su primer festival que toreó en la Plaza de Toros San Marcos de Aguascalientes lo organizó el líder obrero don Roberto Díaz; alternó con Teresita Andaluz y con una torera norteamericana, Patricia Hains, así como con Paco Lara, y triunfó en este festival; después, el mismo don Roberto Díaz lo invitó a participar en otros festivales.

En sus andanzas de novillero, Armando toreó en varias plazas de la República: Chihuahua, Laredo, Durango, Monterrey, León, Guadalajara y en la México; la mayoría de sus corridas fueron de triunfos, pues nunca “echó la pata p’atrás, siempre p’alante”. En su vida de novillero recuerda gloria y dolor en la Plaza de Monterrey y una breve temporada en la Plaza El Progreso, en Guadalajara.

Empieza a recordar que en Monterrey toreó una novillada hecha y derecha de Presillas, casi toros de cinco años; esta ganadería era de don Maurito Ruiz Barrios y alternó con Carlos Peña, Peñita, y con Jorge Rosas, El Tacuba; en esta novillada le hizo a uno de sus toros una faena emotiva, electrizante y, al final de la misma, el toro lo lesionó en una pierna, afectando la femoral; fue una cornada fuerte y aun así tuvo los arrestos de continuar la faena por rechazos de matar y de recibir apéndices; fue un triunfo y una cornada.

En cuanto a Guadalajara, entre octubre y noviembre de 1969, por su calidad torera, toreó cuatro novilladas seguidas, las ganaderías fueron de La Punta, Pasteje, Peñuelas y Santacilia. En la novillada de Peñuelas toreó un novillo tan noble que la parroquia pidió indulto y dio la vuelta al ruedo acompañado de don Olegario Hernández y de Guillermo Gonzáles, El Cabezón, representando la ganadería de Peñuelas; ahí, Memo

le dijo que acababa de comprar la Plaza de Toros San Marcos y que en la primera tercia él formaría parte; y así fue, se trató de una corrida de aniversario de la ganadería de La Punta y también le indultaron un toro.

Armando Mora Reyes recibió su alternativa como matador de toros el día 28 de marzo de 1971, en la Plaza de Toros San Marcos, Aguascalientes, de manos del trianero Jesús Delgadillo, El Estudiante, quien retornaba de haber estado en España cinco años y traía muy buen oficio de torero; actuó como testigo Fernando de la Peña. Como matador de toros toreó como unas quince corridas, una de ellas en San José de Costa Rica, en Centroamérica, en la que toreó a la usanza portuguesa, es decir, sin matar al toro.

Recuerda con agrado dos festivales en los que participó, ambos en la San Marcos, uno en beneficio del matador Rubén Salazar, que fue nocturno, en el que alternó con Paco Camino, El maestro de Camas; ambos cortaron orejas. El otro festival fue un homenaje al matador Rafael Rodríguez, Rafaelillo, en el que alternó con Manuel Capetillo, Jaime Rangel, Jesús Córdova y don Alfonso Ramírez, Calesero; todos dieron buena tarde. Por cierto, para Armando, el torero más grande del mundo se llamó Alfonso Ramírez, Calesero; no se pueden olvidar sus verónicas, sus muletazos, sobre todo aquellos de latiguillo en que salía, después de ejecutarlo, con prestancia y señorío. ¡Qué gran maestro! Comenta Armando que siempre que toreó en la Plaza de Toros San Marcos cortaba de perdido una oreja de los cornúpetas que toreaba.

Bueno, hablemos de la familia íntima de Armando Mora Reyes. Armando contrajo matrimonio con Elena Galaviz en el año de 1969 y Dios les envió tres hijos varones, Israel, José Armando y Fernando; uno de sus nietos, hijo de José Armando, Víctor, también trae el mal de montera, pues es niño torero. En cuanto a su familia torera, Armando nos dice que su abuelo don Juventino Mora Valdés fue torero; llegó a alternar con don

Rodolfo Gaona, en Guadalajara; su abuelito le llegó a mostrar una cicatriz de cornada en una de sus axilas. De ahí arranca la peña taurina de esta familia: su tío Juventino Mora Barba fue novillero en época de Rafaelillo; Sergio Víctor Mora Reyes, su hermano, a quien le toca torear como novillero en la Plaza de Toros El Toreo de Cuatro Caminos; luego Armando, de quien ya hablamos; sigue Jorge Mora Vera, hijo de Jorge Mora Reyes y de doña Rebeca Vera, mismo que está en activo y nos deja saborear su magnífico toreo; es un torero triunfador. Y sigue la mata dando, ahí están los hijos de Armando: Israel y José Armando Mora; Omar García Mora, sobrino de Armando, y viene el remate del niño torero Víctor Mora, nieto de Armando.

Santo Señor del Encino, ¡olé! por esta familia de toreros que han respirado el aire que les das tú, ¡Triana!

Luis Fernando Esparza González, Luis de Triana

Muy cerquita de la tienda Los Cinco Señores, allá donde Gorgonio Esparza, matón del barrio de Triana, daba mezcal en artesa a su caballo, en la calle de Belauzarán, el día 12 de mayo de 1966, el hogar formado por don Jorge Esparza González y doña Irma Yolanda González Dávalos se vio bendecido por el Señor del Encino, enviándoles un hijo al que bautizaron en la parroquia con el nombre de Luis Fernando, quien años después sería el torero Luis de Triana. Luis de Triana pertenece a una familia de abolengo en nuestro barrio, es bisnieto de Pancho Esparza; su abuelo es Lupe Esparza y su padre Jorge; cuando de noche quiere uno transitar por la calle Belauzarán, le pide uno a cualquier Esparza su sombrero, se lo pone y transita uno con toda confianza, porque ahí respetan a los Esparza.

De niño, Luis vivió feliz en el barrio con sus amiguitos; jugó en la huerta de la casa, en la calle Ancha, en el Jardín del

Encino, y, como todos los niños del barrio, no escapó a la tentación de ir a tocar las campanas de la parroquia. Luis de Triana recibió las luces de la cultura en el Colegio Portugal y en el bachillerato de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Cuando recuerdo esta época, no puedo evitar evocar cariño y respeto para el padre J. Guadalupe Díaz Morones, director del Colegio Portugal.

Antes de ser torero, Luis de Triana fue charro, debido a que constantemente iba al rancho que su abuelo don Lupe tenía en San Francisco del Arenal (ya la mancha urbana lo absorbió) y ahí se acostumbró a andar entre caballos y ganado; todo esto lo llevó a practicar la charrería; fue uno más de los caballeros del campo mexicano que con orgullo llevó el traje de charro.

Pues bien, en alguna ocasión, Luis entró a la Plaza de Toros San Marcos y vio a unos chavalillos entrenando para ser toreros, hacían toreo de salón, bajo la vigilancia magistral del también conbarriano matador Rubén Salazar; al ver este ambiente le nació el deseo de ser torero, Rubén lo tomó bajo su égida y Luis empezó a entrenar. Debido a la amistad del matador Rubén Salazar con el ingeniero Sergio Lomelí, propietario de la ganadería de Corlomé, Hacienda de la Paz, municipio de Ojuelos, recomendó con él a Luis para que madurara como torero.

Vivió una temporada en la Hacienda de Corlomé, se congració con el ingeniero Lomelí porque ayudaba en todas sus labores campiranas, y su vida fue muy metódica; se dividía entre labores del campo, torear becerras y hacer toreo de salón; en Corlomé aprendió las bases fundamentales del toreo.

Llegó día en que se vistió de luces, fue el 5 de julio de 1987, cuando toreó en la Plaza de Caletilla, en Acapulco; alternó con Héctor de Granada y Mauricio Portillo; naturalmente, el ganado fue de la ganadería que le sirvió de escuela, Corlomé; tuvo el padrino del ingeniero Lomelí. La afición hidrocálida lo conoció ese año en la Feria de los Chicahuales, en Jesús María, Aguascalientes, en el mes de julio; toreó en la Plaza de Xonaca-

tique, Jesús María, alternando con Héctor de Granada; en esta novillada fue premiada su actuación con dos orejas.

Luis de Triana tuvo una buena temporada en Guadalajara. Resulta que un grupo de aficionadas patrocinó un serial de diez novilladas para descubrir valores de la tauromaquia de origen jalisciense; él se hizo pasar por jalisciense procedente de Ojuelos; estas novilladas se llevaron a cabo en el Lienzo Charro Zermeño y participó a partir de la quinta novillada; en la séptima fue el triunfador.

En 1987 participó en un serial en Torreón, de pura chipirada, pues uno de los alternantes se lastimó y el ingeniero Sergio Lomelí lo presentó con los señores Canto, quienes hacían empresa, y entró a suplir al novillero lastimado; su actuación fue triunfal, al grado de que fueron nueve las novilladas en las que estuvo. En esa época tuvo que entreverarlas con las novilladas en Acapulco. En la corrida de triunfadores del serial en Torreón, se disputó un premio millonario y fue el triunfador; obtuvo el premio que invirtió en cosas de torear.

Uno de sus recuerdos dolorosos fue en una novillada que toreó en Monterrey; al final del último tercio, el toro le cornó la mano derecha, lo que le causó gran dolor y, aún así, se perfiló a matar. Al primer intento, entró la toledana hasta los gavilanes y cayó el novillo; en caso contrario, hubiera sido su calvario matar a su novillo.

Respecto a la Plaza México, la de Insurgentes, ha toreado cuatro veces. La primera vez fue en 1989; luego, estuvo de sobresaliente en una corrida en que toreó Cristina Sánchez y Fernando Ochoa; él hizo un quite, el cual le gustó a la empresa y sirvió para torear el siguiente domingo; después, una vez más.

Su hambre torera lo hizo ir a perfeccionarse a España en compañía de su hermano, Miguel del Barrio; cuántos gratos recuerdos trae de la madre patria, tantos buenos amigos que hizo, tanta buena gente que trató. El matador Rubén Salazar lo conectó con su compadre, el Niño Sabio de Camas, Paco Cami-

no, y éste arregló que ingresaran a la escuela taurina madrileña de El Batán, que está al poniente de la ciudad, por la salida a Toledo y a Navalcarnero, detrás de Palacio Real, al otro lado del río Manzanares. Nos platica Luis la importancia que tiene El Batán en la Feria de San Isidro, pues ahí está el Campanario, que es donde tienen muchos corrales y se concentran las corridas que se torearán en la feria; es una verdadera romería de madrileños que van a conocer los encierros. De esta escuela han salido las más grandes figuras de la tauromaquia española.

La primera novillada que toreó Luis de Triana en España fue en Puebla de Montealbán, en la provincia de Ávila, cerca de la sierra de Gredos; para él fue muy significativa por ser la primera y coincidió que su padre, el ingeniero Jorge Esparza, la presencié y grabó en video. Su actuación fue venturosa, pues cortó dos orejas y un rabo, mismos que felizmente se trajo su padre a su casa de Triana, Aguascalientes. Sus triunfos continuaron en una novillada en Rejas, de la provincia de Toledo, en un encierro grande y bien presentado, cortó cuatro orejas y un rabo. Hubo plazas en España en las que le pidieron torear vestido de charro mexicano. De España recuerda con aprecio y respeto al maestro Paco Camino, quien lo aconsejó y guio; en cuanto a su maestro en la escuela de El Batán, fue Joaquín Bernardo, quien siempre fue muy exigente, pero aprendió mucho.

Luis de Triana recibió su alternativa el 17 de septiembre de 1996 en la Monumental de Zacatecas; iba a ser de manos de Miguel Espinosa, pero, por causas de fuerza mayor, no fue él, sino el matador zacatecano Jorge Carmona; de testigo estuvo el matador El Conde, con toros de Mariano Ramírez. Tenía muchas ilusiones para esa corrida, pero el ganado no dio el juego apetecido y se vinieron para abajo las ilusiones.

Luis de Triana y el que esto escribe recordamos una corrida en la Feria de Juchipila, en enero de 1998, en donde alternó con Miguelito Espinoza y el torero venezolano Benítez; en esa tarde, las cuatro estaciones se manifestaron, hacía frío, estaba

nublado, llovía, salía el sol, nos secábamos, y vimos una buena corrida. Luis toreó de maravilla sus dos enemigos, pero estuvo pesado con la toledana y se le fueron los apéndices. Actualmente está en activo; su apoderado es el ingeniero Rafael de los Reyes y espera pronto hacer su confirmación como matador en la plaza más grande del mundo, la México, la Monumental de Insurgentes.

En cuanto a su familia, Luis se casó con Alejandra Santa-cruz Izquierdo y Dios les mandó una niñita que se llama Alexia Paulette; es el amor más grande de su vida y el encanto de los abuelos. Siempre que torea se encomienda al Cristo Negro de Triana y a la Virgen de Guadalupe. Luis Fernando Esparza tenía que ser torero, pues nuestra Triana merecía ser “barrio de Sevilla, por tu plazuela airosa y recoleta en que se juega al toro y al cometa y finge el rebozo la mantilla”.

Alfonso Ramírez Alonso, Calesero

“Rumor de gitanos viene por la claridad del sur: rumor de voces morenas con acento de laúd. Levantaron una iglesia donde el cielo es más azul, una fuente levantaron e igual que en suelo andaluz, suertes de huertas pusieron en toda esta latitud”. Así tenía el concepto de nuestro barrio de Triana el poeta don Jesús Reyes Ruiz. Tenemos que empezar con algo de poesía porque vamos a hablar de un torero que es un gran artista; quién puede olvidar una tarde de toros en la que el sol brilla más de lo usual, la gente en los tendidos siente la profunda emoción de la conjunción del arte, valor y colorido de la fiesta. Cuando ven que un príncipe del toreo clava los pies en la arena e instrumenta al toro una serie de verónicas, rematadas toreramente con una revolera, con un capote que parece que está almidonado, y que el torero está modelando para el escultor Peraza o posando para

Ruano; sí, señores, nos estamos acordando del Poeta del Toreo, don Alfonso Ramírez, Calesero.

Triana tenía que ser, calle de Colón, antes de La Cárcel, apenas pasando la antigua calle de Minerva, rumbo al sur, a mano izquierda, la casa en que nació Calesero, el día 11 de agosto de 1914. Don Justo Ramírez Sánchez, farmacéutico, y doña Rosita Alonso Parga fueron los padres, quienes, con el rostro iluminado de una mezcla de profundo amor y alegría, ofrecieron su vástago al santo Señor del Encino.

Fueron abuelos de Alfonso Ramírez Alonso, por parte de su madre, don Pedro Alonso y doña Rosa Parga, y por parte de su padre, doña María de Jesús Sánchez y don José María Ramírez Pérez, hermano del tercer señor cura del Encino, don Justo Ramírez Pérez; José María era todo un figurón dentro de la familia por sus puntadas jocosas en el transcurrir de la vida. Calesero tuvo cuatro hermanos más grandes que él, Jesús, Ernesto y Evangelina, y el más chico, Arnulfo, aunque también recuerda con cariño a Lupita, una niña a la que don Justo y doña Rosita abrieron las puertas de su hogar y a quien todos vieron como una hermana más.

Cuando Alfonso se acuerda de su infancia, entrecierra un poco sus ojos, suspira y dice: “Fue una infancia feliz, llena de amor a mis padres y hermanos, quienes fueron toda entrega; con cuánto cariño mis padres nos inculcaron principios morales y cristianos y nos hicieron personas de temor a Dios”. Cursó su primaria en las escuelas Benito Juárez, en la calle Ancha, y en la Federal Tipo, donde fue alumno de mi padre, profesor don Faustino Villalobos López. Los grandes amigos de su juventud fueron El Chino, Rodrigo del Valle, con quien alternó en su primera becerreada, y Arturo Muñoz, La Chicha.

Nos cuenta que el mal de montera lo trae desde que tuvo uso de razón, con la satisfacción de que su papá siempre lo apoyó en sus anhelos de ser torero, aunque le hizo ver los inconvenientes, pero Alfonso siguió firme en sus propósitos, aun

ante la adversidad. Fue novillero durante seis años y después de triunfar fuerte en México, ahí, el día 24 de diciembre de 1939, recibió su alternativa como matador de toros de manos de don Lorenzo Garza, y fue testigo David Liceaga. Años después, el día 30 de mayo de 1946, confirmó su alternativa en Madrid, España, en la Monumental, de manos de Pepe Luis Vázquez, y fungió como testigo Pepín Martín Vázquez, con toros de Sánchez Cobaleda. Sus triunfos en España lo llevaron a la Plaza de la Real Maestranza de Sevilla, en la que alternó con Gallito y el Yoni, con toros de Juan Belmonte, y el embrujo del capote del Calesa hizo que la gente pidiera música.

Regresó a México y toreó con lo más granado de la torería. Estando toreando en Orizaba con Manolete, el Monstruo de Córdoba, y con el maestro Armillita, estuvo tan bien Alfonso, que se dio la gran emocionada el director de la Banda Municipal y empezó a tocar el Himno Nacional; eso le costó terminar preso en la inspección de policía y el presidente municipal fue a gestionar su libertad; cuando lo logró, amonestó al director y le dijo: “No ande haciendo eso, no lo vuelva a hacer”, y él contestó: “Pues díglele a Calesero que no vuelva a torear igual”. Por cierto que Manolete, al ver torear al Calesa, le dijo a su apoderado Cámara: “Mira, de este torero es de quien me debo cuidar, porque mira cómo torea”.

Tarde triunfal de Alfonso fue la del 10 de enero de 1954 en la Monumental de Insurgentes, alternando con Chucho Córdoba y el maestro Fermín Espinosa, Armillita, con toros de don Jesús Cabrera; a su primer toro, segundo de la lidia, de nombre Campanillero, le hizo un faenón que electrizó a los tendidos y lo envió al destazadero sin las dos orejas, y a su segundo toro, quinto de la lidia, de nombre Jerezano, le hizo también magnífica faena; qué tal estaría, pues a pesar de que estuvo pesado con la toledana, lo hicieron dar dos vueltas al ruedo. Calesero se despidió de la afición capitalina el 24 de febrero de 1966, alternando con Capetillo y Raúl García, con toros de Valparaíso, y en ese

mismo año, también se despidió de la afición hidrocálida, encerrándose con seis toros en la Plaza San Marcos, recordándola todos como una corrida memorable.

Estampa amarga en su vida de torero lo fue el percance que sufrió en la Plaza de Toros El Progreso, en Guadalajara, en la que el toro Trianero, de Mimiahuan, le infirió seis cornadas y un puntazo; se pensó que no volvería a torear, pero Dios, los médicos y la fuerza de voluntad fueron grandes y a los quince días de la cornada múltiple estaba toreando en la Feria del Grullo, Jalisco. En cuanto a su apodo de Calesero nos dijo Alfonso que se lo puso don Vicente Lleixa, tesorero de la Compañía Goodrich Euskadi.

Don Alfonso Ramírez Alonso se casó con doña Alicia Ibarra Mora. Dios les dio ocho hijos, de los que viven siete; entre los varones, tres han tenido mal de montera. Este hogar es ejemplar y bajo la égida de sus padres han crecido en medio del cariño, respeto y temor a Dios.

Nuestro poeta del toreo ha tenido nexos muy fuertes con el santo Cristo de Triana. Calesero nació en plena época de la Revolución y el señor cura del Encino, don Isidro Navarro, le encomendó a don Justo Ramírez Sánchez, padre del Calesero, que custodiara al Cristo milagroso, y para tal fin se lo llevó a su casa; al estar el Señor del Encino en la sala de la casa, a menos de tres metros, en la siguiente recámara, dio a luz doña Rosita Alonso a un varoncito que fue nada menos que Alfonso Ramírez Alonso, Calesero. De ahí que el Calesa mandara bordar la imagen de nuestro santo patrón en sus capotes de luces; también su costumbre de darle gracias al santo Cristo de Triana después de una buena faena. Yo llegué a verlo, con su traje de luces tinto en sangre, arrodillarse ante el Señor del Encino.

Espérate, tío, te estoy viendo con los ojos de la imaginación: es 25 de abril, la Plaza de Toros San Marcos está a reventar, en el ruedo: un toro negro zaino de la ganadería de La Punta, toda una catedral con cuernos, se va hacia el jamelgo que monta

el Güero Mochilón, se hace la reunión y con la vara es bien prendido, un pullazo con todas las de la ley, recargando codiciosamente el punteño, tú a un lado, vestido principescamente de azul y oro, le gritas al toro que se desprende del picador, lo citas con tu capote de fantasía, se arranca el toro y viene de ahí una chicuelina ceñida, otra, otra y otra; los poemas del barrio del sur los estás recitando frente al toro con tu elegancia y majestad torera, y rematas con esa flor del toreo que es la revolera.

El día 8 de septiembre, domingo, del año 2002, Alfonso Ramírez Alonso, Calesero, hizo el paseíllo más importante de la vida, pues fue con la suprema autoridad, con nuestro Padre Dios. En paz descanse una de las glorias de Triana, de nuestro Aguascalientes.



El Calesero. Remate de una larga cordobesa, de Pancho Flores.

VII. LA PARROQUIA Y LOS SEÑORES CURAS

El templo del Encino

Pues bien, el barrio de Triana, en Aguascalientes, tiene un santo patrón que hace posible la unión de todos los conbarrianos, este santo patrón es el Señor del Encino y tiene como morada su templo en el mero corazón del barrio, en el Jardín del Encino, en su lado norte. Hablemos del templo.

La parroquia del Señor del Encino nace el 5 de junio de 1854, por lo tanto, en Aguascalientes, antes de esta fecha tan sólo había una sola parroquia, que era la de la Asunción, atendiendo sus señores curas las necesidades espirituales de todos los habitantes de lo que hoy es nuestro estado de Aguascalientes, naturalmente entre ellos las de nuestro barrio de Triana.

Corría el año de 1761 y era el señor cura párroco de la Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes el doctor don Mateo José de Arteaga, quien, viendo las necesidades de comunicación con Dios que tenían los habitantes del barrio de Triana, mandó erigir una capilla donde hoy está el templo. El terreno no se sabe cómo se adquirió, o bien, era del dominio público o por donación o compra, el caso es que este noble

señor cura, a su costa, mandó erigir una capilla al santo patrono del barrio, que en aquellos años fue el arcángel san Miguel.

Llegó a la parroquia de la Asunción el 7 de agosto de 1769 otro señor cura que sustituyó al doctor Mateo José de Arteaga, se trató del señor doctor don Vicente Antonio Flores Alatorre, quien, viendo que la capilla erigida a san Miguel ya no se ajustaba a las necesidades de los vecinos de Triana y que se necesitaba un templo amplio y bien construido, echó manos a la obra y en el mismo lugar en que se encontraba la capilla de san Miguel, el 12 de enero de 1773 se empezaron a hacer los cimientos del nuevo templo. En el transcurso de la construcción, creció la devoción al santo Señor del Encino por tanto milagro hecho a sus fieles; ya en 1779, Marcelo de Araiza dejó un legado para que, de sus rendimientos, se le oficiaran en la capilla del Señor del Encino misas por el eterno descanso de su alma. Total, lo que era de san Miguel pasó a ser del Señor del Encino.

Fueron los días 10 y 11 de marzo de 1796, fungía como señor cura de la Asunción don Miguel Martínez de los Ríos cuando se hizo la dedicación y bendición de nuestro templo al Señor del Encino, en medio de grandes festividades religiosas y profanas; es muy probable que el señor cura don Miguel Martínez de los Ríos haya mandado pintar a los artistas mexicanos Andrés López y su hermano el maravilloso y monumental vía crucis que adorna el templo y del cual nos ufanamos. Los anteriores datos pertenecen a estudios que hizo mi inolvidable maestro de historia, quien fuera cronista de la ciudad, don Alejandro Topete del Valle.

Ahora bien, entremos al templo: en la parte sur del atrio, hacia el jardín y frente a la puerta del templo, está un arco de cantera rosa que se me antoja de arquitectura tipo mudejar por sus figuras grabadas; este arco tiene en la parte superior unas salientes sostenidas por dos conjuntos que, al ser una sola columna, aparenta que son tres; columnas de tipo arquitectónico corintio porque en sus remates tiene hojas; en medio de las

columnas está el arco de entrada al atrio, a los lados de las columnas observamos en el arco una especie de contrafuertes y en cada uno hay labrados dos rosetones que nos recuerdan la flor de dalia. El atrio, en su perímetro, tiene adornos de cantera como copas, y en las esquinas sureste y suroeste; columnas que parecen minaretes.

En cuanto a la fachada principal del templo, que ve al sur, la podemos clasificar como barroca, pues está muy adornada, pero no tiene adorno sobre adorno para considerarla churrigueresca. La fachada principal de cantera rosa, por medio de cuatro series de columnas, está dividida en tres partes: las columnas de los extremos tienen las características propias de la arquitectura corintia por sus remates de hojas de acanto y, siendo una sola columna, aparenta ser conjunto de varias de ellas; para armonizar la fachada, las columnas de arriba abajo se dividen en dos secciones con todos sus elementos. Las columnas interiores siguen la misma distribución de los exteriores y son estípites, triangulares alargados, y en su parte media tienen un medallón con motivos religiosos. Entre columna y columna hay, de cada lado, dos nichos, y los cuatro dan cabida a los cuatro evangelistas.

Por lo que respecta a la parte central, se encuentra la puerta principal con una escalera de cuatro escalones que dan acceso al templo, puerta de mezquite dividida en su parte inferior en dos y la parte superior luce la madera de mezquite adornada con clavos tipo calamón. Continúa la obra de cantera arriba de la puerta con un medallón que tiene labrada una Dolorosa y sigue una gran ventana oval enmarcada con magnífica obra de cantera; esta ventana, con emplomados, da luz al coro y al templo. Arriba del ventanal preside toda la fachada un Cristo tallado en cantera, rematando toda la fachada con un semicírculo.



La parroquia.

En cuanto a la torre, se ubica al lado poniente de la fachada del templo; de abajo hacia arriba tiene una pared de cantera con dos tragaluces, luego sigue la base de la torre con lozas de cantera que figuran piedras cuatrapeadas; en esta base está el reloj y luego sigue la torre con tres cuerpos separados por cornisas semioblongas y en cada una de las caras del cuerpo hay balcones con barandales; las esquinas de las partes integrantes de la torre tienen conjuntos de columnas que forman una sola, con características de distintos órdenes arquitectónicos; en el pri-

mer cuerpo son de tipo dórico o toscano, son columnas severas; el segundo son columnas jónicas, con sus remates en espiral, y las del tercero son corintias, con sus remates con hojas de acanto, terminando la torre con su linternilla y una cruz.

En la parte superior del ábside del templo está construida una cúpula, el tambor donde se asienta es octagonal y en cada lado hay en su pared un gran ventanal con marco de cantera y emplomado. Sobre esta base se construyó una cúpula de medio punto y sobre ella su linternilla con su cruz; esta cúpula está toda cubierta de mosaicos de colores blanco y azul, lo que recuerda el estilo talaveresco.

En la pared oriente del templo está una primorosa gran puerta, con los adornos del dintel de cantera, de estilo barroco; la puerta es de mezquite con clavos tipo calamón y este conjunto hace esquina con el museo J. Guadalupe Posada (antes casa del curato) y forman una rinconada rica en belleza, propia para escenificar entremeses cervantinos.

Después de haber descrito por fuera el templo, entremos al sanctasanctórum de los trianeros aguascalentenses, la residencia del santo Señor del Encino. ¡Qué esplendor de casa de nuestro patrón! Su planta en forma de cruz, el Señor del Encino presidiendo el recinto, éste en un adoratorio sobre el altar, el cual lo componen columnas rematadas con una cúpula, que recuerda la arquitectura hindú. Ahí está nuestro patrón recibiendo las plegarias de sus hijos, ¡cuántas solicitudes de consuelo!, ¡cuántas de iluminación o de consejo!, ¡cuántas de agradecimiento! Ahí está el Señor del Encino que nos oye, nos consuela, nos aconseja. La nave tiene piso de madera de mezquite, la cual ya pasa de los cien años y la han sabido conservar los señores curas, dándole mantenimiento, puliéndola y barnizándola.

El máximo adorno del templo es el vía crucis monumental que fue pintado por Andrés López y su hermano, en la Ciudad de México, en los últimos años de la época colonial; este vía crucis cubre los muros del templo, con excepción de una es-

tación que de inmediato se nota que no es del mismo pincel; lamentablemente no se sabe dónde está el cuadro que falta, pintado por los López. Los cuadros están enmarcados en estuco dorado con hoja de oro y en la base de cada uno tienen una concha con números romanos indicando de qué estación se trata; entre sí están separados por columnas que por su severidad se antojan herrerianas. Se hace notar que al ser pintados los cuadros del vía crucis en la capital del Virreinato, Ciudad de México, tuvieron que llegar a la Villa de Nuestra Señora de la Asunción en carromatos o a lomo de mula.

El señor cura del Encino, don Salvador Jiménez Díaz, consiguió que el gobierno federal enviara a un equipo de restauradores a tratar los cuadros del vía crucis. ¡Oh, maravilla! Fueron restaurados en tal forma que los respetaron en sus tonos y da la impresión que están recién pintados por los hermanos López. Dejo a los críticos de arte un análisis acucioso de todos y cada uno de los cuadros para enriquecer nuestro conocimiento sobre ellos; sé que ya hay un trabajo al respecto hecho por el erudito doctor don Alfonso Pérez Romo.

En cuanto a la pared norte del templo, digámosle retablo, que está detrás del altar, tiene un gran arco de estuco, con adornos barrocos, lo mismo que los adornos de las bóvedas del cañón del templo; todos estos adornos están sobre dorados con hoja de oro y, en su afán de pulcritud, el señor cura Juan Antonio González Salce, a gran costo, está remozando este sagrado recinto y están luciendo en todo su esplendor los adornos sobredorados. Todo el templo tiene un guardapolvo de mosaicos tipo talavera, reminiscencia de guardapolvos andaluces.

Templo del Señor del Encino, casa de nuestro patrón, ahí estás, Cristo mío, tu brazo izquierdo fuera de la cruz; Cristo lleno de leyendas que hace que mi mente te acompañe en el Calvario de Jerusalén; tu vía crucis, orgullo de todos los aguascalentenses, nos hace caminar a tu lado en tu pasión dolorosa voluntariamente aceptada.



La torre de Triana.

Inicios de la Parroquia del Señor del Encino

A mediados del siglo XIX se erigió la parroquia del Señor del Encino en Aguascalientes; en aquellos años sólo existía la parroquia de la Asunción, pero, debido al crecimiento de la población, el gobierno eclesiástico con sede en la ciudad de Guadalajara vio conveniente crear otra parroquia y fue la del Señor del Encino; fueron sus primeros señores curas don Abundio Fernández Narváez y don Agustín Gómez.

Preocupado por tener noticias de ellos, encomendé a mi hermano, el doctor Jesús Villalobos Ramírez, quien vive en Guadalajara, acudiera a la oficina donde están los archivos de la arquidiócesis de Guadalajara y se pusiera a indagar sobre estos primeros señores curas, con la esperanza de que se tuviera un expediente de cada uno de ellos donde estuvieran sus datos biográficos. En las primeras instancias le dijeron que no había documento alguno, pero se dio cuenta un sacerdote funcionario del archivo y le dijo: “Déjeme ver qué es lo que tenemos”. Efectivamente, no hubo ningún documento en especial, pero consiguió la copia de diez documentos con interés muy grande para conocer las vicisitudes con que empezó su vida la parroquia del Encino. La copia de estos documentos viene en dieciocho fojas y nos va a servir de mucho para comprender la situación de nuestra parroquia del Encino en sus primeros tiempos, por lo tanto, vamos a estructurar el presente trabajo con base en dichos documentos.

En primer lugar, lo que sirvió de límite en las parroquias para determinar su jurisdicción fue el arroyo que atravesaba la población. Ahí se desfogaba el manantial de Ojocaliente; posteriormente sirvió como un caño de aguas negras, hoy día es la avenida López Mateos. De ese arroyo hacia el sur sería la parroquia del Señor del Encino, de ese arroyo hacia el norte, la parroquia de la Asunción.

El día 5 de julio del año de 1854, el señor cura don Trinidad Romo (supongo fue señor cura de la parroquia de la Asunción) recibió el auto en que se decretaba la creación de la Parroquia del Señor del Encino por las autoridades eclesiásticas de Guadalajara. El señor cura Romo, al siguiente domingo, leyó desde el púlpito y en las misas el auto recibido de las autoridades eclesiásticas y cumplió con este auto de erección de la parroquia del Encino; conforme al mismo, le hizo entrega al señor presbítero don Abundio Fernández Narváez, que fue el primer señor cura de la parroquia del Encino, mediante un inventario de los bienes de la parroquia. Es curioso ver que, junto con el inventario de lo que existía en el templo del Encino, se anexó el de la capilla del Señor de la Salud. Veamos algunas cosas que hace mención el inventario y que tienen gran importancia, ya que podremos tener una estampa de cómo era la Parroquia del Señor del Encino cuando se inició como tal.

En el inventario nos dicen que al fondo del templo había un retablo de madera que ocupaba la altura de la iglesia, su color era azufrado con cuatro columnas; en el centro, el trono del Señor, de dos o tres varas de alto y una y media de ancho, con vidrios al frente y a los lados; en la extremidad superior del retablo, un óvalo grande, con un lienzo y la pintura del Padre Eterno con su ráfaga dorada; en la parte inferior del retablo, un sagrario con su puerta de cortina de tela y galón blanco; en la orilla, a la derecha del trono principal, el de nuestra Señora de los Dolores, de dos o tres varas de alto y una y media de ancho con vidrios al frente, dos de ellos quebrados y los laterales buenos; del lado izquierdo, también otro trono con san Juan, sin vidrios, de igual altura. Se contaba ahí en aquel altar con cuatro blandones (así les llamaban a los candelabros) de madera y dos pedestales para poner adornos; tres sillas grandes forradas en terciopelo carmesí, con galones amarillos; toda la parte del presbiterio la separaba del resto del templo con un barandal de

fierro; el altar era una mesa con su frontal de madera, de cuatro por una vara la cubierta, y cinco cuartas de vara de alto.

En los costados de la iglesia había dos altares, en el de la derecha estaba el sagrario con el depósito con una cupulita, arriba, todo sobredorado; el sagrario estaba colocado sobre una columna de piedra que tenía tres varas de largo por tres cuartos de vara de ancho y cinco de alto, era como un altar. El altar del cuerpo de la iglesia que estaba a la izquierda estaba dedicado al señor san José. Una parte muy interesante de dicho inventario nos dice que el cañón de la iglesia estaba adornado con quince cuadros en lienzo de más de siete varas de alto por cinco de ancho, de pincel mexicano, que representaban la pasión de Jesucristo, con marcos de madera jaspeada. En este caso, el inventario se refiere al vía crucis del Encino pintado a fines de la Colonia por los hermanos López.

En el inventario también se hace referencia a que había un púlpito, el baptisterio, la sacristía; en cuanto a cera, tenían tres y media arrobas y contaban con la estufa del Santísimo, la cual no era otra cosa sino un carruaje donde llevaban al Santísimo del templo a la casa de los moribundos para suministrarles el viático. También se habla de terrenos y capitales y dice que hay una casa contigua, la casa del curato, hoy día Museo Guadalupe Posada, con cuatro piezas, no muy servibles, tres de ellas destechadas y sin puertas; por lo tanto, la casa curato estaba en situaciones lamentables. Se contaba con un terreno ubicado en la jabonera de don José Francisco Chávez, de cuarenta y nueve por ciento un varas, así como otro terreno, compuesto de seis o siete solares, que daba una renta anual, cada una de veinte reales.

Había cien pesos que donó don Juan José Macías, fincados en el portal conocido con el nombre de los Cinco Señores, lo que nos da a entender que tenían dinero prestado a rédito con garantía hipotecaria. También se habla de un capital de tres mil pesos que se había prestado a la Hacienda de Peñuelas, cuyos

pagos de sus réditos eran muy puntuales y empleados en las fiestas del Señor del Encino.

En cuanto a imágenes de bulto, este inventario nos dice que estaba el Señor del Encino con sus potencias de oro, o sea, esa corona de rayos que tiene en la cabeza; otra escultura del Señor del Encino es la peregrina, la que salía de un lugar a otro; otra de nuestra Señora de los Dolores, de san José y el Niño; una más que llamó mucho mi atención fue la de Nuestra Señora de Triana, con la parte superior del cuerpo de marfil, sin cabellera, con un vestido viejo de seda. Dos Cristos iguales al Señor del Encino, pero pequeños, con potencias de plata, y dos crucifijos de metal. En cuanto a pinturas, se contaba con trece cuadros de pincel de lienzos chicos y grandes y dos más que están en la columna de la iglesia.

De objetos de plata, refiere una lámpara de dos arrobas y ocho libras, algo así como veintiséis kilos, doscientos gramos; dos candelabros chicos; un incensario con naveta y cucharilla, también de plata; otro igual de lámina, habilitado con dos coronas chicas; dos platillos de vinajeras con dos casquillos; tres alborantes grandes; una campanilla dorada; una vara del señor san José, también de plata, y una custodia con rayos; igualmente habla de cosas de la parroquia, como veinte fanegas de maíz, cuatro de frijol y varias llaves y cajas.

Referente a documentos que amparaban la propiedad de bienes inmuebles y mutuos con garantía hipotecaria, informa que sólo tenían el de una donación que hizo don Juan José Macías, por la cantidad de cien pesos, moneda nacional, mismos con los que se había hecho un mutuo con garantía hipotecaria sobre el portal de los Cinco Señores. También se habla de un terreno que fue de don Francisco Chávez, adquirido por medio de una adjudicación a favor de la parroquia por la cantidad de mil pesos, moneda nacional. Otro terreno era de seis o siete solares, ubicado a la orilla de la cañada, donado por don Rugerio Ruiz Esparza. De estas dos propiedades no se tenía ningún documento;

por lo que respecta al segundo, el señor cura se entrevistó con el síndico de la sucesión de don Rugerio Ruiz Esparza, que fue el licenciado Luis Gonzaga López, y le dijo que no se preocupara, que en dos o tres días tendría las escrituras registradas.

Hace también referencia a un capital donado por don Nabor Pedroza, por la cantidad de tres mil pesos, moneda nacional, mismos que estaban conectados con un juicio sucesorio y no tenían comprobantes; probablemente este capital es el que prestaron a la Hacienda de Peñuelas. El anterior inventario fue firmado por los señores curas don Trinidad Romo y don Abundio Fernández Narváez, es decir, por quien entregaba y por quien recibía, con fecha del 20 de julio de 1854.

Dentro de los documentos que me enviaron del archivo del arzobispado de Guadalajara, existe una comunicación de fecha 31 de julio de 1854, suscrita por las autoridades eclesiásticas de Guadalajara y dirigida al señor cura del Encino, en la que le llaman la atención sobre dicho inventario, en el sentido de que no se hacen bastantes explicaciones para obtener suficientes conocimientos respecto a los terrenos; que no dice cuál es el origen de los mismos; le preguntan si hay documentos que aseguren la propiedad de ellos; respecto a los capitales que manifiestan, tampoco se establece si hay documentos en los que se garantizan, como el de los cien pesos, que están sobre el portal de los Cinco Señores. Sobre el capital de tres mil pesos que donó don Nabor Pedroza, dice que realmente no se establece cuál es el documento que lo ampara, sino que se habla de un juicio sucesorio; en cuanto a la casa cural, dicen que está destrozada y es necesarísimo que se reconstruya para mismo beneficio del curato. De esta manera, mandan pedir explicaciones sobre lo que el inventario dice. Hay que tomar en cuenta que en esta época que estamos comentando, de aquí a Guadalajara se hacían cuatro días de camino, por lo tanto, se mandó el inventario y en cuanto llegó contestaron para pedir las explicaciones.

El día 23 de agosto de 1854, el señor cura don Abundio Fernández Narváez envió a la mitra de Guadalajara la explicación sobre lo que le preguntaban de dicho inventario, y empezó diciéndolo siguiente:

Excelentísimo e Ilustrísimo Señor, con fecha treinta y uno de julio recibí una comunicación en que se me pide una noticia circunstanciada de las fincas y capitales pertenecientes a este santuario, de su origen y documentos que aseguren la propiedad de esta iglesia, comentando que respecto a escrituras lo único que he encontrado es la de don Juan José Macías en que donó un capital de cien pesos y que está prestado sobre el portal, cuyo rédito está al corriente y es en beneficio los réditos de la Sagrada Imagen.

Comenta que respecto al terreno de don José Francisco Chávez, su origen era una adjudicación, en virtud de que dicho señor debía mil pesos a la parroquia; entonces, el señor cura acudió con el señor Pablo N. Chávez, que fue albacea de don Francisco, y le comunicó que no estaba al tanto de dicho documento, ya que él ofreció todos los bienes de la sucesión de don José Francisco Chávez para un concurso fincado sobre la sucesión y que, a través de ese concurso, fue como se aplicó ese terreno al Señor del Encino; le comunicaron a don Abundio Fernández Narváez que ese terreno, de seis o siete solares situados a la orilla de la cañada, está al corriente en cuanto a los réditos que sirvieron de los centavos que prestaron por esos terrenos y que estos intereses se gastaban en la fiesta del Señor del Encino.

En la misma sucesión involucraban la sucesión hecha por don Rugerio Ruiz Esparza, por lo que el señor cura, don Abundio Fernández Narváez, acudió con el síndico del concurso, licenciado don Luis Gonzaga López, quien le dijo que en un término de dos o tres días tendría las escrituras registradas; nunca hubo tales escrituras. En cuanto al capital que donó don Nabor

Pedroza, también se encontraba con algunos enredos judiciales y no había documentación que acreditara esta donación.

En la misma comunicación, don Abundio Fernández Narváez le hizo saber al arzobispo que tenía penurias económicas muy grandes, que no sabía cómo cubrir los gastos originados por la parroquia, como el pago al sacristán, a los monaguillos, al campanero, al cantor, al organista, al cochero para la estufa; en fin, manifestaba muchas necesidades y terminaba hablando sobre la obra que había hecho el señor cura Romo: un pie de altar de piedra con su respectivo gradín y trono para las exposiciones del Santísimo, que estaba muy deteriorado, por lo que pedía autorización de solicitar ayuda a la feligresía para reestructurarlo. Ésta fue la última actuación que tuvimos de don Abundio Fernández Narváez; aparece firmada esta comunicación por él.

El señor cura Abundio Fernández Narváez, quien fuera primer señor cura de la parroquia del Encino, la recibió en el mes de junio del año 1854; cuando esto sucedió, don Abundio tenía treinta y ocho años de edad y da la impresión de que se sentía muy enfermo; seguramente pidió a la superioridad que lo relevaran de su cargo y la autoridad eclesiástica aceptó la petición, pues nombró como nuevo señor cura a don Agustín Gómez.

Hurgando los libros de actas de entierro de la Parroquia del Encino me encontré la de don Abundio Fernández, de la que se deduce falleció en esta ciudad de Aguascalientes el día 10 de enero de 1875, la causa de su muerte fue hidropesía; su última morada la tuvo en la calle del Obrador, habiendo muerto a las cinco y media de la tarde. En la misma acta se establece que sus padres fueron don Pedro Fernández y doña Petra Narváez; su edad al morir fue de cincuenta y nueve años.

Don Agustín Gómez tomó posesión de la Parroquia del Señor del Encino en su carácter de señor cura el día 5 de marzo de 1855. Comunicó a la mitra de Guadalajara, el día 26 de marzo de 1855, que había tomado posesión de la Parroquia del Señor del Encino en virtud de las órdenes dadas por esa

autoridad. Dijo también que don Abundio Fernández Narváez tenía expedito el uso de su licencia y que seguiría como ministro de la parroquia, pero que estaba muy enfermo, por lo que don Agustín Gómez pidió que lo mandaran para que ayudara al presbítero don Francisco García, quien estaba en la parroquia de Cuquío. Se disculpaba por la tardanza de comunicar la toma de posesión de la parroquia, pues por esos días estaban en plena cuaresma y por eso lo hacía hasta el día 26 de marzo.

Era costumbre de los señores curas, cuando tomaban posesión de una parroquia, informar a la superioridad la situación que la misma guardaba en ese momento. Don Agustín Gómez informó el día 19 de mayo de 1855 la situación en que se encontraba la parroquia del Encino cuando él la recibió, y en ese informe le decía a la superior autoridad que en cuanto al inventario, era exactamente igual al que obraba en el poder de ellos. Pero hacía unas observaciones en esta información, por ejemplo, nos mencionaba que el enjarre o blanqueado de la parroquia era muy antiguo, por lo tanto, necesitaba reparación; explicaba que casi todos los vidrios estaban rotos, que los pájaros pasaban por los ventanales, anidaban dentro del templo y pasaban en plena libertad, como si estuvieran en un bosque desierto, por lo que la presencia de ellos hacía que la parroquia se ensuciara con sus nidos y excremento. En cuanto a los ornamentos, mencionaba que faltaban de muchos colores para oficios de Semana Santa, lo mismo para entierros aún de mediana pompa; no había ánforas para los óleos ni para el sagrado depósito, y los que aparecían en el inventario eran unos vasitos de cristal; que la pila bautismal no estaba como lo preveía el rito de la Iglesia; en cuanto al culto, explicaba que se sostenía con el fondo de fábrica y las limosnas cortas que daban los fieles, y que había quien opinaba que a la parroquia debía de sostenerla la Iglesia con las limosnas y derechos que cobraba por entierros y otros servicios. Se quejaba de la falta de ministros para que le ayudaran; se refería al anterior señor cura, don Abundio Fernández Narváez, que esta-

ba muy enfermo, y a don José María González, quien atendía la Hacienda de Peñuelas, como aquellos que le pagaban cuarenta pesos mensuales. Indicaba también que vivía en el curato el presbítero don Mariano Díaz, el cual estaba jubilado, por esto no se podía contar con él ni en los días santos, por ende, no conseguía que lo acompañaran a los oficios, aun ofreciéndoles gratificación. Cuando se refería a la casa del curato, expresaba que era una lástima, que estaba en ruinas, y para repararla le habían dicho que costaría como unos dos mil pesos, pero él no podría sufragar los gastos. Por lo que a él respectaba, vivía en una casa distante de la parroquia y le cobraban doce pesos mensuales de renta, que no había podido encontrar otra más cerca para ayudar en una forma más efectiva a la feligresía.

En cuanto a capitales y fincas de la parroquia, afirmaba que había un capital de tres mil pesos fincado en Peñuelas; se refería a un mutuo con interés y garantía hipotecaria, cuyos réditos estaban al corriente; decía que las escrituras estaban en la secretaría del Supremo Gobierno Eclesiástico y que fue este capital creado con la finalidad de oficiar una misa cada día trece del mes en honor del Señor del Encino. Hablaba de cien pesos que estaban fincados en la esquina de los Cinco Señores y que los réditos proporcionados estaban dedicados a costear la función anual del Señor del Encino, el día 13 de noviembre.

También mencionaba un solar, conocido como la Jabonera, que fue de don Francisco Chávez, pero actualmente nada producía ni podía producir, pues en sus terrenos había escombros y unos cimientos, le faltaba casi toda la pared de enfrente a la calle y se necesitaban fondos para repararla y evitar los desórdenes que pudiera haber en dicho terreno. Señalaba un terreno que, se decía, tenía una hipoteca, estaba en la Cañada, en el inventario lo nombraban de seis o siete solares, conocidos por “del Señor del Encino”, pero no serían ni tres solares que producían dieciséis fanegas, producto que se aplicaba también a la fiesta anual del Señor del Encino; de ese terreno y del an-

terior no había títulos de propiedad, tan sólo la parroquia tenía la posesión. Terminaba su informe quejándose de la pobreza de la parroquia y explicaba que al año entraban tres mil pesos por limosnas y derechos que cobraban por servicios parroquiales, que, sin embargo, tenían que pagar al notario, al sacristán, al campanero, a los monaguillos, la renta de la casa donde él vivía, al cantor, al organista; en fin, los gastos propios de la parroquia. También, que la parroquia contaba con un coche destinado para llevar el viático, o sea, el Santísimo Sacramento, a los moribundos; dicho carruaje no tenía tronco de mulas para arrastrarlo, aunque había quien las prestaba cuando era necesario, pero cuando no podían conseguir prestados los animales para jalarlo, él tenía que alquilar troncos de mulas para tal fin.

Alguien había comunicado a las autoridades eclesiásticas de Guadalajara que en la parroquia del Señor del Encino se contaba con bastante material de construcción, del cual se había hecho acopio para reconstruir la casa del curato, y el día 14 de julio de 1855, don Agustín Gómez envió un comunicado a la superioridad en el mismo donde decía que actualmente no había ni ha habido ni un grano de arena destinado para la casa cural.

Con fecha de 25 de enero de 1860, el señor cura Agustín Gómez envió a la mitra de Guadalajara un escrito en el que, sin manifestarlo abiertamente, se veía que tenía dificultades con el señor cura de la parroquia de la Asunción. En dicho escrito establecía que en la ciudad de Aguascalientes había dos parroquias, la de la Asunción y la del Encino, y que, por la ignorancia de la gente, pensaban que un señor cura debía de estar sujeto al otro, lo que iba en detrimento de la autoridad de la Iglesia. Profundizaba en que esto hacía que la gente le pidiera a un párroco lo que realmente le correspondía a otro, al otro ministro de la otra parroquia, y esto podía causar grandes inconvenientes y situaciones verdaderamente embarazosas en el desempeño del ministerio parroquial. Señalaba que él naturalmente lo que pretendía era evitar problemas y

hacer más notorios los derechos de la parroquia del Señor del Encino. Por lo tanto, le pedía a la sagrada mitra que le contestaran las siguientes preguntas o problemas:

Primera: si en Aguascalientes había dos señores curas, ¿podía cada uno decirse que era el señor cura de Aguascalientes, o bien, cada quien debía decir: “Soy señor cura de la Asunción”, y el otro decir: “Soy señor cura de la parroquia del Señor del Encino”?

Segunda: en el auto de erección de la parroquia del Encino se decía que en Aguascalientes no había más de dos camposantos y ambos quedaban en la demarcación del Encino, se concedía que el de San Marcos sirviera a ambas parroquias, mientras que la parroquia de la Asunción hiciera uno nuevo, que sería cuanto antes, teniendo ya, como es notorio, en corriente o en uso del camposanto de Guadalupe, entonces: ¿la parroquia de la Asunción tenía derecho aún para seguir en el uso provisional que se le concedió en el campo santo de San Marcos, ubicado en la demarcación del Encino?

Tercera: mientras el campo santo de San Marcos sirviera a las dos parroquias de Aguascalientes, a la del Encino, como propietaria, y a la de la Asunción, porque no tenía otro, ¿a cuál de las dos parroquias correspondía y tocaba la obligación de cuidar de él, guardar la llave y todo lo relacionado con la administración económica de tal lugar?

Cuarta: ¿los transeúntes que fallecían en Aguascalientes habían debido y debían sepultarse en la parroquia donde morían?, ¿antes de fallecer podían elegir el panteón que querían o hacerlo los deudos de ellos, independientemente de la parroquia donde hubieran fallecido?

Quinta: los clérigos, que al haber sido ministros de la parroquia de la Asunción o estuvieran adscritos a ella, vivieran y tuvieran su asiento de casa en la parroquia del Encino, en su fallecimiento, ¿dónde debían sepultarse? Lo mismo se entendía si eran ministros del Encino o vivían en la parroquia de la Asunción.

Sexta y última: ¿alguno de los dos párrocos de Aguascalientes tenía algún derecho o estaba autorizado para oír quejas o reclamaciones que los fieles le hicieran del otro?

Por último, de don Agustín Gómez, tenemos una comunicación que le dirigió a la mitra de Guadalajara, con fecha 29 de abril de 1860, con la queja de que el señor cura de la Asunción no publicó en los tableros de la parroquia el edicto de fecha 28 de febrero de dicho año, y pedía que se le dijera a este señor cura que cumpliera con lo dispuesto por la mitra de Guadalajara. Me da la impresión que este edicto que envió la mitra de Guadalajara fue la contestación a los seis puntos problemáticos que don Agustín Gómez externó.

De lo anterior, concluimos que don Agustín Gómez fue un hombre de armas tomar; defendía sus derechos de señor cura; que recibió la parroquia en situaciones económicas muy difíciles; en fin, estuvo batallando en su primer periodo en la parroquia porque los ocho meses que duró don Abundio Fernández Narváez no se ha de haber hecho absolutamente nada, máxime si estaba achacoso.

Por lo que respecta al tercer señor cura, fue mi tío bisabuelo; yo me di cuenta, por tradición familiar, que él tuvo otra etapa mucho muy distinta, en la que reparó el edificio de la parroquia y de la casa cural, puso el piso de duela de mezquite que actualmente tiene, y la proveyó de reloj, de órgano, en fin, hizo muchas obras. Eso es señal de que ya en la administración de la parroquia en su época no le tocaron las penurias que sufrieron los dos primeros curas.

Señor cura don Justo Ramírez Pérez



Don Justo Ramírez Pérez.

El señor cura Justo Ramírez Pérez nació en la vecina población de San Juan de los Lagos el día 19 de julio de 1828, fueron sus padres los señores don Juan Nepomuceno Ramírez y doña Cayetana Pérez; sus abuelos paternos, don Gregorio Ramírez y doña María Dolores Guzmán; y maternos, don José Guadalupe Pérez y doña María Gómez. Al abrigo de la Virgen de San Juan y de la muy católica familia Ramírez, este niño creció en un ambiente de cariño, de respeto a Dios y a la religión. Después de hacer sus estudios primarios, le nació la vocación de ser sacerdote y soldado de Cristo; al terminar sus estudios en su tierra natal, se trasladó al Seminario Conciliar de Guadalajara para hacer es-

tudios sacerdotales y, después de que cursó su seminario con éxito, el día 8 de julio de 1854 recibió las sagradas órdenes. Sus superiores lo nombraron director y administrador del Colegio Clerical de aquella ciudad, cuyo cargo desempeñó a satisfacción; por tradición familiar, sé que también sirvió como señor cura en la parroquia de San Juan de Dios, en la capital tapatía.

El señor obispo de Guadalajara envió al sacerdote Justo Ramírez Pérez a lo que fue la Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes para que fuera señor cura de la parroquia del Encino, del barrio de Triana, y llegó el día 8 de julio de 1864, primero en calidad de interino y, en virtud de su responsabilidad extraordinaria, para atender a la feligresía, por su celo en el desempeño de sus labores, lo nombraron señor cura propio y tomó posesión del cargo el día 4 de enero de 1867, el cual desempeñó dignamente hasta el 2 de febrero de 1885, en que pasó a mejor vida.

El señor cura Justo Ramírez Pérez fue el segundo cura párroco propio de la parroquia del Encino, pues a partir de la fundación de ésta, en 1854, el primer señor cura con cargo de interino fue don Abundio Fernández; luego, como primer señor cura propio, don Agustín Gómez, y como segundo señor cura propio, nuestro biografiado.

Don Justo Ramírez Pérez fue una persona amante de la cultura y de su patrimonio, fundó y sostuvo un colegio superior que se llamó San Luis Gonzaga, el cual inició labores educativas el día 4 de enero de 1869. De este colegio salieron veintidós alumnos que llegaron a ordenarse como sacerdotes; también hubo varios abogados y médicos que hicieron sus estudios ahí. Alguna vez escuché de voz de don Rosalío Esparza, ya en su ancianidad, que él se dio cuenta cómo le dolía profundamente al señor cura don Justo Ramírez Pérez, en su última enfermedad, pensar que el colegio desaparecería. ¡Cuánto amor tuvo por la cultura! Por eso lo podemos catalogar como pedagogo, lo mismo que como gran trabajador social, ya que su labor no la redujo

única y exclusivamente a su función como sacerdote, sino que se prodigó a sus semejantes, siempre estuvo al pendiente de la buena marcha de las familias del barrio y presente en sus momentos de angustia, así como en los momentos de alegría, porque para aquella gente no había alegría completa si no estaba su párroco en la fiesta.

Don Justo Ramírez Pérez metía en cintura a la gente del barrio, y cuando sabía que iba a haber una de aquellas reuniones de los matones que se juntaban en la Tienda del Toro, allá por el barrio de la Salud, en la calle Acueducto, se presentaba el señor cura de Triana y con el valor que la fe en Cristo le dio, los desarmaba y los mandaba a su casa, cuidando de la paz y la tranquilidad de la comunidad; regresaba a la parroquia con un verdadero arsenal. Fue tan determinante la actuación del señor cura dentro del barrio de Triana que, en un tono un tanto festivo, el señor gobernador de Aguascalientes, Francisco Hornedo, decía: “en Aguascalientes habemos dos gobernadores, Justo, desde el arroyo hacia el sur y yo del arroyo hacia el norte”; el arroyo no era más que la actual avenida Adolfo López Mateos.

Fue una persona que se preocupó por hermosear el templo del Señor del Encino; gestionó el dorado de los altares; el arreglo del atrio, la adquisición de un reloj público que compró en la vecina población de Teocaltiche, donde los fabricaban; en su tiempo se colocó el piso de duela del templo, se arregló el cancel y compró un órgano.

Fue un hombre verdaderamente culto y un humanista en toda la extensión de la palabra; le tocó estar en el ejercicio de su ministerio cuando México sufrió la segunda intervención francesa, cuando fue el imperio de Maximiliano y los liberales fueron perseguidos. Cuenta la historia de Aguascalientes que el gobierno conservador aprehendió a tres liberales hidrocálidos, don Diego Ortigoza, don Jesús López y don Jesús Hernández, estuvieron a punto de fusilarlos y gracias a la intervención del señor cura Justo Ramírez Pérez, en compañía de don Guiller-

mo R. Brand, don Antonio Salas y otras personas más, se evitó que aquellos tres hombres fueran fusilados; primero suplicaron indulto para ellos, no les hizo caso el gobernador y entonces organizaron a las damas principales de Aguascalientes para que, vestidas de luto, fueran a llorarle al comandante francés en funciones de gobernador y concediera el indulto a esta gente; este funcionario suspendió momentáneamente el fusilamiento, otorgando a estas damas el término perentorio de tres días para conseguir el indulto con las autoridades de la Ciudad de México. Lo que hizo fue enviar a matabalho a un joven apellidado López para que se trasladara a la ciudad de León, Guanajuato, en aquellos tiempos muy lejos, y ahí, por medio de telégrafo, arreglara el indulto, cosa que logró y unas horas antes de la ejecución llegó a Aguascalientes salvando la vida de estos tres liberales, gracias a la actuación de todos y al ingenio del señor cura Justo Ramírez Pérez.

Cuenta la leyenda que dos horas antes del fusilamiento entró una dama vestida de negro, sin dejar ver su rostro, entró a la celda donde estaban los encapillados y les dijo: “el indulto se les va a conceder, no teman por sus vidas”, y así como llegó de imprevisto, desapareció; los encapillados creyeron que era la Virgen María. Tanto don Agustín R. González como don Jesús Bernal Sánchez, en sus historias de Aguascalientes, narran este pasaje. Así fue de gran humanista el señor cura de Triana, no le importó que aquellas personas fueran exponentes de ideas contrarias a las de él; lo que le importó fue que se iban a quedar tres familias en la orfandad, él hizo a un lado la cuestión ideológica y entonces se dedicó a salvar la vida de aquellos tres liberales.

Por último, al referirme al señor cura Justo Ramírez Pérez, lo hago con un amor profundo, porque él, indirectamente, fue fundador de mi casa, y digo indirectamente, ya que su presencia en Aguascalientes hizo que sus hermanos se vinieran a vivir a esta ciudad, entre ellos, mi bisabuelo, don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez, así como José María Ramírez Pérez, del cual viene la

rama de los Ramírez Alonso. José María Ramírez fue abuelo de Calesero, padre del boticario don Justo Ramírez y de Chole, abuela del doctor Humberto Ruvalcaba.

Don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez fue fundador de la familia Ramírez Palos, de José, el profesor; del licenciado Refugio, mi abuelo; de la profesora Cayetana; de María Dolores y de María Concepción; así pues, la sangre Ramírez que llevo se debe a que mi bisabuelo, al seguir a su hermano, el señor cura Justo Ramírez Pérez, radicó en nuestra ciudad. El tránsito del señor cura don Justo Ramírez Pérez a la presencia de Dios fue el 2 de febrero de 1885.

Señor cura Isidro Navarro Castellanos

Es 13 de noviembre, día del Señor del Encino; el rumor de gitanos que viene por la claridad del sur se convierte en grito de júbilo; rindo pleitesía al santo Cristo gitano, recordándole a su señor cura que duró en su ejercicio cuarenta y dos años; es el que más tiempo ha estado al frente del curato; me refiero al señor cura Isidro Navarro Castellanos.

El año de 1849 nació en un ranchillo cercano a Capilla de Guadalupe, en el estado de Jalisco, un niño al que sus padres, don Ignacio Navarro y doña Antonia Castellanos, llenos de júbilo, lo acercaron a la pila bautismal y el sacerdote le impuso el nombre de Isidro, quien más adelante fue nuestro cuarto señor cura, propio de Triana. Fueron hermanos de Isidro: Ramón, quien fue abogado; Hipólito y Gabino, agricultores; Teodora, Marina, María Pía, Daría, Mercedes y María Guadalupe. Su infancia transcurrió en medio de juegos con sus hermanos y amigos en Capilla de Guadalupe, cumpliendo con sus obligaciones escolares.

El catolicismo de la familia Navarro y la sombra próxima de la Virgen de San Juan fueron la base vocacional para que el

joven Isidro abrazara con amor su vocación sacerdotal y acudiera al seminario de Guadalajara a cursar sus estudios, los cuales se vieron coronados con su ordenación.

Honda pena causó el 2 de febrero de 1885 en el barrio de Triana el fallecimiento del querido señor cura Justo Ramírez Pérez, pero la providencia de Dios mitigó la pena de los conbarrianos al enviar, unos meses después, a cubrir la vacante al señor presbítero Isidro Navarro, quien, por su juventud y entrega, rápido se ganó el aprecio y cariño de nuestra gente.

Durante sus cuarenta y dos años de señor cura de la parroquia del Encino supo guiar la vida espiritual de su feligresía por medio de prácticas religiosas; en cuanto al aspecto material, mantuvo la dignidad del templo y ordenó que se hicieran los adornos dorados con hoja de oro, entre ellos, los marcos de los óleos del vía crucis mural que adorna nuestro templo, pintados por los hermanos López a fines del siglo XVIII y principios del XIX; asimismo, sostuvo la Escuela de Cristo en la calle de La Asamblea.

Triple faceta adorna la personalidad del señor cura Navarro: como dueño de huertas, como vitivinicultor y como criador de caballos de carreras. Cuando dejó su natal estado de Jalisco y vio que por el transcurrir de los años se convertía en trianero aguascalentense, invirtió su patrimonio en nuestra tierra y, como señor cura de un barrio integrado por esos vergeles que fueron las huertas, él también adquirió varias para tener fuentes de trabajo y además para obtener ganancias y vivir con decoro. Sé que fue dueño de las siguientes huertas: Santa Ana, San José, Las Crucitas, Corredor y La Piedra China, del barrio de la Salud; en total, tuvo cinco huertas dedicadas al cultivo de hortalizas, frutales y flores, y en una forma muy especial, las huertas de El Corredor y de La Piedra China las dedicó al cultivo de la vid.

Todas las mañanas oficiaba la misa de siete y después de desayunar se iba, acompañado de sus sobrinos, Juan Manuel,

Enrique, Gabino y Ramón, en un carro de caballos rumbo a sus huertas para retornar al atardecer; sus sobrinos tenían la costumbre de decirle “padrino”. Su huerta preferida fue La Piedra China; en ésta tenía su vinícola; con la uva de sus huertas hacía todo el vino de consagrar que se consumía en nuestra diócesis; asimismo, de otros lados también le compraban sus vinos. Adquirió en España un molino para uva, una mesa para exprimir y cincuenta barricas de roble para reposar vino; en medio del patio tenía una parrilla, se vaciaba en ella la uva reventada y luego, con unos como tornillos, se prensaba y se vertía la materia prima para procesarla en un cazo de cobre como de cinco metros de diámetro. Los vinos que producía eran, aparte del de consagrar, vinos de mesa; su principal vinatero lo fue don Juan Medina; también tomaba consejos de otro productor de vinos, don Pedro Amato. En la casa del señor cura Navarro se vendía vino a granel a razón de un peso y cincuenta centavos el litro, esto en 1924.

En su huerta consentida, La Piedra China, don Isidro Navarro ordenó que, en el corredor del pórtico con arcos que daba para los cultivos, un pintor procedente de Guadalajara pintara unos murales, los cuales resultaron sin mayor mérito artístico; hoy día se pueden ver desde la avenida Héroe de Nacozari; en uno se ve la catedral de Guadalajara; en otro se aprecia una escena junto al mar y aparece él acompañado de don Juan Medina, éste con un pescado en la espalda; en otro cuadro aparece una familia en la mesa, se dice que es la de los Navarro y, cosa insólita, un paisaje polar; el otro recuerda los talleres de los ferrocarriles de esta nuestra ciudad.

En 1914, cuando el viento de la Revolución llegó a nuestra ciudad, las bodegas de vino del señor cura Navarro fueron destruidas por los villistas; cuentan que dos bodegas con barricas de cinco mil litros fueron destruidas a hachazos y el vino corría por la calle como si acabara de llover vino; sobre estos sacrificios se levantó el México moderno y su actual industria vinícola. Fueron

administradores de las huertas propiedad del señor cura Isidro Navarro, su sobrino, don Fortino Jiménez, hasta 1918, cuando murió, y luego el hermano de éste, don Manuel Jiménez.

El señor cura Isidro Navarro también fue criador de caballos de carreras; los tenía en las caballerizas de su huerta de La Piedra China y los corría en un carril que tenía en San Francisco del Arenal; participaron en carreras de cuarto de milla. Tuvo dos caballos campeonísimos, uno denominado “El Plis” y el otro “Pepe”, al grado que no tuvieron contrincantes. Se cuenta que cuando el señor cura llegaba a las caballerizas, los caballos se ponían nerviosos y relinchaban, debido a que el señor cura los acariciaba y les daba terrones de azúcar; ya sabían los caballos cuando lo veían que llegaba su golosina; estos caballos también fueron objeto de la codicia de los revolucionarios.

Me platican que don Isidro Navarro fue un hombre alto, delgado y bien parecido; por ahí he visto fotografías de él y, en efecto, así fue. Su domicilio fue la casa que hoy es la cuatrocientos cincuenta de la calle Doctor Díaz de León, antes Washington, número ciento veinte; ahí, el 9 del mes de marzo de 1927, lo sorprendió la muerte. Sus familiares me platican que fue diabético y en su acta de defunción aparece que la causa de su muerte fue nefritis. En virtud del conflicto religioso por el que atravesaba nuestra patria, no se le hicieron honras fúnebres, pues los familiares recibieron la noticia de que se iba a aprehender a los sacerdotes que estuvieran en la casa del señor cura y de inmediato le dieron sepultura en el panteón de La Salud.

Agradezco a don Manuel Jiménez Hernández (Güero Jiménez) y a don Gabino Navarro Franco, ambos sobrinos nietos del señor cura Navarro, pilares del barrio de Triana, que me proporcionaron los datos para estructurar esta semblanza.

Señor cura Ramón C. Gutiérrez

El señor cura Ramón C. Gutiérrez, hijo de don Antonio Gutiérrez y doña María Refugio Castellanos, fue el quinto señor cura de la parroquia del Encino; al pie de su retrato al óleo que hay en la sacristía se manifiesta que fue señor cura de 1924 a 1927. Pocos datos he conseguido de este señor cura, pero me doy cuenta que fue una persona ilustre y con un gran amor a su apostolado.

Los datos que enseguida trasmito me fueron proporcionados por el secretario de la diócesis de Aguascalientes, el padre Sosa, y en esos datos nos dice que don Ramón C. Gutiérrez, el día 12 de abril de 1913, llegó a ser rector del seminario; posteriormente, el 25 de noviembre de ese mismo año, fue señor cura encargado de la parroquia de Asientos; después pasó con el mismo cargo a la parroquia de Jesús María; el 21 de enero de 1925 llegó a encargarse del curato del Encino, y también en ese año, el día 16 de julio, se le nombró director diocesano de la Adoración Nocturna; el 6 de julio de 1929, después de que pasó el conflicto religioso que se suscitó siendo presidente de la República Plutarco Elías Calles, el señor cura Ramón C. Gutiérrez recibió la parroquia del Encino. Unos días después, el 13 de julio de ese año, fue nombrado párroco amovible de la parroquia del Encino y, a casi menos de un mes, el 3 de agosto de 1929, murió.

A don Ramón C. Gutiérrez le tocó el curato del Encino en una situación muy difícil porque ya había barruntos del problema religioso en México. Tuvo que ser hombre extraordinario, como muchos lo fueron, para seguir su ministerio como soldado de Cristo. Fueron años difíciles, años de martirios, de fusilamientos de sacerdotes; sin embargo, a él le tocó, en esta época en que la religión era clandestina, estar al pendiente de la parroquia del Encino. Ya cuando se reanudaron los cultos, él recibió la parroquia.

Los sacerdotes actuaban a salto de mata, de casa en casa, de lugar en lugar, a escondidas y sufriendo muchísimo por ser

sacerdotes, ya que el gobierno de la República estuvo en contra de ellos y quiso formar lo que sería la Iglesia Nacional Mexicana, encabezada por el patriarca Pérez. En esta época, el 11 de julio de 1925, fue nombrado director diocesano de la Adoración Nocturna; a escondidas tenían que tener a Jesús sacramentado y a escondidas le rendían amor y pleitesía en la eucaristía; por lo tanto, podemos decir que este señor cura de Triana fue un verdadero mártir, ya que le tocó una época muy difícil.

En los datos que me proporcionaron no viene el lugar de su nacimiento. Fungió como señor cura del Encino desde el año de 1925 hasta 1929, cuando murió, el 3 de agosto, a los 59 años de edad, en su casa de la calle Colón.

Señor canónigo Alfonso Maldonado Zamarripa

Fue el 21 de febrero de 1886 cuando la familia Maldonado Zamarripa, vecina de la población de Rincón de Romos de este estado, tuvo la dicha de contar con un miembro más, a quien sus padres, don Juan Maldonado y doña Genoveva Zamarripa, le pusieron el nombre de Alfonso. Aquellos campos labrantíos aledaños a Rincón de Romos, sus verdes arboledas y los remansos de los ríos cercanos fueron los testigos de los juegos infantiles de Alfonso, quien, en compañía de sus hermanas, María Ignacia y Gabriela, disfrutaban de este paraíso terrenal.

Sus padres se preocuparon por su educación y lo enviaron a la escuela del pueblo, misma que estaba a cargo del emérito maestro don Genaro Barbosa, quien, con el sistema lancasteriano, atendía toda la instrucción primaria. Desde muy niño recibió ese llamado al corazón que nos hace abrazar nuestro oficio o profesión, es decir, tuvo vocación para ser sacerdote y salió, después de cursar su primaria, de su natal Rincón de Romos e ingresó al seminario de la diócesis de Aguascalientes

para cursar su carrera sacerdotal; recibió las sagradas órdenes el 19 de marzo de 1908, a los veintidós años, de manos del señor obispo José María de Jesús Gómez Portugal y Serratos.

Después de su ordenación fue comisionado por sus superiores para ejercer su ministerio en las parroquias de Ojuelos, Jalisco y Calvillo, y luego, debido a su capacidad, se le nombró rector del Seminario de Aguascalientes, en donde lo sorprendió la guerra de los Cristeros, dando testimonio de su calidad de sacerdote católico al ser prisionero por órdenes del general Genovevo de la O. En la prisión, recibió la sagrada comunión a través de la señorita profesora Conchita Loy, quien se introdujo a la prisión por sugerencia del señor canónigo don Felipe Morones. Gentilmente, Conchita Loy es quien fue fuente de esta información.

Don Alfonso Maldonado tan sólo permaneció en prisión una semana; el general De la O lo envió en un tren de carga a la Ciudad de México, con la debida custodia militar, y lo llevaron a Lecumberri, en donde sufrió por lo inhumano de su celda, pero la presidenta de las Damas Católicas, doña Maximina Machaín de Huitrón, debido a las influencias que tenía y con la ayuda del maestro del periodismo nacional, Lanz Duret, consiguieron la libertad del presbítero don Alfonso Maldonado, quien permaneció únicamente diez días en Lecumberri. Al obtener su libertad, permaneció una temporada en la Ciudad de México, durante el conflicto religioso.

A su retorno de México, fue capellán del templo del Conventito y luego fue designado señor cura de nuestra parroquia de Triana, fue el sexto señor cura propio que desempeñó este cargo de 1927 a 1933. Al dejar su cargo, ejerció su ministerio en varios templos y, al instalarse el cabildo catedralicio, el 23 de julio de 1946, se le designó señor canónigo magisterial y teólogo, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida el 21 de septiembre de 1956.

Don Alfonso Maldonado fue de baja estatura, tez morena, cara ancha, caminar lento y se apoyaba en un bastón, debido a una lesión en la médula; así era en el ocaso de su vida y, a causa de este mal, falleció.

El señor canónigo Alfonso Maldonado fue un magnífico orador sagrado, gracias a su cultura y facilidad de palabra. Realizó cinco viajes a Europa, dos de ellos con extensión a Tierra Santa. En su primer viaje, en 1933, la gente en Europa lo veía como un mártir de la religión y querían tener algún recuerdo de él, esto motivó que en varias ocasiones lo protegiera la policía de las muchedumbres. En sus viajes a Europa, su gusto era pasarse buenas épocas en la ciudad de Roma.

¡Así fue nuestro sexto señor cura de Triana, Alfonso Maldonado Zamarripa!

Señor canónigo J. Natividad Soto Villalobos

Este señor cura del Encino fungió como tal en los años de 1933 a 1950. Don J. Natividad Soto Villalobos nació en la vecina población de Paso de Sotos, hoy Villa Hidalgo, Jalisco, el día 8 de septiembre de 1890 y fue hijo de don Samuel Soto y doña Petra Villalobos; es de suponerse que la vida cristiana que han de haber llevado en la casa del señor Soto fue lo que lo impulsó a ser sacerdote.

El día 25 de abril de 1912, es decir, de un poco menos de veintidós años, J. Natividad Soto Villalobos fue tonsurado por el primer señor obispo de Aguascalientes don José María de Jesús Gómez Portugal y Serratos, en el oratorio de su casa, y a los tres días recibió de manos de este mismo señor obispo las órdenes menores. Siguió su carrera de seminarista y el diaconado lo recibió el 22 de junio de 1913, de manos del señor obispo Ignacio Valdespino Díaz; su ordenación como sacerdo-

te fue el 5 de abril de 1916, por el señor Plascencia, obispo de Tehuantepec, en el templo de San José.

Tuvo distintos cargos dentro de la Iglesia católica en la diócesis de Aguascalientes: fue prefecto del seminario, maestro de latín, maestro de música sacra y juez provisional. Como una cosa de llamar la atención, lo nombraron párroco amovible de Villa Hidalgo, el 1 de mayo de 1933, aunque aparece en los archivos de la parroquia del Encino que ese mismo año de 1933 inició su labor de señor cura de esa parroquia hasta 1950. En esta época, el señor Soto fue nuestro señor cura, muy querido por la feligresía debido a su carácter alegre, humanitario y por ser un gran señor en el trato.

Después de que dejó el curato, en 1950, se le nombró canónigo en el cabildo catedralicio, lo mismo que diputado para la disciplina del seminario, en 1951. Siguió teniendo varios cargos hasta que, el 26 de septiembre de 1967, tuvo el último como arcediano, entregando posteriormente su alma al Creador el 30 de enero de 1978, en el Sanatorio Esperanza. Tuvo su último domicilio en la calle Abasolo número ciento nueve.

Recuerdo al señor cura J. Natividad Soto Villalobos como una persona extrovertida, bondadosa, magnífico soldado de Cristo; pensaba que todo Aguascalientes era de él porque a todos trataba como si fueran sus amigos de muchos años; ya en su ancianidad lo recuerdo en una forma un tanto graciosa: salía de las oficinas del obispado, a espaldas de catedral, y detenía cualquier carro, ya fuera un taxi o un carro particular, y con un desplante fabuloso les decía que lo llevaran a su casa. Sentía un cariño muy grande por toda la gente de Aguascalientes, y dentro de su estado semiconsciente tenía esas puntadas de sentir que todo le pertenecía, que todo Aguascalientes era suyo y que todas las personas eran sus amigas.

Señor canónigo Francisco López Esparza

Toca ahora el turno de hablar del octavo señor cura que tuvo la Parroquia del Señor del Encino, don Francisco López Esparza. Nació el 18 de febrero de 1893. El desarrollo de su carrera eclesiástica lo hizo en el seminario de la ciudad de Aguascalientes. El día 25 de abril del año de 1912 recibió la tonsura de parte del señor obispo de Aguascalientes José María de Jesús Gómez Portugal y Serratos, o sea, de nuestro primer señor obispo; posteriormente, el día 28 del mismo mes de abril, recibió del mismo señor obispo las órdenes menores en el oratorio de este dignatario eclesiástico. Continuó sus estudios sacerdotales y, en 1916, el 2 de abril, recibió su diaconado de parte del señor Plascencia, obispo de Tehuantepec, en el templo de San Marcos; cuando se ordenó fue en la ciudad de Guadalajara, por el mismo señor Plascencia, en el templo de San Felipe, el día 8 de abril de 1917.

El 23 de abril de 1917 se le nombró ministro en la parroquia de Asientos. Posteriormente, el 6 de marzo de 1919, fue nombrado capellán de la Hacienda de Bimbaletes. En su misión, fue maestro de aposentos, profesor de latín y vocal de la congregación de la doctrina cristiana; fue asistente del sindicato de sastres y, en 1930, el día 18 de julio, se le nombró párroco amovible de Rincón de Romos; el 30 de julio de 1937, párroco amovible de Ojuelos y, en 1949, examinador prosinodal y párroco consultor. El 28 de diciembre de 1949 llegó como señor cura en el Encino, en donde duró siete años.

Fue una persona baja de estatura, trigueño, pelo entrecano, se pelaba “a la boss”, siempre con alzacuello, y usaba lentes; se veía a todas luces que era un señor con una bondad extraordinaria. Tuvo una hermana religiosa, la madre López, que fue directora del Colegio Guadalupe Victoria, allá por los años de 1958, persona con la cual traté bastante; bellísima en su manera de ser, de actuar y de pensar. La madre María de Jesús

López murió en la Ciudad de México en el año de 1966. El señor cura don Francisco López Esparza falleció el 25 de febrero de 1973, en su domicilio ubicado en la calle Abasolo doscientos ocho de esta ciudad.

Señor cura Antonio García Esparza

Don Antonio García Esparza nació en San Francisco de los Romo, Aguascalientes, en 1902, y fue bautizado en Jesús María; sus padres fueron los señores don Fermín García y doña Petra Esparza.

Nació en él el deseo de la vida sacerdotal, cultivó este anhelo, y cuando fue el momento oportuno, entró a hacer sus estudios al seminario de nuestra diócesis. Entre los días 20 y 24 de febrero de 1923 recibió la tonsura y las órdenes menores en el oratorio del señor obispo Ignacio Valdespino Díaz, nuestro segundo obispo; fue ordenado también por el señor Valdespino el 13 de junio de 1926 en nuestra catedral, en una ceremonia que fue a las seis de la mañana. Posteriormente, fue nombrado vicario cooperador de San José y cuando se reanudaron los cultos, el 24 de julio de 1929, recibió la capilla de Cañada Honda y Santa María de Gallardo. En 1930 fue vicario cooperador provisional de Ojuelos y el 28 de marzo de ese mismo año fue vicario cooperador de San José; después lo movieron a Jesús María, el 9 de abril de 1932, también como vicario cooperador.

El señor cura don Antonio García Esparza fue un hombre culto, profesor de filosofía en el seminario y después también de latín, esto fue en 1936 y 1937; en 1938, el 31 de octubre, fue nombrado párroco en Rincón de Romos, pero renunció a la parroquia el día 28 de noviembre de 1942, pues se fue al obispado de Cuernavaca, probablemente debido a que algunos de sus amigos del seminario estaban en aquel obispado y lo invitaron a formar parte del clero del estado de Morelos, pero no duró allá

muchos años, ya que en 1945, el 12 de enero, apareció como profesor del seminario. El 22 de enero de 1948 lo nombraron capellán de la Hacienda de Peñuelas; el 5 de noviembre de 1953, párroco de Ojuelos, y el 2 de septiembre de 1957 lo nombraron señor cura de la parroquia del Encino.

A partir del 14 de junio de 1959 fue director espiritual de la Sociedad de la Temperancia; esta sociedad fue el antecedente inmediato de Alcohólicos Anónimos, porque se dedicaba a auxiliar a personas adictas a las bebidas alcohólicas.

Era extremadamente fuerte de carácter, pero, analizando su vida en su calidad de sacerdote, debemos tomar en cuenta que también fue de aquella pléyade de sacerdotes mártires en la persecución religiosa, simplemente por soportarla, ya que, psicológicamente, destrozó a los sacerdotes. Recuerdo que en algunos de sus arranques de ese carácter fuerte, se ufanaba en decir desde el púlpito que él era hijo de don Fermín, el rebocero, y vaya que sí era cierto; el padre, don Fermín García, tenía una gran tienda que se llamaba El Volador, frente al lado sur del Parián y por la calle de Allende; su principal artículo de venta eran los rebozos, que usaban entonces mucho desde la mujer humilde hasta la mujer encumbrada; un rebozo de seda era una gala en una fiesta, sabiéndolo portar una mexicana. El señor cura tuvo también conocimiento de lo que era el comercio a través de su papá.

Así fue don Antonio García, hombre de quien lo único que recibí fueron atenciones, muy fina persona conmigo; nunca en lo personal tuve alguna cosa que sentir por la reciedumbre de su carácter. En paz descansa nuestro noveno señor cura de la parroquia del Encino.

Señor canónigo Urbano Rizo

En todo barrio bien definido no puede faltar la figura familiar del pastor de almas, del señor cura que es toda bondad y entrega a su feligresía y que está presente en los días de alegría y de pesar de los integrantes de su comunidad. Nuestro barrio, Triana, tuvo un señor cura, gran señor, por su espíritu de entrega, por su amplia cultura, por un sentido de respeto a todas las formas de pensar, un digno representante del Señor, se trata del señor canónigo Urbano Rizo.

La católica familia integrada por el doctor don Demetrio Rizo y doña María Teresa Ruiz de Chávez, con domicilio en la casa número seis de la calle Pedro Parga, antes Apostolado, se vio bendecida por Dios el 3 de octubre de 1928, cuando en su seno nació el décimo de sus hijos, a quien pusieron por nombre Urbano. La infancia de don Urbano fue agradable, en compañía de sus hermanos Rosa María, María Teresa, Margarita, Catalina, María de Jesús, Demetrio, Salvador y Felipe; dentro de sus hermanos hubo uno mayor que el señor cura, quien también llevó el nombre de Urbano y falleció, tan sólo tenía seis años de edad. El señor cura recuerda con mucho afecto, como amigo de infancia, a Ernesto Imm, hijo de un relojero del mismo nombre. Don Urbano cursó la primaria en un colegio que dirigía la señorita profesora Teresa Llamas, y el quinto y sexto año en el Colegio Independencia, dirigido por la maestra Jesusita Aguilar.

Nuestro décimo señor cura de Triana es una de esas personas en quien la vocación de Dios se manifiesta desde muy pequeño, pues cuando cumplió doce años ya formaba parte del seminario menor, en el nivel denominado Latin; el seminario menor estaba en la calle Juan Diego, y por cierto, ellos le pusieron el nombre a la calle. El señor obispo José de Jesús López y González lo envió a continuar sus estudios al Seminario Nacional Interdiocesano de Montezuma, que se encontraba en

el estado de Nuevo México, en la Unión Americana. Después de su ordenación sacerdotal, en el año de 1951, el señor obispo Salvador Quezada Limón lo destinó a nuestro seminario en calidad de catedrático, donde impartió, entre otras materias, sociología, filosofía, teología fundamental y teología sacramental.

En 1961, fue enviado por sus superiores a la ciudad de Roma, Italia, para perfeccionarse en Ciencias Sociales, en el Instituto Leonino, que pertenece a la Universidad Gregoriana, en donde permaneció un año. A su regreso de Roma se le nombró ayudante del custodio de nuestra catedral basílica, señor canónigo Porfirio Alba Ávila; al estar en ese ministerio, se le dio su nombramiento de canónigo del cabildo catedralicio y el 17 de noviembre de 1975 se le designó señor cura de la parroquia del Encino.

El señor cura don Urbano Rizo nos comentó que en los ciento treinta y tres años de existencia de la parroquia, tan sólo habían estado once señores curas, destacando por su labor, celo apostólico y tiempo el señor cura Isidro Navarro, quien ocupó el cargo desde fines del siglo XIX, hasta 1923, año en que falleció. Todavía se le recuerda como guía y forjador de generaciones, de bondadosos hombres trianeros, además de ser de los primeros vitivinicultores de la época actual. Cuando recibió la parroquia, sus dominios eran muy extensos, ya que abarcaban todo el sur de la ciudad y de ella surgieron las parroquias de la Divina Providencia, las Tres Aves Marías, el Santo Niño de Atocha y la Santa Cruz; la parroquia del Encino administra también la vicaría de Calvillito.

Nos comentó también que la devoción a Jesús crucificado está muy extendida en América Latina y que nuestro barrio no es la excepción, por ello, se le tiene tanta fe al santo Señor del Encino, a quien en una época se le consideró segundo patrono de nuestra ciudad. Otra de las cosas que le llama la atención es el cariño tan grande de nuestra gente al Cristo Negro y agrega

que, para él, el barrio de Triana es semillero de intelectuales y de toreros, basta recorrer sus calles y fijarse en sus nombres para comprobar lo antes dicho. ¡Bravo por el señor cura de un barrio tan barrio!

Señor canónigo Salvador Jiménez Díaz

Don Salvador Jiménez Díaz nació el 18 de diciembre del año de 1918; fue el décimo primer señor cura de la Parroquia del Señor del Encino. Nació en un rancho de su familia, al que ellos sentían un gran afecto, el rancho de San Isidro, entre el estado de Aguascalientes y el de Jalisco. Sus padres fueron don Pedro Jiménez Luévano y doña Esthercita Díaz de Jiménez; tuvo seis hermanos, las mujeres: María Isabel, María de los Ángeles, María Gabriela y Rafaela, y en cuanto a los hombres: Leoncio, Javier y él, quien fue el más chico. Todos sus hermanos fueron profesionistas, las mujeres maestras y los dos hombres, Leoncio y Javier, abogados. La infancia de Salvador Jiménez Díaz transcurrió plácenteramente en la ciudad de Aguascalientes; toda la vida vivió en la calle de José María Chávez y, naturalmente, cuando estuvo fuera de esta ciudad, fue en el Seminario de Montezuma, Nuevo México; posteriormente, vivió en Rincón de Romos.

Siempre mostró un respeto muy grande por su hermana María Isabel, a quien le profesó un cariño muy especial. En el barrio de Triana tuvo afectos grandes en cuanto a amistades; recuerda a sus amigos de infancia Pedro Reyes González y Jesús Medina Reyes, y en una forma también muy especial consideró amigo de su infancia a quien hoy es el licenciado Joaquín Cruz Ramírez; los dos fueron compañeros en el seminario y además Joaquín vivía en la calle de Colón, es decir, en el mismo barrio donde Salvador Jiménez vivía; otro de sus amigos fue Toño Lomelí y conoció también a José de Jesús Ávila.

La instrucción primaria la cursó en la Escuela José María Chávez; ahí tuvo como maestro al profesor José Ramírez Palos, y en cuanto salió de la escuela primaria ingresó al seminario. Su vocación se la inculcó su mamá doña Esthercita, quien fue mujer muy piadosa y con su enseñanza y ejemplo hizo que nacieran en su hijo Salvador las ganas de ser sacerdote. Cuando él ya manifestó su vocación, sus padres tuvieron mucho miedo y le decían que no estudiara para sacerdote, en virtud de que estaba reciente la época de la guerra Cristera y vieron que a los sacerdotes los martirizaban y los fusilaban, pero ya en Salvador era tan decidida su vocación que no le importaban todas estas circunstancias; él quiso ser soldado de Cristo y a una muy temprana edad ingresó al seminario. En agosto de 1933, cuando tenía catorce años de edad, se inscribió en el seminario de esta diócesis, el cual se encontraba en una casona en la Alameda de esta ciudad, cerca de donde hoy es el Centro Cultural Los Arquitos; ahí estudió latín cuatro años y, posteriormente, por las circunstancias históricas de México, tuvo que emigrar a Estados Unidos.

Sus primeros años en el seminario fueron muy azarosos, debido a la persecución religiosa; andaba el seminario propiamente a salto de mata, de casa en casa, de un lugar a otro; naturalmente, a las personas que tenían casas adecuadas para que el seminario funcionara les daba temor rentárselas por las represalias que pudieran tener de parte del gobierno. Por instrucciones del santo padre, los obispos de Estados Unidos decidieron construir un edificio para seminario y escogieron Montezuma, Nuevo México, para edificarlo y acoger a todos los seminaristas mexicanos que tuvieran problemas aquí para seguir sus estudios.

El joven Salvador Jiménez Díaz, junto con el padre Jorge Hope, que también era su compañero, emigraron a los Estados Unidos de Norteamérica; cuenta el padre Hope que ellos se fueron en tren de Aguascalientes a El Paso, Texas; nos dice

también que la familia Jiménez Díaz, muy numerosa, estaba en los andenes de la estación despidiendo a Salvador. Se fueron en un vagón de segunda para que fuera más económico. Salvador Jiménez ingresó al seminario de Montezuma en 1937, y en 1944 regresó a Aguascalientes para ser ordenado en la catedral de nuestra ciudad; lo ordenó como sacerdote el señor obispo José de Jesús López y González. Recuerdo vagamente la fecha en la que se convirtió realmente en sacerdote: después de su cantamisa fue la gran fiesta de todos sus conocidos, familia y barrio, en su casa; tendría yo unos doce años cuando aconteció esto, me acuerdo haber oído música de cuerda que salía del patio de la casa de los Jiménez, en medio de aquella alegría de toda la gente que asistió al banquete que le fue ofrecido.

En Rincón de Romos estuvo dos años y después sus superiores lo trajeron a Aguascalientes a la parroquia del Encino; esto fue en 1946; estuvo a su cargo también la capellanía de La Salud.

Me tocó ver una cosa que se me hizo de mucho valor del padre Salvador: estaba yo parado en la puerta de mi casa y pasó él en un coche de sitio, hizo alto y me dijo: "Gabriel, ¿no quieres acompañarme a La Salud?", lo acompañé, y cuando regresábamos de La Salud a la calle de José María Chávez, pasamos por la calle del Acueducto, rumbo a la calle de la Alegría, para llegar al barrio; entonces le dijo al chofer del taxi que se parara, recuerdo que fue un 5 de febrero, día de fiesta, día de asueto. Entonces entró a una casa y de rato se paró en la puerta, con la mano les indicaba a las personas que estaban allí que se fueran retirando, iban saliendo de uno por uno, hasta que él veía que llegaban a sus casas o que se habían retirado ya de este lugar. El lugar a donde se metió el padre Salvador era una pulquería y había muchos rancherones ya borrachos por ingerir pulque; él les quitó las armas que traían y los mandó a sus casas en santa paz. En esa forma él veía por la paz y la tranquilidad del barrio; me pareció un acto de mucha hombría.

Después de estar aquí en el Encino, sus superiores lo mandaron al templo de la colonia del Trabajo, a la parroquia del Refugio; ahí su labor social fue extraordinaria; él vio por la construcción del templo aquel y también construyó otros templos, como el de Cristo Rey, que está a un lado de la Alameda, en la colonia Héroes. Él me platicó que ahí era una bodega, propiedad de don Julio Díaz Torre, quien le regaló la bodega para que se hiciera ahí el templo, así como bastante dinero, posiblemente costó toda la construcción de este templo; por cierto, actualmente los restos de don Julio y de su esposa Josefina descansan en la sacristía de este templo.

En la parroquia del Refugio, el padre Salvador fue muy querido por los ferrocarrileros, quienes lo auxiliaron mucho para la construcción del templo con material y también hicieron labor de convencimiento con sus compañeros para auxiliar al señor cura.

Sus superiores lo mandaron de la parroquia del Refugio a la parroquia de la Purísima, naturalmente, su feligresía en la Purísima no difería mucho de la de la Divina Providencia, puesto que es una área eminentemente de ferrocarrileros. Tuvo un afecto muy grande por la gente del riel, los comprendió muy bien, los quiso mucho, los ayudó, los orientó, y a él lo auxiliaron en sus obras de carácter social. En la parroquia del Refugio, en la época que estuvo, también construyó una escuela muy grande de artes y oficios, con la finalidad de ayudar a los ferrocarrileros a perfeccionarse en sus labores; actualmente es un centro de estudios religiosos, pero originalmente fue construida para mejorar el conocimiento de los obreros ferrocarrileros en las labores que ellos desempeñaban.

Cuando estuvo en la parroquia de la Purísima, dentro de los documentos que encontró en el archivo, estaban los planos originales que el maestro Refugio Reyes había hecho para la construcción de ese templo; dentro de su entusiasmo como constructor, el señor cura Jiménez completó el templo que no

tenía torres y buscó la manera de reestructurarlo para dejarlo exactamente como lo concibió ese gran arquitecto zacatecano que vivió en Aguascalientes y que, aun siendo un maestro albañil, a estas alturas la Universidad Autónoma de Aguascalientes, *post mortem*, le otorgó el título de arquitecto, que muy merecido tuvo. Salvador Jiménez Díaz siguió punto por punto aquellos planos y construyó el templo de la Purísima que ahora disfrutamos y conocemos. Es un templo que se cataloga como gótico alemán retardado, y se construyó en 1968.

Cuando el señor cura Jiménez se hizo cargo del curato del Encino, también ahí su labor fue extraordinaria; remozó el templo e hizo una academia muy bonita en la primera cuadra de la calle Leona Vicario, para auxiliar a la juventud del barrio en sus conocimientos de taquigrafía, mecanografía y computación. A este respecto, cuando él estaba en el Encino, en los avatares de las campañas políticas, conoció a la señora Cecilia Ocelli, quien era esposa de Carlos Salinas de Gortari y andaban en la campaña presidencial; entonces, una de las señoras Esparza Aguilar era muy conocida de la señora Ocelli y la llevó a conocer el templo del Encino; le enseñó el vía crucis y fue tanta su emoción al verlo que, al estar presente el señor cura, don Salvador Jiménez Díaz, le ofreció que si su esposo llegaba a presidente de la República, ella buscaría la forma de que se restauraran esos cuadros. Cuando Carlos Salinas de Gortari llegó a la presidencia de la República, la señora cumplió con su palabra, mandó restauradores extraordinarios para la reparación del vía crucis, lo que hicieron con verdadera maestría; tardaron tres años en realizar su labor.

Dentro de las iniciativas religiosas de don Salvador Jiménez Díaz, debemos mencionar la romería del Señor del Encino que se celebra año con año el 13 de noviembre y que cada vez es más lucida.

El padre cumplió con su misión en la vida. Con todo orgullo podemos decir que de los señores curas que ha tenido nuestra

parroquia del Encino, él es el primero que desarrolla su vida en el barrio. El rancho de su familia, San Isidro del Chilarillo, que perteneció a la Hacienda de Cieneguilla, está casi en la línea divisoria de los estados de Aguascalientes y Jalisco, lugar en donde pasó su infancia, y ya después, en su madurez, estuvo ahí en el barrio de Triana. También se le honró con el cargo de canónigo, que ostentó hasta finalizar su vida. En cuanto a sus relaciones políticas, fueron magníficas con todos los gobernadores del estado; debajo del cristal de su escritorio, mientras hacía yo la entrevista, vi fotografías del señor cura Jiménez con Luis Donaldo Colosio, lo que denota que con todo mundo tuvo buenas relaciones.

Falleció el 15 de febrero del año 2000. El 13 de noviembre de 1999, minutos antes de iniciar la romería del Señor del Encino, en la sacristía de la parroquia, nos comunicó a Federico de León Quezada y a mí que le había pedido al señor obispo Ramón Godínez Flores que lo jubilara y que ya había conseguido su jubilación. Tanto Federico de León como yo le dijimos que nos hubiera gustado que siguiera de señor cura emérito, no con la responsabilidad del curato, pero dentro del curato de nuestro barrio; nos dijo que no, que ya el señor obispo tenía concedida para él la dicha de estar atendiendo la capillita que él mismo construyó, en la calle de la Cruz, a la Virgen del Perpetuo Socorro; ésos eran los planes de don Salvador.

La entrevista que le hice para estructurar esta ficha biográfica fue un martes del mes de enero del año 2000; al día siguiente entregó la parroquia y, al tercer día, tuvo su accidente cerebral que, a la postre, lo llevó a la tumba. No llegó a ser capellán de la capilla del Perpetuo Socorro. Salvador Jiménez Díaz, gran orador, un hombre extraordinariamente culto, un sacerdote fiel, soldado de Cristo, transitó al seno del Señor el día 15 de febrero del año 2000. Ni qué dudarlo que se encuentra gozando de la presencia de Dios.

Señor cura Juan Antonio González Salce

Fue en la risueña población de Santa María Transpontina, del municipio de Encarnación de Díaz, del estado de Jalisco, donde el día 6 de mayo de 1931 llegó a este mundo nuestro décimo segundo señor cura de la parroquia del Encino, don Juan Antonio González Salce. El nombre de Santa María Transpontina se lo puso a la comunidad un señor obispo de Guadalajara en una de sus visitas pastorales, pues llegaba en el ferrocarril y al otro lado del puente se encontraba la comunidad que iba a visitar, por eso le dijo Santa María Transpontina. Nos platica el señor cura que su padre fue casado dos veces, en su primera familia hubo cuatro varones y el primero de ellos también fue sacerdote, el cual ya falleció y llevó por nombre Severo; en la segunda familia tuvo tres hijos, dos mujeres y él, quien también recibió el llamado del Señor para entregar su vida a Dios por medio del sacerdocio.

Desde muy pequeño, su padre, don Andrés, lo llevó a él y a su familia a vivir a la población de Encarnación de Díaz y ahí transcurrió su infancia, en medio de aquel ambiente, donde recibió sus primeras letras, en una escuelita que tenía el padre Manuelito Romo. Continuó su primaria ahí mismo, en La Chona, en otra escuela más grande, ubicada en el Barrio Alto, cerca del panteón del Señor de la Misericordia, escuela que hoy se llama Pablo de Anda. En esa época conoció a las maestras del Sagrado Corazón de Jesús que envió el señor obispo José de Jesús López y González, mismas que tienen su casa central aquí en la calle Colón; dichas maestras fundaron la Escuela Felipe Ramírez, en honor de quien fuera señor cura de Encarnación, y ahí terminó su instrucción primaria.

Cuando don Juan Antonio tenía entre 14 y 15 años emigró de Encarnación de Díaz, Jalisco, a esta ciudad de Aguascalientes e ingresó al seminario diocesano, en el mes de octubre de

1946. Su curso de latín y humanidades lo realizó en la escuela del seminario menor, que entonces estuvo en la calle de Juan Diego, cerca del templo de Guadalupe; ahí estuvo cuatro años y después, en noviembre de 1950, continuó sus estudios de filosofía en la finca que tuvo el seminario en la calle del Estanque número 26, calle que hoy se llama José María Arteaga, donde permaneció tres años de estudio.

En esta época ya se estaba construyendo el actual seminario que está en el fraccionamiento Jardines de la Cruz, fue la casa que lo cobijó en sus últimos cuatro años en que estudió teología. Recuerda en su carrera sacerdotal como compañero muy amable al señor presbítero José Encarnación Romo Casillas. Hace notar que cuando inició sus estudios en el seminario, lo iniciaron cincuenta compañeros y tan sólo fueron ordenados dos de esos cincuenta.

El llamado que recibió de Dios para ofrendarle su vida por medio del sacerdocio fue en sus primeros años de existencia; fue monaguillo en el santuario de Guadalupe, en Encarnación de Díaz, donde estaba al cargo un sacerdote llamado Pablo; luego llegó el padre Manuelito Romo Martín. Dentro de su vida en el seminario, recuerda con agrado al padre Jesús Galván, quien fue su maestro de oratoria; al padre Ricardo Corpus, su maestro en latín; al padre Silva, su maestro en teología dogmática, y al señor cura Natividad Soto, que impartía la clase de moral. En esta época llegó, procedente del seminario de Montezuma, el padre Jorge Hope, y todos ellos fueron extraordinarios maestros.

El día 8 de diciembre de 1957, el señor obispo Salvador Quezada Limón, muy devoto de la Virgen de la Asunción en el misterio de la Inmaculada Concepción de María, lo ordenó sacerdote. Después de ordenado, sus superiores le dieron un tiempo para que se fuera acostumbrando a su función; en este tiempo le pidieron que fuera a catedral para ayudar a los sacerdotes a oficiar misa y también lo comisionaron para aten-

der a un sacerdote muy anciano que vivía en la calle Colón, llamado José Paz.

De sus superiores, el señor cura Juan Antonio recibió órdenes de ir de vicario a Teocaltiche y ayudar al señor cura Porfirio Alba; en dicha parroquia, tan sólo estuvo un año cuatro meses. Después de haber estado en Teocaltiche, el señor obispo lo nombró segundo capellán del templo de San Marcos, ya que el primero era el padre Carlos Lozano. En una ocasión, el señor obispo Salvador Quezada Limón le dijo que le iba a dar un nombramiento para otra parroquia; pasaron varios meses y se fue un mes de vacaciones, regresó en el mes de noviembre de 1958 y el señor obispo le informó que lo iba a enviar a la Parroquia de San José. Fue en el mes de noviembre de 1958 cuando el señor obispo lo mandó a la Parroquia de San José para ayudar al señor cura Jesús Alonso Delgado; esto lo recuerda bien porque estaban en la fiesta de la Medallita Milagrosa, misma que culmina en día 27 de noviembre.

Le costó trabajo adaptarse a la manera de ser de don Jesús Alonso, pues en un principio ni siquiera se dirigían la palabra; entonces lo mandaron llamar del obispado para preguntarle por qué no le hablaba a don Jesús y él contestó que don Jesús era el que no le hablaba a él. Cuando regresó a la parroquia, don Jesús Alonso le dijo: “Mire, padrecito, cuando yo le hable, me habla, y si no, permanecemos en silencio”; pasó un mes sin que don Jesús Alonso le hablara y cuando se dignó a hacerlo le dijo: “Padrecito, no sea rencoroso, no me quiere hablar”, a lo que el padre Juan Antonio contestó: “Quedamos que usted iba a iniciar las pláticas”; una vez hechas las aclaraciones pertinentes, fueron los dos más grandes amigos, a tal grado que el padre Juan Antonio permaneció en la parroquia de San José ayudando al padre Jesús Alonso Delgado hasta el día de su muerte.

En los primeros años de su estancia en San José, el obispado lo quiso cambiar a la parroquia del Sagrario, pero, a petición del señor cura don Jesús Alonso, siguió en San José.

A la muerte del señor cura Alonso, lo designaron a él señor cura de San José y ahí estuvo unos veinticinco años, hasta que en enero del año 2000 lo cambiaron a la parroquia del Encino. En su estancia en San José, embelleció el templo, atendió la evangelización, la catequesis y la liturgia; además, continuó con la academia en la que se preparaban muchachas para ser secretarías taquimecanógrafas, a la vez, se les enseñaba corte y confección.

Comentaba el señor cura Juan Antonio que para él fue drástico el cambio de San José al Encino, ya que tenía gran cariño por la primera parroquia, pero ya llevaba dos años en el Encino y se estaba encariñando con la gente del barrio de Triana, característica por ser muy bondadosa e interesada por ayudar mucho en su ministerio. Él fue el encargado de remozar el templo: comenzó por lo misma escultura del Señor del Encino, la cual estaba muy deteriorada; también dio mantenimiento a todo lo que estaba dorado dentro del templo; arreglos extraordinariamente caros; dos de las campanas se pensaban refundir porque presentaban fisuras. En fin, explicaba que en su labor como señor cura siempre vería por el bien de su feligresía.

Señor obispo José de Jesús López y González

El señor obispo José de Jesús López y González vivió gran parte de su vida en la calle Abasolo número ciento quince, al lado sur del Jardín del Encino, por lo tanto, no podemos ni debemos dejar de hacer una semblanza de él, quien fue extraordinariamente virtuoso en el transcurso de su vida, al grado de que en Roma se tramita su beatificación, para que posteriormente forme parte de la corte de santos que testimonian la grandeza de Dios.

Al oriente de la ciudad de Aguascalientes se encuentra la región de El Llano, la cual, en su vegetación, manifiesta

características semidesérticas, a base de nopales, mezquites, huizaches y magueyes; no tiene ríos; el agua que le llega sólo la recibe del cielo, el cual se porta con avaricia, pero cuando el temporal es bueno, esta región se constituye en el granero de Aguascalientes por sus ubérrimas cosechas de maíz y de frijol. Pues bien, al poniente de esta región, ya limítrofe con el lomerío que está al oriente de la ciudad de Aguascalientes, por el rumbo de San Francisco de los Viveros, está el rancho El Cotón, que es, como todos los ranchos del rumbo, de casas de adobe, pero con el adorno maravilloso del corazón de su gente, bondadosa, laboriosa, sencilla y profundamente cristiana.

El día 15 de octubre del año de 1872, la familia campesina formada por don Apolonio López y doña María del Pilar González, quienes vivían en el rancho El Cotón, se vieron bendecidos de la mano de Dios al mandarles un niño, a quien a los cinco días de haber nacido bautizaron en la parroquia de la Asunción de la ciudad de Aguascalientes y le impusieron por nombre José de Jesús. A los cuatro años de edad quedó huérfano de padre, pues murió don Apolonio, pero su madre, doña Pilarcita, tomó las riendas del hogar y educó muy cristianamente a José de Jesús y a sus cuatro hermanas.

La familia López y González vino a radicar a la ciudad de Aguascalientes, lo más probable, al barrio de Triana. José de Jesús hizo la primaria en la Escuela de Cristo, ubicada en la primera calle del Reloj, hoy Benito Juárez, fue su maestro don Domingo Becerra; en aquel entonces, el sistema de enseñanza era lancasteriano, es decir, un solo maestro para todos los niños de distintos grados y los niños más sobresalientes ayudaban al maestro enseñando a sus compañeritos; a estos ayudantes se les llamaba *monitores*. En la Escuela de Cristo, José de Jesús hizo amistad con muchachos de grados superiores, entre ellos estuvieron Rosalío Esparza y, quien fuera mi abuelo, J. Refugio Ramírez Palos.

Cuando tenía apenas seis años, manifestó a su mamá, doña Pilarcita, su vocación para el sacerdocio. El 18 de octubre

de 1886 ingresó al Seminario Auxiliar de Aguascalientes para hacer sus estudios de latín; su espíritu de disciplina, estudio y juventud se manifestó en él, pues fue un magnífico estudiante y a la vez deportista, destacando en el frontenis.

Por invitación del ilustrísimo obispo de Zacatecas, señor Portillo, José de Jesús se trasladó al seminario de Zacatecas y estudió teología, matemáticas y física, pero el señor Baz, rector del seminario de Guadalajara, no dio validez a los estudios de teología hechos en el seminario de Zacatecas, razón por la que José de Jesús y otros compañeros emigraron a la ciudad de Guadalajara, de la que quedaron maravillados, para continuar sus estudios en el seminario de esa ciudad.

Hizo sus estudios de teología en el seminario de Guadalajara y siempre recordó con admiración de hijo a su maestro don Agustín de la Rosa (padre Rositas), gran matemático, físico y astrónomo, quien lo aficionó a las ciencias exactas. Terminó sus estudios en el seminario de Guadalajara y fue ordenado sacerdote por el arzobispo don Pedro Loza y Pardavé, el día 30 de noviembre de 1897. El 8 de diciembre de ese mismo año fue su cantamisa en el templo de San Felipe, en Guadalajara, fue apadrinado por varios dignatarios eclesiásticos.

Después de ordenado sacerdote, ejerció su ministerio dentro de la recién creada diócesis de Aguascalientes, primero en la parroquia de Jesús María, en donde estuvo de 1897 a fines de agosto de 1900, cuando sus superiores lo designaron a la parroquia de Asientos, en la que duró dos meses, pues el 2 de noviembre regresó a Jesús María, donde permaneció hasta fines de 1902, cuando fue nombrado vicario de Cosío, lugar que le permitió consolidar la fe católica ante el embate de otras iglesias. En todos los lugares en los que actuó en sus primeros años de sacerdote, dio ejemplo de humildad, santidad y enseñanza magistral del catolicismo. Su preparación intelectual fue valorada por sus superiores y lo llamaron para que impartiera cátedra tanto en la Escuela Libre de Derecho que había en Aguasca-

lientes, misma que por orden del gobierno desapareció, como en el Seminario Conciliar de Aguascalientes, impartiendo latín, castellano, filosofía, moral y oratoria sagrada.

En 1913 fue nombrado señor cura de la parroquia de Jesús María, cargo que ocupó hasta 1919; no cabe duda que en su primera etapa de vida sacerdotal, Jesús María fue determinante, ya que ejerció buen tiempo ahí, llegando a conocer perfectamente a su feligresía, lo que sirvió para una aplicación profunda de su labor pastoral.

El 10 de marzo de 1922, murió el señor cura del Encino, don Isidro Navarro, y lo suplió don José de Jesús López y González como vicario general; por cierto que el desarrollo de su misión fue ardua, tomando en cuenta la época de la persecución religiosa; esta persecución hizo que muchos sacerdotes y obispos emigraran al extranjero, entre ellos, el segundo obispo de la diócesis de Aguascalientes, don Ignacio Valdespino, quien se fue a la ciudad de San Antonio, Texas.

El señor obispo Valdespino, en el destierro, vio la conveniencia de nombrar para su diócesis un obispo auxiliar, y el nombramiento recayó en don José de Jesús López y González, a quien consagró como tal en la ciudad de San Antonio, Texas, Estados Unidos de Norteamérica, el 30 de marzo de 1928. El 12 de mayo de 1928 murió el obispo Ignacio Valdespino Díaz y fue designado administrador apostólico de la diócesis don José de Jesús López y González, cargo que desempeñó hasta el 3 de enero de 1930, cuando tomó posesión como obispo propio de la diócesis, con la alegría de toda la feligresía que estaba plenamente identificada con él. La labor de don José de Jesús López y González, en su calidad de obispo, fue fructífera; recordemos algunas de sus obras:

Creó la asociación religiosa de Guardia de Honor y Apostolado de la Oración, en relación con el Sagrado Corazón de Jesús; fomentó la Acción Católica Mexicana, en sus divisiones tanto varonil como femenil, en las ciudades y el campo de su

diócesis, llegando este movimiento a su época de oro. Dentro de las aficiones artísticas del señor López, la música ocupó un lugar preponderante; le gustó pulsar la guitarra, por lo tanto, su afición se manifestó al crear la Escuela de Música Sacra, que aún existe y está en la calle Juan Diego; lo mismo, con la ayuda de la feligresía, compró un órgano Hammond para catedral y se bendijo al inicio de un congreso eucarístico; me acuerdo que después de la bendición hubo un concierto al que asistí en compañía de mis padres, y el concertista fue el maestro don José Ruiz Esparza, organista titular de nuestra catedral.

Su amor mariano a la Virgen de la Asunción hizo que solicitara a su santidad Pío XII que se declarara dogma la Asunción de María; fomentó el culto a la Virgen de la Asunción y dieron comienzo las peregrinaciones del mes de agosto, de las parroquias a catedral. Su preocupación por la formación religiosa de la feligresía hizo apoyar decididamente la existencia del seminario diocesano y fundó la Liga de Recíprocos Auxilios entre el seminario y los fieles; también amplió la Escuela Catequística. Este celo de cultura religiosa lo hizo patrocinar congresos eucarísticos, catequísticos, misionales y de apostolado, todos a nivel nacional. Una de sus alegrías y orgullo fue haber ordenado 76 sacerdotes y suscribir 15 cartas pastorales.

Fue un hombre extraordinariamente caritativo, toda entrega a sus semejantes en desgracia, hasta donde alcanzaba su capacidad económica. Nos acordamos los trianeros de aquella corte de menesterosos que se sentaban frente a la casa del señor obispo en la calle de Abasolo y se iban con la sonrisa en los labios al recibir su ayuda para el pan de cada día. Sus sentimientos de caridad lo hicieron patrocinar el Orfanatorio Nazaret, antecedente de la Ciudad de los Niños, así como la Clínica de Guadalupe, hoy Centro Hospitalario de Aguascalientes.

El señor obispo López fue en extremo prudente y, a pesar de las dificultades que afrontó en la época de su actuación, tiempos posteriores inmediatos a la persecución religiosa,

época de la educación socialista, transición de nuestro México, fue prudente, lo que le valió la amistad y respeto de todas las clases sociales. Como consecuencia del tipo de educación que se impartía en la década de 1930 a 1940, con un laicismo mal interpretado, pues apartaban de los niños la existencia de Dios, fue preocupación del señor obispo López la educación católica en los niños y en toda la diócesis; creó las escuelitas del señor obispo, atendidas en muchas ocasiones por muchas de buena fe que no eran maestras, pero él se preocupó por su preparación profesional y esto lo llevó a fundar, el 8 de septiembre de 1932, la Congregación Religiosa de las Hermanas Maestras Católicas del Sagrado Corazón de Jesús. Esta congregación, como todas las personas morales, ha tenido sus altas y bajas; hoy día se encuentra perfectamente consolidada y ha sido semillero de magníficas maestras, quienes aspiran al perfeccionamiento profesional, acudiendo a centros de estudios pedagógicos y se han proyectado con escuelas, catequesis y misiones a Perú. Actualmente, su casa central se ubica en la calle Colón números 637 y 639 de esta ciudad de Aguascalientes, es decir, en el mero barrio de Triana.

El 12 de diciembre de 1936, el señor obispo López coronó a la Santísima Virgen de Guadalupe en catedral; la corona se elaboró con oro, plata y piedras preciosas que la feligresía de Aguascalientes donó por medio de joyas que entregó. Los obispos norteamericanos y mexicanos fundaron en Montezuma, Estados Unidos de Norteamérica, un seminario para la mejor preparación de los futuros sacerdotes mexicanos y el señor obispo López, en 1937, envió a 23 jóvenes; entre ellos iba quien llegaría a ser el décimo primer señor cura del Encino, presbítero Salvador Jiménez Díaz, así como el culto sacerdote y gran orador sagrado Jorge Hope Macías. El día 5 de enero de 1940, con el ánimo de contrarrestar la educación atea, inició una campaña de oraciones entre la feligresía, para que Dios estuviera presente en todos los hogares católicos de Aguascalientes.

En la primera mitad del siglo XX, Aguascalientes empezó a dejar de ser la ciudad de las torres viudas; catedral no fue la excepción, y gracias a la motivación del obispo López a la sociedad para construir la torre sur de catedral; a la gran administración que en la construcción tuvo el santo sacerdote mártir don Felipe Morones; a la dirección de la obra por el ingeniero Luis Ortega Douglas, y a la magnífica labor del maestro cantero Ortega, la torre se terminó el 8 de julio de 1946, la cual bendijo don José de Jesús López y González. Esto fue en la tarde de ese día, coincidiendo que en la mañana constituyó el cabildo catedralicio, mismo que le sirvió de consejero y apoyo para el gobierno de la diócesis.

El tiempo se fue rápidamente y, sin pensar, pasaron los lustros y las décadas, así llegó el 30 de noviembre de 1947, día de las bodas de oro sacerdotales del señor obispo José de Jesús López y González. Toda la diócesis de Aguascalientes se volcó en muestras de cariño y alegría hacia su pastor; hubo veladas literarias, actos religiosos, fiestas populares y banquetes; fueron invitados a los actos varios señores obispos y compañeros seminaristas del señor López; recuerdo que entre ellos vino y se hospedó en mi casa un tío mío, primo de mi papá, el señor cura Pudenciano Villalobos, quien ejercía su ministerio en la ciudad de Torreón, del estado de Coahuila.

El santo padre Pío XII, con motivo de las bodas de oro sacerdotales, además de su bendición al señor obispo López, y debido a su trayectoria, lo nombró conde de la corte papal y asistente al solio pontificio, es decir, lo nombró su consejero. Una de las cosas que llamaron poderosamente la atención de los aguascalentenses fue que el día principal de la celebración de las bodas de oro acudió el señor gobernador del estado, ingeniero don Jesús María Rodríguez, y el presidente municipal, don Jaime Aizpuru, al banquete principal de los festejos; ante la alegría de todos, ambos hicieron uso de la palabra, felicitando al señor obispo López. “César y Pedro” se reconciliaron después

de haber permanecido varios años en discordancia y de nuevo renacieron en Aguascalientes las buenas relaciones entre las autoridades civiles y eclesiásticas.

Corría el año de 1950 y empezamos a saber que nuestro querido señor obispo López padecía una gravísima enfermedad, tenía cáncer; esto nos entristeció. La dolorosa enfermedad avanzaba y él, santamente, dándonos ejemplo, la soportaba; llegó a tal grado que no podía estar sentado. En el mes de noviembre, después de haber acompañado a la feligresía a la peregrinación anual a la Basílica de la Virgen de Guadalupe, se internó en uno de los hospitales de la Ciudad de México; fue su doctor el oncólogo Conrado Zukerman quien determinó operarlo, lo que aconteció el día 9; salió bien de la operación, pero el día 10 tuvo severas complicaciones y entró en agonía; el día 11, Dios tuvo a bien recibir a su siervo, el de la santa sonrisa, el señor obispo José de Jesús López y González. La noticia de la muerte del señor obispo corrió como pólvora prendida por toda la diócesis, paralizando las actividades; Teocaltiche de inmediato suspendió su tradicional feria, lo mismo en el Encino; todos los actos sociales programados para esos días fueron cancelados; la industria y el comercio detuvieron sus actividades; Aguascalientes estaba apesadumbrado, estaba de luto.

Inmediatamente, la diócesis se preparó para las honras fúnebres de los restos del señor obispo; hubo comisiones que se apostaron en la carretera sur para esperar la carroza con sus restos mortales; parte de la gente de nuestro pueblo esperó frente a lo que fue su casa en la calle de Abasolo, en el Jardín del Encino; el cortejo fúnebre arribó a Aguascalientes entre las cinco y seis de la mañana del día 12 de noviembre de 1950. Por razones de espacio, se le veló en la casa contigua a su domicilio, la feligresía formó largas filas para pasar cerca del cuerpo de su amado obispo; después, por voluntad expresada por el señor obispo López, su cuerpo fue llevado a la parroquia del Encino, donde siguió la feligresía desfilando frente a su cadáver. El señor

obispo hubiera querido ser sepultado en el panteón de la Salud, pero sus sacerdotes pidieron que fuera sepultado en catedral.

Del Encino fue el cortejo por la calle Ancha, hoy profesor Eliseo Trujillo, luego por Minerva, hoy profesora Vicenta Trujillo, y luego por José María Chávez hasta catedral. Imponente fue la manifestación de dolor que acompañó el cuerpo sin vida. Mi casa paterna se ubicaba en José María Chávez y parados en la puerta vimos cómo con pasos lentos pasaba el cortejo fúnebre; acompañaban los restos del señor obispo López, custodiándolo, los Caballeros de Colón, luego las distintas órdenes religiosas que había en la ciudad; iban ahí sus hijas, las monjitas de la Congregación de las Hermanas Maestras Católicas del Sagrado Corazón de Jesús; las monjitas de la Inmaculada; del Colegio La Paz, entre ellas, la miss Gela, Angelita Alba, quien, con leve inclinación de cabeza, saludó a mis padres; las madres de la Enseñanza, o sea, las del Colegio Guadalupe Victoria, franciscanos, dominicos y todos los miembros del clero regular iban vestidos con sus hábitos, dando mayor solemnidad al acto; también estuvo presente el clero secular. La misa de cuerpo presente se llevó a cabo en catedral, presidida por el señor obispo de Guadalajara, José Garibí Rivera.

El señor obispo José de Jesús López y González fue sepultado en el presbiterio del altar mayor de catedral, detrás del altar mayor hacia el lado sur; los Caballeros de Colón mandaron hacer una placa de bronce con los siguientes datos: en la parte superior, el escudo creado por el obispo; debajo de él, a la izquierda, una estrella, y debajo de ésta, la fecha, 15 de octubre de 1872 (nacimiento); a la derecha, debajo del escudo, una cruz con la fecha 11 de noviembre de 1950 (defunción). De arriba hacia abajo dice: “Aquí yacen los restos del Excmo. y Rvmo. Sr. Conde y asistente al Trono Pontificio Dr. D. José de Jesús López y González Tercer Obispo de Aguascalientes, su diócesis lo recuerda por su bondad de padre y sus virtudes de santo. R.I.P.”, y termina con una tiara y un báculo. Para hacer

esa placa, primero se hizo una de madera; yo vi que el maestro ebanista, tallador y gran artista de la madera, don Carlos Santacruz Acevedo, maestro mío en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, en su pequeño taller en la plazuela de San José, la talló y, por modestia, no la firmó.

Lo anterior tuvo como base los datos de un fascículo que me prestaron las Hermanas Católicas del Sagrado Corazón de Jesús, de “Vidas Ejemplares, José de Jesús López, la sonrisa de Dios”, así como las vivencias que tuve. Pero ahora me interesa dejar constancia de noticias que mi madre me transmitió, respecto a las relaciones que mi familia tuvo con el señor obispo José de Jesús López y González.

Corrían los últimos años de la década de los setenta del siglo XIX cuando coincidieron en la Escuela de Cristo tres niños que, aún con diferencias de edades, fueron compañeros, debido al sistema de enseñanza lancasteriano, es decir, un solo maestro para los distintos grados; estos niños fueron José de Jesús López y González, Rosalío Esparza y Refugio Ramírez Palos. Hubo tal afinidad en la manera de ser de los tres que quisieron hacerse compadres y en su mente infantil encontraron la forma: fueron al corral de la casa de uno de ellos y bautizaron un conejo, uno lo asió de una oreja, el otro de la otra y el tercero le derramó agua en la cabeza; a partir de aquel momento, los tres se dieron trato de compadres, y como José de Jesús era bajo de estatura y gordito, le apodaban La Gallina.

Este trato trascendió en las generaciones, pues don Rosalío Esparza llamó a mi madre comadre y a nosotros nos decía compadritos; por su parte, el señor obispo José de Jesús López y González, a mi tío, el doctor Salvador Ramírez Martín del Campo, le dio trato de compadre. Pues bien, los tres niños siguieron la vocación que Dios les envió: José de Jesús, el sacerdocio; Rosalío, agricultor, y Refugio, agricultor, militar y abogado.

Cuando José de Jesús fue designado obispo propio de la diócesis de Aguascalientes, en enero de 1930, la feligresía se

volcó en manifestaciones de cariño, respeto y sumisión, y formaron largas filas en las calles aledañas a catedral hasta llegar a las oficinas del señor obispo; lo saludaban hincándose y le besaban el anillo pastoral. Mi abuelito, licenciado Refugio Ramírez Palos, católico, apostólico, romano hasta la médula, también se formó en la fila para rendir homenaje y sumisión a su señor obispo y cuando llegó a él y lo vio, le entró gran nerviosismo al señor obispo que lo tomaba de los brazos para que no se hincara y le decía: “No, Refugio, no te hinques, acuérdate que soy tu compadre La Gallina”. ¡Cuánta humildad y cariño del señor obispo López!

Motivo de profundo agradecimiento de mi familia es lo que relataré enseguida. Encabezaba el gobierno de la República el general Lázaro Cárdenas en su sexenio de 1936 a 1942 y creyó conveniente establecer la educación marxista socialista en nuestra patria, ideología que riñe con la doctrina católica, por lo que hubo serio conflicto en todo nuestro México. Muchos padres de familia optaron por retirar a sus hijos de las escuelas y mandarlos a escuelas católicas carentes de reconocimiento oficial. Mi padre, profesor Faustino Villalobos López, en esa época era inspector escolar en el medio rural y para nuestra gente del campo ser profesor del sistema oficial era algo así como si fueran emisarios del diablo; muchos maestros oficiales fueron sacrificados por la manera de ser de nuestra gente. Mi padre salía temprano los lunes a cumplir con su trabajo y debido a la falta de comunicaciones en el estado, regresaba los viernes por la tarde, utilizando para ello el ferrocarril, ya fuera el que venía de Fresnillo, Zacatecas, o el de San Luis Potosí; nosotros nos quedábamos angustiados por la seguridad de mi papá, y mi madre lo bendecía para que regresara con bien.

Mi madre, profesora Merceditas Ramírez de Villalobos, fue a ver a nuestro amigo de familia, señor obispo José de Jesús López y González, y le platicó las angustias que tenía respecto al trabajo de mi padre; el señor obispo le dijo: “No te apures,

Mercedes, vamos a solucionar este asunto”, y lo que hizo fue girar una comunicación a los señores curas foráneos, diciéndoles que el profesor Villalobos era gente de bien; a partir de entonces, parecía que tenía guardaespaldas, pues los patriarcas de las comunidades rurales acompañaban a mi padre de un poblado a otro. ¡Muchas gracias, señor obispo José de Jesús López y González! El bondadoso y gran corazón del obispo siempre estuvo para remediar a sus semejantes sus necesidades.

Platicaba mi madre que en una ocasión, en medio de la madrugada, el señor obispo oyó un ruido en su recámara y bien comprendió que se trataba de un ladrón; con voz fuerte le dijo: “Hijo, sé que estás aquí, en mi recámara, voy a prender la luz, no te vayas a asustar, pues estoy en pijama”, y luego que prendió la luz, buscó al ladrón y lo encontró agazapado junto a unos muebles y se dirigió a él, diciéndole: “Bien sé que andas robando porque has de tener grandes penurias económicas en tu casa. Ven, acompáñame a la sala de la casa”; y el caco, todo atolondrado y apenado, lo siguió. Ya en la sala, lo invitó a que tomara el objeto más valioso para que remediara su situación y este sujeto no se animaba a tomar cosa alguna, casi estaba al borde del llanto; al ver esto, don José de Jesús tomó un valioso reloj de mesa que tenía y se lo dio al ladrón, diciéndole: “Dios quiera que te sirva para remediar tus necesidades, y no te lo robas, yo te lo regalo. Ven para abrirte la puerta de la casa para que salgas como mi amigo y no saltando tapias como ladrón; sábetelo que cuando tengas necesidad, toca las puertas de esta casa y siempre encontrarás a tu amigo que te ayudará”. Qué gran corazón del señor obispo López. En cuanto a caridad, quien acudiera a él, ya fuera con apremios espirituales o económicos, nunca salía con las manos vacías.

Siempre estuvo al pendiente de las necesidades espirituales de la diócesis. En la avenida Cinco de Mayo de esta ciudad escogió un sitio para levantar el templo del Sagrado Corazón de Jesús y encomendó su construcción al querido y recorda-

do padre José Femat; por cierto, la torre sur de este templo la costéó íntegramente mi compadre, el licenciado Joaquín Cruz Ramírez, como un regalo al pueblo de Aguascalientes, después de haberse sacado un premio en la Lotería Nacional. Pues bien, el templo se levantó muy cerca de lo que entonces fue la zona de tolerancia, y en una ocasión, mi madre le dijo: “¿Por qué escogió un punto tan feo para levantar ese bello templo?”, y él contestó: “Mira, Mercedes, ahí es donde más necesitaba un templo, para que aquellas pobres mujeres encuentren la paz y el camino hacia Dios”. Contestación plena de amor y caridad para aquellas mujeres necesitadas.

En fin, el señor obispo López fue un gran señor, para Aguascalientes y para mi familia, con detalles tan hermosos como cuando un día le habló a mi madre para regalarle una sagrada Biblia, en edición de lujo, que teníamos en la casa como una bellísima joya que nos obsequiara nuestro amado señor obispo.

Por lo que respecta a la casa de mi amor, mi querida esposa Lupita, las relaciones que llevaron con el señor obispo López fueron muy intensas, ya que la señorita María Ponce Macías, su tía, fue directora de una escuelita creada por el señor obispo en la calle de Lares, en el barrio de San Marcos, y en muchas ocasiones, Lupita, mi esposa, fue intérprete de los poemas que su tía componía para el señor obispo y que le ofrecía en su cumpleaños.

En nuestra casa hubo dos que recibimos sacramentos de manos del señor obispo López; Cuca Ramírez Alonso, el bautismo, y fueron sus padrinos el presbítero Rutilo Alonso Delgado y mi hermana, profesora Mercedes Villalobos Ramírez; y a mí me confirmó, mi padrino fue el señor profesor J. Guadalupe Nájera Jiménez, casi hermano de mi padre. Dichos sacramentos los celebró en el oratorio privado de su casa en la calle Abasolo.

Así, nuestro queridísimo señor obispo José de Jesús López y González, trianero por todos los lados, vivió su vida de señor obispo en su casa de la calle Abasolo, parte sur del Jardín del Encino. Actualmente está en proceso de canonización y no perde-

mos la esperanza de verlo formar parte de los santos de nuestra Iglesia católica, que virtudes tuvo en todos los aspectos de la vida. Qué orgullosos nos sentimos los aguascalentenses y trianeros de nuestro tercer obispo don José de Jesús López y González!



Vista lateral de la parroquia.

VIII. LA FAMILIA

Don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez

Dentro de mis narraciones he hablado del señor cura de Triana Justo Ramírez Pérez, digno ministro de la parroquia del Señor del Encino y gran trabajador social por su entrega incondicional a la comunidad; su llegada a Aguascalientes, el día 8 de julio de 1864, marca en los antecedentes de nuestra familia la fecha en que nuestra rama Ramírez se avecindó en nuestro amado solar aguascalentense, procedente de la cercana población de San Juan de los Lagos.

A la sombra del señor cura también cambiaron de domicilio sus hermanos, entre ellos, quien fue mi bisabuelo, don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez, de quien hacemos esta semblanza. Don Juan fue esposo de doña Manuelita Palos y sus hijos, todos nacidos en Aguascalientes, fueron Refugio, Cayetana, María Concepción, María Dolores y José; enviudó y contrajo segundas nupcias, en este segundo matrimonio tuvo una hija, María Ramírez.

Mi “papá don Juan” (así nos acostumbró mi madre a llamarlo) fue una persona blanca de tez, ojos cafés, barbado y obeso; a mi juicio, fue diabético, pues se decía que fue muy sano, comía en exceso y bebía unos jarros de agua muy grandes; esto se me antoja un cuadro propio de un diabético, enfermedad que siempre ha estado presente en los miembros de la familia. De las anécdotas de mi papá don Juan platicaré dos, una del porqué lo bautizaron con el mote de Cabeza de Hierro, y la otra de cómo fue su celo por cuidar el Jardín del Encino.

Don Juan Crisóstomo, hombre de su época, además de ser agricultor, no fue ajeno a la problemática política de su tiempo y participó en las luchas de la Guerra de Reforma dentro del partido conservador; pues bien, al pelear en el palacio de gobierno, en la ciudad de Guadalajara, un obús de los liberales cayó sobre el techo de la habitación donde estaba mi bisabuelo y se derumbó; tres días después, los soldados, removiendo escombros, dieron con el cuerpo de don Juan y grande fue su sorpresa al encontrarlo con vida; todavía duró algún tiempo conmocionado, pero poco a poco empezó a recuperar sus facultades, dentro de ellas, el habla. Lo anterior le valió a mi papá don Juan que sus compañeros de armas le llamaran “El Cabeza de Hierro”.

Los vecinos fronteros al Jardín del Encino acordaron entre ellos cuidar del aspecto de éste, y para tal efecto, se repartieron los prados para su cultivo y atención; mi papá don Juan vivió en la casona que está al poniente del jardín y que alberga hoy día la Escuela Secundaria y Preparatoria José María Morelos; naturalmente, también a él le tocó atender un prado y cuentan que era su costumbre, al atardecer, sentarse en un equipal junto a la puerta de su casa, en donde se formaba la tertulia de vecinos para charlar amenamente; al finalizar el *angelus*, rezaban el rosario y, cuando estaban en sus oraciones, veía mi bisabuelo que estaban los niños jugando sobre el prado que le tocaba cuidar, momentáneamente suspendía el rezo y les gritaba: “muchachos jijos... sálganse de ahí”, y continuaba,

“Santa María, Madre de Dios, etcétera”. Así cuidaba don Juan Crisóstomo su prado.

El Chan del Agua

Siempre, dentro de los miembros de una familia, hay uno que destaca por su buen humor, por ser jocoso, y esa persona se proyecta de generación en generación por tradición oral, al grado de que se les conoce como si se conviviera con ellos; eso me pasa con mi tío bisabuelo don José María Ramírez Pérez, a quien, por boca de mi madre, lo conozco bien, y a quien por cariño le decían El Chimuelo. José María fue hermano del tercer señor cura del Encino Justo Ramírez Pérez, y de mi bisabuelo, don Juan Crisóstomo. Descendientes de él, contemporáneos nuestros, son los Ramírez Alonso, sus nietos, entre ellos, Calesero y el actor Ernesto Alonso, quien, por cuestiones del medio artístico, tomó el apellido de su madre; los Ruvalcaba Valdivia fueron sus bisnietos, entre ellos, el médico pediatra Humberto. Una vez ubicado nuestro personaje, platiquemos de sus puntadas, que han llegado a nuestro conocimiento.

En alguna ocasión he hecho mención del acueducto de Triana, mismo que ya hace muchos lustros surtía de agua zarca, procedente del Cedazo, a los hogares del sur de la ciudad, eran dos fuentes las que se encargaban de estos menesteres, una, la pila del obrador que se ubicó al sur de la primera cuadra de la calle del mismo nombre, hoy José María Chávez, y la otra era la fuente del Jardín del Encino.

La fuente del Jardín del Encino fue remodelada a fines de 1881 y principios de 1882, gracias al entusiasmo creador del señor cura Justo, quien fue un gran trabajador social; su reconstrucción terminó el 25 de mayo de 1882. La nueva fuente fue motivo de alegría de todos los moradores de nuestro barrio de

Triana; José María no fue la excepción, también a su modo celebró el acontecimiento.

El tío José María fue un tipo flamencón, bohemio, le gustaban las bebidas espirituosas, algo así como dijera Pérez Vázquez: “¡lanzaba el reto a la noche con palmas y amontillado”. Pues bien, una de esas madrugadas, cuando despuntaba el alba y los pájaros en el jardín empezaban a cantar sus alabanzas al Creador por el nuevo día, pasó muy alegre José María, debido a la “saludable noche”; no resistió ver el agua fresca de la pila, zarca, primorosa, que lo invitaba a un baño, y, ni tardo ni perezoso, se despojó de todas sus ropas, que acomodó en una banca, y ¡al agua, patos!, estaba feliz nadando de “muertito” y echando chorritos de agua por la boca; pero sucedió que las hacendosas mujeres del barrio, cuando se dirigían a la fuente con sus cántaros para proveerse de agua, vieron a José María nadando como si fuera súbdito de Neptuno y se retiraban en estampida, gritando “¡El chan del agua! ¡El chan del agua!”. Así nacen las leyendas, nuestra pila tuvo su chan del agua.

¡Muy macho!

Ya que el hombre se integra por dos elementos fundamentales, el alma y el cuerpo, es muy saludable a cada uno de éstos darle su respectivo alimento y, por lo general, en cuanto al espíritu se refiere, son los caminos de las religiones los que se encargan de fortalecer el alma.

La religión católica tiene una etapa dentro del año litúrgico dedicada a la penitencia y mortificación corporal, que es conocida con el nombre de cuaresma, la que se inicia con el Miércoles de Ceniza y termina con el Domingo de Resurrección. También esta etapa conmemora el período cuando el Señor se retiró al desierto para hacer penitencia y darnos el ejemplo de que debemos aceptar la mortificación corporal para la superación espiritual, aun

siendo él el máximo de la perfección. Dentro de la cuaresma, en nuestra religión católica existe la costumbre de practicar los ejercicios espirituales, que, como su nombre lo indica, son ejercicios del espíritu, igual que en lo físico lo fuera de un atleta. Fue ese coloso de los santos de la Iglesia, san Ignacio de Loyola, quien trazó un plan de ejercicios espirituales cuya temática versó sobre las verdades eternas: la gloria, el purgatorio y el infierno.

Pues bien, en la segunda mitad del siglo pasado, el señor cura de Triana, Justo Ramírez Pérez, organizó unos ejercicios de encierro para bien de sus feligreses y naturalmente que también le interesaba la buena marcha espiritual de sus hermanos; con invitación forzosa, José María tuvo que ingresar a los mismos y encerrarse varios días para meditar y oír la palabra de Dios. Al empezar los ejercicios, el señor cura hizo la distribución de las celdas, de conformidad con el número de ejercitantes, y en la misma celda que destinó para su hermano Chema, también le tocó a otro sujeto con fama de afeminado; esto no fue del agrado de José María y se las ingenió para deshacerse de este compañero.

En la noche, cuando terminó el primer día de ejercicio y después de rezar sus oraciones, Chema y su compañero trataron de conciliar el sueño, ése fue el momento oportuno para que el afeminado saliera corriendo de la celda, a consecuencia de que José María fingió estar dormido e imitó una serie de sonidos, roncaba y al mismo tiempo simulaba el ruido del canto de una paloma habanera y pleitos de perros y gatos, entonces el joto empezó a decir “¡Ave María Purísima!” y persignaba el rumbo de donde procedían estos ruidos. Cuando llegó la situación a su clímax, salió corriendo como tapón de champaña hasta donde estaba el señor cura y le dijo que en su celda estaba el demonio, pues su hermano José María estaba bien dormido, incluso roncaba, y que se oían muchos ruidos raros, por lo que suplicaba que de inmediato lo cambiaran de celda. Al ver el señor cura tan asustado a este sujeto, lo cambió de celda, pero para sus adentros dijo: “Ya sé quién es el diablo, es el diablo de mi hermano

José María”. Al día siguiente reprendió a José María y él le dijo: “Bueno, Justo, tú ya sabes que yo soy muy macho y con estos sujetos ni en ejercicios de encierro”.

A torear jicotes y herrar ganado

Por muy santas y piadosas que hayan sido las intenciones del señor cura Justo Ramírez Pérez para que su hermano José María, El Chimuelo, aprovechara las pláticas de los ejercicios de encierro para salud de su alma y mejoramiento de su vida, su espíritu chocarrero dio al traste con esas intenciones, y si no, veamos el ánimo de José María para perjudicar al prójimo.

Naturalmente que con el deseo de ocasionar desorden entre los ejercitantes, desde que hicieron que José María aceptara ingresar a los ejercicios de encierro, se consiguió en una de las huertas de Triana un carrizo que cortó en la parte más gruesa para tener un tubo no muy grande, al que le puso un tapón y lo escondió entre las ropas que llevó para cambiarse durante los días que permanecería en encierro, pero dentro del carrizo encerró unos jicotes; había algunas perforaciones para que los animalitos tuvieran aire para respirar. Pues resulta que estando todos en el templo en una de las pláticas espirituales, cuando estaban absortos en el tema, José María dio unos garnuchos a su carrizo con sus respectivas cernidas para enfurecer a los jicotes y los dejó escapar uno a uno, con más bravura que si fueran un toro de La Punta, y se esparcieron por el templo, lo que ocasionó que, temerosos los ejercitantes de ser víctimas del durísimo aguijón de los jicotes, para espantarlos y combatirlos sacaron sus pañuelos y paliacates para torearlos; aquello terminó en un desorden general y con la suspensión de la plática hasta que expulsaron del templo a los jicotes. Naturalmente con la contrariedad del señor cura contra su hermano, por haber ocasionado tremendo desgarriate.

La primera plática de los ejercicios empezaba a las seis de la mañana y en el mes de marzo, a esas horas, la luz del sol aún no ilumina; esta circunstancia la aprovechó José María para cambiar el agua bendita de la pila que estaba junto a la puerta, por donde ingresaban al templo los ejercitantes, por tinta negra de huizache, así que cada uno que pasaba movido por la fe, mojaba los dedos en lo que creía era agua bendita y se iba a ocupar su lugar. Cuando la luz del sol empezó a entrar por los ventanales e iluminó el templo, se empezaron a ver unos a otros con la señal de la cruz en la frente, bien impresa por la tinta que suplió el agua bendita; esto hizo que sacaran sus pañuelitos, los mojaran con saliva y trataran de limpiar sus frentes, ocasionando otra vez desorden. El único que tenía su frente limpia era José María, cosa que delató que él fue el autor de aquella diablura, y cuando el señor cura lo llamó, le puso una regañada y José María le dijo: “No te enojés, Justo, estaba herrando mi ganado para ver cuántos bueyes tengo”.

Los mecatazos y el vivo diablo

La carne humana es débil y sus reacciones sobre nuestro espíritu hacen que hagamos cosas indebidas para la tranquilidad del alma; las piadosas generaciones de cristianos católicos, en un pasado no lejano, para disciplinar sus cuerpos de las malas tentaciones, se los azotaban; costumbres que la misma Iglesia católica ha desechado por ir contra la integridad física y contra la obra de Dios.

En los ejercicios espirituales del siglo XIX era muy común que los ejercitantes disciplinaran su cuerpo azotándolo. En los ejercicios que veníamos comentando y en los que participó José María Ramírez Pérez también hubo un *mea culpa* con chicote en la mano; esta sesión fue dentro del templo del Encino, en la noche y con la luz apagada. Cuenta la tradición que Chema se

fue al fondo del templo, protegió sus espaldas en un rincón que las paredes hacían y como su chicote era largo, pues se dio gusto golpeando al prójimo, después comentó: “¿Yo, golpearme?, ni que fuera burro”.

En el plan de ejercicios espirituales trazado por san Ignacio de Loyola, hay un día en que la plática versa sobre el infierno, en la que se comenta la desgracia de las almas que, conforme al juicio de Dios por su mal comportamiento, van a ese lugar de perpetuo sufrimiento y de carencia absoluta de la presencia de Dios, el infierno. En los ejercicios que venimos refiriendo, el señor cura se valía de los medios audiovisuales de su época para impactar profundamente a los ejercitantes respecto del infierno; él subía al púlpito, medio embozado con una capa española de paño negro, y luego, en la sacristía, tenía muchachos que a una señal se quejaban lastimeramente y a la vez arrastraban cadenas para infundir pavor y arrepentimiento en el alma de los ejercitantes. Pero en los ejercicios a que hago alusión no contaban con el hecho de que Chema condimentaría a su forma el infierno, pues les envió el vivo diablo materializado en un infeliz gato. Resulta que cuando los ejercitantes estaban muy motivados con el infierno, satanás y sus funestas consecuencias, el caramba de José María les aventó desde el coro un pobre gato que untó con una sustancia flamante y le prendió un cerillazo; el gato maullaba, se retorció, saltaba y todos gritaban “¡El diablo! ¡El diablo!”.

Así fue José María Ramírez Pérez, quien, a su modo, vivió a plenitud su vida; tu familia te recuerda con alegría a más de un siglo de tu existencia. En paz descanses.

Profesor José Ramírez Palos

Mi tío Pepe. Qué hermosa facultad la del recuerdo, cuando a la mente acude la estampa de un ser querido y el cariño refina,

más cuando tristemente aquella persona ha fallecido. Recuerdo a mi tío Pepe y siento en la mente y en mi corazón la caricia de su presencia. El profesor José Ramírez Palos, dentro de sus hermanos, fue el menor; nació el día 14 de julio de 1876; sus padres fueron don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez y doña Manuelita Palos. Nada menos que mis bisabuelos. El privilegio de ser el más chico de una familia hace que los hermanos más grandes se vuelquen en amor por él. Mi tío Pepe no fue la excepción; sus hermanas Cayetana, Concha y María Dolores, así como su hermano mayor, Refugio, mi abuelo, se desvivían en cariño por su hermano menor. Lo más lógico es pensar que el niño José hizo sus estudios primarios en la Escuela de Cristo, misma que prestó grandes servicios culturales a nuestra sociedad.

Mi tío Pepe quedó huérfano de madre muy pequeño y, muy jovencito, se murió su papá, don Juan; entonces, su hermano mayor, Refugio, tuvo que interrumpir sus estudios de jurisprudencia que hacía en Guadalajara, los cuales ya estaban muy avanzados, y entre los dos se hicieron cargo de la familia, por cierto que en malas condiciones económicas, pues sobre el Rancho de Cobos, único patrimonio familiar, gravitaba una hipoteca. Mi tío Pepe, al quedar huérfano de madre y padre, colaboró con su hermano Refugio y trazaron un plan para liberar el Rancho de Cobos de las hipotecas, cosa que lograron.

El profesor don Eugenio Alcalá, pedagogo aguascalentense, nacido en Lagos de Moreno, Jalisco, impulsó a muchos jóvenes de fines del siglo XIX y principios del XX para abrazar la noble carrera de maestros, entre ellos, a mi tío Pepe, y posteriormente, a mi padre, el profesor Faustino Villalobos. Nos cuenta Ezequiel Estrada en sus *Semblanzas hidrocálidas*, al desarrollar la ficha biográfica de mi tío Pepe, que a los veintidós años de edad (probablemente cuando egresó de la academia militar) el profesor Eugenio Alcalá, dándose cuenta de las facultades de maestro de mi tío, lo nombró su ayudante, y ya para el año de 1900 fue director de la Escuela Número Dos, donde

recibió presea por su labor eficiente. En 1905, trabajó brillantemente en la Escuela Oficial Número Cinco, para niños; en enero de 1910, el Consejo Educativo de Aguascalientes le otorgó diploma y placa de plata por sus notables servicios docentes. La Patria le agradeció sus servicios de maestro otorgándole distintas presea, pero la máxima fue la que todo maestro de corazón desea tener por haber entregado cincuenta años de vida a la enseñanza, la Medalla Altamirano, misma que también fue prendida en las ropas del pecho de mi tío Pepe el 15 de mayo de 1951, por el entonces presidente de la República, licenciado Miguel Alemán Valdés, en imponente ceremonia que se desarrolló en el Palacio de Bellas Artes, en la Ciudad de México.

El profesor José Ramírez Palos, cuando encontró su verdadera vocación, que fue la de ser maestro, se preparó eficientemente y fue presentando sus materias en exámenes a título de suficiencia en la Escuela Normal del Estado; mi tía Lola Ramírez de Cabral me platicó que se acordaba perfectamente del día en que su papá se recibió de maestro en la Normal, pues su tía Lola, hermana del profesor, le organizó una recepción familiar en la que hubo ponches y bocadillos y la amenizó tocando el piano Albinita Pachuca de Rodríguez; este acontecimiento fue en el año 1918.

Ezequiel Estrada nos dice que mi tío Pepe fue el fundador de la Escuela José Reyes Martínez, en 1912, la que dirigió hasta 1926; fundó el Centro Cultural Obrero, con el respaldo del entonces ministro de Educación Pública, maestro José Vasconcelos, con quien cultivó magnífica amistad. De 1927 a 1931, en Fresnillo, Zacatecas, fue director de la escuela que sostenía la compañía minera The Fresnillo Company; en 1939, fundó con una calidad extraordinaria el Colegio Independencia, con un cuerpo docente de primera, con la maestras Lola Rodríguez, Lucita Guerrero, Ema Guerra, María Alférez, Gerónima Vázquez y María Isabel Jiménez Díaz; en alguna ocasión quiso ampliar la educación a secundaria. Hablo de este colegio con amor, porque fue mi

escuela primaria. Asimismo, dirigió la escuela ferrocarrilera Manuel Fernández, de 1947 a 1953.

En los institutos de enseñanza superior de Aguascalientes, también impartió su sabiduría en cátedras de matemáticas, gramática y literatura castellanas; dan fe de ello el glorioso Instituto de Ciencias de Aguascalientes, el Colegio Guadalupe Victoria, la Normal del Estado y todos los que fuimos sus alumnos.

Hablar de un Ramírez en Aguascalientes es hablar de una persona que es toda entrega a México y a nuestra patria chica; el profesor don José así lo fue. Desde ocupar los puestos de maestro, director, diputado de la legislatura local; cuando era gobernador del estado don Rafael Arellano Valle, hasta el modesto pero honroso cargo de director del archivo general del estado, que fue su última ocupación.

Abramos la puerta del hogar y platiquemos de mi tío, visto desde esta otra faceta de su personalidad. En su vida contrajo matrimonio en tres ocasiones, la primera con María Parga; cuando nació su primogénito, murieron la madre y el niño, a quien alcanzaron a bautizar y pusieron el nombre de Rodolfo. Su segundo matrimonio fue con doña María Cristina Gámez, quien fue su mujer de la vida, pues muchos años duró este matrimonio; ahí vio y disfrutó de la dicha de la paternidad; fueron sus hijos: Manuel y José, médicos; Jesús, dedicado a la industria de la radio; sus hijas: Luz María, María Dolores, Cristina, María Concepción y María Guadalupe, magníficas amas de casa y maestras, siguiendo la vocación del padre. Después de enviudar, contrajo su tercer matrimonio para encontrar consuelo de mujer en su ancianidad, y fue su tercera esposa la maestra Angelita Jiménez Díaz, quien, con cariño, en compañía de sus hijos Ramírez Gámez, hicieron que en su ancianidad fuera feliz.

Yo, tío Pepe, te recuerdo con mucho cariño, primero como el tío abuelito bonito de ojitos gachos, pelo cano como plata, gran conversador con chispa, ingenio y cultura; padrino de ese ángel que fue mi madre, y luego como mi director del gran Colegio In-

dependencia, con tus discursos cívicos que tuvieron la virtud de hacernos amar a México. Cómo recuerdo aquel discurso para conmemorar un 5 de mayo; qué bonitas celebraciones organizaban las maestras con el concurso de nosotros para el día 19 de marzo, día de tu santo; luego fuiste mi maestro en la prepa y en la vida. Fuimos compañeros en el servicio al estado, tú como director del archivo general del estado, yo como juez de paz y agente del ministerio público; cuando tenía mis ratos libres, corría contigo al archivo; te encontraba sentado en tu sillón enfundado en tu abrigo, con un radiador al lado, dormitando. Te despertabas y a darnos un banquetazo platicando tantas cosas bellas que sabías decir y que también sabías escribir, y mientras tanto, con el cariño enorme que siempre te he profesado, asía tus manos con las mías para transmitirles calor, al tiempo que recibía tus sabias enseñanzas.

Al mes tres días de muerte mi madre, también tú seguiste el camino luminoso que nos conduce al Señor. Físicamente nos dejaste el día 17 de junio de 1961. ¡Qué orgullo sentir que fuiste mi tío abuelo!

Licenciado Refugio Ramírez Palos

Después de los padres, los seres que más se quieren son los abuelitos, y esto es lógico, porque ellos, por segunda vez en la vida, sienten la alegría de la paternidad y vuelcan todo su amor en esos chiquitines que son la prolongación de su ser, y si los abuelitos son longevos, verán con alegría cómo los nietos forjan su propia personalidad.

Yo también disfruté de las mieles de tener abuelitos; mi abuelito paterno fue don Ladislao Villalobos, originario de Lagos de Moreno; en sus mocedades fue comerciante y tenía recuas de mulas, comerciando de Aguascalientes a la costa. Cuando yo lo conocí ya tenía cerca de noventa años, barba blan-

ca y grande como Santa Claus, y casi ya nada más vegetaba. Tristemente no conocí a mis abuelitas, María Dolores López Pedroza de Villalobos y Ma. Francisca Martín del Campo Mora de Ramírez; pero con quien me di vuelo en mis relaciones abuelo-nieto fue con mi abuelito materno, el licenciado don Refugio Ramírez Palos; hablemos de él.

Mi papá Cuco fue el mayor entre sus hermanos, fueron sus padres don Juan Crisóstomo Ramírez Pérez y doña Manuelita Palos; fue el día 4 de abril de 1867, año crucial en la historia de México por el derrumbamiento del imperio de Maximiliano y el regreso de la legalidad con don Benito Juárez, cuando nació mi abuelito; su familia se cubrió de alegría con su nacimiento, entre otras cosas, por haber sido el primer aguascalentense Ramírez; el lugar de su nacimiento fue la casona que está al lado poniente del Jardín del Encino y que ahora ocupa la Preparatoria José María Morelos; lo bautizaron en la parroquia del Encino, con el nombre de José María del Refugio, y fue su padrino su tío, el señor cura Justo Ramírez.

La infancia de mi abuelito ha de haber transcurrido apacible, viendo cómo la familia aumentaba con la llegada de sus hermanas, y al último su hermano Pepe. A fines del siglo XIX, tan sólo existía la Escuela de Cristo, fue en ella donde cursó mi abuelito sus estudios primarios; por cierto que fueron sus contemporáneos de estudios don José de Jesús López y González y un charrito, pilar del barrio de Triana, quien vivió junto a la tienda Los Cinco Señores, mi compadre Chalío Esparza, sí, señor. Sus estudios secundarios y de bachillerato, o su equivalente, los hizo en el Colegio San Luis Gonzaga, fundado por el señor cura Justo Ramírez Pérez; luego cursó sus estudios de jurisprudencia en nuestra metrópoli natural, Guadalajara. Me llegó a platicar que en esa época, para ir de Aguascalientes a Guadalajara, hacían cuatro días de camino, eran las jornadas a Encarnación, San Juan, Tepatitlán y luego Guadalajara, a fe que ahora hacemos dos horas y media o tres en automóvil y

media hora en avión; por esta razón, mi abuelito tan sólo venía a Aguascalientes una vez al año, en las vacaciones grandes, en la época de verano.

Durante la época de estudiante en Guadalajara tuvo la pena de perder primero a su mamá, doña Manuelita, y luego a su padre, don Juan; esta última muerte fue determinante en el giro de los acontecimientos en su vida, pues tuvo que abandonar sus estudios para venir a Aguascalientes y, en su calidad de hermano mayor, hacerse cargo de sus demás hermanos y proveer, en compañía de su hermano Pepe, de lo necesario para el sostén de la casa y pagar un mutuo cuya garantía hipotecaria fue el Rancho de Cobos.

El general Porfirio Díaz, en ese tiempo presidente de la República Mexicana, por medio de su ministro de Guerra y Marina, el general don Bernardo Reyes, fundó en Aguascalientes, así como en las demás capitales del país, academias militares para preparar los cuadros de mando del ejército. Aquí se ubicó en el Cuartel de las Palomas, esquina de Galeana y Rayón. Mi abuelito ingresó a la misma en compañía de su hermano menor, José, para superarse y tener dinero, ya que a los estudiantes les pagaban como si fueran efectivos del ejército, y así, entre los dos liberaron la hipoteca sobre el rancho de la casa. Yo creo que en esa época se casó mi abuelito con Ma. Francisca Martín del Campo Mora, originaria de Encarnación de Díaz. Cuando egresó de la academia con el grado de teniente habían nacido mi madre y mi tío Juan.

Cuando mi abuelo fue militar, perteneció al cuarto regimiento de caballería, llegó a ostentar el grado de capitán primero y las plazas en que estuvo este regimiento fueron Tacubaya, Distrito Federal, Teotihuacan, la ciudad de Puebla y, de nuevo, Tacubaya; su coronel fue un señor de apellido Rejón, no participó en campaña alguna de las sostenidas por don Porfirio, sin embargo, siempre estaban preparándose para la lucha y tenían simulacros de guerra y decía mi abuelito: “¡la guerra es

de a mentiritas pero las aporreadas son de a de veras!"; estos simulacros los llegaron a tener en las faldas del Popocatepetl.

En 1908, al liberar mi abuelo la hipoteca del rancho y en virtud de que mi abuelita iba a ser mamá después de mucho tiempo, optaron por regresar a Aguascalientes y se dio de baja en el ejército. Llegó mi abuelito con su familia a Aguascalientes y tenían la angustia del nacimiento del nuevo heredero, pues el doctor, don Zacarías Topete, había pronosticado la muerte de mi mamá Pachita al nacer la criatura, por ser cardíaca, y todos los días mi abuelito, acompañado de mi madre, oraban pidiéndole a Dios que todo resultara bien. Así fue, la criatura fue hombrecito. Mi abuelita vivió y el niño, pasados los años, fue el doctor Salvador Ramírez Martín del Campo, conocido por la vieja guardia ferrocarrilera por haber sido director del hospital del ferrocarril; por lo tanto, los hijos de mis abuelitos Ramírez Martín del Campo fueron Mercedes, Juan y Salvador.

Durante la Revolución de 1910, mi abuelito sufrió persecuciones por haber prestado servicios al Estado Mexicano bajo la égida de don Porfirio y fue a dar a la ciudad de Torreón, donde el padre Gregorio Cornejo de Aguascalientes, y que estaba en Torreón, le ayudó, y al poco tiempo regresó a nuestros lares.

Ya apaciguada la Revolución y siendo gobernador de Aguascalientes don Victorino Medina, por acuerdo del Congreso del estado publicó un decreto en el que estableció que toda aquella persona que demostrara tener conocimiento sobre una profesión y presentara examen sobre ella en el Instituto de Ciencias y resultara aprobada, el gobierno del estado le otorgaría título para el legal ejercicio de la misma. Mi abuelito Cuco aprovechó la oportunidad y, teniendo hechos casi todos sus estudios de jurisprudencia en Guadalajara, sustentó el examen en el Instituto de Ciencias para ejercer la profesión de abogado. El día 8 de noviembre de 1920 resultó aprobado y fue uno de sus sinodales don Manuel Ballesteros Ríos. Después del examen, mi abuelito agasajó a sus sinodales y compañeros,

así como al señor gobernador, con una comilona en su casa; por cierto que el postre, cocada de leche, les hizo daño a todos.

En su vida como abogado, mi papá Cuco fue juez mixto de primera instancia en el estado de Zacatecas, en los pueblos de Sombrerete, Río Grande y Nochistlán; renunció a ser juez porque, con motivo de la Cristiada, temía juzgar a algún sacerdote y sus principios se lo prohibían. Litigó y en el ocaso de su vida fue defensor de oficio en la época en que fue gobernador don Juan Alvarado. En 1929 enviudó y sufrió profunda tristeza por perder a su esposa; entonces le hizo casa su hermana Dolores, en su domicilio en la segunda calle de Guadalupe. No contrajo nuevas nupcias.

Con pleno uso de razón yo traté a mi abuelito Refugio unos tres años, pues él falleció cuando yo tenía nueve, y nos quisimos con entrega total; él, al calor de una estufa de leña que tenía mi madre, me sentaba en sus rodillas y me tenía embelesado con los cuentos que él mismo creaba. Debido a su época de militar, hacía narraciones de batallas, pero ya condimentaba sus pláticas con elementos actuales de esa época, pues platicaba de aviones, tanques y submarinos; estábamos en la Segunda Guerra Mundial. No únicamente platicaba de temas bélicos, ya que su cultura fue muy amplia. Me acuerdo que me llevaba a su casa de la calle de Guadalupe y en el camino me tocaba ver que los niños le besaban la mano al confundirlo con un sacerdote, ya que así era su estampa, usaba trajes negros, bordón, sombrero; fue blanco de tez, de cara ancha, pelo cano, complexión gruesa, de andar lento; llegábamos a su casa de Guadalupe y a mí me encantaba traquear su escritorio, cosa que aceptaba con gusto; me subía en sus rodillas para alcanzar las cosas. Mi papá Cuco le vaticinó a mi madre que yo sería abogado, por mi afición a estar platicando.

Fue patriarca en medio de las familias, y muy hombre, a carta cabal; conservó libros de derecho y copias de sus alegatos en los que demuestra sus dotes de abogado.

En la misma recámara donde nací yo, el día 3 de junio de 1941, murió mi papá Cuco. Hoy esa recámara forma parte de mi despacho, es el privado de mi hijo, el licenciado Jorge.

Doctor Salvador Ramírez Martín del Campo

Mi tío Salvador fue el hermano más chico que tuvo mi madre, con una diferencia de edades bastante grande, ya que mi mamá le llevaba catorce años. Fue el hijo sorpresa en su casa, pues ya los médicos habían dicho que la mamá de él, o sea, mi abuelita Francisca Martín del Campo Mora de Ramírez, no podía tener otro hijo más sin que corriera peligro su vida, porque estaba demasiado enferma del corazón; por ello, mi abuelo, papá de mi tío Salvador, que en esos ayeres, 1907, era capitán en el cuarto regimiento de caballería del ejército de don Porfirio Díaz, tuvo tanto miedo cuando se anunció la llegada de mi tío, que se dio de baja en el ejército para venirse a vivir a Aguascalientes.

Mi tío Salvador llegó a este mundo con toda felicidad y con una alegría grande lo recibieron en su casa; fueron sus padres, quien posteriormente fue licenciado, Refugio Ramírez Palos, y su madre, la virtuosa doña Francisca Martín del Campo Mora. Llegó a este mundo el día 13 de enero de 1908, a las nueve de la mañana, en la casa que tenían mis abuelitos en la primera calle de la Aurora, hoy Leona Vicario, en pleno barrio del Encino. A los pocos días fue bautizado y quien le derramó las aguas del Jordán sobre su cabeza fue quien ahora está en proceso de canonización, nada menos que don José de Jesús López y González; fueron sus padrinos de bautizo el profesor José Ramírez Palos y su esposa, Cristina Gámez Parga. En cuanto a sus abuelos, los paternos fueron don Juan Nepomuceno Ramírez Pérez y doña Manuelita Palos, y en cuanto a los maternos, fueron Ildefonso Martín del Campo y Paula Mora.

Son tantas las facetas de la vida del tío Salvador que dejamos que él mismo nos narrara sus datos biográficos; digo que él mismo porque, urgando en los archivos de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, hallé un expediente de toda su vida académica en el Instituto de Ciencias y en la universidad. Hizo sus estudios primarios en la escuela Licenciado Jesús Terán, Colegio Alcalá y en la Escuela Superior Profesor Melquiádes Moreno, por los años de 1914 a 1920; de 1921 a 1924 estudió en la Escuela Preparatoria y de Comercio del Estado de Aguascalientes, antecedente del Instituto de Ciencias, y en 1925 emigró a la Ciudad de México a estudiar en la Escuela Nacional de Medicina, de la Universidad de México, su carrera de médico, entre los años de 1925 a 1931. Fue interno en el Hospital Juárez de la Ciudad de México el último año de su carrera; presentó su examen profesional el día 20 de febrero de 1932, fue su tesis recepcional: “Contribución al estudio del tratamiento de las fracturas interiores”. Cuando retornó a Aguascalientes, su primer puesto dentro de su actividad médica fue el de jefe de Servicios de Maternidad del Hospital Hidalgo, en 1932; después fue oficial mayor del Departamento de Salubridad del estado de Aguascalientes, de 1932 a 1933.

El gusto por la cátedra se manifestó en él a partir de 1932, cuando impartió en el Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología las cátedras de física médica, higiene, biología, anatomía humana y zoología. En los Colegios Portugal y Margil impartió la cátedra de biología a nivel secundaria. Fue director del Colegio Portugal de 1954 a 1959; rector del Instituto Autónomo de Ciencias, en su primer período, de 1947 a 1949, y posteriormente de 1957 a 1959.

En 1936, en el mes de febrero, ingresó a los Ferrocarriles Nacionales de México como médico auxiliar; buena parte de su vida la dejó en ese Hospital de Ferrocarriles, donde desempeñó los cargos de médico auxiliar, médico de visitas a domicilio, médico del puesto de socorro, médico laboratorista y médico radiólogo;

el día 2 de febrero de 1965 fue nombrado director del Hospital de los Ferrocarriles Nacionales de México, en Aguascalientes. El 12 de septiembre de 1957 ordenó el jefe del Departamento de Ferrocarriles Nacionales de México que se anotaran en su expediente quince marcas meritorias.

En los anales de la Academia Mexicana de Cirugía de 1944 se publicó un trabajo escrito por mi tío, titulado “Coloptosis y apendicitis crónica”; también en la revista médica del Hospital Colonia, número correspondiente a los meses de julio y agosto de 1962, se le publicó un trabajo titulado “Amibiasis”.

En 1972, cuando se fundó la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, se le nombró catedrático de la materia de introducción a la práctica médica y a la técnica quirúrgica; también, dentro de la universidad, fue presidente de la Junta de Gobierno en enero de 1975. El 23 de octubre de 1970, la comisión mixta coordinadora de actividades de salud pública asistencial y seguridad social en Aguascalientes le otorgó medalla de oro y diploma por más de veinticinco años de servicio en el Hospital de Ferrocarriles.

Hasta aquí lo que el tío Salvador nos dice en su ficha biográfica, la cual obra en los archivos de nuestra querida Universidad Autónoma de Aguascalientes. Ahora platiquemos del tío Salvador, tan humano, tan sabio, tan magnífico padre de familia y, sobre todo, un hombre con un corazón realmente de oro.

En 1935 se casó con Ana María Alonso Delgado; recién casado, ejerció su profesión por un corto tiempo en Tehuacán, Puebla. En su matrimonio tuvo cuatro hijos: Ana María, Salvador, María del Refugio y Jorge, hoy día profesionistas todos ellos; fue muy cariñoso con toda la familia. Fue el médico constante de todos y le teníamos tanta fe que bastaba y sobraba que él estuviera presente en la recámara donde estaba uno enfermo y, al verlo, sentirse ya aliviado.

Magnífico hermano de mi madre, la procuraba constantemente; el cariño que mi tío le tuvo a mi madre fue el de hermano

y madre, porque todavía no terminaba su carrera cuando murió su mamá, mi mamá Pachita. Mi madre hizo las veces de mamá de mi tío y se querían infinitamente, procuraba visitarla al menos una vez a la semana. Quiso muchísimo a su primera esposa, a Ana María, extraordinariamente juguetona y de un carácter muy alegre; él festejaba sus gracejadas, era muy prudente y mesurado en su vida familiar.

El doctor Salvador Ramírez Martín del Campo apoyó a nuestra universidad porque la amó, ya que en las escuelas que le antecedieron hizo sus estudios de secundaria y bachillerato; posteriormente fue maestro del Instituto de Ciencias, y dos veces rector del mismo; fue de los forjadores de la actual Universidad Autónoma de Aguascalientes; siempre vio con simpatía que la juventud de Aguascalientes tuviera medios de preparación eficientes y que fueran siempre hacia adelante.

Amó las tradiciones de Aguascalientes, amó al Señor del Encino porque bajo su égida nació; también muchos años fue fiel parroquiano de San José; su cuñado, el señor presbítero Jesús Alonso Delgado, fue señor cura de San José.

Fue la piedra angular de muchas de las familias que componen el tronco de la familia Ramírez; estuvo presente en las tristezas y en las alegrías; siempre teníamos en él apoyo en todas las cosas que hacíamos y nos orientaba para salir siempre adelante en la vida. Quedó viudo y contrajo segundas nupcias en 1973, el 29 de septiembre, con Amparo López.

Por lo que a mí respecta, mi tío Salvador y yo nos profesamos un cariño grande; él siempre me distinguió en una forma muy especial, así lo sentí. Fue mi padrino de bautizo, junto con mi tía, María Martín del Campo; para mí, fue el padrino consentido, el maestro querido en la prepa; ahí me impartió clases de biología y de higiene.

En la vida nos seguíamos muchísimo, nos gustaba platicar; nuestros temas fundamentalmente eran de carácter cultural; nos enfrascábamos en discusiones muy fuertes sobre la histo-

ria de México, él con el Partido Conservador y yo con el Partido Liberal; ya cuando estaban acaloradas las discusiones, entraba mi madre para apaciguarnos. Siempre anduvimos juntos; en ocasiones, nos íbamos a San Luis Potosí porque por ahí pasaba el tren Águila Azteca, y mi primo Salvador, su hijo, llegaba en él, procedente de Monterrey.

Fuimos tan grandes amigos que en su segundo matrimonio vino a vivir detrás de la casa en que actualmente vivo. Dentro de las pláticas que teníamos, hicimos un trato que consistía en, si había oportunidad de regresar del más allá, el primero que muriera vendría por el que quedara vivo; han pasado muchos años y, con tristeza de mi parte, no se me ha aparecido el tío Salvador. Quiso mucho a mis hijos, conoció a todos y los vio como sus nietos, los apapachó, y no se diga a mi esposa Lupita, la quiso y siempre la vio como gran dama.

Magnífico hijo, hermano, esposo y padre, un hombre extraordinariamente culto, un hombre entregado a las nobles causas, un hombre que quiso siempre el bienestar de todos, a tal grado que buena parte de su vida fue compañero en el Club de Leones y también fue mi compadre, padrino de algunos de mis hijos. Murió el día 28 de enero de 1980; en paz descanse; pero conserva una página muy importante en el afecto de la vida de todos nosotros los Ramírez, quienes estamos ligados íntimamente con el barrio de Triana.

Profesor Juan Humberto Ramírez Martín del Campo, mi tío Juan

Fue el día 4 de agosto de 1886 a las 9:15 de la mañana cuando mi tío Juan nació en Aguascalientes; fueron sus padres Refugio Ramírez Palos y Francisca Martín del Campo Mora; nació en la calle de la Asamblea, en el barrio del Encino. El día 16 de septiembre de ese año fue bautizado en la Parroquia del Señor

del Encino y fueron sus padrinos el licenciado Ramón Navarro y la tía de él, Ma. Concepción Ramírez Palos, quien fue representada por Leonarda Cruz, a quien, con mucho cariño, mi tío le decía “mi madrina Leonarda”; padrino de óleos fue el señor cura José María de Jesús Medina. Así consigna el acta de bautismo el hecho feliz de la llegada a este mundo de mi tío Juan. Cuando él nació, ya alegraba la casa de mis abuelos la presencia de mi madre, Mercedes Ramírez Martín del Campo; ella y mi tío Juan crecieron juntos.

Mi abuelo ingresó al ejército mexicano en los últimos años del siglo XIX; perteneció al cuarto regimiento de caballería que en esos días tenía como sede la población de Tacubaya, próxima al Distrito Federal. Mi abuelo fue primero a conseguir una casa decorosa para su familia en la población de Tacubaya y cuando la tuvo le mandó un telegrama a mi abuela diciéndole que se fuera a México en compañía de los hijos. Mi abuelo los recibió en la estación Colonia y ya a través de una chispita, o sea, un carro de caballos, se trasladaron de la estación Colonia a Tacubaya.

Contaban que cuando llegaron a Tacubaya se hospedaron en una casa de la plaza principal, pero también ahí estaba el cuartel, así que cuando bajaron sus pertenencias del carrito aquel de caballos que los trasladó a Tacubaya, sonó el clarín de órdenes del regimiento para tocar lista de seis, pero mi abuela no pudo soportar y soltó el llanto; mi abuelo la consoló y le dijo: “Pachita, tú no eres ninguna soldadera, no pienses en esa forma, no tomes con tristeza la llegada a esta población, tú eres la esposa del teniente Ramírez Palos y tendrás todas las consideraciones debidas”.

La infancia de Mercedes y Juan transcurrió junto con la vida del cuarto regimiento de caballería; por órdenes superiores, trasladaron el regimiento a otras tres poblaciones, Puebla, Teotihuacan y Tlatelolco. Platicaba mi madre que la infancia de los hermanos fue extraordinaria, llena de sorpresas; ellos propiamente hicieron su escuela primaria en aquellas escue-

las de las poblaciones en que estuvo el cuarto regimiento de caballería. Mi tío Juan fue feliz, acompañaba a mi abuelo y a los oficiales a las distintas haciendas de la región para conseguir pastura para los caballos del regimiento.

Muchas estampas acontecieron en esta vida. En ese caminar de un lugar a otro conocieron al gran payaso de aquellas épocas, don Ricardo Bell, que pertenecía al Circo Orrins, esto aconteció en la ciudad de Puebla. Comentaba mi abuela con sus amigas que ella había ido la noche anterior al circo y que se le hizo muy gracioso el payaso Ricardo Bell, cuando en ese momento pasaba cerca de aquellas damas un verdadero caballero inglés en su vestir y en su manera de ser, y le agradeció a mi abuela sus expresiones diciéndoles que él era Ricardo Bell.

Platicaba con gracia mi tío Juan, que estaba en Tlatelolco, donde cambiaron también al regimiento, que un día iban los dos hermanitos rumbo a la escuela, cuando vieron que se aproximaba un carruaje en el que venía don Porfirio Díaz; los dos niños dejaron los útiles en la banqueta y se pusieron a aplaudir y a vitorear al general Díaz, lo que sirvió para que don Porfirio ordenara se detuviera su carruaje y subió a los niños, acariciando a los dos pequeños aquellos.

Al pasar de los años, mi abuela resultó embarazada y ya le había dicho a mi abuelo el doctor Zacarías Topete que, debido a su situación de cardíaca, era peligroso que tuviera otro hijo más; esto alarmó sobremanera a mi abuelo, a tal grado que se dio de baja en el ejército para venir a Aguascalientes. La vida de la familia Ramírez Martín del Campo cambió por completo; cuando ya iban a dejar el ejército por la baja de mi abuelo, oyó mi mamá Pachita de nuevo el clarín de órdenes del regimiento dar un toque y se convirtió en un mar de llanto porque dejaban la vida del ejército, a la cual ella se había encariñado.

En Aguascalientes, después de tantos sobresaltos y miedo, dio a luz a un niño que, pasados los años, sería el doctor Salvador Ramírez Martín del Campo. Mi abuelo, a fines de la primera

década del siglo XX, quiso poner a mi tío Juan en el Colegio Alcalá para que siguiera estudiando la carrera comercial, y mi tío Juan prefirió la vida del rancho, por lo que mi abuelo le dijo que si iba a ser ranchero, debía conocer desde un principio las labores de campo, a tal grado que lo puso a voltear una labor en el Rancho de Cobos para que la sembrara, la cuidara, escardara en su debido tiempo, tumbara, pizcara y se diera cuenta de lo que era esa vida. En esa forma, ya podría él mandar a los peones las labores que tenían que hacer. Fueron años muy duros aquellos, la Revolución de 1910 se cernía sobre nuestra patria; mi abuelo se dio cuenta de que lo perseguían los nuevos gobiernos por sus nexos con el porfirismo y tuvo que huir hacia el norte sin saber qué iba a suceder; después de muchas vicisitudes, regresó a Aguascalientes.

Mi tío Juan era todo un joven, estuvo trabajando en la maestranza, o sea, en los talleres que los Ferrocarriles Nacionales de México tenían en esta ciudad, y cuando llegó Francisco Villa a Aguascalientes rumbo a Celaya, echó mano de todos los elementos que pudo para la batalla contra el general Obregón; no escaparon los obreros del ferrocarril. Ya mi tío Juan se encontraba arriba de un carro de ferrocarril, cuando mi abuelo fue a interceder por él ante sus superiores, que resultaron ser gente que estaba en el cuarto regimiento de caballería cuando él estuvo en el ejército, y ordenaron a mi tío Juan que bajara del vagón del ferrocarril, junto con otros muchachos del barrio de Triana; esto sirvió para que ellos no murieran en la batalla de Celaya en la que fallecieron muchas personas.

Siguieron los años y mi tío Juan, ya sintiéndose hombre responsable, contrajo matrimonio el día 19 de enero de 1917 con María Cruz Díaz Alarcón, quien fuera su primera esposa, originaria de Villa Hidalgo; con ella procreó siete hijos: Refugio, Ma. Guadalupe, Matilde, Socorro, Teresa, Juan Humberto y Ana María, quien murió muy pequeña. Crucita, su esposa, murió en una forma trágica, ya que le aplicaron una inyección

para combatirle el reumatismo, pero estuvo mal aplicada y, por lo tanto, murió casi instantáneamente; dejó este mundo el día 20 de julio de 1929. Era una inyección de cocaína que no estaba perfectamente dosificada.

Recién casado, mi tío Juan emigró a Estados Unidos con Crucita su esposa y sus dos primeros hijos, Refugio y Lupe; se fueron a Prioria, Illinois, en donde él trabajó en una fundición, un trabajo extraordinariamente pesado. Hacía partícipe de sus sufrimientos a mi mamá Pachita, su madre, por medio de cartas, platicándole del panorama de miseria. Mi abuelo decía: "Que se haga hombre, que se haga de responsabilidades"; pero llegó un momento en que el tío dejó Estados Unidos y retornó a Aguascalientes para dedicarse de lleno al rancho.

Juan H. Ramírez fue un hombre de principios religiosos firmes, en virtud de que se desarrolló dentro de una familia eminentemente católica. En el año de 1925, el presidente de la República, don Plutarco Elías Calles, quería fundar una Iglesia católica mexicana y pensaba que en cada capital de estado hubiera un templo dedicado a esta Iglesia; en Aguascalientes pensaron que el templo ideal sería el templo de San Marcos. Los católicos de Aguascalientes se opusieron terminantemente y se pusieron de acuerdo en el sentido de que, cuando fueran a tomar el templo, repicarían las campanas para que se juntaran todos los católicos y lo defendieran; así fue, y cuando quisieron tomar el templo de San Marcos y repicaron, el tío Juan, ni tardo ni perezoso, se fue a la defensa. La primera agresión del ejército federal hacia el templo la pudieron repeler, pero entonces el ejército pidió auxilio de tropa a León, Guanajuato, y, ya reforzada la tropa, tomaron el templo de San Marcos. El tío me decía que él había escogido pura gente bragada del barrio del Encino para que lo acompañara en la defensa, y a los primeros balazos, todos corrieron; el que no corrió y estuvo ahí al lado fue un hombre que decían no era muy viril, y éste, con un valor a toda prueba, estuvo defendiendo el templo; por cierto que le dieron un

balazo en un talón que, a la postre, hizo que cuando caminara pareciera pingüino. Los tomaron a todos prisioneros y se los llevaron a la cárcel que estaba en la calle Colón, era un grupo muy grande. La Acción Católica les mandaba sabrosa comida y ellos la compartían con los presos que ya estaban ahí. A las ocho de la noche en punto, cuando ya estaban todos enbartolinados, sonaba el reloj que estaba entre los palacios municipal y de gobierno y se oía la voz de todos empezando a rezar el rosario. Por cierto que entre misterio y misterio tenían cantores, ya que los hermanos Ruiz Esparza, quienes fueron músicos y maestros, también estaban ahí presos por la misma causa. Me platicaba que don Pascual Rodríguez, de la embotelladora de la Gloria, que les mandó una caja de refrescos de limón, no de limón, sino de tequila, para que pudieran sobrellevar sus apuraciones dentro de la prisión.

Posteriormente los llevaron al cuartel de Z. Mena, donde hoy es la calle Doctor José González Saracho, actualmente la Escuela Primo Verdad. Una mañana, los formaron, y un militar, que traía la cabeza vendada a consecuencia de una lesión que recibió en la batalla del templo de San Marcos, los formó en el patio y les dijo: “Con que católicos, apostólicos, romanos, ¿no?, hijos de la...”, y al terminar de decir esto, con un fuste, le pegaba al que estaba más cerca. Después, de uno en uno, los pasó al otro patio y se oía una descarga de máuser; una de las personas que estaban detenidas empezó a llorar y le dijo a un cabo: “Mire, mi cabo, ya me van a matar, aquí tiene usted mi reloj, estas pertenencias, estas monedas, disfrútelas”, y el cabo le dijo: “Mire, currito, no se ponga así, es puro cuento, se los están llevando al otro patio para que lo barran”. Y decía mi tío Juan: “Yo, en esas condiciones, les prometía barrer todo el patio con la lengua”. Finalmente, se superó este problema religioso en el que el tío dio testimonio de su firmeza en principios.

Cuando casi accidentalmente murió Crucita, su primera esposa, mi tío quedó de buenas a primeras con todos sus hijos,

con toda la responsabilidad que esto significó. El día 13 de febrero de 1930, en el templo del Encino, contrajo segundas nupcias con Josefina Cruz Parga; se fueron de viaje de bodas a San Luis Potosí y procrearon nueve hijos: Pachita, Ricardo, Ana María, Juan Manuel, Juan Francisco, José, Luz María, Alfonso y Alfredo. En esa época trabajó tanto en el rancho, así como empleado de gobierno, sosteniendo con ciertas penurias las obligaciones económicas de su familia. Mi madre, con la anuencia de mi padre, le dijo a mi tío Juan que lo iba a ayudar, y en efecto, se fueron a vivir con nosotros Matilde y Socorro, con la alegría de todos, porque para nosotros fueron nuestras hermanas; las dos se educaron junto con nosotros, veían a mis padres como sus padres y salieron de la casa de nosotros para casarse.

En aquella época, México estaba urgido de maestros y mi padre, siendo maestro de carrera y autoridad educativa, consiguió que su cuñado fuera maestro rural; en aquellos años, bastaba y sobraba con saber multiplicar, sumar, restar, dividir y enseñar a leer para que a la persona se le nombrara maestro; así que el tío Juan, de buenas a primeras, fue maestro rural, debido a las recomendaciones del cuñado. Trabajó en San Francisco de los Viveros, Sandoval, Los Negritos, Trojes de Alonso, Calvillo, Jesús María, Los Pocitos, Malpaso y Jaltomate; toda una carrera de maestro rural, sembrando comprensión y sabiduría a la gente de nuestro campo.

Al estar en Trojes de Alonso y ver las necesidades que tenía la comunidad ubicada al norte de nuestra ciudad, que no tenían agua ni para beber, y cuando estaba de gira en nuestro estado el presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortínez, les dijo mi tío Juan a varios de los varones de Trojes de Alonso: “Necesito que me acompañe gente que realmente sean hombres y que estén dispuestos a ofrendar su vida para que progrese Trojes de Alonso”. Fue nutrida la respuesta y el plan era el siguiente: juntarse en la carretera Panamericana y, cuando vieran que se acercaba el camión presidencial, atrave-

sarse la comitiva en la carretera con una bandera nacional. Así lo hicieron: al movimiento sorpresivo se detuvo el camión, era el gobernador del estado, licenciado Benito Palomino Dena, a quien le preguntó el presidente de qué se trataba y le dijo el gobernador que era el maestro de ahí, de Trojes de Alonso, y por la ventanilla se asomó el presidente de la República y mi tío le dijo: “Señor, somos gente que vivimos en esta comunidad, no tenemos agua y necesitamos que se perfore un pozo; no tenemos centavos para ordenar perforarlo. Venimos a pedirle que nos regale la perforación”. El presidente se los prometió, así como el equipo, y todavía el tío le dijo: “Pero que sea cierto, señor, no nada más promesas”. Cuál sería la sorpresa que a los quince días de este acontecimiento llegaron las máquinas perforadoras a Trojes de Alonso y así consiguió agua para aquella comunidad.

En la década de los cincuenta y con ánimos realmente de superación, ingresó al Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, pero lo hizo también para que mi prima Pachita estudiara y se titulara como maestra, y así fue, cursaron la carrera de maestros y se recibieron, eran muy queridos por sus maestros y compañeros.

Ya titulado, en el ocaso de la vida, se le nombró director de la campaña de alfabetización en el estado y, cosa curiosa, cuando estuvo en Jesús María y le hizo una visita a su centro de alfabetización el secretario de Educación Pública, doctor Jaime Torres Bodet, los muchachos de aquel centro no supieron leer, lo que causó la irritación del secretario y le dijo a mi tío: “Estas cartillas que estaban impecables se hicieron para que las destruyera la gente del pueblo aprendiendo a leer, no para tenerlas amontonadas”; sin embargo, el centro de alfabetización de la parroquia de Jesús María lo invitó para que los visitara y, aún con el sistema de la mantilla de San Miguel, le leyeron las personas que habían sido analfabetas, por lo que el ministro salió muy contento del centro parroquial. Vio al tío Juan después de la justa regañada y entonces lo invitó a ir con ellos a San

Miguelito; mi tío le recordó que ya no traía lugar en el coche y el secretario le dijo: “Cómo no, véngase, aquí se sienta”, y se sentó nada menos que en las piernas de dos hombres ilustres: don Porfirio Díaz y don Jaime Torres Bodet.

Hagamos una semblanza del tío Juan desde el punto de vista humano, reuniendo los conceptos vertidos por la tía Josefina, su segunda esposa, así como de los que me platicaron sus hijos Luz María, Juan Francisco, Alfredo, y uno de sus nietos, Ricardo Ramírez García; por lo que respecta a la primera familia, los Ramírez Díaz, los recuerdos vertidos por Lupe, Teresa, Matilde, su yerno Rodrigo Gómez y su nieta Altagracia.

Mi tío fue un hombre extraordinariamente jovial, es decir, joven toda la vida, siempre siguió a la muchachada, primero de hijos y después de sobrinos y de nietos; daba la impresión que renacía a la vida con el trato de las generaciones que empezaban. Fue de una alegría enorme, en donde estaba no podía haber tristeza, era la sal y pimienta de las fiestas familiares. Le encantaba la música y bailar, y ese carácter hacía que todos lo siguiéramos; muy dicharachero y muy buen conversador, bueno para inventar cosas que a nadie perjudicaban porque eran de su fantasía. Fue un magnífico hijo; con cuánta devoción, cariño y respeto hacía narraciones de las vivencias tenidas con mis abuelos, y no se diga su cariño de hermano con mi madre y con mi tío Salvador. Todo entrega, todo servicio, era capaz de dar lo poco que tenía para que los demás fueran felices. Dios permitió que dos veces fuera casado y en las dos veces a sus esposas las amó, tuvo muchísimas atenciones con ellas; la primera, Crucita, era una mujer guapa y una gran compañera; la tristeza que sintió cuando murió fue muy grande. Su segunda esposa, Josefina, también fue muy querida por él, ella comprendió la situación del tío Juan y fue otro jalón de la vida; ella y sus hijos lo hicieron feliz. Fue un fiel y amante esposo, gran padre, se entregó también a sus hijos, dando ejemplo de rectitud, de

bondad, de firmeza, de principios, y supo hacerlos buenos católicos y muy buenos mexicanos.

Recuerdo que, en una ocasión, el tío, mientras veía en el Cine Palacio la película *La Virgen que forjó una patria*, no pudo soportar su emoción y al final de la función gritó con mucha alegría en pleno cine: “¡Viva México! ¡Viva México!”. Siempre, ante todo, ponía los valores de la fe y de la patria.

Por lo que respecta a los hijos, siempre buscó su preparación: Matilde, muy chiquilla, en el Rancho de Cobos, la hizo tanto de sembradora como de ordeñadora de vacas, por enseñanzas que el tío le daba; le designó un pedazo de tierra para que cultivara calabaza y para que su producto fuera nada más de ella y sintiera el premio del esfuerzo y trabajo; también buscaba la forma que Matilde hiciera jocoque para que ella lo vendiera y ganara centavos. A Juan Francisco y a José, hijos de su segundo matrimonio, con el ánimo de que en unas vacaciones no anduvieran de vagos, los abocó a la avicultura, les compró muchos pollitos para hacerlos animales comestibles y la utilidad también fue para los hijos, en el aspecto intelectual, pues fue maestro tanto de Pachita como de Luz María y de Humberto, y los indujo a ser maestros como él.

Fue magnífico amigo, testimonio de ello lo dieron don Carlos González, otro de los patriarcas de la calle del Águila; Guillermo Perry, en el ocaso de su vida, y gente como José Rodríguez, en Trojes de Alonso. Por lo que a mí respecta, fue un gran amigo toda la vida; hubo una constante amistad y un constante cariño entre los dos; siempre me seguía y yo lo seguía a él. Recuerdo cuando yo estaba estudiando en México la carrera de Jurisprudencia y coincidían las vacaciones de él en el mes de septiembre, se iba desde el día primero y me mandaba un telegrama diciéndome: “Hijo, compra los boletos para los toros que el domingo vamos a estar juntos”. Ya llegaba con los primos y era la gran alegría, todos íbamos a los toros a la Plaza México. Muchos primeros de septiembre, mientras que era el informe

presidencial, nosotros nos paseábamos en San Juan Teotihuacan, recordando él su infancia en cada rincón, en cada calle, en cada parque, inclusive en el Panteón de San Juan Teotihuacan.

Le encantaba de corazón ir al puerto de Veracruz; llegué a ir con él en 1953; fueron unas vacaciones primorosas que pasamos juntos en aquel histórico puerto; le gustaba tanto Veracruz que un mes antes de su muerte estuvo allá con todos sus hijos, ya completamente ciego; sin embargo, entraba al mar y sus hijos, como si estuvieran jugando una ronda, rodeaban al viejo para que sintiera la felicidad del agua del mar. Cuando ya retornaba de Veracruz hacia Aguascalientes, le dijo al mar que se despedía de él y le agradeció los días felices que había pasado en ese puerto. Efectivamente, el día 22 de agosto de 1965 murió. Dos o tres años atrás quedó completamente ciego por el glaucoma, pero eso por ningún motivo lo amilanó; decía: “Si Padre Dios me ha dado tantos años de vida viendo y él quiere que ahora no vea, pues es voluntad de él y yo la acepto”.

Tuvo amigos donde quiera, entre los campesinos, me acuerdo de un cliente mío, campesino, don Diego Vivero, quien lo recordaba con mucho cariño y le decía: “Mi compadre Juan”; Salvador Rodríguez, de Trojes de Alonso, lo respetaba mucho, y los profesionistas de Aguascalientes, entre ellos el licenciado Horacio Westrup y tantos médicos amigos de mi tío Salvador, que a la vez conocieron a mi tío Juan, también lo estimaron muchísimo.

Juan Ramírez fue un hombre positivo por el lado que se le quiera ver, un hombre carismático; un hombre que quisimos todos. En los últimos días de su vida me decía: “Ándale, tú que eres abogado, librame de la muerte, que ya la siento cerca”. Fue muy escandaloso para el dolor, pero a la hora de la muerte la recibió con entereza, con el desplante de sentir como una cosa lógica el tránsito a la vida eterna. Recibió la muerte de frente, con valentía. Así fue Juan H. Ramírez Martín del Campo. Siempre vivirá en nuestro recuerdo el tío Juan.

Profesora María Mercedes Ramírez Martín del Campo de Villalobos



Doña María Mercedes Ramírez.

La maestra Merceditas, mi mamá, aquella gran mujer de la cual tuve la fortuna de ser hijo; un recuerdo para mi madre, una flor para mi madre, una oración para ella.

Merceditas nació el día 24 de septiembre de 1894; según su acta de nacimiento, nació a las 12:45 de la tarde. Sus padres fueron J. Refugio Ramírez Palos, en esos años agricultor, y su madre, Francisca Martín del Campo Mora; sus abuelos paternos: Juan Crisóstomo Ramírez Pérez y Manuelita Palos, y sus abuelos maternos: Ildefonso Martín del Campo y Paula Mora. A través del acta de bautismo nos damos cuenta que mi madre nació en la calle Washington, hoy Doctor Jesús Díaz de León, en el barrio del Encino. Como todos los hijos que vienen al mundo son recibidos con alegría muy grande, yo creo que el nacimiento de mi madre fue muy especial en el matrimonio de mi papá Cuco y de mi mamá Pachita, porque fue su primogénita.

La infancia de mi madre transcurrió primorosamente, máxime cuando se vio adornada por la presencia de su herma-

no Juan; Merceditas y Juanito toda la infancia caminaron juntos, porque se llevaban dos años de diferencia uno al otro y la mayor parte de su infancia la pasaron fuera de Aguascalientes, ya que designaron a mi abuelo para engrosar las filas del cuarto regimiento de caballería que estuvo en la población de Tacubaya, aledaña a México, Distrito Federal. El cuarto regimiento de caballería también estuvo en Puebla, luego en Teotihuacan; por cierto, mi madre me platicaba haber presenciado los trabajos que fueron hechos para limpiar la Pirámide del Sol por el arqueólogo Leopoldo Batres, que tenía la peculiaridad de que se rasuraba el bigote y la barba porque la mitad de su cara no tenía pelo y la otra sí; en aquellos años era una cosa de llamar poderosamente la atención, porque el que era muy macho tenía un bigote muy grande.

De Teotihuacan pasaron a Tlatelolco y, de nuevo, cuando mi abuelo se dio de baja en el ejército, estuvieron en Tacubaya. Por lo tanto, toda su escuela primaria la realizó mi madre en esos lugares, en distintas escuelas, con distintos maestros. En Aguascalientes, mi madre ingresó al Liceo de Niñas, hoy Escuela Normal del Estado. Sus estudios en la Escuela Normal los realizó entre los años de 1908 a 1913 y el número de materias que cursó fueron sesenta y una en toda su carrera; en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes, en la parte correspondiente al Liceo de Niñas, en el año de 1914 existe un expediente con todos los documentos relativos a la carrera magisterial que mi madre realizó. Su certificado general lo firmaron la directora de la Escuela Normal, Vicenta Trujillo, y la secretaria de ella, Margarita Terán; de este certificado deducimos que mi madre fue una magnífica estudiante porque tiene calificaciones en la escala que en aquellos años empleaban de muy bien a perfectamente bien.

La estancia de mi madre en el Liceo de Niñas fue muy agradable, ella recordaba con mucho gusto y cariño a sus compañeras y hacía mención de Carmen Ruiz de Chávez, de las

hermanas Müller, una de ellas, Ana María, Esperanza Puga, que fue su familia dueña de los baños de Los Arquitos; siempre recordaba a sus compañeras con una alegría muy grande y en su mente se dejaban venir las estampas de su época de estudiante.

El día 9 de diciembre de 1913 inició el examen profesional para obtener su título de maestra; en este acto que se celebró en el Liceo de Niñas, el presidente del jurado fue el inspector de instrucción, profesor Eugenio Alcalá Mancilla, y las señoritas profesoras María Guadalupe de la Torre, nombrada por la Junta Directiva, Petra Aguilar, Cira Castañeda, Margarita Delgado y Margarita Terán. La prueba consistió en tres fases: la primera fue de carácter oral y los puntos que sortearon para que se desarrollara fueron: “Requisitos para el ingreso de los alumnos a la escuela, la vacuna de higiene escolar y sobre actividades específicas del espíritu, su naturaleza y sus caracteres principales de antropología pedagógica”.

En cuanto a la prueba escrita fue con un temario muy grande en relación con la educación, por ejemplo: “La educación entre los siglos XVII y XVIII, La Reforma Religiosa y la Contrarreforma”, así mismo, se le notificó que iba a practicarse la tercera prueba al día siguiente en la escuela anexa a la misma Normal o Liceo de Niñas, con el grupo de sexto año, señalándole la maestra de este grupo que desarrollara en clase un tema sobre zoología, mismo que fue: “El aparato respiratorio en la serie animal”.

Al día siguiente, ante el mismo jurado, dio la lección que le señalaron ante el grupo de sexto año de la escuela práctica y duró la lección treinta y tres minutos; posteriormente, la señorita María Guadalupe de la Torre interrogó quince minutos acerca de la “Metodología de las ciencias físicas y naturales”; después se dio lectura a los puntos de la prueba escrita que se le señalaron el día anterior, se recogieron las calificaciones del jurado y fue aprobada con magníficas calificaciones en su examen profesional. Se levantó el acta y, para constancia, firmó el jurado,

encabezado por don Eugenio Alcalá, las maestras Petra Aguilar, la señorita Cira Castañeda, Margarita Delgado y María Guadalupe de la Torre, y fungió como secretaria la señorita Margarita Terán. Así nació mi madre a la vida del magisterio.

En cuanto terminó sus estudios en la Escuela Normal, tuvo el deseo de ejercer su profesión y en su expediente, que se conserva en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes, me encontré con un documento un tanto curioso, porque un doctor, Pedro A. Cervantes, extendió un certificado médico de buena salud; dicho certificado dice: “Pedro A. Cervantes, médico y cirujano en ejercicio. Certifico: La señorita Mercedes Ramírez no padece enfermedad contagiosa y está vacunada y por ende apta para servir en el magisterio. Aguascalientes, noviembre 13 de 1913”, y la rúbrica del doctor. La Secretaría de Hacienda cobraba impuestos por este tipo de certificado, por lo que al margen izquierdo tiene un timbre fiscal de cincuenta centavos, mismo que está cancelado con la letra del doctor que lo expidió.

Mi madre ingresó al servicio magisterial en la Escuela Francisco de Rivero y Gutiérrez; esta escuela abraza amorosamente al templo de San José, ya que fue el convento de monjes juaninos, que se dedicaban a servicios hospitalarios, y ahí tenían uno de los primeros hospitales que hubo en Aguascalientes, se llamó el Hospital San Juan de Dios; por eso es que la calle donde está el correo se llama Hospitalidad, porque es la que desembocaba al hospital. Posteriormente, el convento de Juaninos se hizo escuela y fue la Francisco de Rivero y Gutiérrez, ahí prestó mi madre sus servicios de maestra de 1914 a 1921, cuando se casó, y todavía recién casada estuvo una temporada ahí.

Hablemos ahora del matrimonio de mis padres. Llegué a oír decir a mi papá cómo fue la estampa que tuvo cuando lo cautivó mi madre. Mi madre fue una magnífica caballista, sabía manejar perfectamente un caballo, ya que, en esa época, los automóviles y los carruajes eran contados, y la gente en general se movía a través de las monturas de caballos. Platicaba mi papá que en un

atardecer, en el barrio de Triana, vio que llegó a su casa mi madre con mi abuelo, cada uno en un caballo, y le impresionó la hermosura de mi madre y la estampa de ella cabalgando como lo hacían las señoritas con sus sillas especiales; eso fue el inicio del romance que sostuvieron, porque Cupido los flechó a los dos, y como ambos eran maestros, empezaron a tratarse.

Fue un noviazgo como los de aquella época, con la resistencia extraordinaria del suegro, con los celos de los cuñados, con las cartitas a escondidas, con los encuentros fugaces, pero, en virtud de que los dos eran maestros, tuvieron oportunidades de verse y de conocerse; así fue aquel noviazgo, no escapó a los cánones de los noviazgos de aquella segunda década del siglo XX.

Su matrimonio civil se celebró el día 31 de mayo de 1921, y en el acta relativa se estableció quiénes fueron los padres de los contrayentes: Ladislao Villalobos y Dolores López; Refugio Ramírez Palos y Francisca Martín del Campo, y como testigos fungieron Epigmenio Sánchez, José L. Pedroza y Gerónimo de la Garza, estos dos últimos fueron grandes amigos de mi padre, los dos eran profesores. Con José Pedroza, mi padre se vino de México a Aguascalientes a pie y llegaron nada más hasta Querétaro, posteriormente, por otros medios llegaron a la ciudad de Aguascalientes. A mí me tocó conocer al profesor Gerónimo de la Garza, un hombre firme en principios, que, con motivo de la persecución religiosa, prefirió dejar el servicio del magisterio para ingresar a la burocracia y buscar la forma de no faltar a sus principios religiosos; yo ya lo conocí como un empleado viejo de la Secretaría de Hacienda, en la ciudad de San Luis Potosí. En los encuentros que tuvieron mis padres con él, me di cuenta de la estimación extraordinaria que mi padre y mi madre le tenían.

Por lo que respecta al matrimonio religioso, éste se celebró el día 1 de junio de 1921, en la iglesia de la Catedral Basílica, quien ofició fue el sacerdote don José María Martínez, y fueron testigos el ingeniero Miguel Rodríguez y el profesor José

Ramírez Palos, nada menos que el padrino de bautismo de mi madre y gran patriarca de mi casa. Su viaje de luna de miel lo hicieron a San Luis Potosí porque Aguascalientes ya estaba unido con esa ciudad por medio del ferrocarril; salían temprano de Aguascalientes, a las ocho o nueve de la mañana, y llegaban a las tres o cuatro de la tarde a la ciudad de San Luis.

La primera casa en la que vivieron mis padres estaba dentro de la Escuela Francisco de Rivero y Gutiérrez, donde mi padre era director; en medio de sus jardines estaba una casa dedicada al maestro, y ahí fue su primer hogar. Cuando dio señas de arribar a este mundo mi primer hermano, mi padre optó por alquilar una casa en la calle Washington, hoy Doctor Díaz de León, entre las calles de Enlace, hoy Héroes de Chapultepec, y la calle del Sol. En esa casita vivieron bastantes años porque casi todos mis hermanos nacieron ahí; a mí ya me tocó nacer en una casa que mi padre mandó construir en un terreno que sus familiares le regalaron, en la calle del Enlace, que es en donde hoy tengo mi despacho, ahora se llama Héroes de Chapultepec. Después, mi padre compró a la vuelta, en José María Chávez, la casa número sesenta y dos; en aquellos años, una casa bastante grande para nosotros, la fue reparando poco a poco y vivimos muy a gusto en ella. En esa casa terminaron su vida tanto mi madre como mi padre; en esos escenarios se desarrolló la vida familiar.

Por insistencia de mi padre, mi madre dejó el servicio magisterial y entonces se dedicó de lleno a su hogar, a sus hijos; tuvieron seis pero murieron muy pequeños Salvador y Faustino, sobrevivieron María de las Mercedes, por segunda vez otro Salvador, Jesús y Gabriel.

Los tres varones que quedamos optamos por estudiar y mi madre, con una sensibilidad extraordinaria, captó que iba a llegar un momento en el que sus tres hijos iban a estar en la universidad, entonces Aguascalientes no la tenía y todos emigrábamos a la Universidad Nacional Autónoma de México; se dio cuenta de que con el sueldo de mi padre no se iba a poder

sostener la casa en Aguascalientes y el pago de los estudios de los tres hijos, esto hizo que mi madre, contra la voluntad de todos nosotros, reingresara al servicio magisterial, pero yo bendigo esa determinación, si no, no habiéramos podido hacer carrera. En esta segunda etapa de su vida magisterial fue maestra en la Escuela José María Chávez, que estaba al otro lado de la casa; era una escuela bastante grande que desapareció al abrirse la avenida López Mateos; fue su directora la profesora Adela Loera. En la época de su estancia en la José María Chávez, vino la campaña alfabetizante y mi madre, después de las horas que les dedicaba a los niños de su grupo, lo hacía a la alfabetización. Con orgullo nos decía que enseñó a una viejecita a leer y que la alegría de la viejecita era que los giros que le mandaban sus hijos de Estados Unidos los llegó a firmar en el correo; también le daba mucho gusto porque podía leer sus devocionarios. Fue una labor patriótica en la que participó mi madre, la alfabetización a nivel nacional.

De la Escuela José María Chávez pasó a la Escuela de Rivero y Gutiérrez; en esa época, la profesora Chole Alonso era directora; la estancia de mi madre ahí fue feliz por sus compañeras y por los recuerdos. Después estuvo en la Escuela Federal Tipo, que es la actual Casa de la Cultura. Nos llamaba la atención que el dinero que mi madre ganaba ni siquiera tocaba la casa, porque ella lo llevaba de la escuela al telégrafo ubicado a una cuadra, y de ahí lo enviaba a México para el sostenimiento de nosotros en nuestros estudios. En la Escuela Federal Tipo fue director el profesor J. Guadalupe Peralta, un hombre con mucho cariño para la juventud y con verdadera vocación de maestro. Por último, mi madre actuó como directora del Centro Escolar Fray Bartolomé de las Casas, que está en el barrio del Llanito; era un barrio que pertenecía al barrio de Triana.

Mi padre fue jefe de mi madre en su calidad de inspector escolar y cuando le daban oportunidad de tener plazas para mejorar a sus maestros, nunca quiso mejorar la plaza que tenía

mi madre, porque le daba vergüenza, decía: “Qué mortificación sería para mí que dijeran que estaba abusando de mi puesto para favorecer a mi esposa”.

Los ascensos de mi madre, en calidad de maestra, en esta segunda etapa de su vida magisterial, se debieron a que varios jefes de la Secretaría de Educación Pública venían a Aguascalientes, mismos que fueron compañeros de mi padre en la Escuela Normal, en la Escuela Nacional de Maestros, y le preguntaban por qué a Merceditas no la mejoraba; él exponía sus razones, y todos los ascensos de mi madre en esta segunda etapa le llegaron directamente de la Secretaría de Educación Pública, pasando sobre mi padre.

Después de ser directora del Centro Escolar Fray Bartolomé de las Casas y de habernos recibido todos nosotros, mi madre se jubiló en calidad de maestra. Cuando fue maestra de banquillo, tuvo la costumbre, sobre todo en la Escuela Tipo, de tomar un grupo de niñas de segundo año, y se iba con ese mismo grupo desde segundo año hasta el sexto, es decir, era su única maestra, aparte de la de primer año. Estas niñas, ahora respetabilísimas señoras, cuando nos vemos, decimos que tuvimos la misma mamá, porque mi madre también las condujo en la vida hacia el bien, siendo cinco años maestra de ellas y así forjarlas en su infancia y entrada la juventud.

Qué delicioso aroma invade mi espíritu, qué luminosidad en mi pensamiento cuando reflexiono en lo hermosa que fue mi madre; cuando mi recuerdo se encamina a su figura, la veo como la gran señora que fue, como si hubiera sido una matrona romana, tan hermosa, tan señora. En ella había una mezcla de rigidez y amor; rigidez porque siempre quería que todo mundo marchara y viviera bajo normas estrictas de la moral y del derecho, no toleraba un desvío ante estos valores. Esta rigidez en ella, en cuanto a la observancia de los valores, no menguaba su alegría por la vida, fue una mujer jocosa, una mujer que hacía

transmisble la alegría a todos los miembros de la familia; estando junto a ella no podía haber tristeza.

Dentro de los valores fuertes que tuvo mi madre fueron los de patria y religión; su meta en cuanto a señora de hogar fue hacer que sus hijos fueran buenos cristianos y amaran profundamente a México, que es nuestra patria. Me decía: “Mira, hijo, tú no eres indio, tú no eres español, tú eres mexicano, y decir mexicano es la mezcla de esas dos grandes columnas que sustentan nuestra nacionalidad; tienes obligación de admirar, de amar y respetar las manifestaciones culturales de los pueblos prehispánicos; tienes también la obligación de respetar y de amar las tradiciones de España, porque esa mezcla de las dos culturas, eso eres tú”.

Tenía un amor tan grande por México que la recuerdo en aquel año de 1957, cuando la Ciudad de México, nuestra capital, sufrió un sismo muy fuerte, al grado de que se cayó la estatua del Ángel de la Libertad en la columna de la Independencia del Paseo de la Reforma. Mi madre, ese día, se levantó como cualquier otro día y fue al mercado Isidro Calera, donde se proveía de alimentos, y cuando regresó a la casa, llegó hecha un mar de lágrimas y me decía entre sollozos y lágrimas: “Nuestra patria está de luto, nuestra patria ha sufrido grandemente, la Ciudad de México tuvo un temblor que hasta el ángel de la columna de la independencia se cayó”. Lloraba amargamente de pensar lo que la gente estaría sufriendo en la Ciudad de México y cómo una de las ciudades más hermosas se encontraba en medio del llanto y de la desgracia; a ese grado quería ella a México.

Con sus enseñanzas, inculcó en todos nosotros, sus hijos, una nacionalidad ascendrada, un cariño muy grande por México, por lo tanto, fue una gran mexicana que supo cumplir con su profesión de educadora y de ama de casa. Fue también una mujer muy sabia, extraordinaria conocedora de las ciencias y de las artes, debido al entorno donde vivió; parecía una enci-

clopedia abierta, sabía de todas las cosas y nos enseñaba con mucha dulzura, con mucho cariño, lo que ella sabía.

Extraordinaria oradora, le gustó mucho hablar en público, debido, en primer lugar, a la escuela, como una verdadera necesidad de un maestro de saber expresarse ante sus alumnos en todos los temas habidos y por haber, y naturalmente también en las fiestas cívicas conmemorativas de gestas que forjaron nuestra patria. Dentro del hogar, siempre se manifestó con esa chispa de sabiduría y con ese don de oratoria. Tuvo la gentileza y el amor enorme de que, el día en que Lupita y yo nos casamos, nos dedicó una pieza oratoria maravillosa con la que todos se quedaron verdaderamente admirados. Al hablar de su familia, la comparó con un arcón de joyas, y dijo que las cuidaba y las quería, pero que, para sorpresa de ella, ese arcón de joyas se vio aumentado con otra joya hermosísima, como era la presencia de su nueva hija, de Lupita, mi esposa. Todo mundo se admiró de aquel discurso, a tal grado que el licenciado don Felipe Reynoso Jiménez, al hacer uso de la palabra, después de que lo hizo mi madre, elogió el discurso que ella pronunció y comentó que en toda su vida era la primera ocasión en que veía que una suegra públicamente le daba la bienvenida a la nuera. Así fue mi madre en materia de oratoria.

Doña Merceditas fue magnífica administradora, tanto de su hogar como de los bienes que sus padres le heredaron, el Rancho de Cobos. En cuanto a la administración de la casa, siempre tuvo una visión extraordinaria, por ello, nunca nos faltó absolutamente nada; ya he dicho que su reingreso al magisterio se debió a que pensó con mucha antelación que sus tres hijos iban a estar al mismo tiempo en la universidad en la Ciudad de México y no iba a tener dinero suficiente para mantenerlos, por lo que quiso trabajar para sostener a sus hijos, y con el sueldo de mi padre sostener la casa en Aguascalientes.

Se entregó a toda la familia en actos de cariño, como ejemplo tenemos que una vez protegió a María Trejo, nieta de María

Ramírez, quien se presentó sumamente enferma ante mi madre, y con el consentimiento de mi padre, desalojó de muebles el comedor y ahí estuvo María Trejo un poco más de un mes; mi madre la curó y se retiró hasta que estuvo completamente sana.

Por cariño, mi madre protegió tanto a Matilde como a Socorro, mis primas, con el ánimo de ayudar en su formación a mi tío Juan, y las aceptó en la casa. Con la manera de ser de mi mamá, protegió a la familia de mi padre. al grado de hacerse enfermera de mi tía María Villalobos, quien fue asmática, y la ayudó hasta que murió. Otro de sus actos hermosos de cariño fue permitir que Yolanda, hija de mi primo Humberto y de la Chepina, conviviera con nosotros mientras estudiaba para terminar la instrucción primaria y cursara sus estudios en la Normal. Vimos como nuestras hermanas a Matilde, a Socorro y no se diga a Yola, a quien queremos muchísimo porque fue la hermana menor que nos hacía falta.

Mi madre fue piedra angular del edificio familiar de todos los Ramírez y también de los Villalobos, porque todos quienes acudían a ella recibían apoyo; era una especie de matriarcado su vida, porque ordenaba y sugería desde al más alto de los miembros de la familia hasta a los que empezaban la vida. Todo mundo le decía madrina, lo fuera o no, y en todas las cosas cruciales de la vida, la madrina siempre opinó y siempre guio.

Mi madre fue amante esposa, cómo quiso, pero en una forma desmedida a mi padre, qué ejemplo tan hermoso nos dieron; yo no me acuerdo haberlos visto pelear, tal vez tuvieron sus diferencias, pero se cuidaban de que nosotros no nos diéramos cuenta. Recuerdo una ocasión que tuvieron una dificultad y mi papá optó por salir a la calle, tomó su sombrero y salió; mi madre se fue detrás de él y, cuál sería la sorpresa, que al dar la vuelta a la manzana y regresar a la casa, llegaron los dos riendo a carcajadas y acariciándose. Fue una amante esposa y mi padre también tuvo un enorme cariño hacia ella; todavía en la ancianidad ellos se amaron profundamente y yo les doy las gra-

cias porque han hecho escuela en nosotros para amar a nuestra esposa, para amar a nuestros hijos.

Fue una madre amantísima también, nos quiso con entrega total, Padre Dios le concedió la dicha de ser mamá de seis hijos; el primero ha de haber nacido entre 1922 o 1923, y le pusieron por nombre Salvador; a través de él, su hogar recibió los primeros dardos del dolor, porque mi hermano primogénito murió muy pequeñito y fue una cosa desastroza en el ánimo de mis padres, pero siempre estuvieron con la esperanza al frente, nunca derrotados, doloridos, pero no derrotados. Después, en 1924, llegó Mercedes, mi hermana, que para mí fue mi segunda madre, nos quisimos grandemente, y ya muy avanzada su edad, fue esposa de David Mora. Mercedes fue maestra también, estudió carrera comercial en el Colegio de la Paz, pero le gustó más la docencia y, bajo la dirección de mis padres, también se dedicó a la enseñanza. Le siguió Salvador, quien nació el día 9 de agosto de 1925, es médico; su ejercicio profesional empezó como médico de Ferrocarriles, pero la mayor parte de su vida profesional la desarrolló en la ciudad de Colima, que le dio a él prestigio, le dio familia, le dio el don de la madurez profesional y, antes de retirarse de su profesión de médico, estuvo también ejerciendo en su tierra natal, Aguascalientes, tanto para la Secretaría de Salubridad, como para el ISSSTE. Salvador se casó con la profesora Lourdes Romero Elías y procrearon tres hijos: Salvador, Carlos Alejandro y Luis Felipe, los dos primeros contadores públicos, y el último ingeniero civil. Carlos Alejandro se casó con Gabriela Zepeda Zepeda y son papás de un niño.

Jesús, mi hermano, nació el día 14 de abril de 1927; también él es médico; se casó con María Antonia Valdez Rivera y toda su vida la han vivido en Guadalajara. En este matrimonio ha habido cuatro hijos: Jesús, que murió muy pequeño, y tres hijas: Miriam de los Dolores, Claudia y Verónica; las tres están casadas y les han dado a Jesús y a Tona seis nietecitos. En cuanto a su ejercicio profesional, primero fue en aquella

campana en la que se combatió el paludismo, tuvo también un consultorio en Colima, y después en la ciudad de Guadalajara, en donde fue médico del Seguro Social y actualmente está jubilado.

Después vino otro hermano que también murió pequeño; llevó por nombre Faustino, y luego el que está pergeñando estos renglones, Gabriel, que soy abogado y veo como una obra de Dios ser notario, porque me gusta muchísimo mi actuación. Estoy casado con María Guadalupe González Ponce, nuestros hijos: Gabriel, que es oficial archivista en el Registro Civil; Jorge, licenciado en Derecho, casado con la licenciada Claudia Landín López y tienen tres hermosos hijitos, que son: Jorge Israel, Alejandro y Aranza; el ingeniero bioquímico Luis Fernando, casado con la contadora pública Lucrecia Guzmán Cuéllar, ahí mis nietecitos son: Luisito Fernando, Gabrielito y la tremenda de Lucrecita; luego tenemos a Miguel Ángel, licenciado en Informática, casado con la licenciada en Relaciones Industriales María de Lourdes Altamira Esparza, los nietecitos son Miguel Ángel y Héctor Emilio; y luego, la más pequeña de la casa, la tremenda y linda Lupita, esposa del ingeniero Víctor Manuel Hernández González, con tres hijitos: Víctor, Manuel y Valeria. Qué no diré yo de mis nietos, a todos los amo y cuando los veo se me desgaja el corazón de amor hacia ellos.

Ésos fueron los hijos de mi madre y su descendencia. En resumidas cuentas, lo que dejó mi madre fue una luminosidad, un camino primoroso. Dios quiso que a los dieciséis días de haber regresado de mi viaje de bodas, mi madre muriera; fue el trago amargo del inicio de la vida matrimonial, pero le doy gracias a Dios por haber tenido a mi lado a Lupita, mi esposa, que hizo con sus atenciones y con su cariño enorme que fuera más llevadera la pena de la muerte de mi madre. Ella murió el día 14 de mayo de 1961, pero recordarla es volverla a amar.

Mis padres se amaron tanto que nunca ocuparon las cabeceras de la mesa, sino que siempre estuvieron uno al lado del otro para estar juntos; actualmente los dos están juntos, se

seguirán amando en el más allá y nosotros los tenemos como caminos luminosos que van desde nuestro corazón hasta donde estén. ¡Gracias, Dios mío, por mi madre; gracias, Dios mío, por mi padre!

Profesor Faustino Villalobos López



Profesor Faustino Villalobos López.

Hay personas que con su labor abnegada y callada de todos los días hacen posible la grandeza de los pueblos; las obras meritorias, por lo general, se cimientan en quehaceres sencillos; vivos ejemplos de lo anterior son los maestros de nuestras escuelas, que abren a la luz del saber el entendimiento de sus semejantes, sin ningún otro pago que la gratitud de sus alumnos, la satisfacción del deber cumplido y la conciencia de que, con la labor de todos los días, de los años, están forjando la patria. Esos seres, cuando físicamente nos abandonan, dejan una cauda de admiración y enseñanza. Voy a referirme a un hombre, a un maestro de nuestra tierra, quien, con sesenta y cinco años constantes de estar detrás del escritorio del aula, forjó gene-

raciones de aguascalentenses que han dado lustre a nuestra patria, a México; él fue mi padre, don Faustino Villalobos López.

Transitoriamente, el matrimonio formado por don Ladislao Villalobos y doña María Dolores López se encontraba en el mes de febrero de 1887 en el Rancho de Herrada, en la región de El Llano, al oriente de la ciudad de Aguascalientes, y doña Lola estaba a punto de dar a luz; fue precisamente el día 15 de ese mes cuando ocurrió su parto. Fue tan rápido que aconteció en el patio de la casa en la que estaba, y nació un niño, y como fue el día de San Faustino, siguiendo la tradición, fue bautizado y registrado con ese nombre, así nació Faustino Villalobos López.

Los señores Villalobos López, después del nacimiento de Faustino en el Rancho de Herrada, el que también es conocido como San Antonio de Herrada, se regresaron a la ciudad de Aguascalientes, a su domicilio enclavado en el barrio de Triana, pues la casa se ubicaba en la calle de los Gallos, después Washington, hoy doctor Jesús Díaz de León, número quinientos cuatro. La actividad principal de don Ladislao Villalobos Pedroza fue la de arriero, y decir arriero a fines del siglo XIX es pensar en un comerciante de hoy con camiones que transportan mercancías de todos los puntos de la geografía de México; pues comerciaba entre Aguascalientes y distintas regiones del Pacífico.

Faustino, desde muy pequeño, se dio cuenta de la grandeza de México por las pláticas de su papá, debido a su actividad de comerciante; su infancia transcurrió placentera, rodeada del afecto de sus padres, así como del de sus hermanos: Julián, Fidencio y María; todo esto transcurrió en el apacible paisaje del barrio de Triana: la plazuela, el templo, las huertas que se extendían hasta el barrio de la Salud, huertas que fueron edenes en la estación de verano y que proporcionaban al paladar la alegría del sabor de sus frutos; cuántas veces disfrutaría el niño Faustino del sabor de éstas, acostado en la huerta, oyendo el paso del agua por una acequia. Nuestro biografiado hizo sus estudios primarios en la Escuela de Cristo, ubicada en la pri-

mera cuadra de la calle del Reloj, hoy Juárez, bajo el sistema de enseñanza lancasteriano.

J. Guadalupe Nájera Jiménez, siendo un niño de instrucción primaria, fue llevado por su madre a la academia de dibujo del maestro Inés Tovillas, para él fue tan maravilloso ir descubriendo la belleza del arte a través del dibujo, que quiso compartir esta alegría con su casi hermano, Faustino Villalobos, y lo invitó a inscribirse en la academia. Yo llegué a oír al maestro Nájera platicar con mucha chispa el episodio de la inscripción de Faustino, decía: “Llegamos los dos niños ante la presencia de aquel artista chiapaneco, don Inés Tovillas, y le dije: ‘Maestro, aquí traigo este niño que me encargó su mamá lo inscribiera en la academia, porque ella no pudo venir (mentira piadosa), pero quiere que haga estudios de dibujo’”; el maestro le proporcionó un papel de estraza, lo sentó junto al niño Lupe y los puso a dibujar ojos. Cuando Nájera vio el éxito de sus gestiones, sacó de su bolsa una trompada (dulce regional), la partió en dos y ahí estuvieron aquellos dos niños felices, comiendo dulce y dibujando.

Faustino Villalobos López fue muy hábil para los trabajos manuales, sobre todo en carpintería y dibujo, al grado de montar un taller en su casa para hacer sus muebles, y por lo que respecta al dibujo, siempre lo cultivó; su última cátedra fue dibujo y modelado anatómico, impartida en el Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología, antecedente de nuestra actual Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Cuando terminó sus estudios primarios, tuvo necesidad de trabajar para su sostenimiento; su primer trabajo fue de dependiente de mostrador en la tienda de abarrotes de la esquina de su casa, La Feria de las Flores, propiedad de don Valentín Muñoz, ubicada en la esquina de las calles Abasolo y de los Gallos. Posteriormente se ocupó de ayudante de carpintero en la construcción de los locales en los que el Ferrocarril Central Mexicano establecería sus talleres; él me comentaba que andu-

vo encaramado en las vigas de los techos de los jacalones, donde ahora están los talleres, colocando tablones, clavándolos a las vigas para hacer los techos. Se ufanaba de su participación en el progreso ferroviario de México.

Fue el día 18 de mayo de 1904 cuando, tal vez impulsado por los profesores don Melquíades Moreno y don Eugenio Alcalá, nació al magisterio de Aguascalientes un mentor más, Faustino Villalobos López; recibió nombramiento de practicante en la quinta escuela oficial de niños, este cargo fue fugaz, pues el día 29 del mismo mes y año le dieron el nombramiento de profesor de primer año A en la escuela oficial de niños, número dos. A partir del 29 de mayo de 1904 fue largo el andar del profesor Faustino Villalobos en los campos de la educación de la niñez en Aguascalientes, destacando sus actuaciones como director de las escuelas Melquíades Moreno, Francisco de Rivero y Gutiérrez y Escuela Federal Tipo; después, inspector escolar, primero rural y después urbano, terminando con el cargo de director de Educación Federal en el estado de Aguascalientes.

Cabe hacer notar que mi padre también fue catedrático de enseñanza media, impartiendo en el Instituto de Ciencias las cátedras de educación física y encuadernación, en el año de 1927; luego, en el Instituto de Ciencias y Tecnología, entre 1950 y 1968, impartió las cátedras de dibujo y modelado anatómico y civismo. Por cierto que en esta última tuve la dicha de integrar, junto con él, el jurado para un examen a título de suficiencia de Civismo. Asimismo, impartió las anteriores asignaturas en el Colegio Portugal, en el Guadalupe Victoria y en el de la Paz.

Por lo dicho hasta este momento, da la impresión de que don Faustino Villalobos López fue un maestro improvisado, hijo de las necesidades en materia de educación del México de principios del siglo XX; pero nada de eso. Impulsado por las enseñanzas recibidas de don Melquíades Moreno, don Eugenio Alcalá y don José Ramírez Palos, sintió necesidad de hacer estudios para ser maestro y, en compañía de José Pedroza, Gua-

dalupe Nájera y otros jóvenes más, el día 20 de agosto de 1915 emigraron a la Ciudad de México, a la Escuela Nacional de Maestros, a hacer sus estudios para obtener la preparación necesaria y sus títulos de profesores de educación primaria superior. Fueron años muy pesados en la historia, pues apenas la Revolución de 1910 empezaba a tocar fondo con el gobierno de don Venustiano Carranza y se establecía la promulgación de la Constitución de 1917. Esta situación hizo que en varias ocasiones los estudios fueran interrumpidos y regresaran a Aguascalientes, lo que aprovecharon para cubrir interinatos en las escuelas y seguir su labor magisterial, siendo presidente de la República don Venustiano Carranza, quien cerró la Normal y su internado.

Me contaba mi padre que don Venustiano mandó cerrar la Escuela Nacional de Maestros y su internado, y les dijeron: “O se dan de alta en el ejército constitucionalista o aquí están diez pesos y una cobija y váyanse para donde quieran. Nájera se dio de alta en el ejército, pero él y José Pedroza optaron por regresar a Aguascalientes y como no había medios de transporte, optaron por emprender el retorno a pie, en medio de muchos peligros, ya que las distintas facciones revolucionarias los aprehendían porque decían que eran espías, y cuando se convencían de que no, hasta de comer les daban. Cubrieron la distancia de México a Querétaro en ocho días; en Querétaro se encontraron un tren militar a San Luis Potosí, vieron que era una ventaja y lo abordaron; el conductor, al enterarse de su hazaña, no les cobró pasaje; luego, de San Luis Potosí tomaron otro tren para Aguascalientes y así llegaron a su tierra natal.

Cuando llegó a la presidencia de la República el general Álvaro Obregón, nombró secretario de Educación al licenciado don José Vasconcelos y una de sus primeras acciones fue reabrir la Escuela Nacional de Maestros y su internado, con lo que mi padre pudo reanudar sus estudios. En esta época conoció a un jovencito que ingresó a la Normal, este muchachito cultivó amistad con él y con Guadalupe Nájera; los fines de semana los

llevaba a su casa en México y tanta amistad hubo con él y con su mamá, que era viuda, que Nájera se enamoró de ella y se casó. Este muchachito, pasados los años, fue el licenciado don José Ángel Ceniceros, secretario de Educación Pública cuando era presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines, situación que, aunada al gobierno del licenciado Benito Palomino Dena en Aguascalientes, llevó a mi padre al cargo, eminentemente político, de director de Educación Pública en el estado, en 1954.

El día 18 de octubre de 1920, a las ocho de la mañana, se inició el examen profesional de Faustino Villalobos López para obtener el título de Profesor Normalista de Educación Primaria Superior, fueron sus sinodales el profesor Daniel Delgadillo, director de la Normal, y los profesores José A. Castañedo, como presidente, y como vocales: Emilio Bustamante y Juan D. Muñiz. La tesis presentada por el sustentante se tituló “La atención”. A las diez de la mañana se suspendió la prueba oral para ser reanudada al día siguiente con la prueba escrita, la que fue aprobada por unanimidad; se suspendió la prueba para ser reanudada el 20 de octubre con la prueba práctica. El jurado aprobó por unanimidad al ciudadano Faustino Villalobos López, que quedó capacitado para ejercer la carrera de Profesor Normalista de Educación Primaria Superior.

El 4 de febrero de 1922, el secretario de Educación Pública, licenciado José Vasconcelos, expidió al ciudadano Faustino Villalobos su título de profesor de educación primaria superior; además del licenciado Vasconcelos, firmó el título el director de la Escuela Normal de Maestros, profesor Toribio Velasco. Se registró el título en la Dirección de Educación Primaria y Normal, bajo el número 228. En la Secretaría de Gobierno del estado de Aguascalientes se registró bajo el número 82 a fojas 24 frente, del libro respectivo, con fecha 9 de abril de 1926.

Al tomar en consideración que la vida de maestro la inició el día 18 de mayo de 1904, el gobierno de la República lo reconoció como forjador de la patria, y el 15 de mayo de 1954 le

entregó la máxima presea a que aspira un maestro, la Medalla Altamirano, por cincuenta años de servicio a la niñez; ésta la recibió de manos del señor presidente de México, en ese entonces, Adolfo Ruiz Cortines; era el escenario el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, y dentro de los espectadores había dos a quienes se nos salía de emoción el corazón, Jesús, mi hermano, y yo.

He hablado de la trayectoria de Faustino Villalobos López como maestro, que fue todo entrega con cariño a los niños y jóvenes de Aguascalientes, personas a las que siempre les dijo con afecto “mis muchachos”, aunque fueran gente de edad avanzada y cargados de responsabilidades, a quienes educó no únicamente con letras, sino con el ejemplo. Ahora les platicaré de don Faustino Villalobos López en el seno del hogar.

En la semblanza de mi madre, platiqué cómo nació el noviazgo de ellos, culminando con su matrimonio en catedral el día 1 de junio de 1921. En cuanto a la vida del hogar, fue de lo más hermosa, mis padres se profesaron un amor profundo. Mi madre se encargó de nuestra educación y de la dirección de nuestras vidas, y mi padre, como águila desde un risco, vigilaba la buena marcha del hogar; a mi madre la adornaban, como ya dije, las virtudes de una matrona romana, era una mezcla de rigidez y de gran amor. Ay de aquél que la desobedeciera, porque detrás de ella estaba la recia y bondadosa figura de mi padre.

Así fue la vida hogareña de mi papá, esposo y padre amoroso; sus goces más fuertes, amar a su esposa e hijos, ver cómo éstos se formaban profesionistas y católicos; amó la naturaleza y, a través de ella, a su esposa. Cuántas veces lo vi sin zapatos, con las piernas del pantalón arremangadas hasta la rodilla, en la playa, a la orilla del mar, recogiendo conchitas para llevarselas como ofrenda a Merceditas, su esposa, que de lejos lo veía y con la alegría del novio que empieza a vivir su romance decirle: “Mira, Chata, lo que te traje, ahí va mi corazón”. Otras ocasiones, al final de los veranos, internarse en los montes ale-

daños a nuestra ciudad y formarle un gran ramo de las flores que llamamos estrellitas, para entregárselas a su amada esposa; y todas estas manifestaciones de cariño yo las veía en el ocaso de su vida, así es que se amaron siempre y profundamente.

Cómo gozó el profesor Villalobos de las bellas artes, la pintura, la escultura y de la buena música, dentro de ésta, sus autores preferidos fueron Verdi, Mozart, Chopin, Beethoven, Ponce, Castro, Moncayo; cuando por razones de trabajo iba a la Ciudad de México, acudía a la casa Requejo y se traía varios discos fonográficos de buena música; le gustó mucho Caballería rústicana.

A nosotros, sus hijos, cómo nos gustaba que fuera a México, pues a cada uno nos traía un juguete, qué felicidad irlo a esperar a la estación. Cuando veíamos pasar una máquina de vapor Niágara como si fuera un gran dragón resoplando, aventando humo y lumbre, el maquinista, muy pantera, recargado en la ventanilla de la caseta la campana, el silbato, sentíamos que retumbaba en su centro de tierra y el corazón, de tanto palpar, se quería salir por la boca, y luego del último carro, veíamos cómo del pullman descendía mi padre, enfundado en su abrigo de lana y sombrero Stetson, los abrazos, besos de bienvenida, y luego en la casa los regalos. Recuerdo lo que me llegó a traer: un pajarito de cuerda, que parecía gorrión y que le decía Tostona, un chango maromero, títeres. En fin, tantos y tantos juguetes con los que mi padre demostraba su cariño a sus hijos.

Don Faustino tuvo un gran pesar el 14 de mayo de 1961: falleció su esposa Merceditas, su Chata; la sepultamos el día 15 de mayo, día del maestro. Y cosas de Dios, el día 14 de mayo de 1970, faltando quince minutos para las nueve de la mañana, hora apropiada para llegar a dar clases en la escuela del cielo, falleció el profesor don Faustino Villalobos López; lo sepultamos el día 15, día del maestro. ¡Qué coincidencia!

Así fue el maestro don Faustino Villalobos López, mexicano confiado en la evolución rumbo a la grandeza de México, maestro entregado con cariño a la niñez y juventud, hombre de estado, amante esposo y cariñoso padre.

Y A LA VUELTA ESTÁ TRIANA

Segunda edición 2025
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.